ASESINATO EN EL *HONJIN*

Y OTROS RELATOS

Seishi Yokomizo



QUATERNI

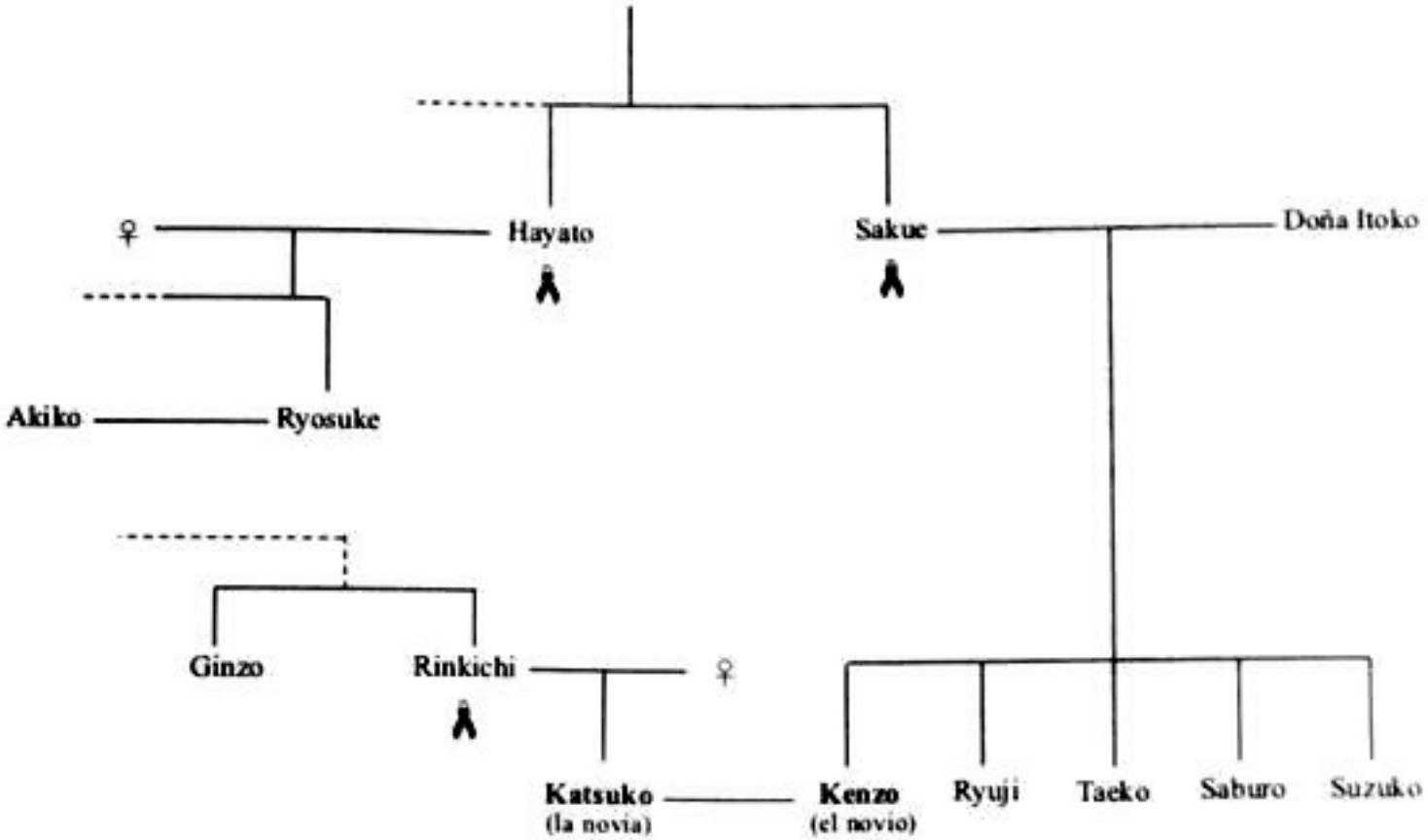
ASESINATO EN EL HONJIN
(EL ASESINATO DEL KOTO ENCANTADO)

PERSONAJES

Kosuke Kindaichi: Detective privado.
Ginzo Kubo: Mecenas de Kosuke y tío de Katsuko.
Isokawa: Inspector de policía.
Kenzo Ichiyanagi: Novio.
Katsuko Kubo: Novia.
El hombre de los tres dedos: Sospechoso.
Kimura: Oficial de policía.
Doctor F.: Médico del pueblo.
Shizuko Shiraki: Amiga de Katsuko.

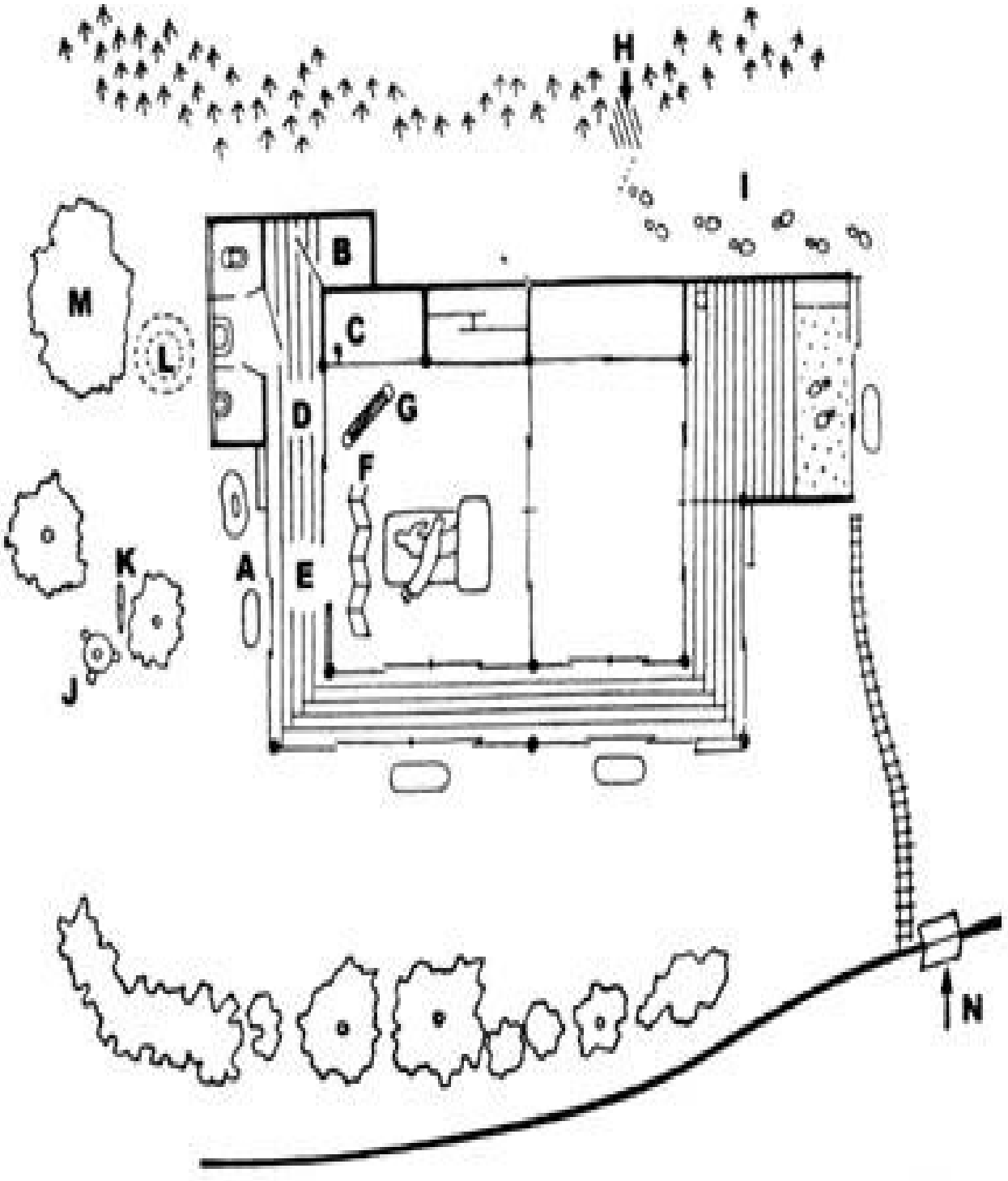
Miembros del clan Ichiyanagi

Doña Itoko: Madre de Kenzo, Ryuji, Saburo y Suzuko.
Ryuji: Hermano menor de Kenzo, médico.
Saburo: Hermano menor de Kenzo, aficionado a las novelas policiacas.
Suzuko: Hermana menor de Kenzo.
Ryosuke: Sobrino de doña Itoko.
Akiko: Esposa de Ryosuke.


♀
Hayato
Sakue
Doña Itoko
Akiko
Ryosuke
Ginzo
Rinkichi
♀
Katsuko
(la novia)
Kenzo
(el novio)
Ryuji
Taeko
Saburo
Suzuko

PLANO DE LA CASA DE INVITADOS

A. Puerta trasera de la casa por la que entraron los primeros en llegar a la escena del crimen.
B. El armario empotrado donde se suponía que estaba escondido el asesino.
C. La caja de las púas del koto (sobre el *tokonoma*).
D. Puerta corredera ligeramente abierta.
E. Puertas correderas abiertas.
F. Biombo volcado.
G. Koto.
H. El lugar por donde se suponía que había bajado el criminal.
I. Huellas de zapatos.
J. Farola de piedra.
K. Catana clavada.
L. Montón de hojas secas.
M. Alcanforero.
N. Puertecilla de bambú.


H
I
M
L
B
C
D
G
F
A
E
K
J
N

EL HOMBRE DE LOS TRES DEDOS

Antes de escribir este relato quise conocer la mansión donde ocurrió el horrible asesinato y una tarde de principios de primavera fui a visitarla acompañado de mi bastón.

Llegué a esta localidad de la prefectura de Okayama en mayo del año pasado, huyendo de la Segunda Guerra Mundial. Desde entonces han sido muchos los que me han contado la historia del asesinato del koto[1] encantado que tuvo lugar en la mansión de la familia Ichiyanagi.

La gente, cuando descubre que soy escritor de novelas policiacas, suele contarme aquellos homicidios que ha vivido de cerca o de los que ha oído hablar. Estos lugareños no fueron la excepción y todos ellos me relataron lo sucedido al menos una vez. Al parecer, los hechos les causaron una gran impresión. Sin embargo, la mayoría jamás llegó a comprender la esencia y el verdadero horror que escondía este caso.

Con relación a mi experiencia, me atrevo a decir que las historias que me cuentan nunca son tan interesantes como cree su narrador, y ni por asomo podrían inspirar una novela. Pero este caso era diferente. La historia llamó mi atención desde la primera vez que la oí. Y cuando más tarde conocí a F., que sabía bien la verdad de lo ocurrido, su entusiasmo me cautivó. Aquel no había sido un homicidio común. El criminal lo había planeado todo cuidadosamente, y se trataba además de un misterio de «habitación cerrada».

Todo escritor de novelas policiacas desea abordar este tema al menos una vez. ¡Sería fascinante resolver un asesinato que se llevó a cabo en el interior de un espacio cerrado en el que el asesino no puede entrar ni salir! Por eso, casi todos los escritores de novela negra han tratado este tema al menos una vez en su carrera. Incluso hay autores, como Dickson Carr, cuyas novelas son siempre variantes de este subgénero; o eso dice mi amigo Eizo Inoue, el primero que tradujo su obra al japonés. Yo también quería enfrentarme a ese desafío, y ahora tengo la posibilidad de hacerlo. Por consiguiente, es posible que tenga que dar las gracias al criminal peligroso y cruel que descuartizó de un modo tan horrible a un hombre y a una mujer.

Cuando me contaron la historia por primera vez, me exprimí la cabeza tratando de recordar si había leído algún caso parecido. Primero recordé *El misterio del cuarto amarillo*, de Gastón Leroux; luego me vinieron a la mente *Los dientes del tigre*, de Maurice Leblanc, *Matando en la sombra*, de S. S. Van Dine o *El patio de la plaga*, de J. Dickson Carr, e incluso *Asesinato entre los ángeles*, de Roger Scarlett; todos buenos ejemplos de un asesinato en una habitación cerrada. Sin embargo, este caso era muy diferente a los que aparecen en esas novelas, aunque tuve la impresión de que el asesino las había leído todas y, después de diseccionar los trucos empleados, seleccionó únicamente los elementos que necesitaba para crear un nuevo artificio.

El misterio del cuarto amarillo podría ser el más similar a este caso, aunque no tanto por lo

sucedido como por el ambiente de la escena. Dicen que la habitación donde sucedió estaba pintada de ocre rojo. Las columnas, el techo, el baúl y las puertas exteriores que sirven para protegerse de la lluvia y el viento también eran de ese color. Es necesario mencionar que en esta región no es raro que una casa esté así pintada. De hecho, el lugar donde me alojo también lo está, aunque la casa es tan antigua que más que rojo parece negro. Pero dicen que el lugar de los hechos estaba recién pintado, así que imagino que el color sería intenso y que haría resaltar los tatamis nuevos, los *fusumas*[2] y el biombo dorado. Allí encontraron muerta a la pareja. La escena debió ser impresionante.

Además, este caso contiene un elemento más que me entusiasma: un koto que guardaba relación con todo lo sucedido. A mí, que aún no he perdido el romanticismo, me pareció sobrecogedor que durante el incidente estuvieran presentes las fuertes notas de un koto. Sería un escritor desagradecido si no aprovechara una mezcla de elementos tan interesantes: un asesinato acompañado por los acordes de un koto en una habitación cerrada pintada de rojo.

Me he desviado un poco del tema, pero volvamos a la historia. La distancia entre mi casa y la mansión Ichiyanagi, el lugar en cuestión, es de unos quince minutos a pie. Como indica su nombre, Okamura aza yama no tani es un pueblo pequeño rodeado de montañas cuyas laderas se extienden hacia el valle como los brazos de una estrella de mar. En la punta de uno de esos brazos se encuentra la mansión Ichiyanagi.

Al oeste hay un arroyo y en el este un camino cruza la montaña para llegar a otra localidad. Este arroyo y el camino se unen más adelante, al llegar al valle, rodeando el triángulo irregular de un acre y medio de tierra que ocupa la mansión. De este modo, la hacienda colinda al norte con la montaña, al oeste con el arroyo y al este con el camino que conduce a la localidad más cercana. Por supuesto, la puerta principal está junto al camino.

Me acerqué a la entrada: un portón negro magníficamente ornamentado a cuyos lados se alzaba un impresionante muro de unos doscientos metros de largo. Me asomé para observar, pero el muro interior que es habitual en las mansiones me impedía ver más allá.

Entonces me dirigí a la parte occidental de la propiedad y caminé hacia el norte bordeando el arroyo. Al final del muro había un molino de agua estropeado y, más allá, un puente. Lo crucé y me adentré en el espeso bosque de bambú que subía el terraplén y quedaba al norte de la mansión. Desde allí arriba, mirando hacia el sur, se podía ver la casa Ichiyanagi casi por completo.

Desde mi posición observé primero la pequeña casita que estaba más cerca. Allí fue precisamente donde ocurrió todo. Según me contaron, había sido construida por el anterior cabeza de familia como lugar de retiro y solo tenía dos habitaciones pequeñas. Era pequeña, pero su jardín estaba bien diseñado; había tantas plantas y rocas que visualmente resultaba un poco recargado.

De esta casita hablaremos después con más detalle. Al fondo se alzaba la mansión principal. Era grande y de una sola planta, orientada hacia el este. Más allá se hallaban los almacenes, construidos sin un orden aparente. La mansión y la casita de invitados estaban separadas por una valla baja de bambú con una puertecita del mismo material. La valla y la puerta se encontraban muy deterioradas, pero en el pasado eran nuevas y firmes y detuvieron un momento a la gente que acudió desde la mansión al oír los gritos.

Así era la mansión Ichiyanagi. Un momento después salí del bosque y caminé hasta el

ayuntamiento de Oka, que se encuentra en la entrada sur del pueblo, al final de la zona habitada. Desde ahí hasta Kawa solo había campo. Entre medias pasaba una carretera que caminando unos cuarenta minutos conducía a la estación de tren. Esto significaba que todo el que llegaba en tren tenía que pasar por la carretera frente al ayuntamiento.

Ahora bien; delante del ayuntamiento había una casa de fachada sencilla que en el pasado fue una taberna frecuentada por los arrieros. Allí fue donde aquel hombre misterioso con solo tres dedos, que tuvo un papel muy importante en el asesinato de la mansión Ichiyanagi, hizo una parada.

* * *

Fue la tarde del día veintitrés de noviembre de 1937, es decir, dos días antes del asesinato. Mientras la tabernera estaba sentada en la terraza charlando con unos clientes habituales (un arriero y un funcionario del ayuntamiento), llegó un hombre a pie por la carretera de Kawa. El hombre se detuvo ante ellos y dijo:

—Buenas tardes, ¿puedo hacerles una pregunta? ¿Cómo se llega a la mansión Ichiyanagi?

Al escucharlo, la tabernera, el funcionario y el arriero se giraron e intercambiaron una mirada. ¿Qué relación podía tener aquel hombre harapiento con la familia Ichiyanagi, la más rica del pueblo? El viajero llevaba un sombrero arrugado y deformado y un cubrebocas grande. Bajo el sombrero podía verse su cabello despeinado y llevaba la barba descuidada y crecida, lo que lo hacía parecer sospechoso. No llevaba abrigo y se había levantado el cuello de la chaqueta para protegerse del frío. Tenía el pantalón cubierto de mugre y tierra, y las coderas y rodilleras desgastadas. Las punteras de sus zapatos estaban rotas y blancas de polvo. Parecía agotado. Debía tener alrededor de treinta años.

—¿La mansión Ichiyanagi? Es en esa dirección. ¿Qué le trae por aquí? —le preguntó el funcionario.

El hombre murmuró algo debajo del cubrebocas, parpadeando como si estuviera deslumbrado, pero nadie oyó su respuesta.

Justo en ese momento apareció una *jinrikisha*[3] en el camino.

—¡Mire, joven! —exclamó la tabernera al verla—. Ese es el señor de la mansión Ichiyanagi.

El hombre que viajaba en la carretilla, moreno y de gesto severo, aparentaba unos cuarenta años e iba vestido de negro, al estilo occidental. Estaba erguido y con la mirada fija al frente, sin girarse en ningún momento. Sus mejillas hundidas y la barbilla alzada lo hacían parecer inaccesible.

Se trataba de Kenzo, el patriarca de la familia Ichiyanagi. La carretilla pasó de largo y desapareció al doblar la esquina.

—Oye, ¿es verdad que Kenzo se va a casar? —preguntó el arriero a la tabernera cuando la carretilla desapareció de la vista.

—Sí, al parecer la boda es pasado mañana.

—¡Caramba! ¿Por qué tanta prisa?

—Si lo retrasara mucho podrían surgir obstáculos, ¿no es cierto? Por eso lo van a hacer lo antes posible. Una vez tomada una decisión, ese hombre es inflexible.

—Pues sí, por eso ha llegado a ser un gran académico. No obstante, me extraña que su madre lo haya aceptado —dijo el funcionario del ayuntamiento.

—No está de acuerdo, por supuesto, pero dicen que se ha resignado. Es que cuanto más se oponen los demás, más se empeña Kenzo.

—¿Cuántos años tiene él? ¿Cuarenta y qué?

—Justo cuarenta. Y, sin embargo, es su primer matrimonio.

—Será que ha encontrado por fin a su media naranja. Dicen que los amores tardíos son más apasionados que los juveniles.

—Pero la novia apenas tiene veinticinco o veintiséis años. Es la hija de Rinkichi, ¿no lo sabías? ¿Cómo habrá conseguido conquistar a un hombre tan importante? Oye, ¿sabes si la chica es guapa?

—Dicen que no es para tanto —apuntó la tabernera—. Pero es maestra, así que debe ser muy inteligente y resuelta. Puede que fuera eso lo que atrajo a Kenzo. Las mujeres modernas no podemos descuidar nuestra educación.

—¡Venga ya! ¿Tú también vas a ir a la universidad para ver si te ligas a un millonario?

—¡Claro que sí!

Mientras los tres se reían, el caminante los interrumpió tímidamente.

—Por favor, señora, ¿podría tomar un vaso de agua? Tengo mucha sed.

Los tres se giraron con sorpresa; todos se habían olvidado del viajero. La mujer lo miró con desdén, pero le sirvió un vaso de agua. El hombre le dio las gracias y se bajó un poco la máscara de la boca. Entonces, los tres se miraron aterrorizados.

El caminante tenía una gran cicatriz en la mejilla derecha, una línea que subía desde la comisura hasta el pómulo y que hacía que su boca pareciera la de un lobo. Llevaba la máscara para ocultar su cicatriz, no para protegerse de la gripe o del polvo. Otra cosa que les pareció espeluznante fue su mano derecha, con la que había agarrado el vaso. Solo tenía tres dedos, y al meñique y al anular les faltaba la mitad.

El hombre de los tres dedos se terminó el agua, dio las gracias a la tabernera y se marchó caminando pesadamente en la misma dirección que Kenzo. Los tres se sintieron aliviados.

—¿Quién será ese hombre?

—¿Qué tendrá que ver con los Ichiyanagi?

—¡Ay, qué tipo tan siniestro! ¿Le habéis visto la boca? ¡Era horrible! ¡Jamás volveré a usar este vaso!

* * *

De modo que la tabernera guardó el vaso en el fondo de un estante. Esto fue muy útil posteriormente.

A propósito; mientras leéis esto, mis inteligentes y avispados lectores, sin duda intentaréis adivinar qué va a ocurrir a continuación. Siendo así, debéis saber que es posible tocar el koto con tres dedos. Solo son necesarios el pulgar, el índice y el corazón.

LA ESTIRPE DEL HONJIN: UNA FAMILIA ILUSTRE

Según me contó un anciano del lugar, el clan Ichiyanagi era una de las familias más ricas de la región. Sin embargo, al no ser originaria de allí, los lugareños de mente cerrada no hablaban bien de ellos.

La familia era natural de Kawa, una pequeña localidad de paso que en el periodo Edo había estado llena de posadas, restaurantes, comercios y otros servicios. Se encontraba en la ruta Chugoku[4]. La familia Ichiyanagi era propietaria de un *honjin*, un albergue exclusivo para samuráis de alto nivel. A finales del periodo Edo, cuando empezó la Restauración Meiji, el cabeza de familia estaba preocupado por el futuro y el traslado del gobierno a Oka. Entonces, aprovechando las revueltas sociales de la época, se adueñó de unos terrenos a precio muy bajo, hecho que propició que los lugareños los consideraran una familia de oportunistas.

Ahora bien, cuando el terrible asesinato tuvo lugar, en la mansión Ichiyanagi vivían las siguientes personas:

Primero, doña Itoko, la viuda del anterior patriarca que tenía cincuenta y siete años en ese momento. A pesar de su edad siempre lucía el impecable peinado tradicional que era típico de los propietarios de un *honjin*. En el pueblo la llamaban «la Doña».

Doña Itoko tuvo cinco hijos, aunque solo tres de ellos vivían en la mansión. Kenzo era su hijo mayor. Estudió Filosofía en una universidad privada de Kioto donde estuvo dos o tres años dando clase. Había vuelto a casa después de contraer una enfermedad respiratoria. A pesar de ello, como era muy inteligente no abandonó su interés por el estudio. Había publicado libros y artículos en revistas, así que era conocido en su campo. Supongo que no se casó hasta los cuarenta no tanto por su estado de salud como por no haber tenido tiempo de pensar en el matrimonio.

Kenzo tenía dos hermanos, Taeko y Ryuji. Taeko vivía en Shanghái debido al trabajo de su marido, así que no tuvo nada que ver con el asesinato. Ryuji, que en aquella época trabajaba como médico en Osaka, tampoco se encontraba en la mansión la noche del homicidio. Sin embargo, llegó justo después del suceso y por tanto hay que mencionarlo. Tenía treinta y cinco años en ese momento.

Tras el nacimiento de Ryuji, doña Itoko no pensaba tener más hijos. Pero diez años después nació un niño, y después de ocho más nació una niña: Saburo y Suzuko. Saburo, el tercer hijo, tenía veinticinco años, y Suzuko, la segunda hija, diecisiete.

Saburo era la oveja negra de la familia. Lo echaron del instituto y se matriculó en una escuela técnica de Kobe, pero también fue expulsado de allí. Desde entonces pasaba los días en casa sin hacer nada. No era tonto, pero no tenía paciencia y su carácter era por naturaleza algo taimado.

Los lugareños lo despreciaban.

La hija pequeña, Suzuko, era muy débil. Quizá porque nació cuando sus padres ya estaban entrados en años, pero era delicada como una flor que ha brotado a la sombra. Además, tenía cierto retraso mental. Su nivel intelectual y sus maneras eran propios a veces de una niña de siete u ocho años. Sin embargo, en ocasiones mostraba lucidez y tenía un gran talento para tocar el koto.

Bueno, esa era la estirpe principal de los Ichiyanagi. Pero en la mansión vivía otra familia de la misma sangre: la de Ryosuke, primo de Kenzo y sus hermanos. En aquel entonces tenía treinta y ocho años y él y su esposa Akiko tenían tres hijos. Obviamente, los niños no tuvieron nada que ver con esta terrible historia, así que los omitiremos.

Ryosuke era muy diferente a Kenzo y sus hermanos. Solo había terminado la secundaria, pero se le daban bien las matemáticas y tenía muchos conocimientos sobre la vida, así que era una persona ideal para ser administrador del clan Ichiyanagi. Por lo tanto, doña Itoko confiaba mucho en él y le consultaba cualquier cosa; recurría a Ryosuke más que a sus propios hijos, porque el mayor era difícil, el segundo estaba ausente y el tercero era un inútil. Akiko, la esposa de Ryosuke, era una mujer sumisa sin nada de especial.

Estas seis personas (doña Itoko, Kenzo, Saburo, Suzuko, Ryosuke y Akiko) vivieron tranquilamente hasta que el hijo mayor anunció su boda. La mujer con la que Kenzo iba a casarse se llamaba Katsuko Kubo y trabajaba como maestra en un colegio femenino de Okayama, la capital de la prefectura. Toda la familia se oponía al matrimonio, pero no se trataba de la personalidad de Katsuko sino de su ascendencia.

Aunque en las grandes urbes ya no se estila, en las localidades pequeñas el linaje sigue siendo muy importante. El caos social de la posguerra propició que la gente (incluso los campesinos) dejara de valorar el estatus, concepto que empezaba a estar obsoleto. A pesar de ello, la ascendencia no se podía modificar. El sentimiento de admiración, respeto y orgullo de pertenecer a un linaje importante seguía vigente en los pueblos. La buena sangre de un linaje importante no lo era desde un punto de vista eugenésico o genético, sino histórico: a pesar de las enfermedades hereditarias de la consanguinidad, una genealogía podía ser importante si había existido en su historia un señor o terrateniente poderoso. Esa ideología perdura incluso en esta época de reforma, de modo que no es difícil imaginar cuán importante sería el linaje para la familia Ichiyanagi, que tan orgullosa se sentía de haber sido propietaria de un *honjin* desde 1937.

El padre de Katsuko Kubo era un campesino que había nacido en la localidad, pero era ambicioso y se marchó a Estados Unidos con su hermano menor. Después de trabajar allí varios años, regresaron a su tierra natal con algo de dinero y crearon una explotación de frutales donde aplicaban las técnicas americanas a unos cuarenta kilómetros del pueblo. Los dos hermanos se casaron y el mayor murió después del nacimiento de Katsuko. Su esposa abandonó la casa familiar después de la muerte de su marido, de modo que la niña había sido criada por su tío. Era muy aplicada y su tío le dio todas las facilidades para que siguiera estudiando. Y, finalmente, después de terminar en la universidad femenina de Tokio, consiguió trabajo de maestra en un colegio femenino de Okayama que estaba relativamente cerca de su pueblo de origen.

En realidad, se dedicaba a la enseñanza por gusto y no porque tuviera la necesidad de ganarse la vida. La familia prosperó gracias a la plantación de frutales de su padre y su tío y, como este le guardaba las ganancias que le correspondían, tenía su propia fortuna. Sin embargo, el clan

Ichiyanagi no le perdonaba que hubiera nacido en una familia de campesinos pobres y daba a eso más importancia que a su personalidad, su educación, su inteligencia y su patrimonio. Para ellos no era más que la hija de un campesino llamado Rinkichi Kubo, y punto.

Kenzo conoció a Katsuko en una reunión de jóvenes intelectuales a la que acudió para dar una conferencia. A partir de entonces, Katsuko acudía a él para preguntarle las dudas que tenía sobre los libros extranjeros que leía. Estuvieron así un año antes de que Kenzo comunicara a su familia, de repente, que había decidido casarse con ella.

Ya he mencionado que la familia al completo se opuso a su matrimonio. Ni doña Itoko ni Ryosuke lo veían con buenos ojos, y su hermana Taeko incluso le envió una carta de protesta. Su hermano Ryuji, por el contrario, escribió a su madre diciéndole que respetaría la decisión de su hermano porque una vez decidido no era fácil hacerle cambiar de idea.

Mientras tanto, ¿cómo respondió Kenzo a las protestas? Guardó un silencio total y jamás discutió con los que estaban en contra. Finalmente, el agua apagó el fuego; a los opositores se les acabó la paciencia, las palabras e incluso la solidaridad. Finalmente todos aceptaron su derrota con los hombros encogidos y una sonrisa amarga.

Así fue como se fijó la fecha de la boda para el día veinticinco de noviembre de aquel mismo año. La noche del horrible asesinato.

Pero antes de seguir con esta historia voy a relatar algunas anécdotas que, analizándolas después, creo que fueron augurios del homicidio.

La tarde antes del acontecimiento nefasto, el veinticuatro de noviembre, doña Itoko y Kenzo estaban tomando el té en la sala de estar de la mansión Ichiyanagi, pero el ambiente era algo incómodo. Con ellos estaba la hermana pequeña, jugando con su muñeca. Como se entretenía sola y no hacía ruido, a nadie le molestaba su presencia.

—Ay, hijo, esa ha sido siempre la tradición en nuestra familia —dijo doña Itoko con modestia, porque estaba totalmente resignada.

—Pero, madre, cuando Ryuji se casó no tuvo que hacerlo. ¿Por qué ahora sí? —le preguntó Kenzo, molesto. Estaba fumando y rechazó los panecillos que le ofreció su madre.

—Porque él es el segundo hijo. Tu caso es distinto. Tú eres el heredero del clan y Katsuko será tu esposa…

—No creo que Katsuko sepa tocar el koto. Si fuera el piano, a lo mejor sí.

Discutían porque, desde hacía varias generaciones, la novia del heredero del clan debía tocar el koto durante la celebración de la boda. Tenía que ser, por supuesto, una canción emblemática tocada con el instrumento familiar. La tradición tiene una historia que contaré más adelante; la cuestión era si Katsuko, la novia, sabía tocar el koto o no.

—Madre, es imposible hacer nada a estas alturas. ¿Por qué no nos avisaste con tiempo suficiente para que Katsuko aprendiera?

—No intento estropearte la boda. Por favor, no pienses que intento avergonzarla. Pero debemos continuar con la tradición…

Cuando el ambiente empezaba a enturbiarse, Suzuko, que estaba jugando con su muñeca, los interrumpió:

—Mamá, ¿por qué no dejas que lo haga yo?

Doña Itoko la miró con sorpresa, pero Kenzo sonrió con ironía.

—¡Qué buena idea! ¡Suzuko tocará el koto! Madre, con eso servirá, ¿verdad?

Doña Itoko estaba casi convencida cuando apareció su sobrino Ryosuke.

—Suzuko, aquí estás. Mira, te he traído la caja que me pediste.

Era una caja de madera pulida y sin pintar del tamaño de una caja de mandarinas.

Doña Itoko frunció el ceño.

—Ryosuke, ¿qué es eso? —le preguntó.

—Ah, es un ataúd para Tama. Íbamos a meterlo en una caja de cartón, pero Suzuko nos regañó por usar algo tan sencillo y ordené que construyeran una de madera.

Tama era el gato de Suzuko. Al parecer había comido algo en mal estado y, después de varios días vomitando, murió esa mañana.

Doña Itoko miró la caja de madera con la frente arrugada y cambió de tema.

—Ryosuke, creemos que Suzuko podría tocar el koto en la boda. ¿Qué opinas?

—Oh, es buena idea, tía —le contestó Ryosuke con sencillez, y dio un bocado a un panecillo. Kenzo siguió fumando sin mirarlos.

En ese momento llegó Saburo.

—Hola, Suzuko. ¡Qué caja tan bonita has conseguido! ¿Quién te la ha hecho?

—¿A ti qué te importa? ¡Eres un mentiroso, Sabu! Me dijiste que me harías una caja pero no era verdad, así que se lo pedí al primo.

—Vaya, no me crees nunca, ¿verdad?

—Saburo, ¿has ido al peluquero? —le preguntó doña Itoko mirándole la cabeza.

—Ah, sí, acabo de estar allí. Oye, mamá, en la peluquería me han contado una cosa muy rara —empezó Saburo, pero como su madre no reaccionó se dirigió a Kenzo—. Hermano, ayer por la tarde pasaste por delante del ayuntamiento, ¿verdad? ¿No viste a un hombre de aspecto extraño en la puerta de la taberna?

Kenzo levantó una ceja, pero no dijo nada.

—¿De qué hombre hablas? —le preguntó Ryosuke, dándole un mordisco a su panecillo.

—Es muy extraño, veréis. Dicen que tenía una cicatriz grande que iba desde la comisura de su boca hasta la mejilla, y que en la mano derecha solo tenía tres dedos: el pulgar, el índice y el corazón. Al parecer preguntó a la tabernera por nuestra mansión, ¿os lo podéis creer? Oye, Suzuko, tú no viste a un tipo así ayer por la tarde, ¿verdad?

Suzuko miró a Saburo un segundo y movió en voz baja los tres dedos que este había mencionado, haciendo como si tocara el koto.

Doña Itoko y Saburo se quedaron mirando a la muchacha. Ryosuke desenvolvió otro panecillo sin levantar la mirada. En cuanto a Kenzo, seguía exhalando el humo del tabaco.

EL KOTO SUENA

Un *honjin* era una mansión donde se hospedaban los señores feudales del periodo Edo cuando viajaban entre su territorio y la capital. Aunque solían ser casas muy lujosas, los *honjin* de esta zona poco transitada eran de dimensiones más pequeñas que los que se encontraban en los caminos importantes como el Tokaido, la antigua carretera que comunicaba Tokio y Osaka. A pesar de todo, lo importante no era el tamaño de la mansión sino el concepto elitista de *honjin*.

Esa era la razón por la que se enorgullecían los miembros del clan Ichiyanagi. Y, como era la del heredero, aquella boda debía celebrarse por todo lo alto. Mi amigo F. me contó que, en provincias, este tipo de celebraciones son más fastuosas que en las ciudades. Tratándose de la boda del heredero de una familia como el clan Ichiyanagi, la ceremonia sería extremadamente formal y habría entre cincuenta y cien invitados.

Sin embargo, finalmente celebraron la boda en la intimidad. Por parte del novio, aparte de los que vivían en la mansión, solo acudió un tío abuelo de Kawa; ni siquiera se presentó su hermano Ryuji, que vivía en Osaka. Y por parte de la novia solo asistió su tío, Ginzo Kubo.

Aunque la ceremonia fue muy sencilla, la fiesta para los lugareños no podía serlo tanto, ya que el clan Ichiyanagi era uno de los mayores de la zona y había mucha gente trabajando para ellos: peones, criados, pastores, jardineros, cocineras, etc. La fiesta para el servicio se celebró en las cocinas de la mansión, un lugar independiente del lugar donde se reunían los invitados principales, y allí estuvieron emborrachándose hasta el amanecer.

El veinticinco de noviembre había mucha gente en la cocina de la mansión Ichiyanagi. Y a eso de las seis y media de la tarde, en el momento de mayor trasiego, un hombre entró por la puerta trasera.

—Buenas noches. ¿Se encuentra aquí el señor Ichiyanagi? Tengo algo para él.

La señora Nao era la anciana que se ocupaba de mantener el fuego de la estufa; cuando se giró se encontró con un hombre harapiento que llevaba un sombrero grande y deformado y una chaqueta desgastada para protegerse del frío. Además, llevaba una máscara que le cubría casi toda la cara. Resultaba muy sospechoso.

—¿Busca al señor Kenzo Ichiyanagi?

—Sí. Quiero que le entregue esto.

El hombre llevaba un papel varias veces doblado en su mano izquierda. Posteriormente, la señora Nao describió a la policía lo que sucedió en ese momento:

«Desde el principio me pareció muy raro. Tenía el papel sujeto entre el índice y el corazón y me pareció extraño que mantuviera la mano derecha en el bolsillo. Intenté verle la cara, pero él se giró de inmediato hacia otro lado; me obligó a coger el papel y se marchó corriendo por la

puerta por donde había entrado».

En ese momento había mucha gente en la cocina, pero nadie se imaginaba que ese hombre adquiriría después tanta importancia, así que no le dedicaron la atención que merecía.

Ahora bien, mientras la señora Nao estaba estupefacta, con el papel doblado en la mano, entró Akiko en la cocina.

—Oye, ¿has visto a mi marido?

—¿Al señor Ryosuke? Creo que ha salido.

—¡Caramba! ¿Dónde se habrá metido ahora que hay tanto por hacer? Si lo ves dile que se vista ya para la boda, por favor.

En ese momento, la señora Nao le contó lo que había pasado y le entregó el papel doblado. Era un papel pequeño, como arrancado de un pequeño diario.

—¿Es para Kenzo? Uhm…

Akiko frunció el ceño pero no le dio mucha importancia; cogió el papel doblado y se fue a la sala de estar. Ahí estaba doña Itoko con una mujer que estaba ayudándola a vestirse. A su lado estaba Suzuko, ya con el kimono puesto, tocando un koto lacado en negro con decoraciones doradas.

—Tía, ¿dónde está Kenzo?

—¿Kenzo? Creo que está en su despacho. Ah, ¡menos mal que has venido, Akiko! Por favor, ¿me ayudas a ponerme el *obi*[5]?

Cuando doña Itoko terminó de vestirse, entró Saburo con ropa de calle.

—¿Todavía no te has cambiado de ropa? —le dijo su madre—. ¿Dónde andabas?

—Estaba en el despacho.

—Seguramente estaba leyendo novelas policiacas —dijo Suzuko mientras afinaba el koto.

Saburo era aficionado a las novelas de misterio.

—¿Y por qué no voy a poder leerlas? Oye, Suzuko, ¿has enterrado ya al gato? —Suzuko siguió tocando el koto sin contestarle—. Si todavía no lo has hecho, date prisa o se convertirá en un monstruo.

—¡Qué malo eres! Enterramos a Tama esta mañana temprano.

—Este no es buen momento para hablar de esas cosas. Saburo, ten cuidado con lo que dices —lo regañó doña Itoko, frunciendo el ceño.

—Sabu, ¿tu hermano está en el despacho? —le preguntó Akiko.

—No. Creo que está en la casa de invitados.

—Akiko, por favor, dile a Kenzo que se prepare. La novia está a punto de llegar.

Akiko abandonó la sala y estaba poniéndose las sandalias para ir a la casita de invitados cuando apareció su esposo, Ryosuke.

—Ryosuke, ¿qué estabas haciendo? Cámbiate rápido, que no tenemos mucho tiempo.

—Ay, ¿por qué? La novia no llegará hasta las ocho. ¿Por qué tanta prisa? Y tú, ¿a dónde vas?

—Voy a la casa de invitados, a buscar a Kenzo.

Allí estaba Kenzo, mirando el cielo, distraído, en el porche de la casita de invitados. Cuando notó la presencia de Akiko, le dijo:

—Hola, Aki. Parece que el tiempo va a cambiar, ¿verdad? Bueno, dime. Ah, ¿esto es para mí? ¿Sí?

Kenzo situó a la luz la nota que Akiko acababa de entregarle y, después de leerla, le

preguntó:

—Aki, ¿quién te ha dado esto?

La mujer, que estaba de rodillas arreglando las flores de un jarrón cercano, se giró sobresaltada al oír la furia de su voz. Kenzo estaba mirándola desde arriba y su expresión era de total repugnancia.

—No lo sé. La señora Nao dice que lo trajo un hombre que parecía un vagabundo. ¿Qué te pasa, Kenzo?

El hombre seguía mirando a Akiko con severidad. Un momento después, rompió la nota. Estaba buscando un lugar para tirarla pero terminó guardándosela en la manga del kimono.

—Kenzo, dice mi tía que te vistas.

—Ah, sí. Akiko, por favor, cierra la puerta al salir.

Y dicho esto, Kenzo se marchó de la casa.

* * *

Todo esto ocurrió alrededor de las siete de la tarde. Una hora después llegó la novia acompañada por el alcalde del pueblo y en ese momento comenzó la ceremonia. A continuación describiré brevemente lo que sucedió.

Como he mencionado con anterioridad, había pocos invitados. Por parte del novio estaba doña Itoko, Saburo, Suzuko, Ryosuke y su esposa, y su tío abuelo Ihei, un hombre de setenta y tantos años que vivía en Kawa; por parte de la novia, solo su tío Ginzo Kubo. El alcalde había sido invitado como testigo, pero en realidad no tenía ningún papel importante en la boda.

Cuando la parte formal de la ceremonia terminó, sacaron el viejo koto de la familia para que Suzuko lo tocara, tal como habían acordado. Como sabemos, aunque Suzuko era deficiente mental tenía una gran habilidad con el koto. Dice la gente que el instrumento y la intérprete contribuyeron a que la celebración de esa noche fuera todavía más bella.

Sin embargo, a Katsuko le pareció extraño, porque no es habitual que suene el koto en una boda y porque no conocía la canción que había tocado Suzuko. Entonces doña Itoko dio una explicación a los invitados:

—En una de las generaciones anteriores de nuestra familia hubo una mujer que tocaba muy bien el koto. Un día recibió a la hija de un señor feudal muy importante que viajaba hacia el oeste del país para casarse y tocó a su distinguida huésped una canción llamada *Oshidori no uta*, «La canción del mandarín»[6], que ella misma había compuesto. A la novia le encantó el detalle y posteriormente regaló a su anfitriona un koto llamado Oshidori. Desde entonces existe la tradición de que la novia toque esa canción durante la ceremonia.

Al escuchar la historia, Katsuko se quedó impresionada.

—Entonces, ¿tendría que haber tocado yo?

—Así es. Pero como no sabíamos si sabías tocar el koto, no quisimos ponerte en un apuro y acordamos que Suzuko lo tocara en tu lugar.

Katsuko se quedó callada, pero su tío Ginzo respondió por ella.

—Si la hubiera avisado con antelación, Katsuko lo hubiera tocado.

—Anda, cuñada, ¿tú también tocas el koto? No lo sabía —le dijo Suzuko.

—Suzuko, Katsuko será a partir de hoy una buena compañera para ti. No solo sabe tocar el koto, sino que podría darte clases.

Doña Itoko y Ryosuke no dijeron nada, pero Kenzo intervino en voz baja.

—Entonces que Katsuko se quede con ese koto.

Doña Itoko se quedó callada y el ambiente empezó a enrarecerse, hasta que un comentario sagaz del alcalde lo cambió todo.

—Si hubiéramos sabido que la novia tocaba el koto, se lo habríamos pedido. Después habrá una fiesta en la casa de invitados, ¿verdad? ¿Qué le parece, señora, si pedimos a Katsuko que toque algo?

—Me parece una idea excelente. Así lo haremos. Pero como Suzuko ya ha tocado *La canción del mandarín*, tendremos que pedirle otra. Algo que le guste y que sea alegre.

Así fue como se programó que Katsuko tocara el koto más tarde esa misma noche.

Poco después de las nueve terminó la ceremonia de la boda, aunque la verdadera fiesta apenas había comenzado, tanto en la sala donde estaban los invitados oficiales como en la amplia cocina de la mansión donde se había reunido la servidumbre.

En su noche de bodas, los novios deben enfrentarse a una serie de pruebas que, sobre todo en provincias, son muy difíciles. Kenzo y Katsuko tenían que atender tanto a los invitados especiales como a los trabajadores de la mansión.

En la cocina se emborracharon rápidamente con sake y algunos empezaron a cantar canciones vulgares. En el salón principal no perdieron la compostura y solo se emborrachó el tío abuelo Ihei.

Aunque su apellido era Ichiyanagi, había abandonado la mansión en su juventud y desde entonces vivía en Kawa. Como es el caso de la mayoría de los ancianos, era una persona difícil y tenía fama de ponerse agresivo cuando se emborrachaba. Como él era uno de los que se habían opuesto al matrimonio, el alcohol le soltó la lengua y terminó ofendiendo a los novios. Al final, pasadas las doce de la noche, decidió volver a su casa, a pesar de que todos le decían que se quedara a dormir allí.

—Saburo, ¿por qué no lo acompañas? —le preguntó Kenzo. Aunque parecía no prestar atención a la lengua venenosa de su tío abuelo Ihei, quizá preocupado por la hora ordenó a su hermano menor que lo acompañara—. Y puedes quedarte en su casa, si se hace muy tarde.

Todos se reunieron en la puerta para despedir a Ihei y se sorprendieron al ver que nevaba copiosamente. La gente de aquí no acostumbra a ver la nieve y esa noche descubrieron que se habían acumulado más de nueve centímetros. Todos estaban sorprendidos. Bien pensado, la nevada ocupó un papel importante en este horrible crimen.

Volviendo al tema: era aproximadamente la una de la madrugada cuando los novios se fueron a la casita de invitados para hacer el brindis antes de dormir[7]. Tiempo después, Akiko describió esta escena:

«Fuimos la sirvienta y yo quienes llevamos el koto a la casita. Allí se llevó a cabo el brindis, en el que solo estuvimos presentes mi tía, mi marido y yo. Saburo se había marchado con mi tío abuelo y Suzuko ya se había acostado. Y sí; después de tomar unas copas, Katsuko tocó el koto. Cuando terminó, apoyamos el instrumento contra la pared y dejamos allí también la cajita de púas. Pero no recuerdo si en ese momento la catana estaba en el anaquel».

El ritual terminó alrededor de las dos de la madrugada. Los invitados volvieron a la mansión

y los novios se quedaron solos. A esa hora todavía seguía nevando.

Dos horas después, la gente escuchó un terrible grito y el sonido fuerte y extraño del koto.

LA GRAN TRAGEDIA

Cuando se metió en la cama de la habitación que le habían asignado en la mansión Ichiyanagi, Ginzo Kubo se sentía muy cansado.

Era normal. Había trabajado mucho en la organización de la boda de su sobrina. Al principio, como conocía bien la mentalidad y las costumbres conservadoras de la gente de provincias, no había estado demasiado conforme con la boda. Dudaba que el matrimonio con un miembro del clan Ichiyanagi, para el que habían trabajado en el pasado tanto su hermano como él, pudiera hacer feliz a Katsuko.

Sin embargo, el fuerte deseo de Katsuko y la opinión de su esposa lo convencieron de aceptar el matrimonio. «¡Qué contento estaría tu hermano si viviera! —le dijo su mujer—. Casarse con un miembro del clan Ichiyanagi es un privilegio, ¿no crees?».

Ginzo y Rinkichi, el padre de Katsuko, emigraron a Estados Unidos cuando eran jóvenes. Como Rinkichi era mayor que él, respetaba profundamente los valores tradicionales de la sociedad japonesa. Por esa razón, el comentario de su esposa hizo que cambiara de idea.

—Es cierto. Si mi hermano siguiera vivo, estaría encantado con este matrimonio.

Y decidió aceptar la boda a pesar de sus reticencias.

A partir de ese momento, Ginzo dedicó todas sus energías a la organización del enlace.

Supervisó hasta el último detalle para evitar que Katsuko se sintiera humillada o que hiciera el ridículo ante los Ichiyanagi. En Estados Unidos había aprendido a organizarse de forma eficaz. No escatimó en gastos y ordenó traer numerosos kimonos de las tiendas más importantes de Kioto y Osaka.

—Te lo agradezco mucho, tío, pero ¿qué voy a hacer con tantas cosas?

Katsuko se sentía avergonzada y sorprendida, e incluso lloró de emoción, pero los detalles de su tío no fueron en vano.

El día de la boda, la novia y Ginzo acudieron a casa del alcalde para cambiarse de ropa. A continuación partieron hacia la mansión del novio con varias carretas llenas de muebles y artículos personales de lujo. Katsuko estaba tan guapa con su vestido de novia que todo el mundo se quedaba mirando. Su aspecto impresionó no solo a los campesinos, sino a los miembros del clan Ichiyanagi, que se consideraban de la alta sociedad. Al recordarlo, Ginzo se sintió feliz. «Mi hermano estaría muy contento», se dijo a sí mismo, emocionado, sin poder contener las lágrimas.

Al parecer, la fiesta todavía seguía en la cocina; se oía a alguien cantando una canción vulgar. El ruido no dejaba dormir a Ginzo, pero tras muchas vueltas en la cama por fin cayó rendido. No sabe cuánto tiempo durmió, pero estaba soñando algo desagradable y se despertó repentinamente. Creía haber escuchado un grito.

Segundos después se incorporó. No había sido un sueño. Escuchó el estremecedor grito de nuevo, rompiendo el silencio de la noche, pero no sabía si era un hombre o una mujer; de inmediato se oyeron pasos apresurados.

En cuanto identificó que los gritos provenían de la casa de invitados, Ginzo empezó a vestirse. Se puso la bata sobre el pijama a toda prisa y encendió la luz de la habitación para ver la hora en su reloj de muñeca. Eran las cuatro y cuarto de la madrugada.

En ese momento oyó los acordes caóticos del koto; alguien estaba tocando sus trece cuerdas. Después se escuchó un estrépito, como el de una puerta al caerse, y el silencio regresó.

Parecía que la fiesta de la cocina ya había terminado.

Ginzo abrió la puerta que daba al jardín presintiendo que había ocurrido algo malo. Ya había dejado de nevar y en el cielo había dibujada una esbelta luna, como un hilo de luz fría. El jardín estaba cubierto de una capa de nieve tan mullida que parecía de algodón.

Una silueta se acercaba a él por la nieve.

—¿Quién anda ahí? —preguntó Ginzo.

—Ah, señor, ¿usted también ha oído el ruido?

Ginzo no lo conocía. Era un peón de los Ichiyanagi que se llamaba Genshichi.

—Sí, lo he oído. ¿Qué habrá pasado? Espera un momento, iré contigo —le dijo Ginzo.

Se puso el abrigo sobre la bata, se calzó las sandalias y salió a la nieve del jardín. En ese momento se oyeron las puertas de varias habitaciones. Doña Itoko se asomó y preguntó:

—Genshichi, ¿eres tú? ¿Qué eran esos gritos?

Suzuko estaba escondida detrás de su madre.

—No lo sé, señora, pero creo que pedían auxilio —contestó Genshichi, temblando de miedo.

Ginzo cruzó el jardín hacia la pequeña puerta de bambú que separaba la mansión de la casita de invitados. En ese momento, Ryosuke llegó corriendo de su casa, que estaba al sur de la mansión.

—Tía, ¿qué ha pasado? ¿Qué ha sido…?

—Ay, Ryosuke. Por favor, ¿podrías ir a ver si ha pasado algo en la casa de invitados?

Ginzo empujó la puerta, pero tenía puesto el cerrojo y no se abrió. Ryosuke la golpeó con el hombro varias veces sin éxito. La puerta parecía frágil, pero era más resistente de lo que aparentaba.

—Genshichi, tráeme un hacha —le ordenó Ryosuke.

—Sí, señor.

Mientras Genshichi corría a buscar el hacha, se oyó un «tilín, tilín» como si alguien tocara una cuerda, seguido por el zumbido de algo cortando el aire.

—¿Qué ha sido ese ruido?

El reflejo de la nieve los hacía parecer muy pálidos.

—¡Genshichi! ¿Qué estás haciendo? ¡Ve a por el hacha, rápido!

Cuando Genshichi regresó, también aparecieron los demás. El grupo lo encabezaba doña Itoko, seguida por Suzuko, las sirvientas y los peones. Poco después llegó Akiko, la esposa de Ryosuke, con una lámpara de papel.

Genshichi golpeó la puerta con el hacha una y otra vez hasta que las bisagras se rompieron. Cuando Ryosuke estaba a punto de atravesarla, Ginzo lo paró agarrándole el hombro.

El hombre se detuvo ante la puerta destruida y miró el jardín de la casa de invitados.

—No hay rastro de pisadas —dijo en voz baja. A continuación, se dirigió a los demás—: Quedaos aquí, por favor. Vosotros dos, seguidme. Con cuidado; intentad no remover demasiado la nieve. Por favor, préstame la lámpara.

En caso de emergencia, la clase social no tiene ninguna importancia. Las palabras de Ginzo contenían tal fuerza que nadie protestó. Ryosuke fue el único que no pudo reprimir su irritación ante las órdenes de aquel hombre al que consideraba un campesino. Puede que su enfado hubiera sido menor de haber sabido que había terminado la universidad en Estados Unidos, a pesar de las dificultades económicas.

A la izquierda de la puerta había una valla que rodeaba el jardín, cubierto de una capa de nieve intacta que parecía algodón. Había una luz encendida en la casa.

Los tres corrieron hacia la entrada, en el lado este. En ella había dos puertas de color ocre rojo: la primera era una sencilla verja y la otra era de madera maciza. Ambas estaban cerradas y no se movieron por mucho que tiraron y empujaron. Ryosuke y Genshichi gritaron el nombre de Kenzo y golpearon la puerta, pero no hubo ninguna respuesta.

Ginzo estaba muy serio. Se alejó de la entrada, saltó la valla y rodeó la casa hacia el sur. Los otros dos hombres lo siguieron. Pero una vez más encontraron la puerta, pintada de ocre rojo, totalmente cerrada. Ryosuke y Genshichi la aporrearon y llamaron a Kenzo varias veces, pero no recibieron respuesta.

A continuación se dirigieron al oeste. De repente, Ryosuke se detuvo y gritó.

—¿Qué pasa? —le preguntaron los demás.

—Mi… Mirad.

Ginzo y Genshichi se giraron y siguieron el dedo tembloroso de Ryosuke. Ambos contuvieron el aliento.

A un par de metros de la casa había una farola de piedra, y junto a ella, una catana clavada en la tierra.

Cuando Genshichi la vio quiso correr hacia ella, pero Ginzo lo detuvo.

—¡No la toques! —le advirtió. Levantó el farol para alumbrar el suelo; apartó unas plantas que le estorbaban, pero no encontró rastros ni pisadas.

Mientras tanto, Ryosuke revisó las puertas una a una, pero tampoco encontró ninguna anomalía.

—Señor, ¿quiere que me asome desde arriba? —preguntó Genshichi a Ryosuke.

—Sí, por favor.

Entre el baño y la fachada de la casa había una pileta tradicional de piedra tallada. El sirviente se subió al borde y se asomó por la pequeña rejilla que había sobre la puerta.

Esto provocó grandes discusiones posteriormente, en el marco de la investigación, de modo que explicaré brevemente cómo era esta rejilla: sobre las puertas había una viga de madera empotrada que dejaba un espacio que servía de tragaluz. Esta rendija medía unos quince centímetros de ancho, por lo que ninguna persona habría podido pasar por allí. Tanto las vigas como las puertas estaban pintadas de ocre rojo, como he mencionado al iniciar el relato.

—Una de las puertas correderas está abierta, y también una de las ventanas interiores, pero… —les explicó Genshichi, mirando a través del pequeño espacio—. Hay un biombo tapándome la vista. No puedo ver nada más.

—¡Kenzo! ¡Katsuko! —gritaron de nuevo, pero no contestó nadie—. No hay otra manera,

vamos a tener que echar la puerta abajo.

Genshichi fue corriendo a por el hacha que había dejado junto a la puerta de bambú. Ginzo y Ryosuke se quedaron a esperarlo, pero en ese momento escucharon pasos por el bancal que había detrás de la casa y corrieron hacia la esquina del baño.

—¿Quién está ahí?

Junto al baño había un alcanforero, detrás del cual se escuchó una voz.

—¿Es usted, señor Ryosuke?

—Sí. ¿Shu? ¿Qué estás haciendo ahí?

—Escuché ruidos y unos gritos, y vine a ver. Y entonces escuché su voz.

—¿Quién es? —preguntó Ginzo a Ryosuke.

—Es uno de mis hombres, se llama Shukichi. Descascarilla el arroz para mí en el molino que hay ahí detrás.

Ya he comentado que junto a la mansión Ichiyanagi pasaba un arroyo en cuya orilla había un molino de agua abandonado. En aquella época estaba activo y Shukichi trabajaba allí desde antes del alba. Eso hacía que este homicidio fuera más misterioso. ¿Por qué? Sigamos con la conversación:

—Shukichi, dices que has salido del molino al oír los gritos. ¿No has visto a nadie? —le preguntó Ginzo.

—No, no he visto a nadie. En cuanto oí los gritos salí del molino, y me detuve un momento en el puente. Entonces oí música de koto y subí rápidamente el terraplén, pero no vi a ninguna persona, ni siquiera una sombra.

Justo en ese momento, Genshichi llegó con el hacha. Ginzo le pidió a Shukichi que vigilara y regresó al jardín.

Ryosuke ordenó a Genshichi que rompiera la puerta oeste. En cuanto abrió una grieta, metió la mano para quitar el cerrojo y abrir la puerta.

Cuando por fin consiguieron entrar, se quedaron anonadados. Era una escena horripilante y sangrienta.

Kenzo y Katsuko estaban cubiertos de sangre y de heridas de espada. Toda la habitación estaba pintada de sangre: la cama nueva, los tatamis que acababan de cambiar, el biombo dorado. En lugar del dormitorio de unos recién casados, parecía el infierno.

Genshichi se quedó paralizado al ver la escena. Ginzo lo agarró del hombro y lo sacó de la habitación.

—Vete a llamar al médico y a la policía. Y no dejes que nadie pase más allá de la puerta de bambú.

Cuando el sirviente se marchó, Ginzo miró los dos cadáveres con una mezcla de ira y temor, y después examinó la estancia.

Lo primero que le llamó la atención fue el koto de los Ichiyanagi. El lujoso instrumento, lacado en negro y con dibujos dorados, estaba junto a Katsuko como si acompañara el espíritu de la difunta. El koto tenía manchas de sangre sobre sus doce cuerdas, como si alguien lo hubiera tocado con los dedos ensangrentados. Y digo «doce» porque una cuerda se había roto y estaba enrollada en el mástil. Además, uno de los puentes del instrumento había desaparecido.

¡Había una cuerda rota y faltaba un puente!

Ginzo comprobó si todas las ventanas y puertas estaban cerradas y, en efecto, no encontró

nada anormal. Revisó el armario empotrado del dormitorio, el aseo al oeste de la casa y otro armario más pequeño. Al final del porche había una pequeña ventana, pero tampoco encontró nada.

Volvió a la habitación y le dijo a Ryosuke, que parecía distraído:

—¡Qué extraño! No hay nadie escondido, pero tampoco he encontrado ningún lugar por donde pueda haber escapado el asesino. A lo mejor…

Ryosuke debió entender lo que Ginzo intentaba decir. Sacudió la cabeza.

—No puede ser. No puede ser. Mira el biombo…

En el biombo dorado había huellas de dedos con sangre todavía fresca, pero solo de tres dedos: pulgar, índice y corazón. Además, en esas huellas había algo extraño e inexplicable.

EL NUEVO USO DE LAS PÚAS DEL KOTO

Fue mi amigo F. quien me proporcionó la mayor parte de la información de esta historia. Su padre, ahora difunto, le había dejado una crónica. Había sido médico en aquel pueblo y fue él precisamente el primero en llegar a la escena.

Al parecer, el asesinato de la mansión Ichiyanagi llamó mucho la atención del doctor F. y, por ello, dejó un registro del caso muy detallado. Sus notas se conservan todavía y me estoy basando en ellas para escribir este relato. En sus archivos encontré un plano de la casa de invitados. Este nos será de mucha ayuda para entender la historia, de modo que lo copiaré aquí.

Cuando el doctor F. y el agente de la policía local acudieron a la mansión Ichiyanagi tras el aviso de Genshichi, eran alrededor de las seis de la mañana. Casi había amanecido. Al ver la escena, el oficial llamó de inmediato a la comisaría de la localidad más grande de la región, Socho, y desde allí informaron a la central de la prefectura de Okayama. Poco a poco fueron llegando las distintas brigadas; debido a lo aislado del lugar, cuando por fin estuvieron todos casi era mediodía.

Obviamente, la policía inspeccionó el lugar de los hechos e interrogó a los involucrados. Sería largo y aburrido que diera aquí todos los detalles, así que contaré brevemente las conclusiones a las que llegó Isokawa, el inspector al mando de la investigación, tras la inspección del lugar.

El primer misterio era, sin duda, la ausencia de pisadas sobre la nieve. Cuando el inspector Isokawa llegó a la casa, cerca de las once de la mañana, la nieve se estaba derritiendo. Sin embargo, según los testimonios de Ginzo, Ryosuke y Genshichi, no había ninguna huella en la nieve del jardín. Y esto inquietaba a Isokawa. ¿Cómo era posible que no hubiera huellas?

Veamos el plano que he mencionado. Al norte de la casa de invitados había un terraplén; entre este y la casa se extendía un solar vacío de unos dos metros de ancho sobre el que no había caído nieve debido a la protección del bambú; sobre la tierra se encontraron varias huellas de zapatos. Además, en la pared del bancal había marcas de haber resbalado. Eso significaba que alguien había descendido por allí hacía poco. Y las huellas, como se puede observar en el plano, se dirigieron al este y desaparecieron al acercarse a la casa, cubiertas por la nieve. Sin embargo, se encontraron huellas del mismo calzado en la entrada.

Las huellas encontradas eran de unos zapatos viejos y deformados; nadie del clan Ichiyanagi tenía zapatos así, por lo que no había duda de que pertenecían al asesino. Eso quiere decir que el sujeto descendió el terraplén, se dirigió por el este hacia la casa y entró por la puerta principal. ¿A qué hora? Para determinarla, se ayudaron de la nevada.

Aquella noche había empezado a nevar alrededor de las nueve de la noche y continuó hasta

las tres de la madrugada. De este modo, el asesino debió entrar en la casa entre las nueve de la noche y las dos de la madrugada, antes de que la nevada cesara. Como las huellas encontradas en la entrada no parecían las de alguien que hubiera caminado por la nieve, dedujeron que el sujeto había entrado alrededor de las nueve de la noche.

Akiko declaró que había cerrado la puerta a las siete de la tarde y que a esa hora no había huella alguna; esto indicaba que el sujeto entró después. En resumen: el asesino accedió a la casa entre las siete y las nueve de la noche. Si tenemos en cuenta que en ese momento se estaba celebrando la boda, resultaba lo más lógico.

Analicemos ahora qué hizo después. Si observamos el plano, veremos que delante del aseo hay un armario empotrado. Debió esconderse allí, ya que había señales de que alguien había estado acostado sobre la vieja ropa de cama. Además, allí estaba la funda de la catana que se había utilizado como arma.

Esta catana pertenecía al clan Ichiyanagi y había estado colgada en la pared del dormitorio. Al parecer, el sujeto la cogió antes de esconderse; es decir, que durante la última parte de la ceremonia, a la una de la madrugada, ya no estaba allí. Pero nadie se dio cuenta porque el biombo tapaba ese punto.

Lo extraño era la hora del asesinato. Los novios se fueron a la cama, como muy tarde, a las dos de la madrugada. ¿Por qué esperó el asesino hasta las cuatro para cometer el crimen? Se pueden suponer varias razones, pero lo más coherente sería pensar que fue debido a la noche de bodas. Puede que Kenzo y Katsuko no se durmieran de inmediato y es posible que el sujeto estuviera esperando a que ambos se quedaran dormidos. Pero recordemos la ubicación del armario empotrado.

Este armario empotrado estaba detrás del *tokonoma*[8] por lo que el asesino debió oír todo lo que ocurrió en el dormitorio esa noche.

Ese detalle fue el que más horrorizó a la gente; incluso Ginzo se entristeció al escuchar la teoría. Pero volvamos al tema: cuando los novios se quedaron dormidos, el sujeto salió del armario con la catana y se dirigió a la habitación por el este. Pero antes de entrar hizo algo extraño o, más bien, fue algo que no hizo.

Junto al *tokonoma* había unas ventanas que daban al porche y la ventana más cercana estaba ligeramente abierta. Como he mencionado antes, después de que Katsuko terminara su interpretación, Akiko dejó la caja de las púas de dedo del koto en la esquina, justo debajo de esa ventana abierta. Al parecer, el sujeto sacó la mano por la ventana para coger la caja y colocarse las tres púas en los dedos.

Esta hipótesis se basa en las marcas de sangre que quedaron en el biombo dorado. En el capítulo anterior apunté que estas marcas eran extrañas debido a que no había en ellas huellas dactilares: eran marcas hechas con las púas del koto en lugar de con los dedos.

Es necesario recordar que las púas para tocar el koto son una especie de fundas que se colocan sobre las yemas de los dedos, tapando las huellas dactilares. Es de suponer que el asesino lo sabía y que por eso se las puso antes del crimen. Las tres púas se encontraron, ensangrentadas, en una repisa del baño. La policía no tenía dudas sobre el escenario: el sujeto, con las púas puestas y la catana en la mano, se introdujo en el dormitorio y atacó primero a Katsuko. Ella intentó resistirse y forcejeó un poco, pero cayó rápidamente.

El ruido despertó a Kenzo, que saltó de la cama. El asesino le golpeó la nariz y le cortó desde

el hombro izquierdo hasta el brazo. Kenzo no se rindió y se lanzó sobre Katsuko para alcanzar al sujeto, que en ese momento le asestó el golpe mortal que le atravesó el corazón.

Esta fue la teoría del inspector Isokawa tras un examen exhaustivo de la escena. Pero, después de este análisis, lo ocurrido seguía siendo un completo misterio.

He mencionado anteriormente que el sujeto había tocado el koto con los dedos llenos de sangre. ¿Por qué lo había hecho? También quedaba el misterio de la cuerda rota y del puente desaparecido del instrumento, que no fue encontrado en la casa.

La mayor incógnita era averiguar por dónde había escapado el sujeto. Como ya sabemos, todas las puertas de la casa estaban cerradas por dentro y no había ningún espacio por donde hubiera podido escapar una persona.

Sin embargo, era obvio que el asesino había salido al porche después de tocar el koto porque las púas ensangrentadas estaban en el baño. Además, junto a la puerta se encontró un pañuelo lleno de sangre. Poco después se descubrieron unas huellas ensangrentadas en el interior de la puerta que echaron abajo. Al parecer, el asesino las había dejado después de quitarse las púas.

Todo esto parecía indicar que el sujeto había salido o intentado salir por esta puerta. No se sabía a ciencia cierta si el cerrojo había estado puesto. En teoría lo había quitado Ryosuke, que se enfadó cuando lo interrogaron al respecto.

—Por supuesto que estaba puesto. Genshichi hizo un agujero con el hacha y yo metí la mano y quité el cerrojo. Es imposible que el culpable saliera por ahí. Además, ¿en ese caso no habría pisadas en el jardín? La nieve estaba intacta. Ni Genshichi, ni el señor Ginzo ni yo vimos nada.

Ginzo asintió sin decir nada. En su mirada, clavada en el perfil de Ryosuke, había sospecha.

Retrocedamos un poco.

Ginzo se quedó junto al cadáver de su sobrina hasta el amanecer, pero cuando llegó la policía se relajó y salió de la casa. Eran alrededor de las siete y los primeros rayos de sol brillaban sobre la nieve que se había acumulado sobre el tejado de la mansión. Iba a hacer un buen día; el tiempo era muy diferente al de la noche anterior. Por todas partes se escuchaban las gotas de nieve derretida que caían del tejado.

Sin embargo, los ojos de Ginzo no veían el paisaje y sus oídos no escuchaban sonido alguno; estaba abstraído. Tenía los labios apretados por un dolor en cuyo fondo latían la ira y el remordimiento.

Caminó hacia la mansión perdido en sus pensamientos. Justo en ese momento llegó Saburo, que la noche anterior había acompañado a su tío abuelo a Kawa. Estaba muy asustado. Alguien debió enviarle un mensajero avisándolo de lo ocurrido, pero traía un acompañante inesperado: un señor bien vestido de treinta y cinco o treinta y seis años, con la cara redonda y con un bigote muy bien arreglado. Al verlo, doña Itoko se sorprendió.

—¡Ryuji! ¿Qué haces aquí?

—Madre, Genshichi me ha dicho que ha ocurrido algo horrible.

Al parecer él también estaba asustado, aunque no tanto como Saburo.

—Así es, aunque todavía no sabemos nada. Pero, Ryuji, ¿qué haces aquí? ¿Cuándo has llegado?

—Vengo de Fukuoka. Estaba en un congreso que ha terminado antes de lo esperado, así que pensé en felicitar a mi hermano recién casado. Llegué a la estación de Kiyo hace un rato. Antes de venir aquí pasé por Kawa para ver al tío abuelo y preguntarle qué tal la boda, y entonces llegó

Genshichi.

Ginzo, que estaba mirándolo, al escuchar la última frase abrió los ojos con sorpresa y severidad. Estaba mirándolo tan fijamente que Ryuji empezó a sentirse incómodo; se dirigió a doña Itoko, inquieto, y le preguntó:

—Madre, ¿quién es…?

—Ah, es el tío de Katsuko. Señor Ginzo, este es mi hijo Ryuji.

Ginzo asintió a modo de saludo y se marchó a su habitación a reflexionar. «Ese hombre estaba mintiendo», pensó. Sacó un formulario de telegrama de su maleta, pensó un momento y escribió:

«Katsuko ha muerto. Que venga Kindaichi».

El telegrama estaba dirigido a su esposa.

Más tarde acudió a la oficina de correos de Kawa para enviarlo.

LA HOZ Y EL PUENTE DEL KOTO

—¡Qué asesinato tan siniestro! ¡Qué lúgubre! Llevo muchos años en la policía y estoy acostumbrado a ver casos violentos y sangrientos. Ya no me sorprende nada, pero cuanto más analizo lo ocurrido, más espeluznante me parece. ¡Qué siniestro! Oye, Kimura, ¿cómo es posible que el sujeto dejara huellas al entrar a la casa, pero saliera sin dejar rastro?

El inspector Isokawa, además de lamentar la desafortunada situación, estaba intentando reconstruir una nota en una mesa que habían colocado en el porche de la casa de invitados. El joven Kimura, que estaba ayudándolo, contestó:

—Inspector, ¿por qué no lo pensamos de una manera más simple?

—¿Más simple?

—Veamos. Si Ryosuke hubiera mentido, no habría ningún misterio. El único que sabe si el cerrojo estaba puesto es él, de modo que jamás sabremos si miente.

—Es cierto, pero también está la cuestión de las pisadas.

—No sigamos dos líneas de investigación al mismo tiempo. Dejemos las pisadas de lado hasta que volvamos a examinar el jardín. ¿Qué motivo podría tener Ryosuke para mentir?

—¿Se te ocurre algo?

—Puede que sepa algo, que conozca quién es el asesino.

—Pero que sepa quién es el asesino y que no estuviera puesto el cerrojo son dos cosas diferentes.

—No creo. Esa es precisamente su intención, confundirnos. Ese tipo me da mala espina. Creo que oculta algo.

—Kimura, no hay que juzgar a las personas por la primera impresión. Eso podría llevamos por el camino equivocado.

Sin embargo, el inspector Isokawa tampoco se había llevado una buena impresión de Ryosuke.

Los hijos de Ichiyanagi parecían distinguidos, de clase alta. Incluso Saburo, la oveja negra de la familia, tenía un porte noble. Ryosuke, en cambio, parecía inferior a ellos, empezando por su complexión física: era bajito y delgado, inquieto e interesado, y sus ojos mostraban esta naturaleza. Su mirada inquieta siempre examinaba la cara de la gente. Aparentaba ser tímido, pero también daba la impresión de ser calculador y presuntuoso.

—Es primo de Kenzo, ¿verdad? —preguntó Isokawa.

—Así es. No tiene autoridad dentro de la familia. Kenzo, como la mayoría de los académicos, no se encargaba de la economía familiar, y se dice que Ryosuke estaba aprovechándose de esa situación.

—¿Y Ryuji? Resulta sospechoso que haya llegado de repente.

—Ah, Ryuji. Tiene buena reputación. Los lugareños lo consideran simpático y accesible. Trabaja en el hospital de la Universidad de Osaka y, según él, estuvo en un congreso de la Universidad de Kyushu y pasó por aquí al volver. Es fácil comprobar si esto es cierto, así que no creo que esté mintiendo.

—Uhm… Dices que Ryosuke está protegiendo al asesino. Eso significaría que conoce al hombre de los tres dedos. ¿Estás de acuerdo? Pero, según la dueña de Kawadaya, se trataba de un hombre de aspecto miserable, un vagabundo.

Kawadaya era la taberna frente al ayuntamiento donde se detuvo el hombre de los tres dedos al comienzo de esta historia.

Hay algo que debo mencionar. En este momento, el inspector Isokawa ya había interrogado a los Ichiyanagi, por lo que conocía la existencia del extraño hombre de los tres dedos. Fue Saburo quien habló al policía de este hombre. Cuando se enteró de que habían encontrado huellas de tres dedos en la casa de invitados, recordó lo que había escuchado en la peluquería unos días antes.

El inspector, tras escuchar el relato de Saburo, envió a un policía a Kawadaya para interrogar a la tabernera sobre el aspecto del hombre. Además, el policía se llevó el vaso que había usado para beber agua. Como he dicho antes, la tabernera no había vuelto a usarlo porque le daba asco, así que allí seguían sus huellas dactilares. El inspector lo envió al laboratorio.

Al oír a Saburo, Akiko recordó al hombre misterioso que había aparecido en la cocina poco antes de la boda. Entonces llamaron a la señora Nao y al resto de personas que estaban en la cocina en ese momento para interrogarlas, y llegaron a la conclusión de que se trataba del mismo individuo, el hombre de los tres dedos. Además, Akiko recordó la nota que había dejado e informó de que Kenzo se la había guardado en la manga del kimono al terminar de leerla.

El inspector Isokawa ordenó que buscaran el kimono que Kenzo había llevado y encontraron la nota hecha pedazos. Eso era lo que Isokawa y Kimura estaban reconstruyendo minuciosamente en ese momento.

* * *

—Kimura, ya falta poco. ¿No encuentras el trozo que va aquí? No, no es ese. Este va aquí. Y ese allí, y este… Bien, ¡terminado!

Afortunadamente estaban todos los fragmentos y el inspector consiguió restaurar la nota. Contenía un mensaje escrito a lápiz.

—¡Qué letra tan fea! Kimura, ¿cuál es la primera palabra?

—Inspector, ¿no será «Pronto»?

—«Pronto»… Sí, creo que sí. Parece que pone «Pronto cumpliré». Uhm… Sí, «Pronto cumpliré la promesa». ¿Qué pone a continuación?

—Yo diría «que te hice». ¿No te parece?

—¡Sí, tienes razón! Dice: «que te hice». ¿Qué más?

La caligrafía era muy mala y estaban leyendo una nota formada por muchos fragmentos, así que era difícil entender qué decía. No obstante, con la ayuda de Kimura lo consiguieron.

«Pronto cumpliré la promesa que te hice en la isla. Prepárate para morir. Firmado: Tu peor

enemigo».

Los dos policías se miraron desconcertados.

—¡Inspector! Es un desafío. Parece una amenaza de muerte, ¿no?

—Parece no, lo es. El asesinato tuvo lugar unas horas después de que dejaran esta nota. ¡Diablos, esto hace que el caso sea todavía más tétrico! —Isokawa se levantó de la mesa con la nota reconstruida en la mano—. Vayamos a la mansión, a ver si alguien sabe algo de esta «promesa que te hice en la isla». Al menos podrán decirnos si Kenzo ha estado en alguna isla.

El inspector se calzó las sandalias y salió al jardín. En ese momento lo llamó un joven policía que estaba examinando el lado oeste.

—Jefe, ¿puede venir? He encontrado algo extraño.

—¿Qué pasa? ¿Hay algo nuevo?

El oficial acompañó a Isokawa hasta el baño junto a la casa. Ahora sería aconsejable que consultáramos el croquis adjunto. Allí había un montón de hojas secas que el agente esparció con un palo.

—Mire.

El inspector miró el punto que le estaba indicando.

—¡Caramba! Es el puente de un koto.

—Sí, ¡es el puente que había desaparecido! Seguramente el asesino lo tiró aquí. Inspector, esto indica que el sujeto escapó por aquí. Pensaba que habría tirado el puente por una de las ventanas del baño, pero todas tienen mosquiteras metálicas y es imposible. Tampoco habría podido lanzarlo a través de la rejilla del porche debido al ángulo. Gracias a las hojas, el puente apenas se ha mojado. Mire, hay marcas de sangre.

El inspector se giró hacia la ventana del baño y después hacia la puerta, confirmando la teoría del agente.

—Muy bien. Cógelo con cuidado y envíalo al laboratorio. ¿Algo más?

—Sí, hay otra cosa. Por aquí. Mire. —El policía señaló la copa del alcanforero—. En la tercera rama contando desde abajo hay una hoz clavada. ¿La ve? Hace un momento subí para examinarla, pero está tan clavada que no he conseguido sacarla. En el mango hay un sello en el que pone «*Uehan*».

—Se le olvidaría al jardinero.

—Es cierto que hace poco estuvo aquí. Si fueran unas podaderas sería comprensible, pero parece extraño que se dejara una hoz, ¿no?

—Uhm… Tienes razón. —Después de pensar un instante, añadió—: Deja la hoz. Por favor, envía el puente del koto al laboratorio. Y vuelve a examinar esta zona, por si acaso.

Entonces se dirigió a la mansión.

Cuando llegó, todos los miembros de la familia Ichiyanagi se habían reunido en la sala de estar.

Ginzo también estaba allí, fumando su pipa sin descanso. Apenas hablaba con nadie, pero escuchaba y observaba sin discreción alguna. A los Ichiyanagi, su actitud les parecía tan turbia y asfixiante como las nubes negras y bajas a punto de soltar agua. Ryosuke y Saburo desviaban la mirada cada vez que Ginzo los observaba.

Suzuko, sin embargo, se acercó a él; había algo en aquel señor arisco que le resultaba agradable.

—Señor Ginzo —dijo Suzuko, jugueteando con los dedos del anciano—, me ha pasado una cosa muy rara…

—¿Eh?

Ginzo se la quedó mirando con la pipa en la boca.

—A medianoche se escuchó el koto, una melodía que no tenía orden ni concierto. Y después se escuchó «tilín, tilín» como si estuvieran tocando una cuerda. ¿Se acuerda de eso, señor Ginzo?

—Sí, me acuerdo. ¿Qué tiene eso que ver contigo?

—Es que… Anteanoche escuché algo parecido.

Ginzo miró a la muchacha, sorprendido.

—¿De verdad, Suzuko?

—Claro que sí. El sonido también provenía de la casa de invitados.

—¿Sonó igual que anoche?

—Es posible, pero en ese momento estaba muy dormida. Lo único que escuché con claridad fue el punteo, ese «tilín, tilín».

—¿Y a qué hora fue, más o menos?

—Ay, no lo sé. Me asusté y volví a meterme en la cama. Es que, teóricamente, esa noche no había nadie en la casita de invitados, ¿sabe? Además, el koto estaba aquí. Señor Ginzo, ¿es verdad que los gatos se convierten en monstruos al morir?

Suzuko siempre hablaba así. En un momento decía algo coherente y al siguiente empezaba a desvariar.

Pero lo que acababa de mencionar… «Anteanoche escuché algo parecido». ¿Sería importante? Estaba a punto de preguntarle más cuando llegó el inspector Isokawa.

—Señoras, señores, quisiera hacerles una pregunta: ¿Kenzo había estado alguna vez en una isla?

Los Ichiyanagi intercambiaron una mirada.

—No sé… Ryosuke, ¿tú sabes algo? Mi hijo no salía demasiado últimamente, ¿verdad?

—No importa cuándo fuera; es posible que ocurriera hace mucho. ¿Nunca viajó o vivió en una isla?

—Bueno, es posible. De joven disfrutaba viajando y visitó muchos lugares distintos. Pero, inspector, ¿tiene eso algo que ver con lo ocurrido? —le preguntó Ryuji.

—Sí, creo que podría ser importante. Por eso necesito saber los nombres de las islas en las que ha estado. Escuchen. —El policía sacó la nota restaurada que contenía la amenaza—. Hemos encontrado esta nota. La leeré y después podrán darme su opinión.

Isokawa leyó la carta en voz alta y, cuando llegó a la última parte, donde decía «Firmado: Tu peor enemigo», Saburo se puso nervioso, gimió y palideció ante las miradas interrogantes de todos los presentes.

LA REUNIÓN POLICIAL

La actitud sospechosa de Saburo había llamado la atención de todos.

—Saburo, ¿sabes algo sobre esa nota? —le preguntó Ryuji con el ceño fruncido. Bajo el atento escrutinio de los demás, Saburo se puso todavía más nervioso y tartamudeó, secándose el sudor de la frente:

—Yo… Yo… Yo…

El gesto del inspector, que estaba analizando su actitud, se volvió severo.

—Saburo, si sabes algo debes contarlo. Esta nota es muy importante.

Aunque el tono del policía no lo tranquilizó, finalmente el joven se armó de valor.

—Las tres últimas palabras de la carta… «Tu peor enemigo». He visto esas palabras antes.

—¿Las has visto? ¿Dónde?

—En uno de los álbumes de fotografías de mi hermano hay una instantánea sin título ni fecha en la que solo pone «Mi peor enemigo». Me pareció extraño y por eso se me grabó en la memoria.

Doña Itoko y Ryosuke se miraron con discreción. Ryuji dudó y frunció el ceño. Ginzo los observaba a los tres en silencio.

—¿Dónde está ese álbum?

—Debe de estar en el despacho. Mi hermano no dejaba que nadie tocara sus cosas, pero vi esa fotografía por casualidad.

—Doña Itoko, ¿podríamos ir a buscarlo?

—Claro que sí. Saburo, ¿por qué no lo acompañas al despacho?

—Yo también voy —dijo Ryuji, levantándose, y Ginzo también se incorporó para ir con ellos.

El despacho de Kenzo estaba a la izquierda de la entrada de la mansión, en la esquina sureste. Era un cuarto muy amplio de estilo occidental y tenía una media pared que lo dividía en dos. Saburo ocupaba la mitad más pequeña, la del lado de la puerta, y Kenzo la más grande. Las paredes del lado este y norte estaban forradas de estanterías llenas de libros en otros idiomas, y junto a la ventana con vistas al sur había un escritorio grande. Por último, casi en el centro de estos dos espacios había una estufa grande de metal.

—Saburo, ¿dónde está el álbum del que nos has hablado? —le preguntó Isokawa.

—Ahí, en esa estantería.

Estaba a la izquierda del escritorio de Kenzo, en uno de los estantes que quedaban al alcance de la mano estando sentado. Al parecer, Kenzo era muy ordenado: álbumes, diarios, cuadernos de recortes… Todo estaba perfectamente alineado. Cuando Saburo estaba a punto de cogerlo, el

inspector lo detuvo.

—Espera un momento, por favor.

Se detuvo ante la estantería y la observó con atención.

Kenzo era un hombre organizado. Conservaba todos sus diarios ordenados por año, desde 1917 hasta 1936, el año anterior. Eran veinte en total, todos de la misma marca tokiota, del mismo tamaño, acabado y material. Todos estos detalles dejaban entrever el carácter de Kenzo.

El inspector examinó minuciosamente los diarios. Después se giró con el ceño fruncido.

—Alguien ha tocado estos diarios. Mirad: estos tres, los de 1924, 1925 y 1926, están desordenados. Además, no tienen polvo, aunque el resto sí lo tiene. Y hay algo más.

Sacó los tres diarios con cuidado y se los enseñó. Ginzo apenas los vio un instante, pero tuvo un mal presentimiento. En los tres diarios habían arrancado varias páginas; al del año 1925 le faltaban casi la mitad de ellas y estaba totalmente desencuadernado.

—Mirad, se ve que las arrancaron hace poco. A propósito, ¿qué edad tenía Kenzo en estas fechas?

—Mi hermano mayor tenía ya cuarenta años, así que en el año 1924 tenía veintisiete —le contestó Ryuji, haciendo la cuenta con los dedos.

—Entonces estos diarios son de cuando tenía entre veintisiete y veintinueve años. ¿Qué hacía en esa época?

—Terminó la carrera en la Universidad de Kioto con veinticinco años y empezó a trabajar allí como profesor adjunto, pero dos años después contrajo una enfermedad respiratoria y renunció a su puesto. A continuación se tomó tres años sabáticos. Supongo que los diarios pertenecen a esa época.

—Es decir, que estos diarios abarcan los años desde su renuncia hasta su recuperación. La duda es quién arrancó las páginas, para qué, y qué hizo con ellas. Como he dicho, las arrancaron hace poco.

El inspector se giró bruscamente hacia Ginzo, que estaba golpeando la estufa con la pipa y tosía como si tuviera algo que decir.

—¿Sí? ¿Ha encontrado algo? —le preguntó, acercándose a la estufa. Cuando abrió la puerta de metal se quedó sorprendido: alguien había quemado allí las páginas arrancadas de los diarios y solo quedaban los restos.

—¿Quién habrá sido? ¿Y cuándo? A ver, ¿cuándo limpiaron esta estufa por última vez?

—Ayer por la tarde no estaban esas cenizas. Estuve leyendo aquí hasta las siete y yo mismo puse el carbón y encendí la estufa. Lo recuerdo bien; en ese momento no había nada dentro —dijo Saburo observando los restos. Ginzo lo miraba tan fijamente como siempre, y Saburo se ruborizó.

—Más tarde volveremos sobre ese punto. Por favor, que nadie toque esas cenizas. Saburo, ¿estos son los álbumes que decías?

Eran cinco en total. Cada uno tenía la fecha marcada en el lomo con tinta roja. El inspector extrajo el que decía «Desde 1923 hasta 1926» y lo revisó cuidadosamente sobre la mesa. Apenas había examinado seis páginas cuando Saburo lo interrumpió.

—Esa es, inspector. Esa es la foto.

La fotografía que Saburo estaba señalando era del tamaño de una tarjeta de presentación; estaba estropeada y rayada y había empezado a desvanecerse. Las instantáneas a su alrededor

habían sido tomadas por Kenzo y eran el trabajo de un aficionado. Esa fotografía, en cambio, era de estudio, como las que se pegan en las solicitudes de trabajo o en los exámenes de admisión. En ella había un hombre joven de unos veintitrés o veinticuatro años, rapado y vestido con un uniforme de cuello mao con botones dorados.

Debajo de la foto, el pie decía simplemente: «Mi peor enemigo» con la que sin duda era la letra de Kenzo. La tinta, que había sido roja, estaba ya negra.

—¿Nadie sabe quién es este hombre?

Ryuji y Saburo negaron con la cabeza.

—Saburo, ¿nunca preguntaste a Kenzo por esta foto?

—No, ¡nunca me atreví! De haber sabido que estuve mirando su álbum, se habría enfadado mucho conmigo.

—«Mi peor enemigo» son palabras muy fuertes. ¿Recordáis si ocurrió algo que pudiera estar relacionado?

—Mi hermano siempre fue muy reservado, nunca nos contaba sus cosas. Aunque hubiese vivido algún suceso desagradable, no nos lo habría contado. Lo habría guardado en secreto —le contestó Ryuji con gesto serio.

—Bueno, con vuestro permiso me llevaré esta foto.

El inspector intentó despegarla del álbum, pero estaba tan bien pegada que no pudo. Si la forzaba se rompería, así que la recortó con unas tijeras y la guardó entre las páginas de su agenda.

Tengo entendido que aquella misma noche se celebró una reunión sobre este caso en la comisaría de policía de Socho.

Desconozco cómo se organizan las reuniones de la policía. Parece que el doctor F. tampoco lo sabía y apenas dejó un resumen de la misma entre sus notas, pero imagino que la escena fue más o menos así:

—Y respecto al diario quemado… —empezó Isokawa—. ¿Recordáis que ayer por la tarde, poco antes de la boda, Akiko fue a buscar a Kenzo a la casa de invitados? Entonces él le pidió que cerrara la puerta y se marchó. Un momento después, la mujer regresó a la mansión. Se acercaba la hora de la boda y Kenzo aún no había aparecido, así que doña Itoko empezó a preocuparse y Akiko lo buscó de nuevo y lo encontró junto a la estufa. Estaba metiendo algo dentro.

—Entonces, ¿fue Kenzo quien quemó el diario? —preguntó el comisario.

—Así es, así es. Es normal deshacerse de diarios y cartas antiguas antes de casarse, pero hacerlo minutos antes de la boda parece muy significativo. Es decir: cuando leyó la nota que Akiko le entregó, recordó su pasado y sintió la necesidad de quemar todo lo concerniente a aquella época.

—Y estos son los restos de las páginas quemadas, ¿verdad?

—Así es. Se quemó casi todo, pero hemos conseguido salvar fragmentos de cinco o seis hojas. Están aquí, ordenados. Lamentablemente las fechas son ilegibles, pero creemos que pertenecen al año 1924.

Isokawa puso sobre la mesa los cinco pedazos de papel que, por suerte, no se habían convertido en ceniza. El contenido resultaba muy sospechoso, tanto que el doctor F. lo recogió en sus notas. Yo también lo copiaré tal cual:

«… de camino a la playa, al pasar por donde siempre, Ofuyu estaba tocando el koto. Últimamente, su sonido me entristece…».

«… es él, es él. Lo odio. Lo odiaré toda mi vida…».

«… entierro de Ofuyu. Este día triste, en la isla seguía lloviznando. En el funeral de…».

«… a punto estuve de desafiarlo. ¡Estoy indignado! Cuando pienso en Ofuyu y su triste muerte, me dan ganas de hacer trizas a ese hombre. Es mi peor enemigo, y lo será eternamente. Lo odio, lo odio, lo odio…».

«… antes de marcharme de la isla fui al cementerio por última vez para llevar unas flores. Mientras estaba arrodillado ante la tumba de Ofuyu escuché el sonido de un koto. De repente me…».

—Uhm —murmuró el comisario al terminar de leer los cinco fragmentos del diario—. Según esto, Kenzo conoció a una mujer llamada Ofuyu en alguna isla. Pero Ofuyu estaba enamorada de otro hombre y murió por causa de él, de modo que Kenzo lo convirtió en su enemigo. Supongo que se trata del asesino de este caso. ¿Estoy en lo cierto?

—Creo que sí. Seguramente tuvieron varios conflictos. Si supiéramos su nombre, o el nombre de la isla, al menos… Pero el resto de las páginas está demasiado quemado. En 1924 Kenzo tenía veintiocho años; dicen que en esa época tenía problemas respiratorios y que estuvo viajando por las islas del mar interior de Seto. Pero nadie sabe en qué isla sucedió esto.

—Pero con la fotografía… Oye, ¿enseñaste la foto a los que vieron al hombre de los tres dedos?

—Por supuesto que sí, señor. Se la enseñé a la tabernera, al funcionario del ayuntamiento y al arriero. Los tres aseguran que se trata del mismo hombre. Obviamente estaba más viejo que en la fotografía y tenía una cicatriz grande en la mejilla, pero los tres concluyeron que era él.

—Bueno, entonces no queda ninguna duda. ¿Nadie más lo ha visto?

—Sí, hay otro testigo —intervino Kimura—. Ese mismo día lo vio Yosuke Taguchi, un joven campesino que vive cerca de la mansión Ichiyanagi. Según cuenta, el sujeto se había detenido en la puerta de la mansión. Yosuke lo miró con desconfianza y el hombre, al darse cuenta, le preguntó si aquel camino conducía a Ku, cosa que era obvia. A continuación echó a andar por el sendero, pero cuando Yosuke se giró para mirarlo, un instante después, lo vio subiendo el terraplén que se encuentra al norte de la mansión Ichiyanagi. Esto sucedió cinco o diez minutos después de que el individuo pasara por la taberna.

—Todo eso ocurrió la tarde del veintitrés, dos días antes de la boda, ¿verdad?

—Así es.

—Bien. El hombre apareció de nuevo en la cocina de la mansión Ichiyanagi poco antes de la boda, ¿correcto? ¿Enseñaste la foto a los que estaban allí en aquel momento? Y también a… ¿Cómo se llamaba? A Yosuke Taguchi.

—Sí, claro. Pero no pudieron confirmarme que fuera él porque llevaba el sombrero calado y una máscara que le cubría la cara. Además, la cocina estaba muy oscura.

El comisario miró el humo de su cigarro, pensativo, y volvió a concentrarse en la mesa, donde estaban los siguientes artículos: el vaso, la catana, la funda de la catana, las tres púas del koto, el puente del instrumento, la hoz.

—¿El sospechoso usó este vaso para beber agua? ¿Habéis encontrado alguna huella en él?

En ese momento, un joven del laboratorio abrió su maletín. Parecía estar esperando esa

pregunta.

—Antes de nada me gustaría explicar algo. Como podéis observar en las fotografías, en el vaso había huellas de dos personas. Unas pertenecen a la dueña de la taberna y las otras son solo de tres dedos: el pulgar, el índice y el corazón. Esto significa que son las de ese hombre. Las mismas huellas se encontraron en la catana y en su funda, así como en el puente del koto. Cabe mencionar que las huellas del puente estaban manchadas de sangre. Sobre la catana y su funda se encontraron huellas de Kenzo, pero sobre el puente del koto solo se encontraron las del sujeto. En cuanto a las púas del koto, debería haber huellas del asesino en el interior pero, como podéis observar, está lleno de sangre y ha sido imposible aislar una huella. Y en la hoz tampoco hemos encontrado nada legible debido a que el mango es de madera.

—La hoz es…

—Yo se lo explicaré —dijo el inspector Isokawa, inclinándose sobre la mesa—. La encontramos clavada en el alcanforero del jardín. Sabíamos que el jardinero estuvo allí la semana pasada, así que lo interrogamos. Dice que olvidó allí la hoz, pero niega haberla clavado en el árbol. Unas podaderas, puede, pero nadie usa una hoz para podar un alcanforero. Su declaración es creíble. Entonces, ¿qué hacía allí? Estaba muy afilada. Pensé que podría ser relevante, así que la confisqué.

—Parece que hay muchos misterios. ¿Y qué hay de las huellas dactilares que se encontraron en el lugar del asesinato?

—Había huellas en tres lugares diferentes: en el armario del dormitorio, en la puerta corredera y en una columna. Solo las primeras estaban limpias de sangre. Las de la columna fueron las últimas en descubrirse, aunque es un sitio muy visible, ya que toda la casa está pintada de ocre rojo.

—Entonces se trata de un asesinato. No puede ser un suicidio, ¿verdad?

El inspector Isokawa abrió los ojos con sorpresa.

—¿Un suicidio?

—Bueno, no es mi opinión, pero hay alguien que sospecha que Kenzo se dio un espadazo en el corazón y tiró la catana al exterior a través de la rejilla de la puerta.

—¿Quién podría pensar una tontería así? Nadie que hubiera visto el escenario tendría esa duda. Si tenemos en cuenta dónde se encontró el arma, esa no es una posibilidad. Además, sabemos que arrojaron el puente del koto después de la nevada, pero aun con las puertas abiertas hubiera sido imposible arrojarlo desde el interior. ¿A quién se le ha ocurrido esa estupidez?

—Al señor Seno. Le conviene que se trate de un suicidio porque así no tendría que abonar la indemnización del seguro de vida.

—¿Seguro de vida? Ah, el señor Seno es agente de seguros. ¿Y a cuánto ascendía ese seguro?

—Cincuenta mil yenes.

—¿Cincuenta mil yenes?

La reacción de Isokawa era natural. Cincuenta mil yenes era mucho dinero en aquella época.

—¿Cuándo lo contrató?

—Hace cinco años.

—¿Hace cinco años? Entonces no tenía esposa ni hijos. ¿Por qué contrató un seguro por tanto dinero?

—Hace cinco años, cuando Ryuji se casó, la herencia se repartió entre los hermanos. Al más pequeño, un tal Saburo que es la oveja negra de la familia, le tocó muy poco. A Kenzo le pareció injusto y contrató un seguro de vida de cincuenta mil yenes para que lo cobrara Saburo en caso de que él muriera.

—O sea, que Saburo es el beneficiario del seguro.

El inspector Isokawa empezaba a inquietarse.

La noche de la boda, Saburo acompañó a su tío abuelo a Kawa y se quedó a dormir en su casa. Su coartada era sólida. Isokawa empezó a atusarse el bigote.

KOSUKE KINDAICHI

El veintisiete de noviembre, un día después del horrible asesinato en la mansión Ichiyanagi, un joven se bajó del tren de la línea Hakubi[9] en la estación de Kiyo y se dirigió a Kawa tranquilamente. Tenía unos veinticinco años y era de complexión débil; llevaba un kimono con un *haori*[10] y un *hakama*[11] de rayas. Pero su ropa estaba arrugada, calzaba unos *getas*[12] desgastados, los dedos asomaban a través de sus calcetines de color azul marino y su sombrero estaba muy deformado. En general tenía un aspecto descuidado y desaliñado. Tenía la piel muy blanca, pero no había nada más destacable en sus facciones.

El joven cruzó el río Taka y siguió caminando hacia Kawa con la mano izquierda en el pecho y un bastón en la derecha. Llevaba la pechera del kimono muy abultada, tal vez porque tenía allí guardada una revista o un cuaderno.

En el Tokio de aquella época no era raro encontrar este tipo de jóvenes mal vestidos. Era común verlos en barrios de estudiantes o saliendo de los teatros de variedades. Este hombre era el que Ginzo Kubo había pedido en su telegrama; se llamaba Kosuke Kindaichi.

Los lugareños que conocen este caso recuerdan al joven como alguien misterioso y enigmático: «Un muchacho desgarbado hizo más que la policía para resolver el caso. Está claro, en Tokio hay gente genial…».

* * *

Era cierto: aquel joven desempeñó un papel muy importante en el esclarecimiento del asesinato del koto encantado en la mansión Ichiyanagi. Las anécdotas que cuenta sobre él la gente del pueblo me hacen imaginar a un joven algo bohemio, al estilo de Antony Gillingham. Puede que resulte sorprendente que mencione de repente un nombre occidental, pero es el protagonista de *El misterio de la casa roja*, una novela policiaca del británico A. A. Milne, cuyas obras admiro.

En su novela, Milne presentó así a Antony Gillingham: «Este personaje ocupa un lugar importante dentro de esta historia, de modo que, antes de continuar, deberíamos hablar brevemente de él». Así que yo también, siguiendo el ejemplo del escritor británico, me tomaré la libertad de describir la personalidad de Kosuke Kindaichi.

Kindaichi es un apellido poco común que sin duda os recordará a su homónimo, el famoso lingüista y antropólogo[13] natural de la prefectura de Hokkaido, en Tohoku. Kosuke Kindaichi también había nacido en esa región. Dicen que tenía un acento muy marcado y que solía

tartamudear.

Terminó el instituto con diecinueve años y se marchó a Tokio cargado de ambiciones. Estudiaba en una universidad privada y pasaba el tiempo libre en el distrito Kanda, pero se aburrió antes de terminar el curso y se marchó a Estados Unidos. Allí tampoco encontró nada interesante y vagó por distintos lugares, trabajando de lavaplatos y cosas por el estilo. Un día empezó a consumir drogas por curiosidad y se hizo adicto a ellas.

Si no hubiera pasado nada, habría sido un drogadicto más dando mala imagen del resto de japoneses en el extranjero. Pero un día ocurrió un incidente que cambió su vida. Un japonés fue asesinado en San Francisco y el misterioso caso habría quedado sin resolver de no ser por Kosuke Kindaichi, que logró solucionarlo. Su teoría sobre lo ocurrido era tan coherente y lógica que sus compatriotas quedaron atónitos, y esta oveja negra de la sociedad japonesa se convirtió en un héroe.

Por casualidad, Ginzo Kubo estaba en ese momento en San Francisco. Como la plantación de Okayama había tenido éxito, estaba trabajando en un nuevo proyecto. Recordaréis que antes de la guerra eran muy populares las uvas pasas de la marca *Sunkist* que los emigrantes japoneses producían en California. Ginzo quería producirlas en Japón y había viajado a Estados Unidos para visitar las fábricas donde se procesaban las pasas. Conoció a Kosuke en una reunión de japoneses en la que participó durante ese viaje.

—Muchacho, ¿por qué no te planteas dejar las drogas y ponerte a estudiar seriamente?

—Sí, me gustaría. Ahora sé que drogarse tampoco es para tanto.

—Si tienes ganas de salir adelante, yo podría financiarte la universidad.

—Se lo agradecería mucho.

Kosuke aceptó la oferta de Ginzo, pero se la agradeció con sencillez: bajó la cabeza ligeramente mientras se revolvía con una mano el cabello enmarañado.

Poco tiempo después, Ginzo regresó a Japón. Kosuke Kindaichi se quedó en Estados Unidos para cumplir su palabra y tres años después terminó la universidad. Se embarcó rumbo a Japón y, tras llegar al puerto de Kobe, fue a Okayama para ver a Ginzo.

—Y ahora, ¿qué vas a hacer?

—Quiero ser detective privado.

—¿Detective privado?

Ginzo miró a Kosuke con sorpresa, pero recordó que tres años antes había solucionado un caso y se dijo a sí mismo: «Estaría bien, ya que este muchacho no sería feliz en un trabajo convencional».

—No sé bien en qué consiste el trabajo de un detective privado. ¿Es como en las películas? ¿Utilizarás una lupa y un metro?

—No. Yo no pienso usar esas cosas.

—Entonces, ¿qué vas a usar?

—Esto —contestó Kosuke con una sonrisa, golpeándose la hirsuta cabeza con la mano.

La respuesta sorprendió a Ginzo, que asintió.

—Está bien que uses el cerebro, pero aun así necesitarás algo de capital, ¿no?

—Pues sí. Para abrir una oficina necesitaré tres mil yenes, y algo más para sobrevivir unos meses. Al principio no creo que reciba muchos encargos.

Sin decir nada más, Ginzo firmó un cheque de cinco mil yenes y se lo entregó. Kosuke, en

lugar de decir «Gracias», inclinó la cabeza. Regresó a Tokio y puso en marcha su inusual empresa.

Obviamente, la agencia de Kosuke Kindaichi en Tokio no tuvo clientes al principio. Escribía a Ginzo periódicamente para informarle de cómo le iba y decía (quién sabe si en serio o bromeando) que como no tenía trabajo pasaba el tiempo leyendo novelas policiacas.

El tono de esta correspondencia empezó a cambiar medio año después. Un día, Ginzo vio una fotografía de Kosuke en el periódico de la mañana y, preocupado, se preguntó qué habría hecho. Cuando leyó el artículo descubrió que había resuelto un caso importante. En el periódico hablaban de él como si fuera un héroe. Citaban a Kosuke: «Buscar rastros o identificar huellas digitales es cosa de la policía. Lo que yo hago es unir y clasificar esos resultados empleando la lógica hasta llegar a una conclusión. Ese es mi método de investigación».

Cuando terminó de leer, Ginzo recordó el día en el que Kosuke sonrió y se señaló la cabeza diciendo que la usaría en lugar de la lupa y el metro.

* * *

Kosuke Kindaichi estaba de visita en casa de Ginzo cuando se produjo el asesinato en la mansión Ichiyanagi.

Habían contratado a Kosuke para un caso complicado en Osaka. Como lo resolvió antes de lo esperado, aprovechó el viaje para visitar a Ginzo y descansar en su casa. Cuando Ginzo y Katsuko se marcharon para la boda, Kosuke se dispuso a disfrutar de su descanso hasta el regreso de su mecenas. En eso estaba cuando llegó el telegrama.

En realidad, la mansión Ichiyanagi estaba a menos de cuarenta kilómetros del lugar donde Ginzo tenía su casa y sus tierras. Sin embargo, debido a la falta de medios de transporte, había que hacer trasbordo en tren un par de veces. Kosuke Kindaichi repitió la misma ruta que Ginzo y Katsuko habían tomado. Cuando cruzó el río Taka y entró en Kawa, oyó gritos y vio que la gente había echado a correr hacia la curva.

Kosuke aceleró el paso para descubrir qué estaba pasando y encontró un taxi estampado contra un poste de las afueras. Cuando se acercó al lugar del accidente estaban rescatando a los ocupantes heridos del vehículo. Según decían, el taxi había intentado esquivar una carreta de bueyes que venía de frente. Había salido de la estación de Kiyo, la misma en la que había bajado Kosuke, así que sus pasajeros habían viajado en su mismo tren. Estaba a punto de alejarse, dando gracias a la suerte por no haber tomado ese taxi, cuando se fijó en la mujer a la que estaban rescatando en ese momento. La reconoció.

Como he mencionado, Kindaichi tuvo que hacer trasbordo para llegar allí y en uno de los trenes coincidió con aquella mujer. Se sentó frente a ella y se dio cuenta de que parecía muy nerviosa.

Estaba leyendo la prensa local con gran ansiedad; tenía los periódicos, que seguramente había comprado en el trayecto, sobre su regazo. Cuando Kosuke descubrió que estaba leyendo un artículo sobre el asesinato de la mansión Ichiyanagi, se fijó en ella con mayor atención. Debía tener veintisiete o veintiocho años y llevaba un kimono de diario, de colores suaves, con un *hakama* violeta. Tenía el cabello muy rizado, recogido, y era bizca, así que no se podía decir que

fuera guapa, pero tenía un aire intelectual que compensaba su falta de atractivo físico. Parecía maestra.

Kosuke recordó entonces el oficio de Katsuko: era maestra en una escuela femenina. Puede que aquella mujer la conociera.

«Es posible que tenga información sobre la víctima», pensó Kosuke. Sin embargo, estaba tan tensa que no se atrevió a interrumpirla, y mientras dudaba si hablar con ella o no, el tren llegó a la estación de Kiyo. Había perdido su oportunidad.

Justo en ese momento estaban sacando a la mujer del taxi accidentado. Parecía estar grave, más que el resto de pasajeros, estaba muy pálida. Kosuke iba a seguirla, pero los murmullos de los espectadores llamaron su atención y se detuvo.

—¿Te has enterado de que anoche volvió a aparecer en la mansión Ichiyanagi el hombre de los tres dedos? —susurró alguien.

—Sí, sí. Por eso desde esta mañana hay mucho movimiento de policía. Dicen que están montando un cordón policial en la zona. Ten cuidado, a ver si te van a ver cara de sospechoso y te van a detener.

—¡Ay, no digas tonterías! Yo conservo los cinco dedos. ¿Dónde estará escondido?

—Dicen que se ha escondido en las montañas y han montado una búsqueda con la ayuda de los jóvenes del pueblo. ¡Qué barbaridad!

—Yo he oído que la familia Ichiyanagi está maldita. ¿Recuerdas cómo murió el señor Sakue? Además, me han contado que el padre de Ryosuke se hizo el harakiri en Hiroshima.

—Ay, sí, algo de eso decía el periódico de hoy. «El Clan Ensangrentado», lo llamaban, pero la verdad es que esa familia siempre ha sido un poco tétrica, ¿no?

«El Clan Ensangrentado» era el título de un artículo que se había publicado en el periódico local aquella mañana. Kosuke también lo había leído, y decía más o menos así:

«Hace quince años se produjo la muerte violenta de Sakue, el padre de los hermanos Ichiyanagi. Este caballero, habitualmente amable y generoso, perdía el juicio cuando se contrariaba. Poco tiempo después del nacimiento de Suzuko, Sakue tuvo un desencuentro con un vecino por causa de unas lindes y acudió a casa del mismo con su catana. El vecino murió y él resultó gravemente herido; falleció aquella misma noche en su casa».

* * *

Los viejos del pueblo relacionaron ambos asesinatos agregando a la historia elementos supersticiosos, como que el arma utilizada había sido una catana Muramasa[14] y que su magia fue la causa de estos trágicos incidentes. Pero se trataba de una suposición errónea. La catana que Sakue usó no era una Muramasa, y después del incidente la donaron a un templo budista; por otro lado, se sabía que la catana utilizada en el asesinato de Kenzo era una Sadamune[15]. A pesar de todo, era comprensible que los periódicos aprovecharan el sensacionalismo de una expresión como «El Clan Ensangrentado» debido a la historia familiar, ya que el hermano de Sakue (Hayato, el padre de Ryosuke), también había muerto trágicamente.

Hayato se alistó voluntariamente en el ejército y participó en la guerra rusojaponesa entre 1904 y 1905. Fue capitán en Hiroshima. Un día, alguien de su batallón cometió una infracción

grave; él asumió la responsabilidad y se hizo el harakiri. La gente opinaba lo siguiente sobre su reacción: «Es admirable que haya asumido la responsabilidad, pero no era necesario que lo pagara con su vida». Suponían que el motivo de su suicidio no había sido tanto la infracción cometida como su estado emocional demasiado sensible. En conclusión: esa naturaleza violenta, intolerante y agresiva había pasado de generación a generación del clan Ichiyanagi.

* * *

Volvamos a la historia que nos ocupa. Hasta ese momento, Kosuke no había sabido que el hombre de los tres dedos había vuelto a aparecer en la mansión Ichiyanagi. La noticia era preocupante y se apresuró para llegar a su destino lo antes posible, aunque así perdiera la oportunidad de hablar con la mujer herida. Sin embargo, no olvidó preguntar el nombre de la clínica a donde iban a llevarla: la clínica Kiuchi.

LA TUMBA DEL GATO

Kosuke Kindaichi llegó a la mansión Ichiyanagi poco antes del mediodía. Había policías en bicicleta por todas partes, señal de que en el pueblo había ocurrido algo importante.

Cuando anunciaron la llegada de la persona a la que estaba esperando, el semblante de Ginzo, que había permanecido callado y un poco apartado de los Ichiyanagi, cambió al instante.

Fue a recibir a Kindaichi con una expresividad muy poco habitual en él.

—Hola, ¿qué tal? Gracias por venir.

—Señor Ginzo, siento mucho su…

—Gracias, pero no te preocupes por eso ahora. Pasa, por favor. Voy a presentarte a todo el mundo.

Como Ginzo había avisado a los Ichiyanagi de la llegada del detective, todos lo esperaban con curiosidad.

Sin embargo, al verlo se quedaron estupefactos: era un muchacho ordinario y desaliñado, despeinado y casi de la misma edad que Saburo.

—¿De verdad eres tú el famoso detective privado? —le preguntó la inocente Suzuko.

Doña Itoko, Saburo y Ryosuke lo miraban casi con la boca abierta. Solo Ryuji, manteniendo la calma, le dio las gracias por su visita.

Una vez realizadas las presentaciones, Ginzo acompañó a Kosuke a su dormitorio y le contó con todo detalle lo que había pasado desde la noche anterior. Kosuke ya conocía parte de la historia, pues la había leído en el periódico, pero había muchas cosas nuevas para él.

—Y hasta ahora, el principal sospechoso es el misterioso hombre de los tres dedos, pero yo lo dudo por varias razones —dijo Ginzo, para finalizar—. Primero, por Ryuji. Llegó con Saburo al día siguiente de la boda, por la mañana temprano, diciendo que acababa de llegar de Kyushu. Sin embargo, estaba en el tren cuando Katsuko y yo subimos en la estación de Tamashima un día antes.

—Es decir, que está ocultando el hecho de que estaba aquí en el momento del asesinato, ¿verdad? —dijo Kosuke, con un silbido.

—Exactamente. Él no reparó en nuestra presencia en el tren, pero estoy seguro de que llegó aquí la mañana del día veinticinco. No entiendo por qué miente y, además, ¿por qué no vino a la boda? No me lo explico.

Ginzo miró a su alrededor con seriedad.

—Y no solo él —dijo con tono cansado—. Toda la familia me parece sospechosa. Creo que todos ocultan algo. Es como si estuvieran a la defensiva, y al mismo tiempo desconfían unos de otros. Me siento incómodo en este ambiente. No me gusta.

Kosuke estaba escuchando a Ginzo con atención, pues era un hombre que rara vez hablaba así.

—Señor Ginzo, de camino he oído que anoche apareció otra vez el hombre de los tres dedos. ¿Es verdad? ¿Qué pasó?

—Uhm, es un misterio. En realidad fue Suzuko la única que lo vio, pero hay pruebas que indican que ese hombre estuvo aquí.

—¿Pruebas? Explíquese, por favor.

—Según Suzuko… Bueno, ya has visto cómo es, un poco incoherente. Además, creo que es sonámbula.

—¿Sonámbula?

Kosuke estaba sorprendido.

—Debe serlo. ¿Quién se levantaría a esa hora para visitar la tumba de un gato?

—¿La tumba de un gato? —Kosuke, cada vez más atónito, se echó a reír—. Señor Ginzo, ¿qué está diciendo? Sonámbula y la tumba de un gato… Eso suena a película de terror. A ver, ¿qué pasó?

—Te lo explicaré y tú me dirás si te parece lógico.

* * *

Esto fue lo que Ginzo contó a Kosuke:

Aquella madrugada otro alarido extraordinario había despertado a los moradores de la mansión Ichiyanagi. Después de lo ocurrido la noche anterior, Ginzo corrió a la puerta que daba al porche en cuanto se despertó y alcanzó a ver una sombra que venía corriendo y tropezando de la casa de invitados.

Ginzo salió descalzo al jardín y echó a correr hacia aquella sombra. Entonces alguien tropezó con él y lo abrazó por el pecho: era Suzuko, con su pijama de franela y descalza, temblorosa y pálida.

—¿Qué ha pasado, Suzu? ¿Qué estás haciendo aquí?

—¡Ay, señor Ginzo! ¡Lo he visto! ¡He visto al fantasma! ¡Es el fantasma de los tres dedos!

—¿El fantasma de los tres dedos?

—Así es, así es. Ay, qué miedo. ¡Qué miedo! Está allí. Mire, está junto a la tumba de mi gato Tama.

En ese momento llegaron Ryuji y Ryosuke y un poco después llegó Saburo, tambaleándose y medio dormido.

—Suzuko, ¿qué estás haciendo aquí a estas horas? —le preguntó Ryuji con enfado.

—Es que… Es que… He ido… He ido a visitar… la tumba de Tama. Y… Y entonces ha aparecido el fantasma de los tres dedos y…

En ese momento, doña Itoko llamó a Suzuko con voz preocupada y la muchacha corrió llorando hacia su madre. Los hombres se quedaron allí, mirándose unos a otros, hasta que Ginzo los interrumpió.

—Bueno, vayamos a revisar el lugar.

Y se puso en marcha.

—Voy a por la lámpara —dijo Saburo. Regresó a la mansión, pero no tardó mucho en alcanzarlos.

La tumba del gato se encontraba al noreste de la mansión, más allá de la valla que había entre esta y la casa de invitados. Allí había muchos árboles grandes y sus hojas secas ocultaban la tierra. En medio de aquella hojarasca acumulada había un pequeño montículo con una lápida de madera clara que, con la peculiar caligrafía de Saburo, decía: «Aquí yace Tama». Sobre ella había un par de flores blancas.

Entre todos revisaron los árboles que rodeaban el lugar, pero no había nadie. Escudriñaron el terreno con la lámpara de Saburo pero, como ya he dicho, estaba cubierto de hojas y no se veían pisadas. Finalmente hicieron una búsqueda por los alrededores, pero no encontraron nada sospechoso y mucho menos un fantasma.

* * *

Ginzo continuó con su relato:

—Así que volvimos a la mansión e interrogamos a Suzuko, pero no decía nada con sentido. Según ella, a pesar de la hora había salido para visitar la tumba del gato. Por eso pensé en la posibilidad de que sea sonámbula. Imagino que la muchacha, entristecida por la muerte de su gato, se levantó dormida para visitar su tumba y allí encontró a un hombre sospechoso. Supongo que en ese momento estaba en duermevela, aunque asegura haber visto a un hombre agachado en las sombras con una máscara grande que le tapaba casi toda la cara. La joven se asustó y, cuando estaba a punto de salir corriendo, el hombre extendió la mano derecha como para atraparla y descubrió que solo tenía tres dedos. Eso fue lo que nos contó aunque, como te he dicho, está un poco trastornada. Creo que tiene cierto retraso mental. Todo el mundo cree que dice tonterías, pero yo pienso que es más sincera que el resto de su familia. No la creo capaz de mentir con mala intención, así que, si dice que lo vio, yo la creo. Además, hay una prueba de que el hombre de los tres dedos estuvo allí.

—¿Una prueba? Me gustaría saber cuál es —dijo Kosuke.

—Cuando amaneció examinamos de nuevo la tumba del gato para buscar alguna pista. Lamentablemente no había pisadas en la tierra porque estaba cubierta de hojas secas, pero encontramos una prueba fehaciente en el lugar menos esperado: unas huellas. ¡Las huellas de tres dedos!

—¿Y dónde estaban?

—En la lápida del gato. Las huellas estaban marcadas en lodo.

Kosuke silbó.

—¿Y esas huellas coinciden con las que tiene registradas la policía? ¿Pertenecen al hombre de los tres dedos?

—Así es. Esta mañana nos informaron de que, efectivamente, las huellas coincidían. Así que ya no cabe duda de que el monstruo de los tres dedos volvió anoche a esta mansión.

La mirada de Ginzo era dura y fría como el acero, y reflejaba sus fuertes recelos sobre todo lo que estaba ocurriendo a su alrededor.

—Esa tumba de la que habla… ¿Cuánto tiempo lleva ahí?

—Desde ayer por la tarde. Bueno, en realidad enterraron al gato el día anterior por la mañana, es decir, la mañana del día de la boda, pero no tenía lápida. Saburo la fabricó ayer y Suzuko la colocó por la tarde con la ayuda de Okiyo, su sirvienta. Hemos confirmado con Okiyo que, cuando pusieron la lápida, no había ninguna marca en ella. Como es de madera clara, de haberla tenido la habrían visto fácilmente.

—Entonces por fuerza tuvo que ser anoche cuando regresó aquí dicho hombre. Pero ¿por qué lo haría? ¿Con qué objetivo tocó la lápida del gato?

—Sobre ese punto, la hipótesis de Saburo es la siguiente: al sospechoso se le olvidó algo y regresó a por ello. Cuando Suzuko escuchó a Saburo, nos contó que alguien había abierto la tumba del gato, porque el montículo tenía una forma diferente. Así que la policía la abrió y…

—¿Qué encontró?

—Nada, al parecer. Solo había una pequeña caja de madera con un gatito muerto. Nada más.

—El entierro del gato fue anteayer por la mañana, ¿correcto?

—Correcto. Suzuko dice que lo enterró el día veinticinco por la mañana después de que su madre la regañara por no haberse deshecho del gato muerto, ya que eso podía traer mala suerte. Como te digo, creo que podemos confiar en ella.

* * *

A continuación, Kosuke fue a ver la casa de invitados.

Normalmente las autoridades no permiten el paso de nadie ajeno a la investigación, pero a él lo dejaron pasar. Eso llamó la atención de la familia y también de los lugareños. El viejo que me contó esta historia me lo explicó así:

«El joven Kosuke susurró algo al oído del inspector que estaba al mando de la investigación y este cambió de actitud al instante. ¡Empezó a tratarlo con mucho respeto! ¡Uf! A partir de entonces, todos miramos al muchacho con otros ojos».

Esto hizo que el joven detective Kindaichi se grabara en la memoria de la gente como alguien misterioso, pero según me contó mi amigo F., lo cierto era que Kosuke llevaba una carta de recomendación de alguien importante del cuerpo.

«Al parecer, el detective había resuelto un caso muy importante en Osaka y traía una carta de identificación, de recomendación o algo por el estilo, que le había expedido un funcionario de la policía nacional —me dijo—. Ya sabes que, para el funcionariado, un documento firmado por los de arriba es más poderoso que un talismán. El inspector y el comisario estuvieron a punto de arrodillarse ante él».

No obstante, después del testimonio de varias personas llegué a la conclusión de que la razón por la que obtuvo un trato deferente no se debió solo a la carta de recomendación sino a su actitud franca y a su manera de hablar, ya que a veces tartamudeaba. Esos rasgos resultaban simpáticos a la gente y la predisponía a ayudarlo siempre que pedía algo.

* * *

El inspector Isokawa era uno de sus admiradores. Aquella mañana estuvo con el grupo de

jóvenes del pueblo que se habían presentado voluntarios para buscar al sospechoso y hasta pasado el mediodía no acudió a la mansión Ichiyanagi. Una vez allí conoció a Kosuke Kindaichi y quedó encantado con su personalidad. Isokawa le reveló toda la información que había reunido hasta ese momento; lo que más llamó la atención de Kosuke fue la fotografía del hombre de los tres dedos que había estado pegada en el álbum y los fragmentos del diario que habían encontrado en la estufa. Dicen que, mientras escuchaba a Isokawa, el detective sonreía y se rascaba el cabello enmarañado, una manía que tenía.

—¿Dón… Dónde está ahora esa foto y los restos de las páginas quemadas?

—En la comisaría de policía de Socho. ¿Quieres verlos? Ordenaré que te los traigan.

—Si… Si es posible, te lo agradecería. El resto de álbumes y diarios siguen en el despacho, ¿verdad?

—Así es. Si te apetece verlos, te acompaño.

—Sí… Sí, por… por favor.

Acudieron al despacho y Kosuke estuvo hojeando al azar los álbumes y diarios.

—Bueno, más tarde los examinaré con calma. Ahora quiero ver el lugar del asesinato.

Se dirigieron a la puerta pero Kosuke se detuvo en seco de repente.

—¡Inspector! —exclamó Kosuke. Unos segundos después se giró hacia Isokawa con una extraña expresión—. ¿Por qué no me habías contado esto?

—¿Qué? ¿De qué me hablas?

—Mira los libros de esta estantería. ¡Son… Son novelas policiacas!

—¿Novelas policiacas? Ah, sí. Pero ¿qué tiene eso que ver con el caso?

Kosuke Kindaichi no contestó a la pregunta; se acercó a la estantería y se quedó ensimismado mirando los libros que tenía delante. Estaba tan entusiasmado que tenía la respiración acelerada.

Era natural que Kosuke se sorprendiera tanto, ya que en la estantería había una gran colección de novelas policiacas, japonesas y extranjeras. Clásicos como la obra completa de Arthur Conan Doyle, la saga de Arsenio Lupin y otras colecciones traducidas al japonés. También autores nacionales: Ruiko Kuroiwa, Ranpo Edogawa, Fuboku Kosakai, Saburo Koga, Udaji Oshita, Kotarou Kigi, Jyuzo Unno, Mushitaro Oguri… Y además había libros curiosos cuyas traducciones al japonés todavía no se habían publicado, de Ellery Queen, Dickson Carr, F.W. Crofts, Agatha Christie… Era una colección impresionante que bien podría estar en una librería especializada.

—¿De… De… De quién es esta co… co… colección?

—Es de Saburo. Es muy aficionado a la literatura policiaca.

—Saburo, Saburo… Ah, me dijiste que Saburo es el beneficiario del seguro de vida de Kenzo, ¿verdad? Y que… Y que… Y que tiene la co… co… la coartada más sólida de todos los sospechosos, ¿no es así?

Kosuke volvió a rascarse la cabeza con fuerza.

UNA CONVERSACIÓN SOBRE LITERATURA POLICIACA

Dicen que, después de resolver este caso, Kosuke Kindaichi comentó lo siguiente:

«Para ser sincero, al principio no me apetecía encargarme de este caso. Los periódicos decían que el sospechoso era un hombre con tres dedos. También mencionaban algunos misterios y hechos inexplicables, claro, pero creía que no tendrían nada que ver con el asesinato y que no serían más que la suma de varias casualidades. Que, eliminados esos factores, llegaríamos a un final trivial: el asesino fue un vagabundo con tres dedos que pasaba por allí. Cuando llamé a la puerta de la mansión Ichiyanagi pensé: "Estoy aquí por deferencia a mi mecenas, pues le debo mucho, pero ¡qué fastidio tener que trabajar en un caso tan convencional!". Cuando vi la colección de novela negra en el despacho de Saburo empecé a interesarme por el caso, pues aquel asesinato ciertamente cumplía los requisitos de los crímenes imposibles en una habitación cerrada. No podía ser casualidad que en aquella casa hubiera tanta literatura sobre el tema. Me dije: "¿Debería considerarlo una coincidencia? Puede que este caso no sea tan simple como pensaba, sino un asesinato muy bien planeado por el criminal, que seguramente se ha basado en la trama de alguna de esas novelas policiacas". Empecé a animarme. Era como si el criminal nos estuviera retando, poniendo a prueba nuestra inteligencia. Entonces, ¿por qué no aceptar el reto? ¿Por qué no medir nuestro ingenio?».

Sin embargo, la reacción de Kosuke al encontrar la colección de novelas policiacas le pareció al inspector Isokawa infantil y absurda.

—¿Qué pasa? —le preguntó—. Sí, hay muchas novelas de misterio. ¿No íbamos a ver el lugar de los hechos? ¡Si tardamos mucho, se hará de noche!

—Ah, ¿sí?

Kosuke había sacado cinco novelas que llamaron su atención y estaba abstraído hojeándolas. Al escuchar la voz del policía, regresó a la realidad y dejó los libros de mala gana. Isokawa se rio.

—Te encantan las novelas policiacas, ¿verdad?

—Pu… Pu… Pues no tanto, pero a veces te dan ideas. Por eso intento leerlas siempre que puedo. Bueno, vayámonos.

Como he mencionado, ese día estaban rastreando las montañas y en la escena del crimen no había policías trabajando. Isokawa rompió el sello de la puerta de la casa de invitados e invitó a Kosuke a pasar.

Como las puertas que daban al porche estaban cerradas, las habitaciones se encontraban en penumbra y apenas entraban unos rayos de luz a través de las rejillas superiores. Noviembre llegaba a su fin y el interior de la casa, sin calefacción, estaba frío al atardecer.

—¿Abro las puertas?

—No, gracias. Déjalas así un momento.

Entonces Isokawa encendió la luz.

—Excepto los cadáveres, todo se encuentra tal y como estaba. El biombo estaba volcado entre la columna y la puerta, que estaba abierta, y detrás del mismo encontramos al matrimonio, uno sobre el otro.

El policía le explicó detalladamente la escena. Kosuke le escuchó asintiendo y contestando con monosílabos.

—Entiendo. Entonces, ¿la cabeza del marido estaba a los pies de la esposa?

—Así es. Tenía la cabeza a la altura de las rodillas de la joven, boca abajo. Si quieres, más tarde puedo mostrarte las fotografías.

—Sí, me gustaría.

Un instante después, Kosuke examinó las tres marcas ensangrentadas que las púas del koto habían dejado en el biombo dorado.

El color de las manchas había cambiado: sobre el fondo dorado parecían casi tan oscuras como las fresas maduras. Había un arañazo vertical y en la fisura había un poco de sangre. Es posible que, mientras el asesino blandía la catana, la punta del arma ensangrentada rozara el biombo.

A continuación examinó el koto, al que le faltaba una cuerda. La sangre también se había oscurecido, tanto que las cuerdas parecían oxidadas.

—Uno de los puentes del koto apareció más tarde en un montón de hojas secas del jardín, ¿verdad?

—Así es, así es. Eso significa que el sujeto huyó por el lado oeste del jardín.

Kosuke estaba examinando los doce puentes del koto. De repente, levantó la mirada y dijo:

—Inspector, ¡mi… mi… mire esto!

Tanto tartamudeaba que el policía se giró, asustado.

—¿Qué… Qué pasa?

—Ay, no seas payaso. No es necesario que imites mi tartamudez.

—Disculpa, no era mi intención. Creo que me la has contagiado. ¿Qué has encontrado?

—Mira este puente. Los otros once son iguales, con un grabado de aves sobre las olas, pero este no está decorado. Eso significa que no pertenece a este koto.

—Oh, sí, tienes razón. No me había dado cuenta.

—¿Cómo era el que encontrasteis entre las hojas? ¿Era igual que estos?

—Sí, tenía el mismo grabado. ¿Crees que podría significar algo?

—Es muy relativo, pero es posible. Puede que uno de los puentes se extraviara y lo sustituyeran por otro distinto. El armario empotrado está detrás del *tokonoma*, ¿verdad?

Mientras el policía se lo explicaba todo, Kosuke examinó el armario empotrado y el baño. Observó detenidamente las tres huellas de la columna del dormitorio y la impresión de la mano que se halló en la parte interior de la puerta oeste de la casa. Apenas se veían ya, pues se encontraban sobre madera pintada de ocre rojo.

—Uhm, tardaron en descubrir las huellas dactilares y la marca de la mano debido al color de la madera.

—Así es. Y además ese panel queda oculto cuando las puertas correderas están abiertas, de

modo que no las vimos hasta que las cerramos.

Genshichi había golpeado aquella puerta con el hacha.

—Ah, comprendo. Los primeros en llegar aquí entraron por esta puerta y a continuación abrieron las correderas.

Kosuke quitó el pasador y abrió la puerta que daba al porche. De inmediato los inundó la fuerte luz blanca del sol y parpadearon hasta que sus ojos se adaptaron.

—Bueno, ya es suficiente. Veamos ahora el jardín. Genshichi se asomó por aquí, ¿verdad?

Kosuke salió al jardín en calcetines, se subió a la pileta de piedra que estaba junto a la pared donde se plegaban las puertas y, de puntillas, se asomó al interior de la casa. Mientras, el policía fue a por los zapatos.

Isokawa le enseñó el lugar donde había estado clavada la catana y el punto donde encontraron el puente del koto.

—Ah, ya veo. ¿Y no había pisadas en ningún lado?

—No. Cuando yo llegué, ya había pisadas por todas partes, pero los primeros en llegar, incluido el señor Kubo, afirman que no había huella alguna sobre la nieve.

—Supongo que, al no encontrar ningún rastro, la policía pisó por aquí sin ningún cuidado. ¿Es ese el árbol en el que estaba clavada la hoz? El jardinero estuvo aquí hace poco, ¿verdad? Está todo muy cuidado.

Habían podado el pino junto a la pared oeste de la casa y colocado cinco tutores de bambú verde en horizontal para sostener y guiar sus ramas. El inspector sonrió al ver a Kosuke, sobre la pileta, mirando a través del bambú.

—¿Qué miras? ¿Crees que el asesino está escondido entre el bambú? —le preguntó, bromeando.

—Así es —contestó Kosuke, rascándose la cabeza con alegría—. Puede que el sujeto se diera a la fuga por aquí, ya que este bambú tiene perforados los nudos y está completamente hueco por dentro.

—¿Qué?

—No creo que lo hiciera el jardinero, ya que quería usarlos como guías. Mira esta rama, tiene dos tutores de bambú. Al revisar los nudos se ve que uno es obra de un profesional; pero el otro, el perforado, es de aficionado.

Sorprendido, el policía se acercó para examinar el bambú.

—Es cierto, está perforado. Pero ¿qué significa esto?

—Creo que el bambú hueco podría estar relacionado con el lugar inusual en el que apareció la hoz, pero todavía no sé cómo ni por qué… Hola, adelante.

El inspector se giró y vio a Ryuji y Saburo junto a la puertecita de bambú del jardín. Ginzo estaba detrás de ellos.

—¿Podemos entrar?

—Sí, claro. No hay problema, ¿verdad, Isokawa? —Kosuke se giró hacia él y le dijo, en voz baja—: Por favor, por el momento no comentes con nadie lo del bambú hueco.

El detective les abrió la puerta y Ryuji y Saburo entraron mirando a su alrededor con curiosidad. Ginzo los siguió con cara de pocos amigos.

—¿No han estado aquí desde la noche del asesinato? —les preguntó Kosuke.

—No, no quise entorpecer a la policía. Saburo, tú tampoco has venido, ¿verdad? —le

preguntó Ryuji. Saburo asintió sin decir nada—. No obstante, mi primo Ryosuke nos ha mantenido informados. ¿Qué tal? ¿Hay alguna novedad?

—¡Uf! Este caso es un gran misterio. Inspector, ¿podríamos abrir las puertas del porche?

Kosuke salió y volvió a entrar en la casa por el oeste. A continuación abrió las puertas que daban al sur.

—Sentaos, por favor. Señor Ginzo, ¿nos acompaña?

Ryuji y Ginzo se sentaron en el suelo del porche, pero Saburo se quedó de pie, mirando tímidamente el interior de la casa. Isokawa observaba el grupo desde su lugar un poco apartado.

—¿Tú qué opinas, Saburo? ¿Tienes alguna idea sobre el caso? —le preguntó Kosuke con una sonrisa.

Saburo, que en ese momento estaba mirando el interior de la casa, se giró con expresión desconcertada.

—¿Yo? ¿Yo por qué?

—Porque eres todo un experto en literatura policiaca. Si esto fuera una novela, ¿cómo resolverías el caso?

Saburo se sonrojó un poco, aunque en su mirada había cierto desprecio por su interlocutor.

—Ficción y realidad son cosas diferentes —continuó Kosuke—. En las novelas policiacas sabemos que el criminal siempre es uno de los personajes principales, pero en el mundo real no es tan sencillo, ¿no crees?

—Yo… No tengo la menor idea.

—¿Tú también lees novelas policiacas? —le preguntó Ryuji. Su rostro no reflejaba ninguna expresión especial.

—Sí, claro. A veces me dan buenas ideas. Realidad y ficción son cosas diferentes, claro, pero el método, el análisis de los hechos a través de la lógica, es aplicable siempre. Sobre todo en un caso como este, en el que hay un «misterio de habitación cerrada». Estoy intentando recordar todas las novelas que he leído con tramas parecidas.

—¿Qué es un «misterio de habitación cerrada»?

—Un asesinato cometido en una habitación cerrada por dentro de la que el criminal no podría haber escapado. Los escritores de novela negra lo llaman «asesinato imposible», y es un gran reto idear un truco que haga posible lo imposible. Casi todos los autores del género han tratado este tema.

—Vaya, suena interesante. ¿Y cómo se resuelven? ¿Podrías ponernos algún ejemplo?

—Bueno, en eso podría ayudamos tu hermano menor. Saburo, de las obras que has leído de este subgénero, ¿cuál te pareció más interesante?

Saburo sonrió sarcásticamente, como si la pregunta le pareciera una tontería. A continuación miró a su hermano y contestó:

—Supongo que *El misterio del cuarto amarillo*, de Gastón Leroux.

—¿Verdad que sí? Esa obra es un clásico. Es perfecta.

—¿De qué trata?

—Una mujer se hiere gravemente durante un ataque sufrido en una habitación cerrada por dentro. Al escuchar sus gritos, el padre y un sirviente rompen la puerta y consiguen entrar para encontrar a la mujer moribunda. La razón por la que se considera una obra maestra es porque Leroux no utiliza ningún artificio. Hay muchas novelas con esta temática, pero la mayoría se

aprovecha de trucos mecánicos y al final de la historia los lectores terminan decepcionados.

—¿Qué es un truco mecánico?

—Supongamos que se produce un asesinato en una habitación cerrada, ya sea con llave o con cerrojo, pero resulta que el criminal la cerró desde fuera con la ayuda de un alambre, una cuerda o algo por el estilo. No me gustan ese tipo de historias. ¿Tú qué opinas, Saburo?

—Bueno, estoy de acuerdo; el desenlace de *El misterio del cuarto amarillo* no se le ocurre a cualquiera. Pero hay algunos trucos mecánicos que no me disgustan. Todo depende de su calidad.

—¿Por ejemplo?

—Dickson Carr. Casi todas sus obras desarrollan un asesinato en una habitación cerrada o alguna variante. Sin embargo, hay trucos muy buenos. En *El Sombrerero loco,* por ejemplo, la artimaña es realmente ingeniosa, aunque en un sentido estricto sea un truco mecánico. Es un gran escritor y está claro que él no usaría algo tan absurdo como que el asesino cierre la puerta desde fuera con un alambre. En *Matando en la sombra* también utiliza un truco mecánico, pero los detalles para camuflarlo están minuciosamente cuidados. No todos los trucos mecánicos son iguales. —De repente, Saburo volvió a la realidad y miró a su alrededor—. Hablando de novelas policiacas se me pasa el tiempo volando.

El muchacho se encogió como si tuviera frío y miró a Kosuke, en la penumbra, con astucia.

Aquella noche sonó el koto en la mansión Ichiyanagi por segunda vez.

LAS DOS CARTAS

—Kosuke, Kosuke.

Kindaichi despertó poco antes del amanecer porque alguien estaba zarandeándolo. La luz estaba encendida y Ginzo, que dormía en su misma habitación, estaba mirándolo. El joven se asustó al ver el semblante severo de su mecenas y se incorporó.

—¿Qué ocurre, Ginzo?

—Creo que he oído algo. Parecía un koto, pero puede que estuviera soñando.

Los dos se quedaron inmóviles para prestar atención. No se oía nada extraño. En el silencio sepulcral, en el que casi podían notar los latidos de su corazón, solo se oía el sonsonete regular del molino de agua.

—¡Gin… Ginzo! —exclamó Kosuke con voz ronca—. ¿La otra noche, la noche del asesinato, también se oía el molino de agua?

—¿El molino? —Ginzo, sorprendido, miró a Kosuke para intentar adivinar su intención—. Veamos… Creo que sí. Sí, seguro que sí, pero como es un ruido conocido no le presté atención. ¡Ostras!

Los dos saltaron de la cama casi al mismo tiempo y empezaron a vestirse.

El koto estaba sonando de nuevo. Se oyó un punteo y después un rasgueo.

—¡Diablos! ¡Diablos! ¡Maldita sea! ¡Maldita sea! ¡Maldita sea! —gritaba Kosuke sin cesar mientras se ponía una camiseta.

Aquella noche se había acostado tarde. Estuvo revisando las fotografías y los fragmentos rescatados del diario que el inspector le había mandado, así como los diarios y álbumes que se llevó del despacho. Trabajó en ello hasta las doce de la noche. Después hojeó las novelas policiacas que también se había llevado del despacho y se durmió después de las dos de la madrugada.

—Si no hubiera tenido tanto sueño, me habría despertado de inmediato —se dijo—. ¿Qué hora es?

—Las cuatro y media, casi la misma hora a la que tuvo lugar el asesinato.

Se vistieron rápidamente y abrieron una de las puertas que daban al porche; había una niebla densa, pero se distinguían dos sombras justo delante de la puertecilla de bambú que conducía a la casa de invitados. Un hombre estaba regañando en voz baja a una muchacha llorosa. Eran Ryosuke y Suzuko.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Ginzo mientras corría hacia ellos.

—Creo que otra vez se ha levantado sonámbula.

—No es cierto, solo he salido para visitar la tumba de Tama. No soy sonámbula. ¡Eso es

mentira! ¡Mentira! ¡Mentira!

—Ryosuke, ¿has escuchado el ruido hace un momento?

—Sí, claro, por eso vine corriendo, pero encontré a Suzu tambaleándose y me asusté.

Entonces salieron de la niebla Ryuji y doña Itoko.

—Ryosuke, ¿estás ahí? Ah, tú también, Suzuko. ¿Y Saburo? ¿Habéis visto a Saburo? —preguntó doña Itoko.

—¿Sabu? ¿No estará durmiendo todavía?

—No, no estaba en su cama. Fui a su dormitorio para despertarlo en cuanto escuché el ruido, pero…

—¿Y dónde está Kindaichi?

Al escuchar a Ryuji, Ginzo se percató de la ausencia de Kosuke y lo buscó en la niebla; en ese momento se oyó un grito en el interior de la casa de invitados. Era Kosuke.

—¡Llamad a un médico! Saburo está…

No pudieron oír el resto, pero todos se inquietaron.

—¡Han asesinado a Saburo! —gritó doña Itoko, tapándose la cara con la manga del pijama.

—Madre, vuelve a casa. Akiko, ocúpate de mi madre y de Suzuko, y llama al médico… —le pidió Ryuji a la mujer de su primo, que los había alcanzado tarde.

Los tres, Ryuji, Ryosuke y Ginzo, entraron en el jardín por la puertecilla de bambú. Las puertas del porche estaban cerradas, como el día anterior, pero se veía luz a través de la rejilla.

—Por allí, entrad por la puerta oeste —dijo Kosuke. Su voz se escuchaba al otro lado de la puerta de entrada. Todos corrieron hacia el oeste de la casa y encontraron abierta una puerta, la misma que Genshichi había roto con el hacha. Cuando entraron, vieron a Kosuke agachado en la penumbra. Los tres corrieron hacia él y se detuvieron en seco como si hubieran quedado congelados.

Saburo estaba hecho un ovillo junto a la puerta. Le sangraba la espalda, desde el hombro derecho al omoplato, y tenía la mano derecha extendida como si intentara abrir la puerta, que rozaba apenas con la punta de los dedos.

Ryuji se quedó paralizado un instante. A continuación se subió las mangas, apartó a Kosuke casi de un empujón y se agachó junto a Saburo. De inmediato levantó la mirada.

—Ryosuke, ¿podrías ir a la mansión a por mi maletín? Y llama al médico del pueblo, que venga inmediatamente.

—Sabu… ¿Está muy mal?

—No creo, aunque la herida es grave. Intenta no asustar demasiado a mi madre, por favor.

Ryosuke se marchó rápidamente.

—¿Podemos ayudar en algo?

—No, gracias. Será mejor que no lo toquemos demasiado. Mi primo Ryosuke me traerá el maletín enseguida.

Ginzo miró a Kosuke con el ceño fruncido. El tono de voz de Ryuji era muy frío.

—¿Qué habrá pasado?

—No sé, no tengo ni idea. Imagino que Saburo fue atacado donde está el biombo y huyó hasta aquí. Intentó abrir la puerta, pero supongo que antes perdió la consciencia. ¿Habéis visto el biombo?

Ginzo y Kosuke regresaron al dormitorio. El biombo estaba en el mismo lugar que la noche

anterior, pero le habían hecho un corte longitudinal de unos treinta centímetros de largo y su brillante decoración en pan de oro estaba salpicada de sangre, como si lo hubieran golpeado con un trapo empapado en sangre. Entre las salpicaduras había tres huellas, como pétalos caídos de una flor. Aunque estaban borrosas, podían leerse bien. Ginzo hizo una mueca y miró el koto, que estaba al lado. Una vez más había una cuerda rota, pero esta vez el puente que correspondía a esa cuerda estaba junto al instrumento.

—Kosuke, ¿la puerta estaba abierta cuando entraste?

—Estaba cerrada. Metí la mano por el agujero y quité el cerrojo. Señor Ginzo, por favor, busque cerca de la farola.

Ginzo salió al porche y examinó el jardín que acababan de atravesar. A la derecha de la farola de piedra había una catana brillando en la niebla.

En los pueblos pequeños, donde la voz se corre rápidamente, es difícil ocultar algo. La noticia de la segunda tragedia ocurrida en la mansión Ichiyanagi había llegado antes del alba no solo a aquella localidad, sino a todos los pueblos cercanos. Se produjo un gran escándalo. Y entonces llegó una nueva noticia que dio un giro a los acontecimientos de aquellos días.

Alrededor de las nueve de esa misma mañana llegó a la mansión Ichiyanagi un hombre en bicicleta. Venía de Kawa y pidió hablar con el agente a cargo de la investigación. Isokawa ya estaba en la mansión, así que lo recibió.

—En la clínica Kiuchi, en Kawa, hay una señorita hospitalizada. Ayer tuvo un accidente automovilístico en el pueblo y fue ingresada, pero al enterarse de lo ocurrido se ha puesto muy nerviosa. Dice saber algo de lo que está pasando aquí y quiere hablar con la policía. Al parecer, sabe quién es el asesino.

En ese momento, Kosuke Kindaichi estaba con el inspector Isokawa. Cuando escuchó aquello, recordó a la mujer y se puso muy nervioso. «Debe ser ella, la mujer con la que coincidí en el tren de Kurashiki», pensó. Habían ocurrido tantas cosas que la había olvidado.

—Isokawa, vámonos. Esa mujer debe saber algo.

Inmediatamente, tomaron las bicicletas y acudieron a la clínica Kiuchi. La mujer los recibió acostada en una cama sencilla, con las manos y la cabeza vendadas, pero no tenía mala cara y parecía estar recuperándose bien.

—¿Usted es el encargado de este caso?

Hablaba con claridad y, a pesar de su escaso atractivo, tenía un aire digno. Parecía la directora de un internado.

El policía asintió y ella se presentó como Shizuko Shiraki. Trabajaba como maestra en la escuela femenina S., de Osaka, y había sido amiga de Katsuko desde que ambas eran estudiantes.

—Muy bien. ¿Y dice usted que sabe algo sobre este asesinato?

Shizuko Shiraki asintió con fuerza. Tomó su bolso, que estaba junto al cabecero, sacó dos cartas y le entregó una de ellas a Isokawa.

—Por favor, léala.

El policía vio que se trataba de una carta de Katsuko Kubo dirigida a Shizuko Shiraki con fecha del veinte de octubre, es decir, casi un mes antes. Miró a Kosuke y contuvo el aliento, pero extrajo la nota del sobre rápidamente. La carta decía así:

Mi querida Shizuko:

Te escribo esta carta para pedirte perdón. Me aconsejaste que enterrara el secreto de mi pasado, ya que revelarlo sería contraproducente para mi felicidad matrimonial. No seguí tu consejo y confesé a Kenzo mi relación con ese hombre abominable. Pero no te preocupes, no me arrepiento de habérselo contado todo. Al principio se sorprendió, pero finalmente me perdonó. Es posible que el hecho de que no sea virgen haya sembrado dudas en su mente, pero creo que así seré más feliz, sin remordimientos por guardar este secreto toda la vida. Me esforzaré para disipar esas dudas con amor. Así que, querida amiga mía, no te preocupes por mí.

Afectuosamente,
Katsuko.

Cuando Isokawa y Kosuke terminaron de leer la carta, Shizuko les entregó la segunda. Tenía fecha del dieciséis de noviembre, nueve días antes de la boda.

Querida amiga:

Estoy conmocionada. Ayer estuve en la tienda Mitsukoshi de Osaka para comprar algunas cosas para mi boda (perdona que no fuera a visitarte, pero iba con mi tío). ¿Con quién crees que me encontré? ¡Con T.! ¡Imagínate qué sorpresa me llevé! Ha cambiado mucho desde entonces, tiene cara de hombre malvado. Iba con dos jóvenes que, a simple vista, parecían mafiosos. Palidecí, sentí que mi corazón se congelaba y empecé a temblar. Obviamente, no tenía ninguna intención de hablar con él. Sin embargo… Mi tío se alejó de mí un momento y T. se acercó a mí. Me dijo al oído, en voz baja: «Veo que vas a casarte, enhorabuena». ¡Qué humillación! ¡Qué vergüenza! Amiga, ¿qué debo hacer? No lo había visto desde que me despedí de él hace seis años; eso le dije a Kenzo y por eso me perdonó. Acordamos que jamás mencionaríamos su nombre, pero ahora he vuelto a verlo…

Por supuesto, no volveremos a vernos, y él ni siquiera me miró. Amiga, ¿qué debo hacer?

Afectuosamente,
Katsuko.

Estas dos cartas interesaron mucho al detective.

—Señorita Shiraki, ¿usted cree que T. es el asesino?

—Así es. ¿Quién más podría haber hecho esa barbaridad? —contestó Shizuko Shiraki con el mismo tono que debía usar para regañar a sus alumnas. Después continuó su relato—: T., que en realidad se llama Shozo Tatani, es miembro de una familia rica de Suma. Cuando Katsuko lo conoció llevaba el uniforme de la Universidad de Medicina, pero en realidad no estudiaba allí; había suspendido tres veces el examen de admisión. Katsuko era muy inteligente pero todavía no era consciente de los riesgos a los que se exponían las estudiantes que viajaban solas a la capital. Tatani se aprovechó de eso. Katsuko estaba enamorada de él y creía que se casarían en un futuro, pero su sueño no duró ni tres meses. No tardó mucho en descubrir el engaño de ese hombre y puso fin a la relación. Yo fui a hablar con Tatani para defender a Katsuko, y no imaginan lo que me contestó. «Bueno, si lo ha descubierto todo, qué le vamos a hacer. Está bien, hemos terminado». Y a Katsuko le dijo: «Mira, no te preocupes; no tengo ninguna intención de perseguirte». ¿Qué les parece? ¡Es un sinvergüenza! Como dice la carta, Katsuko no volvió a verlo ni a saber de él, pero yo sí. Me contaron que se había dado a la mala vida, que había cambiado el placer por la violencia y se había unido a un grupo mafioso, que se dedica a extorsionar a la gente. Creo que se enfadó al descubrir que Katsuko iba a casarse con otro hombre y decidió hacerle daño. Estoy segura de que fue Tatani quien mató a Katsuko y a su esposo.

Kosuke, que había estado escuchándola con mucha atención, mostró a Shizuko una fotografía. Era la fotografía que Isokawa le había prestado la noche anterior, la que recortó del álbum de Kenzo, la que decía «Mi peor enemigo». La del hombre de los tres dedos.

—Señorita Shiraki, ¿es Tatani el hombre de esta foto?

Shizuko miró la fotografía y negó con la cabeza.

—No, no es él. Tatani era mucho más guapo.

LA EXHUMACIÓN DEL GATO

El relato de Shizuko Shiraki impactó a Kosuke Kindaichi y al inspector Isokawa. En él había una clave importante que finalmente ayudaría a la resolución del caso. No obstante, ambos tenían una opinión completamente diferente de la historia.

Se marcharon de la clínica, pensativos. Había una gran diferencia entre ellos: Isokawa tenía el ceño fruncido; Kosuke parecía feliz. Incluso mientras pedaleaban seguía revolviéndose el cabello enmarañado con una mano, señal de que estaba muy emocionado.

Atravesaron en silencio una población a orillas del río y tomaron la carretera que conducía a Oka. De repente, Kosuke se detuvo y se dirigió al inspector:

—Isokawa, espérame aquí un momento, por favor.

Isokawa lo miró con extrañeza. Kosuke entró en un estanco, compró una cajetilla de tabaco y preguntó a la dependienta:

—Señora, ¿para ir a Ku debo seguir esta carretera?

—Sí. Así es.

—¿Y después? ¿No me perderé?

La mujer, concentrada en su labor, le dio las instrucciones sin levantar la mirada.

—Descuide. Siga la carretera y, cuando llegue a Oka, pregunte en el ayuntamiento por la mansión Ichiyanagi, en Yamanotani. Como es una casa grande será fácil de encontrar. Luego siga el camino que pasa por delante de esa mansión. Tendrá que atravesar la montaña, pero no tiene pérdida.

—De acuerdo. Muchas gracias.

Kosuke salió loco de contento. El policía lo miró con curiosidad, pero no obtuvo ninguna explicación. El joven volvió a montar en su bicicleta.

—Gracias por esperarme. Vámonos.

Isokawa reflexionó sobre la pregunta que Kosuke acababa de hacer, pero no encontró ninguna explicación razonable. Sin entenderlo, siguió al misterioso detective hasta la mansión Ichiyanagi.

Mientras tanto, ¿qué pasó con Saburo? Lo trasladaron a una habitación de la mansión donde recibió los cuidados de su hermano Ryuji y del doctor F., que acudió a la casa de inmediato. La herida era muy profunda; contrajo tétanos y estuvo tan grave que casi perdió la vida. Cuando los investigadores regresaron, se había estabilizado y eso les dio la oportunidad de interrogarlo, aunque Kosuke no quiso estar presente.

Después de guardar la bicicleta, el joven detective se acercó a un policía y le dijo algo. Este lo miró con sorpresa.

—¡Caray! ¿Y quiere que vaya a Ku para investigarlo?

—Sí, por favor. Si no es molestia, me gustaría que preguntaras casa por casa. No hay muchas, ¿verdad?

—No, pero ¿y mi jefe?

—No te preocupes, yo se lo explicaré. Es muy importante. Toma.

Kosuke le entregó la fotografía del hombre de los tres dedos que había enseñado a Shizuko Shiraki. El agente se la guardó en el bolsillo, montó en su bicicleta, todavía dudando de la intención de Kosuke, y se marchó. El detective lo siguió con la mirada hasta que desapareció de su vista y entonces regresó a la entrada de la mansión. Allí lo estaba esperando Ginzo.

—Kosuke, ¿no quieres interrogar a Saburo?

—No es necesario. Isokawa me informará más tarde.

—He visto que has mandado un policía a Ku. ¿A qué ha venido eso?

—Pues… Se lo explicaré después.

Ginzo miró al sonriente Kosuke y suspiró.

Sabía que aquel muchacho no buscaba pistas al azar; un día le había dicho que usaría su inteligencia en vez de la lupa y el metro y así había sido desde entonces. Por eso estaba seguro de que Kosuke estaba reconstruyendo el crimen de acuerdo a la lógica y la razón. El brillo de sus ojos lo confirmaba: pronto resolvería aquel misterio.

—Has conseguido información útil en Kawa, ¿verdad?

—Sí. Se lo contaré todo, pero no aquí. Vamos.

Entraron en una estancia vacía. Todos los miembros de la familia estaban junto a la cama de Saburo y eso les proporcionó privacidad.

Kosuke sabía que aquella información sería muy dolorosa para su mecenas; quería tanto y confiaba tanto en su sobrina que se sentía mortificado al tener que revelarle su secreto de Katsuko, dañando así su reputación. No obstante, no podía ocultárselo.

Efectivamente, Ginzo se sorprendió enormemente. Sus ojos parecieron perder el alma y encorvó los hombros, derrotado.

—Pero… ¿Es eso cierto?

—Creo que sí. Nadie vendría hasta aquí para contar una mentira, y además tenemos las cartas que Katsuko le escribió.

—¿Por qué no me lo contó? ¿Confiaba en mí menos que en su amiga?

Kosuke le tocó el hombro con cariño.

—Señor Ginzo, para una chica joven es más fácil sincerarse con una amiga que con un familiar.

—Uhm.

Ginzo parecía decepcionado, pero era un hombre vital que no solía dar demasiadas vueltas a las cosas y un instante después recuperó la energía.

—Entonces… ¿Qué significa esto? ¿La conclusión es que el tal Shozo Tatani es el asesino?

—Eso cree el inspector Isokawa, y también Shizuko Shiraki.

—¿Y ese tipo es el hombre de los tres dedos?

—¿Cómo? Yo diría que no. Enseñé la fotografía a Shizuko Shiraki y negó que fuera Tatani. Eso ha llevado a Isokawa a un callejón sin salida.

Kosuke sonreía con candor. Ginzo escudriñó su rostro.

—Kosuke, ¿tú qué opinas? ¿Crees que Tatani está relacionado con este caso?

—No, no lo creo. Sin embargo, puede que haya tenido una gran influencia en lo ocurrido. Hola, ¿necesitas algo?

Okiyo, la sirvienta, había aparecido en la puerta corredera.

—Disculpen, pensé que Suzuko estaría aquí —se disculpó la mujer.

—¿Suzuko? No la hemos visto. Okiyo, espera un momento.

—Sí, joven. Dígame.

—Quiero preguntarte algo. La noche de la boda participaron en el brindis el alcalde y su esposa, doña Itoko y el señor Ryosuke con su mujer, ¿verdad?

—Así es.

—Bien. Doña Itoko llevaba esa noche un kimono con el escudo familiar, ¿verdad? ¿Lo guardaste tú?

Okiyo, extrañada por la pregunta, contestó:

—No, no fui yo.

—Entonces, ¿quién lo guardó?

—Nadie. Doña Itoko cuida mucho su kimono y no permite que nadie más lo toque. Normalmente lo guarda ella, pero como ocurrió algo tan horrible no ha tenido tiempo y todavía está colgado en el cuarto.

Kosuke se incorporó de un salto.

—¿En… En… En qué cuarto? Por… Por favor, ¿podría llevarme allí?

Su exagerada reacción provocó en la sirvienta más miedo que asombro. La mujer retrocedió unos pasos, casi llorando. Ginzo se levantó, también sorprendido.

—Okiyo, no te preocupes, yo también iré con vosotros. Guíanos, por favor. ¿Dónde está el kimono?

—Por aquí, señores.

—Kosuke, ¿qué pasa? ¿Qué importancia tiene el kimono?

El joven asintió con fuerza dos o tres veces; estaba tan emocionado que, si hablaba, tartamudearía.

Como había dicho Okiyo, el kimono de doña Itoko estaba colgado en un gancho de madera lacada. Kosuke revisó las mangas y sonrió con alegría.

—Mu… Muchas gracias, Okiyo. Puedes retirarte.

Cuando la sirvienta se marchó, perpleja, Kosuke metió la mano en una de las mangas.

—Señor Ginzo, voy a revelarle el truco. Es un truco de magia clásico, como los que todo el mundo conoce: metes un reloj de bolsillo en una caja y lo haces desaparecer, y entonces el reloj aparece en el bolsillo de un espectador. Ese espectador, en realidad, es tu cómplice, y el reloj había estado en su bolsillo desde el principio. O sea: hay dos relojes, y la dificultad está en dónde y cómo esconder uno de ellos mientras el mago actúa. Mire dónde hemos encontrado nosotros el reloj.

Kosuke abrió la mano que acababa de sacar de la manga del kimono y en su palma apareció un puente de koto con un grabado de aves sobre las olas.

Ginzo se quedó boquiabierto.

—¿Es el…? —jadeó.

—A esto me refería —contestó Kosuke con una sonrisa—. Hemos descubierto el truco, que

además es de principiante. Aquella noche… ¡Qué bueno! Venga por aquí.

Ginzo se giró y vio a Suzuko con un kimono de manga larga. Estaba mirándolos tímidamente desde el porche.

—Suzu, ¡qué bien que estás aquí! Quiero preguntarte una cosa. Mira, este es el puente del koto familiar, ¿verdad? —le preguntó Kosuke.

Suzuko entró tímidamente, vio lo que Kosuke tenía en la mano y asintió sin decir nada.

—Al koto le faltaba un puente. ¿Sabes desde cuándo?

—No. Nos dimos cuenta cuando lo sacamos.

—¿Cuándo fue eso?

—El día de la boda. Esa mañana, cuando lo subimos del sótano, vimos que le faltaba un puente, así que usamos uno del koto que tengo para practicar.

—Ah, entonces el koto estaba guardado en el sótano. ¿Ahí puede entrar cualquiera?

—No. Normalmente no puede entrar nadie, pero teníamos que sacar muchas cosas para recibir a la novia, así que estaba abierto.

—Vaya, y supongo que entraba y salía mucha gente, ¿no es así?

—Claro. Todo el mundo entraba y salía porque teníamos que sacar mesas para la cena, vajillas, cojines, el biombo…

Bien, muchas gracias. Eres muy observadora. Oye, Suzu… —Kosuke le puso la mano en el hombro y la miró con una sonrisa—. ¿Por qué te preocupas tanto por el gato muerto?

Según contó Kosuke Kindaichi más tarde, ni siquiera él imaginaba que esa pregunta revelaría una información tan importante; simplemente sentía curiosidad por el triste secreto de aquella joven de poco seso, el que la hacía visitar cada noche la tumba del gato.

En cuanto escuchó la pregunta, a Suzuko se le ensombreció la cara como si tuviese miedo.

—¿Por mi gato Tama?

—Sí, por Tama. ¿Le hiciste algo malo?

—No, no, nada.

—Entonces, ¿por qué? Suzu, ¿cuándo murió Tama?

—Un día antes de la boda. Murió de madrugada.

—Ajá, y tú lo enterraste a la mañana siguiente. ¿Verdad que sí?

Suzuko guardó silencio y de repente empezó a sollozar. Kosuke miró a Ginzo y entonces se le ocurrió algo.

—No enterraste al gato la mañana de la boda. Nos has estado mintiendo hasta ahora, ¿no es así?

La joven empezó a llorar con más fuerza.

—Perdonadme, perdonadme. Es que me daba mucha pena que el pobre Tama hubiera muerto. No podía dejarlo solo dentro de esa tumba tan fría, así que lo metí en una caja y la guardé en el armario empotrado de mi cuarto. Pero entonces mataron a mi hermano y…

—Sí, mataron a tu hermano y… ¿Qué hiciste?

—Me asusté mucho porque Sabu me dijo que los gatos muertos se convierten en fantasmas, y que iba a pasar algo malo. Me asusté y, mientras todos estaban distraídos por lo de mi hermano mayor, fui a enterrar a Tama yo sola.

Aquel era el secreto de Suzuko, lo que la hacía sufrir hasta el punto de convertirla en sonámbula.

—Entonces, Suzuko, la caja en la que metiste a Tama estuvo en tu cuarto durante la boda, ¿verdad?

—Perdonadme… Si mi madre se entera, seguro que me regañará.

—No te preocupes, Suzuko, no pasará nada. Lo has confesado todo, así que no tienes nada de lo que preocuparte. Límpiate la cara y vete. Okiyo está buscándote.

Suzuko se marchó corriendo, secándose las lágrimas. Kosuke dio un tirón a la manga de Ginzo.

—Vamos, tenemos que ver la tumba del gato.

—Pero…

El detective hizo caso omiso a las palabras de Ginzo y corrió hacia la entrada levantándose un poco el *hakama* arrugado. Su mecenas lo siguió.

Se detuvieron en la esquina del jardín donde estaba enterrado el gato. Afortunadamente, todavía estaba allí la pala que habían empleado para abrir la fosa la mañana anterior. Kosuke empezó a excavar.

—Kosuke, ¿qué pasa?

—Señor Ginzo, la mentira inocente de esa muchacha estaba entorpeciendo mi razonamiento. La caja del gato muerto todavía estaba en el cuarto de Suzuko cuando ocurrió el asesinato. ¡Caramba!

—¿Quieres decir que el asesino escondió algo dentro? Pero ayer revisamos la caja…

—Así… Así es. Precisamente por eso: ahora es el lugar más seguro donde esconder algo. ¿Entiende?

No fue difícil sacar la tierra de la pequeña fosa porque había sido removida el día anterior; además, los clavos de la caja estaban flojos y se abrió con facilidad. Dentro de la caja había un gatito muerto sobre un mullido cojín de seda.

Kosuke se agachó y sacó algo de debajo del cojín; estaba envuelto en papel encerado y amarrado en cruz con hilo de lino.

Ginzo se quedó atónito, ya que estaba seguro de que eso no había estado allí un día antes.

El detective rasgó el envoltorio y miró el interior. A continuación se lo acercó a Ginzo.

—Mi… Mi… Mire. Aquí… Aquí estaba.

Al ver el contenido, Ginzo quedó tan estupefacto que sintió que la tierra se desmoronaba bajo sus pies. Jamás, por muchos años que pasaran, olvidaría la sorpresa que le provocó aquella imagen. En efecto, poco después de aquel descubrimiento se enfrentó a una situación mucho más fuerte que, sin embargo, no lo consternó tanto como aquel momento.

UN DESCUBRIMIENTO CATÁRTICO

—Hola, ¿dónde estabais? —les preguntó Isokawa con recelo desde el porche.

—Hemos salido a dar un paseo.

—¿A dar un paseo? ¿Por el jardín?

—Así es.

El inspector los miró a ambos con expresión inquisitiva. Ginzo estaba muy pálido, así que le preguntó:

—¿Ha pasado algo?

—Pues…

—Contádmelo. ¿Qué es lo que traéis?

—Ah, ¿esto? —replicó Kosuke con una sonrisa, refiriéndose al objeto que llevaba envuelto en un pañuelo—. Es un regalo.

—¿Un regalo?

—Así es. Isokawa, ¿qué te ha dicho Saburo? Cuéntanos tú también.

—Sí. Sentémonos un poco aquí. Señor Ginzo, ¿se encuentra bien? Está muy pálido.

—No te preocupes por él. Está deprimido porque acabo de contarle lo del pasado de su sobrina. Dime, ¿qué te ha dicho Saburo?

—Nada coherente. Kindaichi, tú tienes una parte de responsabilidad en lo que le ha pasado, ¿sabes?

—¿Yo? ¿Por qué?

—¿Recuerdas que ayer estuvisteis hablando de novelas policiacas? Parece ser que lo tomó como un desafío e intentó descubrir el truco de la habitación cerrada, de modo que anoche acudió a la casa de invitados a escondidas.

—¡Vaya! ¿Y qué pasó?

—Cerró todas las puertas y ventanas por dentro para recrear el ambiente de la noche del asesinato. En eso estaba cuando sintió la presencia de alguien en el armario empotrado que hay detrás del *tokonoma*. No se oía nada, pero tenía esa sensación, como si notara la respiración de alguien. Al final, su duda se convirtió en una certeza y fue a revisar el armario.

—Ajá. ¿Y…?

—Cuando abrió la puerta del armario, un hombre salió del interior blandiendo una catana. El muchacho intentó huir, pero al llegar al dormitorio el sujeto lo atacó por la espalda. Después de eso no recuerda nada, ni siquiera cómo llegó hasta la puerta.

—Uhm. ¿Le vio la cara al intruso?

—¡No te imaginas lo que me ha dicho! Como todo pasó en un instante, estaba oscuro y él

estaba totalmente aterrorizado, no le vio bien la cara. Qué le vamos a hacer. Recuerda vagamente que llevaba una máscara grande y…

—Entonces tampoco le vio los dedos, ¿verdad?

—No, por supuesto que no tuvo la calma necesaria para fijarse en esos detalles. Pero, si tenemos en cuenta las huellas que dejó, no cabe duda de que era el hombre de los tres dedos.

Kosuke y Ginzo cruzaron una mirada.

—¿Y nada más? ¿Eso es todo lo que te ha contado Saburo?

—Sí, más o menos. Yo esperaba que me dijera algo más concreto, menuda decepción. Kindaichi, este caso empieza a volverse demasiado complicado para mí. Y también hay que tener en cuenta lo del tal Tatani. Debemos descubrir si existe algún vínculo entre el hombre de los tres dedos y ese tipo. ¡Maldita sea! Me está empezando a doler la cabeza.

—No te desanimes, la situación mejorará. —Kosuke se levantó—. Ah, se me había olvidado comentarte una cosa. He pedido a uno de tus agentes, uno muy joven, que vaya a Ku.

—¿A Kimura? ¿Y qué hay en ese pueblo?

—Quería que investigara una cosa. Señor Ginzo, debemos marcharnos.

—Oye, ¿a dónde vais? —les preguntó el policía, educado pero molesto.

—A dar un paseo. Vamos a dar una vuelta por detrás de la casa. Isokawa, tú seguirás por aquí, ¿verdad? —El inspector, en lugar de contestar, lo miró inquisitivamente—. Por favor, ¿podrías preguntarle una cosa a Ryuji? Dice que llegó aquí la mañana siguiente al asesinato. Sin embargo, alguien lo vio bajar del tren en la estación de Kiyo un día antes, el veinticinco, es decir, el día de la boda. Se trata de un testimonio fiable. ¿Podrías preguntarle por qué mintió?

—¡¿Qué?!

—Isokawa, no seas exagerado. Señor Ginzo, vámonos.

Kosuke y Ginzo dejaron allí al estupefacto policía, rodearon la casa y salieron por la puerta trasera del jardín.

Se supone que, la tarde del día de la boda, el sospechoso entró y salió por la puerta oeste de la propiedad. Junto a la puerta pasa un arroyo, cruzado por un puente sencillo que atravesaron caminando hacia el norte.

—Kosuke, ¿a dónde vamos?

—Yo tampoco lo sé, pero el que busca, encuentra. Daremos un paseo por aquí.

Kindaichi todavía llevaba consigo el objeto envuelto en el pañuelo. Bordeando el arroyo en dirección norte encontraron el molino. En ese momento estaba parado.

A partir de allí, el sendero se estrechaba y hacía una curva muy cerrada alrededor del bancal. Más allá de ese codo apareció de repente un embalse grande.

Aquella zona era considerada el granero de la prefectura de Okayama. Había muchos arrozales y acequias para el riego. Por ende, no era raro ver un paisaje así. Sin embargo, Kosuke se quedó pensativo y se detuvo para mirar el embalse con curiosidad.

—Hola, una pregunta —dijo a un campesino que pasaba por allí—. El embalse se vacía cada año, ¿no es así?

—Sí, lo vaciamos.

—¿Y este año ya lo han hecho?

—Todavía no. Es costumbre hacerlo el veinticinco de noviembre, pero como este año era la fiesta en la mansión Ichiyanagi y había que ayudar con los preparativos, lo cambiamos para el

día cinco del mes que viene.

Kosuke parecía desilusionado.

—Ah, bueno. Eso lo saben los Ichiyanagi, ¿verdad?

—Sí, claro. Este embalse se construyó bajo las órdenes del anterior cabeza de familia, el señor Sakue, así que, antes de vaciarlo, siempre pedimos permiso a los Ichiyanagi. Se trata de un acto simbólico, pero es la tradición.

—Ah, muy bien. Muchas gracias.

Se despidieron del campesino y subieron por el sendero que rodeaba el terraplén. Ginzo no preguntó nada; parecía saber que Kosuke estaba buscando algo y se mantuvo en silencio. La vereda del terraplén se curvó suavemente y, cuando llegó a su fin, Kosuke exclamó de repente:

—¿Qué es eso?

Más allá de la curva había un pequeño solar con una edificación abovedada. Era de adobe y medía casi dos metros de largo por uno de ancho. Se trataba de un homo de carbón.

En aquella región no había carboneros, porque se ganaba más dinero y era más fácil vender la leña en las poblaciones cercanas. Como eran campesinos, aquellos que tenían tiempo elaboraban el carbón para su propio consumo en hornos de ladrillo y adobe como aquel. Las hornadas eran pequeñas, entre cien y doscientos kilos; por eso era suficiente con un homo de aquel tamaño, apenas a la altura del pecho de un hombre adulto.

Así era el homo que Kosuke había encontrado. Al parecer, acababa de terminar el proceso y estaban saliendo del horno los trozos de carbón. Kosuke echó a correr hacia allí y se agachó para ver el interior a través de la estrecha entrada. Allí encontró a un hombre con la boca cubierta por un pañuelo, recogiendo trozos de carbón a cuatro patas. Parecía estar vaciándolo.

—Oye, amigo —le dijo Kosuke. Al escuchar su voz, el hombre se giró, sobresaltado—. Quiero preguntarte una cosa. ¿Puedes salir de ahí, por favor?

El joven se entretuvo un momento antes de salir gateando con una canastilla llena de carbón. Tenía la cara y las manos negras, lo que resaltaba el blanco de sus ojos.

—Sí. ¿Qué necesita?

—Se trata del carbón. ¿Cuándo encendiste el homo? Por favor, dime la verdad. Es muy importante.

En las zonas rurales, cuando pasa algo inusual, todo el pueblo se entera rápidamente. El rumor de que aquel joven de baja estatura, apariencia pobre y andrajosa era un famoso detective privado se había propagado por el pueblo el día anterior, así que el carbonero se puso nervioso con la pregunta y contó con sus dedos gruesos.

—Esto… La tarde del día veinticinco. Sí, estoy seguro. Me acuerdo bien porque fue el día de la boda del señor Ichiyanagi.

—Bien. ¿Cuándo metiste la leña en el homo?

—¿La leña? Eh… Un día antes, el día veinticuatro. Pero ese día no terminé de llenarlo. Oscureció cuando solo llevaba la mitad, así que me fui a casa y continué la tarde siguiente.

—¿No notaste nada raro? ¿Alguna cosa extraña?

—Uhm… La verdad es que sí. Después de encender el homo, la tarde del día veinticinco, vine a revisarlo un par de veces durante la noche. Estaba nevando mucho. Y cuando me acerqué me llegó un olor pestilente, como el de la piel al quemarse. Pensé que sería un gato muerto, pero no se trataba de eso: alguien había metido ropa y zapatos viejos. ¡Qué cosas tan raras hace la

mala gente! Si quiere ver lo que saqué, lo tengo allí.

La ropa ya no conservaba su forma original; los zapatos estaban carbonizados, pero en mejor estado. Kosuke los empujó con la punta de su bastón.

—Oye, ¿puedo entrar en el homo?

—Sí, pero ya no queda nada.

Sin que le importara ensuciarse la ropa, Kosuke Kindaichi se agachó y entró. Se movió unos instantes en la oscuridad y gritó:

—¡Ca… Ca… Caramba!

—¿Qué… Qué… Qué pasa?

—¡Dejad de imitadme todos! Oye, disculpa, ¿te importaría ir a la mansión Ichiyanagi y decirle al señor Isokawa que venga de inmediato? Si hay agentes o algún otro policía, que vengan también. Ah, y que traigan palas.

—Se… Señor, ¿hay algo ahí?

—Ya lo verás. ¡Venga, date prisa!

Después de que el carbonero se marchara corriendo como el rayo, el detective salió gateando del homo con la punta de la nariz negra.

—Kosuke, ¿está ahí dentro?

El joven asintió con firmeza. No dijo nada más, pero para Ginzo aquella fue respuesta suficiente; contuvo el aliento y no preguntó nada más. Kindaichi también permaneció en silencio. Desde el cielo otoñal completamente despejado, el sonido de los pájaros caía sobre ellos como la lluvia.

Poco después, Isokawa llegó corriendo con tres policías más. Todos llevaban una pala; parecían sorprendidos y estaban jadeando.

—Kindaichi, ¿qué…?

—Por favor, cavad en el interior de este homo. Hay un cadáver enterrado ahí.

—¡Un cadáver! —gritó el carbonero, como un chivo.

Ginzo detuvo a los agentes cuando estaban a punto de entrar en el homo.

—Esperad, así no conseguiréis nada. Muchacho, ¿este homo es tuyo? —le preguntó al carbonero.

—Sí.

—Bien. Si te pago la reparación, ¿podemos romper el caparazón?

El caparazón era la cúpula que rodeaba el homo.

—Ah, sí, no pasa nada. Pero ¿por qué? ¿Quién ha enterrado ahí un cadáver? ¡Es una barbaridad!

El carbonero estaba a punto de echarse a llorar.

Los policías empezaron a romper el caparazón del homo. Como era una construcción rudimentaria no les costó mucho destruirla, y conforme iban demoliendo la cúpula, entraba la luz en su oscuro interior. Cuando casi la habían derruido por completo, entraron. Isokawa, Kosuke y Ginzo veían las puntas de las palas trabajando en el interior.

Mientras cavaban apareció la pierna de un hombre. Tenía un color horrible.

—¡Uf! Está desnudo.

—Señor Kindaichi, ¿quién es? ¿Tiene algo que ver con…?

—Bueno, bueno, pronto lo sabréis.

El cuerpo estaba boca arriba; a continuación aparecieron el abdomen y el pecho. En ese momento, un policía gritó, asustado:

—¡Lo enterraron después de asesinarlo! Mirad, tiene una profunda herida en el pecho.

—¿Qué?

Entonces fue Kosuke el sorprendido. Literalmente, saltó en el sitio.

—Kosuke, ¿qué pasa?

—No… No puede ser. ¡No puede ser!

—¡Destapadle la cara! ¡Rápido!

A la orden de Isokawa empezaron a desenterrar la cabeza. En cuanto lo hicieron, los policías gritaron:

—¡Jefe, es el hombre que buscábamos! Mire, tiene una cicatriz enorme en la cara. Es el hombre de los tres dedos.

—¿Qué?

Isokawa se puso de puntillas para ver la cara del muerto. No había duda: era él. Su rostro solo se podía describir como horroroso. Tenía una cicatriz larga desde la comisura derecha hasta el pómulo que parecía una boca gigante.

—Kindaichi, ¿qué está pasando? —le preguntó Isokawa, anonadado. Y a continuación se dirigió a los policías que seguían cavando—. Por favor, ¿podéis desenterrar la mano derecha? ¡Su mano derecha!

Siguiendo la orden del inspector desenterraron su brazo derecho. Al cadáver le faltaba la mano derecha, que tenía cortada desde la muñeca.

—¡Kindaichi!

—Está bien, no pasa nada. Isokawa, este era el único cabo que nos faltaba. Toma, esto es para ti.

El hombre clavó sus ojos sobresaltados en el rostro del detective y, a continuación, miró el objeto que acababa de entregarle envuelto en un pañuelo.

—Ábrelo. Lo encontramos dentro de la tumba del gato.

El veterano policía supo qué contenía con solo tantearlo. Contuvo el aliento un momento, deshizo el nudo y abrió el pañuelo con dedos temblorosos. Entonces apareció la mano derecha de un hombre cortada desde la muñeca, una mano que solo tenía tres dedos: el pulgar, el índice y el corazón.

—Esta fue la mano que utilizaron para dejar las huellas.

EL EXPERIMENTO DE KOSUKE KINDAICHI

Esa misma noche, Kosuke Kindaichi reveló el misterio del extraño asesinato en una habitación cerrada. El doctor F., que estuvo presente en la reunión como invitado especial, registró la historia muy detalladamente en sus notas, así que voy a citarlas aquí tal y como están escritas. Al leer sus notas, he tenido la impresión de que el doctor era, quizá por su profesión de médico, una persona tranquila y de mente fría. Sin embargo, parece que esa reunión lo sorprendió tanto que la describió con subjetividad. No obstante, la modificaré para que tenga un tono más neutral, ya que considero que esto es lo apropiado. Cabe mencionar que, cuando escribo «yo», me refiero a dicho médico.

Extracto de las notas del doctor F.

Poco después del horrible descubrimiento del cadáver del hombre de los tres dedos, recibí la petición del misterioso Kosuke Kindaichi para que asistiera a una reunión nocturna en la que iba a llevar a cabo un experimento.

Fui yo el primero en examinar el cadáver desenterrado. Cuando acudí al lugar de los hechos, el joven Kindaichi me dijo lo siguiente: «Descubra lo que descubra, le pido que no lo divulgue todavía. Se lo ruego, espere hasta que yo haya llevado a cabo mi experimento. ¿Podría hacerme ese favor?».

¿Por qué me diría eso? Entendí parte de su intención poco después, ya que al examinar el cadáver descubrí un hecho increíble. Sin embargo, hasta aquella noche no entendí la razón por la que no podía informar de ello.

A pesar de su apariencia desaliñada, admiro a ese joven. Kosuke Kindaichi tiene una mente brillante. Según dicen, el cadáver no fue descubierto por casualidad sino siguiendo las indicaciones del muchacho. Eso significa que, al menos él, estaba seguro de que el hombre de los tres dedos ya estaba muerto, aunque no supiera exactamente dónde estaba su cadáver. Además, parece que ya conocía el hallazgo inesperado que encontré al examinar el cuerpo. No puedo negar que el joven tartamudo me parece una persona enigmática y que por eso no dudé en aceptar su petición. Esperaba el momento de la reunión con mucha expectación.

El experimento se llevó a cabo de la siguiente manera: a las nueve de la noche acudí a la mansión Ichiyanagi y me condujeron a la casa de invitados. El oficial Kimura estaba junto a la puertecilla de bambú y me acompañó hasta la entrada de la casa. El resto de puertas estaban cerradas y, cuando entré en la habitación, ya había cuatro hombres sentados sobre el tatami alrededor del *hibachi*[16] y fumando en silencio. Se trataba del joven Kindaichi, el inspector Isokawa, el señor Ginzo Kubo y el señor Ryuji, el único participante de parte de los Ichiyanagi.

Al ver sus rostros, pálidos por el nerviosismo, sentí que estábamos muy cerca del final de este caso.

Cuando Kindaichi me vio, apagó su cigarro y dijo:

—Bien, ya estamos todos. Vamos a empezar el experimento. Lo ideal habría sido hacerlo a la hora en la que ocurrió el asesinato, alrededor de las cuatro de la madrugada, pero para eso tendríamos que esperar mucho tiempo. Tengo que hacer algunos preparativos, así que os ruego que tengáis paciencia.

Dicho esto, Kindaichi silbó con la ayuda de dos dedos y se oyeron pasos de alguien al otro lado de la puerta, corriendo de este a oeste. Nos miramos unos a otros sorprendidos.

—Es el agente Kimura —nos explicó el muchacho con una sonrisa—. Le he pedido su ayuda en esta simulación.

En ese momento, el detective puso las manos en el biombo que había delante del *tokonoma*. Cuando lo movió, nos sorprendió ver detrás un muñeco de paja del tamaño de un hombre.

—Le pedí a Genshichi que lo preparara —nos contó Kindaichi, entre risas—. En realidad, en el momento del asesinato había dos personas, pero para este experimento será suficiente con un muñeco. Bueno, ¿os habéis dado cuenta de que el ambiente de esta habitación es calcado al de aquella noche? Mirad, por ejemplo, la ranura abierta en la ventana. El biombo estaba aquí, en esta misma posición, y los cadáveres estaban allí, ¿correcto?

Con la ayuda de Isokawa, Kindaichi colocó el biombo en el lugar donde estaba aquella noche y nos hizo una seña para que permaneciéramos quietos y en silencio. Por un segundo no entendí el motivo, pero luego comprendí que quería que prestáramos atención al sonido del molino.

En ese momento, el molino empezó a trabajar, rechinando ligeramente al girar. Volvimos a intercambiar una mirada.

—Kimura lo ha puesto en marcha. Como sabéis, no siempre está funcionando. Normalmente, solo se coloca la canaleta cuando se necesita para mover la rueda. En esta época todavía hay mucha faena en el campo, así que Shukichi va al molino a descascarillar el arroz alrededor de las cuatro de la madrugada. Es decir: cada madrugada, sobre las cuatro, el molino empieza a trabajar. —A continuación, Kindaichi salió al porche y regresó con una catana y dos hilos—. Esta es la misma catana que estaba escondida en el armario empotrado detrás del *tokonoma*. Y estas son cuerdas de koto.

El detective colgó las dos cuerdas del biombo y las extendió sobre el suelo. Al observarlas, me di cuenta de que no eran dos cuerdas sino una sola doblada. Kindaichi asió un extremo, hizo un nudo e insertó en él la catana, que se atascó en la guarda y quedó colgada.

—Isokawa, ¿puedes traerme eso?

Isokawa le llevó el muñeco de paja. Kindaichi sujetó al muñeco con el brazo izquierdo y se detuvo delante del biombo. En la mano derecha tenía la catana. Observamos lo que ocurrió a continuación con el aliento contenido. Al principio, la cuerda que sujetaba la catana colgaba del biombo muy floja, pero se tensó poco a poco como si alguien tirara desde el otro lado del biombo. Al verlo, el señor Ginzo abrió los ojos como platos.

—¡Vaya! ¡El molino está tirando de la cuerda!

En ese instante la cuerda se tensó al máximo. El guardamanos de la catana subió sobre el biombo; Kindaichi empujó el muñeco contra la espada y esta se clavó en su pecho.

—¡Oh…!

Se nos aceleró la respiración y apretamos con fuerza los puños.

Calculando el tiempo, Kindaichi soltó el muñeco y este cayó al suelo. La catana salió del cuerpo de paja, permaneció colgada sobre el biombo y a continuación desapareció por detrás. La hoja hizo un ruido al golpear la puerta del porche.

De inmediato salimos al porche para seguir el camino de la espada. Las cuerdas del koto atravesaron la rejilla sobre la puerta, moviéndose conforme giraba la rueda del molino. El guardamanos se atascó en la rejilla y la espada brincó un par de veces antes de atravesar el pequeño espacio. En ese momento, se escuchó un ruido y algo cayó desde arriba.

Kindaichi lo recogió y se lo enseñó al señor Ginzo.

Mire. El pañuelo que encontró tirado en el porche estaba ahí para no dejar marca en la rejilla.

El joven abrió la puerta y salimos. Todos estábamos descalzos pero, como estábamos tan emocionados, no nos importó.

El jardín no estaba demasiado oscuro porque en ese momento estaba saliendo la luna, y encontramos la catana colgada ante nosotros. Las dos cuerdas que había enrolladas en la barandilla se separaron en dos direcciones: la de la izquierda continuó hacia el oeste, a través de la farola, y la de la derecha siguió hacia el techo del baño. Kindaichi iluminó el techo con la lámpara.

—Ahí está el puente del koto —dijo Isokawa. Efectivamente, en la parte que sobresalía del techo del baño había un puente por el que pasaba la cuerda. La rueda del molino seguía girando y las dos cuerdas se estiraron hasta convertirse en una sola línea entre el puente del koto y la farola. Obviamente, en el punto central estaba colgada la catana.

—De los tres puntos de equilibrio que existen, la fuerza de la rueda, la farola de piedra y el puente del koto, el más vulnerable será el que desaparezca.

La rueda del molino rechinó y la cuerda se tensó aún más. Entonces, el puente del koto salió volando y la cuerda se aflojó.

—Isokawa, ve a buscar el puente. Debe de estar cerca del montón de hojas secas.

El policía fue a buscarlo y lo encontró justo donde Kindaichi había dicho.

La cuerda se aflojó un momento antes de volver a recuperar la tensión. Entonces, el detective iluminó el alcanforero que había delante del baño.

—¡Claro, la hoz!

En el tronco del árbol había una hoz clavada a través de la cual se deslizaba la cuerda del koto.

—Fijaos bien en la cuerda.

Esta se extendía hacia el oeste, cada vez más tensa, provocando que el bambú del bancal detrás de la casa se arqueara. En cierto momento, la cuerda volvió a tensarse entre el tronco y la farola de piedra, acercándose a la hoz. La catana, que estaba colgada en el centro, empezó a acercarse a la farola.

—Ahora veamos qué pasa con la cuerda.

Entonces el bambú arqueado brincó y la cuerda emitió un sonido, «tilín, tilín», antes de que la hoz la cortara con otro sonido parecido a un punteo. Al mismo tiempo, la catana salió volando, giró dos o tres veces en el aire y se clavó junto a la farola de piedra.

—¿Qué os parece? Señor Ginzo, ¿encontró la catana cerca?

Nadie le contestó; en la oscuridad solo se oía la respiración agitada de los espectadores.

Estábamos estupefactos, mirando la catana cuya hoja seguía vibrando.

—Bueno, ahora veamos a dónde se dirige la cuerda.

La voz de Kindaichi nos devolvió a la realidad. Levantamos la mirada, dejamos atrás la catana y nos dirigimos al fondo del jardín. Los extremos de la cuerda cortada en dos se arrastraron poco a poco hasta desaparecer a través del bambú perforado que sostenía las ramas del pino.

—Bueno, ya es suficiente. Las cuerdas atravesarán el bambú y terminarán enrolladas en el eje de la rueda del molino. Como ese eje tiene enrolladas varias capas de cuerda de paja, nadie notaría las del koto.

El señor Ginzo e Isokawa chasquearon la lengua. Todos regresamos al porche de la casa menos Ryuji, que se había detenido.

—Pero… el puente del koto… —murmuró—. ¿Para qué era necesario?

—¿El puente? Lo usaron para que la catana no se arrastrase al avanzar. Mira el árbol que hay delante del baño; la rejilla por la que pasó la catana está muy lejos. Quien inventó este sistema usó el puente como punto de apoyo. Me parece muy inteligente, cómo aprovechó el criminal los elementos que ya existían: el biombo, la hoz, la farola de piedra, el bambú… Y el puente de koto que encontraron en el jardín añadió misterio a la escena del crimen. Eso quiere decir que quien inventó este sistema no es ningún idiota.

Así finalizó el experimento y regresamos al dormitorio. Cuando nos vimos de nuevo las caras, todos excepto Kindaichi estábamos muy pálidos.

LA TRAGEDIA DEL HONJIN

Los participantes de la reunión estábamos en silencio, sentados en el tatami alrededor del *hibachi*.

—Entonces… —dijo el señor Ginzo con voz fúnebre, tanto como el sonido que hace una piedra al caer en un pozo abandonado.

—¿Entonces? —repitió Kindaichi con una sonrisa radiante.

En ese momento, el inspector Isokawa se inclinó hacia adelante y dijo:

—Entonces Kenzo se suicidó, ¿verdad?

—Así es.

—Mató a Katsuko y se suicidó —murmuró Ginzo con voz ronca. Ryuji permaneció inmóvil, sin levantar la mirada.

—Exactamente. Por eso pedí al doctor F. que estuviera presente. Doctor, usted examinó los dos cadáveres. ¿Qué opina? ¿Encuentra alguna incoherencia entre lo que ha visto en mi experimento, el lugar donde estaba el cadáver de Kenzo y sus heridas?

—¿Quiere saber si es posible que se hiriera un par de veces y después se clavara la catana en el corazón? Bueno, si instaló un sistema así, sería posible.

—Entonces, ¿no hay ninguna incoherencia?

—Creo que no. La cuestión sería por qué hizo tal cosa.

—Esa es mi duda, Kindaichi. ¿Por qué lo haría? Matar a su esposa en la noche de bodas y suicidarse después es algo muy grave. ¿Cuál sería el motivo?

—Isokawa, tú ya lo sabes. Lo que nos confesó esta mañana la señorita Shizuko Shiraki, el secreto que guardaba Katsuko sobre su pasado, fue el origen de todo.

El policía se sorprendió y miró a Kindaichi con la misma cara que un perro a punto de morder a su enemigo.

—Pero por algo tan… No sé, si no le gustaba que ya no fuera virgen, podría haber cancelado la boda, ¿no?

—¿Y dejar que toda la familia se burlara de él? Una persona normal lo habría superado, pero Kenzo no habría podido soportarlo. Eso fue lo que desencadenó esta tragedia. Isokawa, lo más importante no es el truco que acabo de revelaros. Sabéis que, cuando se conoce el truco, se pierde la magia y el misterio. Lo que hay que esclarecer en este caso no es el cómo sino el porqué. Para eso tenemos que analizar el carácter de Kenzo y sus relaciones con la familia. —Kindaichi se giró hacia Ryuji y continuó—: Aquí está Ryuji, que debió conocer a Kenzo mejor que nadie. Si me equivoco, espero que me corrijas. Anoche leí con atención los diarios de tu hermano. Más que el contenido, me llamó la atención cuánto cuidaba sus cuadernos. En un diario

se escribe a menudo, de modo que, por muy cuidadoso que seas, es imposible evitar que se deforme un poco, que se estropeen los bordes o que haya alguna mancha de tinta. Sin embargo, nada de eso estaba en ninguno de los diarios de Kenzo. Estaban impecables, como si los acabaran de encuadernar. Entonces, ¿es que no escribía cada día? Claro que sí, escribía en su diario todos los días, con una caligrafía alineada, pulcra y uniforme. Leerlo casi me provocó ansiedad, pero me hizo comprender lo meticuloso y obsesivo que era. La sirvienta, Okiyo, me contó algunas anécdotas que confirmaron mi opinión. Os citaré solo un ejemplo: alguien venía de visita y se le ofrecía el *hibachi*; si el visitante lo tocaba, Kenzo lo desinfectaba más tarde con alcohol. Eso no es una manía, es una enfermedad. Para él, todos a su alrededor eran individuos sucios e impuros. Esto es importante. Otra de las características más importantes era que… Bueno, leyendo su diario se nota de inmediato: tenía un carácter explosivo. Era una persona de extremos. Se suele decir que «Del amor al odio solo hay un paso», pero lo de Kenzo era todavía más fuerte. Que usara una expresión como «mi peor enemigo» para definir a alguien también demuestra su carácter. Además, era una persona muy sensible a la justicia. Esto, que normalmente sería una virtud, en su caso era perjudicial, ya que era tan estricto que llegaba a ser intolerante. Se castigaba a sí mismo cuando cometía alguna injusticia o engaño pero, precisamente por ello, trataba de igual manera a los demás cuando se daba el caso. Y, debido a esa naturaleza, siempre se sentía inseguro sobre su estatus social. Aunque despreciaba las ideas o costumbres feudales, ¿quién creéis que tenía la mentalidad feudal más ortodoxa? Precisamente él. Era un cabeza de familia autoritario y déspota por su estatus de latifundista y descendiente de propietarios de un *honjin*, y se enfadaba siempre que alguien atacaba su dignidad. Tenía un carácter muy complicado.

Ryuji estaba callado y cabizbajo. Me dio la impresión de que estaba de acuerdo con Kindaichi. Yo conocí bien a Kenzo y la descripción del detective me pareció muy precisa.

—Este tipo de personas suelen ser solitarias, pues no confían en nadie excepto en sí mismas. O consideran que todo el mundo es su enemigo, sobre todo su familia más cercana. En el caso de Kenzo, está compuesta por cuatro personas: su madre, su primo Ryosuke, su hermano Saburo y su hermana Suzuko. Estos dos últimos todavía son jóvenes, de modo que no son importantes. El problema debía tenerlo con los otros dos, sobre todo con Ryosuke. Creo que es una persona completamente distinta a Kenzo. Aparentemente es tranquilo, simpático y abierto, pero en realidad tiene un carácter tan fuerte como el propio Kenzo. En su diario, leí cuánto sufría y cómo lo irritaban su primo y su madre. Sin embargo, nunca llegó a enfrentarse abiertamente a él, porque se sentía intelectualmente superior. Yo creo que Ryosuke lo sabía y se aprovechaba de ello. Entonces surgió el tema de la boda con Katsuko. Como sabéis, encontró una gran resistencia pero a pesar de todo decidió casarse. Y entonces, en la víspera de la boda, descubrió que Katsuko no era virgen y que, por casualidad, había vuelto a ver a su exnovio hacía poco. ¿Podéis imaginar lo que sintió?

Kindaichi hizo una pausa. Nadie dijo nada. Isokawa, el señor Ginzo y Ryuji tenían el rostro sombrío.

—Me imagino que Katsuko atrajo a Kenzo, además de por su inteligencia, alegría, firmeza y franqueza, porque parecía una persona muy pura. La pureza era lo más importante para Kenzo. Pero en el último momento se enteró de que había estado con otro hombre; es decir, que había sido mancillada. Como he dicho, Kenzo ni siquiera podía tocar el brasero que había usado otra

persona antes de desinfectarlo. Para él, pensar en casarse con una mujer que ya se había acostado con otro hombre… Debió provocarle náuseas. Entonces, ¿por qué no cancelar el matrimonio? Eso era imposible, ya que significaría admitir su derrota ante los familiares que tanto despreciaba. Pero tampoco podía tomar a Katsuko como esposa en un matrimonio fingido, ya que ella se había encontrado con Tatani unos días antes en una tienda de Osaka. Como nosotros, Kenzo no sabía nada del tal Tatani. Puede que no quisiera aprovecharse de aquel secreto del pasado, pero nada se lo garantizaba. Si aparecía algún día y la relación se hacía pública, Kenzo quedaría humillado. Un matrimonio fingido era, pues, muy arriesgado. Aun así, creo que el motivo del asesinato fue sentimental, debido al carácter de Kenzo y no a un problema real. Supongo que empezó a detestar a Katsuko por haberlo empujado a un callejón sin salida. Aunque estaba sucia, iba a casarse con él como si no pasara nada. Eso debió provocar en él un odio indescriptible. Sin embargo, por su carácter, Kenzo temía que Katsuko notara su aversión. Tanto había reprimido su tendencia a las explosiones emocionales que esto acabó por convertirse en una obsesión, y debido a eso ideó un plan tan complejo. En conclusión, si tenemos en cuenta el carácter y las relaciones familiares de Kenzo, el motivo de este homicidio no solo se vuelve razonable: se convierte en la única salida. Al final no tuvo otra opción. Como no podía cancelar la boda y tampoco quería ser su marido, el único momento para llevar a cabo su plan sería por fuerza después de la ceremonia y antes de la noche de bodas.

—Entonces, ¿los dos acordaron suicidarse? —preguntó Isokawa.

—¿De mutuo acuerdo? No lo creo —contestó Kosuke—. Creo que fue un homicidio convencional motivado por el odio; el objetivo de su plan no era el suicidio. Kenzo odiaba tanto a Katsuko que deseaba asesinarla, pero era un hombre inteligente que sabía que tarde o temprano todos los crímenes se resuelven. También sabía que la conciencia no le permitiría seguir viviendo después de un asesinato, aunque nadie descubriera lo que había hecho. Por eso, antes de que la policía descubriera lo ocurrido y antes de que su conciencia destruyera su mente, se suicidó. Esa fue su decisión. Solo hay una particularidad en este caso: el orden en el que sucedieron los hechos. Normalmente se produce el asesinato, la policía investiga, el criminal se ve acorralado y se suicida. Pero, en este caso, el orden se vio alterado. No obstante, aunque el asesino esté muerto, no es un caso leve. El criminal puso un gran cuidado para enmascarar su crimen, y también para que su muerte no pareciera un suicidio. Es un acto de gran maldad.

—Kenzo intentó que su suicidio pareciera un asesinato porque no quería aceptar la derrota ante su familia. No quería hacer el ridículo ante sus familiares, sobre todo ante Ryosuke. ¿A eso te refieres?

—Sí, así es. Ese es el meollo del asunto. Podemos decir que es la tragedia de poseer un *honjin*.

EL ENSAYO

Nos quedamos callados mucho tiempo. La casa estaba vacía y solo había un brasero, así que hacía frío. A pesar de eso, nadie quiso acortar la reunión. Isokawa no dejaba de escribir y borrar letras en la ceniza del *hibachi*, pero de pronto levantó la mirada.

—Bueno, más o menos entiendo por qué ocurrió esta tragedia. Pero ¿cómo llevó a cabo su plan?

Kindaichi contestó a su pregunta mientras se rascaba la cabeza.

—Esa es una buena pregunta. En este caso, como el asesino está muerto, no podemos escuchar su confesión. Tenemos que imaginarlo, pero afortunadamente están aquí casi todos los involucrados. ¿Por qué no analizamos este caso desde el principio? —Kindaichi sacó una libreta de entre su ropa y la apoyó sobre sus piernas para continuar con su explicación—. Mi primera impresión al conocer este caso fue que parecía ficticio, como sacado de una novela policiaca; se trataba de un asesinato en una habitación cerrada e incluía multitud de elementos misteriosos: un hombre con solo tres dedos, la música del koto, las fotos del álbum, los fragmentos quemados del diario… Todo parecía literatura, como si la escena hubiera sido preparada para recrear el ambiente de una novela de misterio. Entonces encontré la enorme colección de libros de Saburo. Isokawa, ¿recuerdas cuánto me emocioné al verla? —El inspector asintió sin decir nada, y Kindaichi siguió hablando—: El objetivo principal era disfrazar un suicidio de asesinato. Esto es más o menos común en las novelas policiacas. La obra más famosa con esta trama pertenece a la saga de Sherlock Holmes: *El problema del puente de Thor*. Para que un suicidio parezca un homicidio, hay que alejar el arma del cadáver tanto como sea posible. El arma que se utiliza en esa novela es una pistola. El truco consistía en que la suicida ató a la pistola una cuerda en cuyo extremo amarró una pesa. Se disparó a sí misma sobre el puente y, al soltar el arma, esta se hundió en el río por su propio peso. Estoy seguro de que Kenzo sacó la idea de esta novela, porque está incluida en la colección de Saburo y el libro parece muy usado.

—Entiendo. Pero ¿qué papel ocupó Saburo en el asesinato? —preguntó Ryuji, preocupado. Kindaichi se sacudió el cabello con la mano.

—Espera un momento. Creo que el papel que ocupó Saburo fue muy interesante, pero lo explicaré más tarde. Considerando el carácter de Kenzo, habría sido imposible que pidiera ayuda a alguien para llevar a cabo un plan tan importante. Repasemos el caso desde el principio, siguiendo paso a paso cómo se concretó el plan de suicidio en la mente de Kenzo. Todo se puso en marcha la tarde del veintitrés de noviembre, dos días antes de la boda, cuando un misterioso hombre con solo tres dedos apareció en la taberna Kawadaya, delante del ayuntamiento.

—¿Qué relación tenía ese hombre con el clan Ichiyanagi? —preguntó Isokawa, pues esa era

una de sus dudas.

—Agente, ese hombre no tenía absolutamente nada que ver con los Ichiyanagi. No era más que un viajero que pasó por allí por casualidad.

—Pero el hombre preguntó a la tabernera cómo se llegaba a la mansión, ¿no? —preguntó el señor Ginzo con el ceño fruncido.

—Así es. Pero lo que realmente quería saber no era cómo llegar a la mansión Ichiyanagi, sino cómo llegar a Ku. Esta mañana lo comprobé en Kawa. Isokawa puede confirmarlo, ¿verdad? —El inspector estaba atónito. Kindaichi se rio—. Estamos de acuerdo en que ese hombre parecía venir de muy lejos, ¿a que sí? Supongamos que llegó en tren a la estación de Kiyo y que allí pidió indicaciones para llegar a Ku. ¿Qué le contestarían? Entre la estación y Ku hay aproximadamente ocho kilómetros; es complicado explicarlo todo de una vez. En esos casos, la gente suele indicar cómo llegar a un punto de referencia donde el viajero debe preguntar de nuevo. Así ocurrió, y por eso el hombre de los tres dedos tuvo que preguntar otra vez al llegar a Kawa. Lo comprobé esta mañana. La estanquera a la que pregunté me dijo lo siguiente: «Siga la carretera y llegará al ayuntamiento de Oka. Ahí pregunte por la mansión Ichiyanagi, que al ser tan grande es fácil de encontrar. Una vez allí, siga el sendero que pasa junto a la casa atravesando la montaña, y llegará a Ku». Seguro que el hombre de los tres dedos recibió unas instrucciones parecidas, y por eso al llegar al ayuntamiento preguntó a la tabernera por la mansión Ichiyanagi.

Como nadie había llegado a descifrar la relación del hombre de los tres dedos con el clan Ichiyanagi, nos sorprendió que fuera algo tan trivial.

—¿Qué opináis? Aunque el viajero no tenía nada que ver con los Ichiyanagi, la mala suerte hizo que ese encuentro marcara su destino. La mala suerte o Kenzo, pues ese era su plan. El hombre se alejó de la taberna y llegó a la mansión, que era exactamente como se la habían descrito. Además, iba a celebrarse una boda próximamente, así que no es extraño que se asomara por curiosidad. Y en ese momento lo descubrió un vecino que pasaba por allí; el viajero se sintió avergonzado y le preguntó cómo llegar a Ku para disimular. Es un comportamiento comprensible, y la pregunta no era extraña pues realmente se dirigía a esa localidad. Como sabéis, el camino sube en pendiente y el hombre debía de estar cansado, así que no sería raro imaginar que subió el terraplén para descansar antes de continuar su viaje.

—¿Fue entonces cuando Kenzo lo mató?

Cuando Isokawa formuló esa pregunta, carraspeé con discreción. Kindaichi me entendió y se dirigió a mí con una sonrisa.

—Bueno, eso puede explicarlo el doctor mejor que yo; para eso le he pedido que venga. Doctor, por favor, ¿podría detallarnos el resultado de su examen preliminar del cadáver?

En ese momento comprendí la intención con la que me había pedido que esperara su señal antes de entregar mis conclusiones. Sonreí. Aunque solía actuar con naturalidad, el detective tenía una faceta muy teatral. Se había reservado una información inesperada hasta el momento preciso en el que resultara más asombrosa.

—Claro que sí. Esta es mi resolución sobre la causa de la muerte del individuo encontrado enterrado en el homo de carbón: no fue asesinado. La causa de la muerte fue natural. Para conocer los detalles, habremos de esperar al resultado de la autopsia, pero creo que el agotamiento físico le provocó una insuficiencia cardíaca. Respecto a la herida del pecho, se realizó al menos veinticuatro horas después de su muerte.

Los reunidos estaban estupefactos. Ryuji se recompuso y preguntó:

—Entonces, ¿no lo asesinó mi hermano?

—No. Yo lo imaginé desde un principio. A pesar de la obsesión de Kenzo, no era tan desalmado como para matar a un desconocido —le contestó Kindaichi.

—Entonces, ¿por qué…? ¿Por qué tenía el cadáver una herida en el pecho? —preguntó Isokawa.

—Porque Kenzo hizo una prueba con el cadáver; realizó el mismo experimento que hice yo hace un momento. Había ideado un plan eficiente, pero quería comprobar que funcionaba y también cuánto tiempo tardaría. O sea, ensayó con el cadáver. Señor Ginzo, me dijo que Suzuko le contó que había escuchado el koto la noche antes del asesinato, ¿verdad? Precisamente fue durante el ensayo de Kenzo.

Todos nos miramos muy sorprendidos. Ryuji palideció de nuevo. Kenzo no asesinó al viajero, pero lo que hizo con su cadáver fue incluso más horrible. Me recorrió un escalofrío.

—Bueno, volvamos al tema principal. El hombre de los tres dedos subió el terraplén y poco después falleció. Y Kenzo descubrió su cadáver. Eso tuvo que pasar la noche del veintitrés o la mañana del veinticuatro. Para Kenzo fue un golpe de suerte; seguramente se lo llevó a la casa de invitados y lo escondió en el armario empotrado, de ahí que se encontraran sus huellas. La tarde del día veinticuatro hubo una discusión en la mansión, ¿verdad? Kenzo y su madre discutieron sobre quién tocaría el koto. Entonces llegó Ryosuke con la caja para enterrar al gato y Saburo, que acababa de regresar de la peluquería, les contó que un hombre con tres dedos había preguntado por la mansión Ichiyanagi. En ese momento, Suzuko se ofreció voluntaria para tocar el koto, algo que tuvo una gran influencia en el asesinato.

Nos quedamos mirando a Kindaichi, esperando la explicación.

—Antes de esa tarde, Kenzo ya tenía muy bien preparado su plan, pero todavía no había decidido qué tipo de cuerda usar. Tenía que ser fina, resistente y muy larga. Estaba pensando cuál sería un buen material cuando Suzuko hizo la pantomima de tocar el koto con tres dedos. Recordad que en ese momento el viajero ya estaba muerto y escondido en la casa de invitados, pues Kenzo iba a utilizar el cadáver para su experimento. Así que, cuando hablaron de él, debió sorprenderse pero a la vez se le ocurrió una idea. Tres dedos y un koto: relacionó estos dos elementos y decidió utilizar una cuerda del instrumento. Fue el azar. Su inocente hermana pequeña le dio la idea de un elemento importante del asesinato. Resulta increíble, pero eso fue lo que ocurrió. Entonces Kenzo fue a buscar el koto al sótano. En la mansión hay varios, así que había cuerdas de sobra y nadie se daría cuenta si se llevaba una. Mientras la buscaba, encontró los puentes. Creo que al principio no pensaba utilizar el puente como punto de apoyo en el techo del baño. Seguramente pensaba usar una rama ahorquillada o algo por el estilo, pero el puente le pareció ideal, ya que su utilidad habitual es sostener la cuerda. Y de este modo entró el koto a formar parte del caso.

—¿Y llevó a cabo el ensayo esa misma noche? —preguntó el señor Ginzo.

—Así es. Entonces se enfrentó con dos problemas inesperados. La cuerda sonaba al atravesar el bambú, «tilín, tilín». Eso no le gustó y pensó en camuflarlo de algún modo; por eso tocó el koto la noche del asesinato, antes de matar a su esposa y suicidarse. Gracias a esto, nadie prestó atención al ruido posterior.

—Uhm… —murmuró Isokawa.

—¿Y cuál era el segundo problema? —le preguntó el señor Ginzo.

—Que Saburo apareció durante el ensayo. Es solo una hipótesis, pero creo fue así como su hermano se sumó al plan.

Al escucharlo, intercambiamos una mirada. Ryuji palideció.

UNA HABITACIÓN CERRADA A CAL Y CANTO

—Bien, supongamos que mi hipótesis es correcta. ¿A qué conclusión llegarían los dos hermanos? Si quisiéramos saberlo con seguridad tendríamos que preguntar a Saburo, pero estoy seguro de que intervino cuando el plan ya estaba en marcha, convirtiéndose en cómplice, porque hay varios artificios que solo podrían habérsele ocurrido a él. Supongo que a Kenzo le bastaba con que pareciera un asesinato, así que no necesitaba inventarse un sospechoso. Sin embargo, para Saburo, aficionado a la novela negra, era ilógico que en un asesinato no existiera un sospechoso, así que tenían que inventarse uno. Y le pareció que el viajero muerto, el hombre de los tres dedos, sería ideal. Supongo que ni Kenzo ni Saburo sabían quién era ese hombre en realidad ni por qué había preguntado por la mansión, pero eso sería suficiente para fingir que él era el asesino. Además, sus huellas estaban en el vaso que había usado en Kawadaya, y eso estimuló su creatividad. Cualquier aficionado a las novelas policiacas hubiera aprovechado esas huellas. No contento con eso, utilizó la fotografía del álbum y los fragmentos del diario para fingir que el viajero y Kenzo tenían un vínculo profundo. Creo que este truco solo pudo idearlo Saburo. Y de este modo, gracias al ingenioso mecanismo de Kenzo y a las trampas preparadas por Saburo, el caso ganó complejidad.

—¿Cómo es posible que la fotografía del hombre de los tres dedos estuviera pegada en el álbum de Kenzo? —le preguntó el policía.

—Recortaste la fotografía. Si la hubieras arrancado, habrías notado la manipulación. Mira. —Kindaichi la sacó—. Está claro que la fotografía había estado pegada en otro lugar. Y el cartón tiene la marca de otra instantánea. Es decir, que arrancaron la fotografía original para pegar esta en su lugar. Hay alguien en el pasado de Kenzo a quien odiaba profundamente, pero no era este hombre.

—Pero ¿cómo la consiguieron?

—Él mismo la llevaba encima.

—Pero eso es muy raro; la gente normalmente no lleva encima fotografías propias —lo interrumpió Ryuji con el ceño fruncido.

—Por supuesto, tienes razón. Pero hay personas que, por su profesión, siempre llevan encima una fotografía. Los conductores, por ejemplo.

—¡Ah! —exclamó el policía—. ¡Eso es! El tipo de la fotografía me sonaba de algo. Es la foto del carné de conducir, ¿verdad?

—Sí, así es —le contestó Kindaichi, sacudiéndose el cabello con la mano—. Conociendo su oficio, ya os imaginaréis por qué tenía una cicatriz grande en la cara y le faltaban dos dedos. Si no os importa, aprovecharé la ocasión para desvelar la identidad de ese hombre. Se llamaba

Kyokichi Shimizu y era natural de Shizuki, aunque de niño se trasladó a Tokio y trabajaba allí como conductor. Después del accidente no podía seguir trabajando y su salud empeoró, así que envió una carta a una tía que vive en Ku pidiéndole que lo acogiera un tiempo mientras se recuperaba. Su tía le contestó que no había problema, que fuera cuando quisiera, pero no volvió a tener noticias de él. Esto lo he sabido hoy gracias a la investigación que el agente Kimura ha llevado a cabo en Ku. Según su tía, Shimizu no conocía la localidad, y tras enseñarle una foto dijo que no podía reconocerlo porque no lo veía desde que era niño, aunque afirmó que el hombre de la fotografía se parecía mucho a su hermano, el padre de Kyokichi. En conclusión, el hombre de los tres dedos era un conductor llamado Kyokichi Shimizu cuya vida terminó triste y desafortunadamente junto al bancal que hay detrás de la mansión cuando iba camino de casa de su tía.

—Y mi hermano utilizó su cadáver… —dijo Ryuji con tristeza.

El inspector, que no podía perder el tiempo con sentimientos, continuó con sus preguntas:

—¿Cómo se explican los fragmentos del diario?

—Ese fue otro de los trucos de Saburo. Cuando alguien escribe un diario tan detallado como el de Kenzo, es fácil seleccionar fragmentos para hacer un *collage* contando cualquier historia. Mirad. —Kindaichi sacó los fragmentos del diario—. El primero dice: «… de camino a la playa, al pasar por donde siempre, Ofuyu estaba tocando el koto. Últimamente, su sonido me entristece…»; el tercero: «… entierro de Ofuyu. Este día triste, en la isla seguía lloviznando. En el funeral de…»; y el quinto: «… antes de marcharme de la isla fui al cementerio por última vez para llevar unas flores. Mientras estaba arrodillado ante la tumba de Ofuyu escuché el sonido de un koto. De repente me…». Por la caligrafía y el tipo de tinta, así como por la referencia a Ofuyu, estos tres fragmentos parecen de la misma época. Sin embargo, el segundo: «… es él, es él. Lo odio. Lo odiaré toda mi vida…»; y el cuarto: «… a punto estuve de desafiarlo. ¡Estoy indignado! Cuando pienso en Ofuyu y su triste muerte, me dan ganas de hacer trizas a ese hombre. Es mi peor enemigo, y lo será eternamente. Lo odio, lo odio, lo odio…» están escritos con plumas y tintas diferentes a las de las otras tres entradas. Escribió el fragmento primero, tercero y quinto durante el viaje, así que no creo que llevara varias plumas. Por lo tanto, debió escribir el segundo y el cuarto en otro momento distinto. A juzgar por la letra, creo que estos dos fueron anteriores a los demás, quizá cuando Kenzo estaba en la universidad. Ryuji, ¿de verdad no sabes de qué se trata? ¿Seguro que no le ocurrió nada durante sus años de universidad?

Ryuji levantó la mirada un instante y de inmediato la bajó con tristeza.

—Mientras estaba en la universidad ocurrió algo tras lo que se enemistó con uno de sus compañeros. Se trataba de su mejor amigo, pero ambos se enamoraron de la hija del profesor y se convirtieron en rivales. Su amigo lo traicionó, o eso pensaba mi hermano, y por consiguiente se sintió humillado y abandonó la universidad. Además, la mujer por la que competían falleció de una enfermedad posterior. Desconozco qué ocurrió realmente, pero mi hermano creía que todo había sido un ardid de su amigo. Como sabéis, tenía un carácter muy fuerte y su resentimiento era muy profundo. Por ello, al escuchar lo de «mi peor enemigo» pensé en su amigo de la universidad, pero según decíais se trataba de un hombre que había conocido en una isla, así que creí que hablaba de otra persona. Además, su amigo se convirtió en un académico muy famoso cuyo nombre conoceréis seguro, por lo que me pareció imposible que fuera él. Esa es la razón por la que no dije nada.

—Vaya. ¿Y tú no llegaste a conocerlo?

—No. Lo he visto en algunas fotografías recientes, así que no sabía si la del álbum era de la misma persona o no.

—Lo entiendo. Saburo mezcló esa trifulca con algo que ocurrió posteriormente en una isla, agregó la fotografía del hombre de los tres dedos y creó una historia y un personaje ficticios. ¡Qué inteligente! Eligió la historia de la isla porque se nombraba un koto. Kenzo jamás habría mostrado sus diarios a otra persona, pero con alguien como Saburo era imposible guardar secretos. Saburo había leído sus diarios a escondidas y recordaba bien lo sucedido, así que lo utilizó para la creación de la historia. Supongo que Saburo tomó la iniciativa en cuanto se unió al plan, pues se divertía mostrando sus vastos conocimientos sobre novelas policiacas.

La teoría de Kindaichi parecía muy razonable. Yo conocía bien a los Ichiyanagi y sabía que el único normal era Ryuji. Todos los demás eran muy raros.

Bueno, entre los dos planearon hasta el último detalle. Después de cortarle la mano al cadáver, escondieron su cuerpo en el homo de carbón. Eso ocurrió la madrugada del día veinticinco. La tarde de aquel mismo día, poco antes de la ceremonia, el hombre de los tres dedos apareció en la cocina de la mansión Ichiyanagi, aunque en realidad era Kenzo. La historia que habían ideado con los fragmentos del álbum y los diarios no serviría de nada si nadie llegaba a conocerla, así que lo hicieron para llamar la atención de la policía y también para hacernos creer que el hombre de los tres dedos seguía vivo en aquel momento. Después de entregar la nota a la sirvienta, Kenzo se dirigió a la casa de invitados por el sendero oeste, rodeando el terraplén, y se cambió de ropa. Entonces llegó Akiko y le entregó la nota. Kenzo la hizo pedazos y los guardó en la manga de su kimono; pidió a la mujer que cerrara las puertas del porche y se marchó. Según dijo, cuando regresó a la mansión no vio a Kenzo allí, porque justo en ese momento se encontraba en la casa de invitados, marcando las pisadas y las huellas dactilares con su sangre en la columna y en el interior de las puertas, escondiendo los zapatos y la ropa del muerto en el homo de carbón… También fue en ese momento cuando extendió la cuerda del koto desde el molino de agua hasta la rejilla de la puerta.

Isokawa estaba sorprendido.

—Entonces, ¿las huellas de los tres dedos estuvieron ahí toda la tarde?

—Así es, pues no tuvo otra oportunidad de hacerlo. Esa cuestión fue, precisamente, la que me permitió avanzar a la siguiente etapa. ¿Por qué? Pues porque se encontraron varios rastros de sangre, pero los que estaban en el biombo, un lugar muy visible, se hicieron con las púas de dedo del koto. En cambio, las huellas normales estaban en lugares escondidos. Cuando me di cuenta supe que debía de haber alguna razón y llegué a dos conclusiones. Primero, que las huellas dactilares se descubrieron más tarde porque así lo planeó el criminal. Como eran anteriores tenían distintos niveles de sequedad y color, pero cuánto más tiempo pasara más difícil sería notar la diferencia; por esta razón no debían encontrarlas demasiado pronto. Segundo, que estaban escondidas para que nadie las viera durante el brindis. Sería absurdo que un asesino tan cuidadoso, que se cubrió los dedos con las púas del koto para no dejar huellas, las dejara en otras partes. La conclusión es que las dejaron intencionadamente mucho tiempo antes del crimen.

—Uhm… —murmuró el inspector.

Kindaichi continuó su relato con una sonrisa:

—Una vez preparado el escenario, Kenzo se llevó la mano del muerto a la mansión. Aquí me

surgió una duda: ¿por qué no se deshizo de la mano cuando escondió la ropa del difunto la noche anterior? Tuvo que ser cosa de Saburo; se estaba divirtiendo con el asesinato y no podía resistirse a la tentación de utilizar la mano más tarde, por lo que pidió a su hermano que la escondiera en un lugar accesible. Para ello aprovechó la caja del gato muerto. Como Suzuko la enterró justo después del asesinato, el ardid funcionó mucho mejor de lo que esperaba.

—Después quemaron el diario en el despacho, ¿verdad?

—Sí, así fue. Saburo había elegido los fragmentos que tenían que quemar. Ahora tenemos que fijarnos en un detalle: cuando quemó las páginas del diario, Kenzo podría haber quemado la nota que llevaba en la manga de su kimono, pero no lo hizo. Alguien tan perfeccionista como él no se habría olvidado de la nota, que se convertiría en una prueba fehaciente, así que tenemos que pensar que la dejó a propósito, ¿verdad? Poco después empezó la ceremonia de la boda. Eso nos lleva a otros dos asuntos. Primero, que Kenzo propició la situación para que llevaran el koto a la casa de invitados. Si el alcalde no hubiera tomado la iniciativa, lo habría hecho él; la prueba es que le dijo a Katsuko que se quedara con el koto. Segundo, que fue Kenzo quien pidió a Saburo que acompañara a su tío abuelo a Kawa para que tuviera una coartada. A propósito, tengo una pregunta para Ryuji.

El hombre levantó ligeramente las cejas.

—Seguramente te lo ha preguntado Isokawa. Ya estabas aquí la tarde del día veinticinco. ¿Por qué no viniste a la boda? ¿Y por qué mentiste al día siguiente, diciendo que acababas de llegar?

Ryuji bajó la cabeza lentamente.

—Ahora que conozco el papel de Saburo en la trama, comprendo la intención de mi hermano Kenzo. Fue él quien me ordenó que no asistiera a su boda. Puede que le preocupara que me viera involucrado y lo hizo para que yo también tuviera una coartada, pero en ese momento no entendí su intención. Además, el tono que usó en su carta era tan agresivo que me preocupé y abandoné el congreso un día antes para venir, pero finalmente decidí no acudir a la ceremonia. Cuando supimos lo ocurrido al día siguiente, mi tío abuelo, Saburo y yo acordamos decir que había llegado aquella mañana.

—Tu hermano te quería mucho.

—No creo que fuera cariño, aunque es cierto que yo era el único que lo comprendía.

—Comprendo. Lo que Kenzo temía realmente era que llegaras a descubrir la verdad: que se había suicidado.

Ryuji asintió con la cabeza.

—Es posible. A decir verdad, cuando supe la noticia intuí que había sido cosa suya, aunque en ese momento no conocía el motivo.

—Muchas gracias. Con eso me has aclarado la última duda que me quedaba. Bien, hablemos ahora de la escena del crimen. Cuando terminó el brindis, Kenzo quitó uno de los puentes del koto y lo escondió dentro de la manga del kimono de su madre. Me di cuenta después de algo que me contó Isokawa. Según me dijo, en el puente que habían encontrado en el montón de hojas secas solo estaban las huellas del hombre de los tres dedos, pero eso era imposible porque Suzuko y Katsuko habían tocado el instrumento aquel día. Para afinar el koto hay que mover los puentes con la mano izquierda, ¿verdad? Por eso, si hubieran usado aquella noche el puente encontrado en el jardín, tendría que tener las huellas de Suzuko y Katsuko. No sería lógico que el

asesino lo limpiara para después dejar sus propias huellas. Por consiguiente, el puente del montón de hojas no era del koto que habían tocado en la boda, y el criminal marcó las huellas en él intencionadamente.

El señor Ginzo asintió tranquilamente con la pipa en la boca. Isokawa se rascó la cabeza, algo avergonzado. Ryuji bajó de nuevo la mirada.

—Hoy mismo he encontrado el puente que Kenzo escondió en el interior del kimono de su madre. Supongo que Saburo debía recuperarlo, pero no sé si por falta de comunicación o por el caos posterior, se le olvidó. Muy bien, hasta aquí todo ha quedado claro. Pasemos ahora al momento trágico.

Kindaichi, que había permanecido risueño durante toda la explicación, se puso serio de repente. Sin damos cuenta, todos contuvimos la respiración.

—Es espeluznante. Ahora que sabemos que todo estaba planeado, me parece incluso más terrible. Kenzo esperó en la cama hasta que el molino empezó a girar. Cuando escuchó el ruido, se levantó como si fuera al baño y sacó la catana que tenía escondida en el armario. Asesinó a Katsuko, tocó el koto con las púas de dedo y dejó las manchas de sangre en el biombo. Estas marcas me llamaron la atención. Creo que Kenzo las dejó más por su naturaleza meticulosa que buscando no dejar sus propias huellas. O sea, debió pensar algo así: «Si he usado la cuerda y el puente, ¿por qué no usar las púas?». A continuación las dejó en el lavabo, tiró de la cuerda que había extendido a través de la rejilla y se suicidó como he explicado hace un momento. Así sucedió el misterioso asesinato.

Todos nos quedamos en silencio. De pronto, sentí un escalofrío y me estremecí. Todos lo hicimos.

—¿Por qué no dejó abierta ninguna puerta? —le preguntó Ryuji.

—Ese… Ese es el… el punto más curioso de todo este embrollo —contestó Kindaichi tartamudeando y revolviéndose el cabello rizado. Tomó un ruidoso sorbo del té frío para recuperar la calma—. Aquella noche ocurrió un imprevisto que echó a perder una parte del plan. ¿Sabéis a lo que me refiero? ¡A la nevada! ¿Comprendéis ahora? Había dejado pisadas con los zapatos del viajero para que pareciera que el asesino había escapado por el jardín, pero la nieve las tapó. ¿Por qué no las volvió a poner? Habría sido imposible, pues ya había dejado los zapatos en el homo de carbón. «Si no hay huellas sobre la nieve, ¿qué sentido tiene dejar abierta la puerta? ¡Perfecto, que sea un asesinato en una habitación cerrada!». No sé si pensó eso, pero creo que esa fue la razón para no abrir la puerta del porche: no formaba parte del plan original y contradecía sus verdaderas intenciones.

LA FLOR DEL INFIERNO

Aquí terminan las notas del doctor F. y comienza el testimonio de Saburo. Esto es lo que me contaron.

Cuando se recuperó, Isokawa interrogó exhaustivamente a Saburo y este lo confesó todo. Como había anticipado Kosuke Kindaichi, su participación en el plan de su hermano mayor comenzó cuando lo descubrió a mitad del ensayo. Saburo contó la historia de la siguiente manera:

«Jamás olvidaré la expresión de Kenzo en aquel momento. Aquella noche, vi luz en la casa de invitados y me acerqué sigilosamente. Mi hermano llevaba un par de días muy inquieto, divagando constantemente y asustándose de cualquier cosa… Aquella tarde, cuando conté lo que me habían dicho en la peluquería sobre el hombre de los tres dedos, Kenzo palideció. Al recordarlo y ver luz en la casa, sentí curiosidad y fui a ver. La puertecilla de bambú entre la mansión y la casa tenía el cerrojo puesto, pero la salté. La puerta del porche estaba entreabierta y me asomé por la pequeña rendija. De repente, una catana apareció en la rejilla superior. ¡Qué susto me llevé! Estuve a punto de gritar; si no lo hice no fue porque me controlara, sino porque la sorpresa me había dejado sin voz. Me quedé mirando la catana colgada en el aire con la boca abierta. Poco después se oyó un ruido extraño y en ese momento cayó junto a la farola de piedra. Entonces se abrió la puerta y mi hermano se asomó. Como estaba tan asustado ni siquiera se me ocurrió esconderme y me encontró allí, aterrorizado. Pero la cara de mi hermano en ese momento… ¡Qué horror! No se me olvidará jamás. Me agarró de la nuca y me arrastró hasta el dormitorio. Había allí un cadáver, un hombre con solo tres dedos que tenía una profunda herida en el pecho».

Saburo no pudo evitar estremecerse al recordar la escenas, aunque luego participó voluntariamente en la preparación del crimen.

«En ese momento pensé que mi hermano había enloquecido y que iba a matarme como había hecho con el hombre del dormitorio. Kenzo estaba tan emocionado por el éxito de su experimento que no podía hablar. Cuando se tranquilizó, se desinfló como un globo. Nunca lo había visto tan desanimado. Mi hermano era una persona sensible que se preocupaba por todo, y para ocultar esa naturaleza solía mostrarse arrogante. Pero en ese momento parecía desilusionado y derrotado. Me dio pena, pero me alegré al verlo tan vulnerable. Un momento después, cuando se recuperó, me confesó una parte de su plan y me suplicó casi llorando que no se lo contara a nadie. Esa “parte” no incluía a Katsuko; solo me dijo que iba a suicidarse pero que no quería que lo pareciera. Por supuesto, me negué a guardar el secreto y me preguntó el motivo».

¡Qué excéntrica fue la respuesta de Saburo a esa pregunta! Dejaba muy clara su afición a las

novelas policiacas.

«Yo le contesté: “Cuando se produce un asesinato, el primer sospechoso es la persona que más beneficiada resulta de la muerte de la víctima. En este caso sería Ryuji, pero la policía lo descartaría porque no vive aquí. Por tanto, el sospechoso seré yo”. Entonces, Kenzo me preguntó: “¿Y por qué habrían de sospechar de ti? Tú no ganarías nada con mi muerte, puesto que el heredero sería Ryuji”. Y yo le contesté: “No, hermano. Si tú murieras yo cobraría los cincuenta mil yenes de tu seguro de vida”».

Valdría la pena haber visto la cara de Kenzo. Al parecer, se quedó mirando a su hermano como si fuera un animal extraño. A continuación se rio a carcajadas y dijo: «Saburo, ¡qué inteligente! ¡Qué mente tan brillante! Está bien, entonces haz lo que quieras. Dile a todo el mundo que tu hermano se ha suicidado, pero entonces no cobrarás el seguro, porque el contrato estipula que este será inválido en caso de suicidio. ¿Te parece bien, Saburo? ¿No te duele perder cincuenta mil yenes?».

Saburo debía estar tan loco como Kenzo. Dicen que todos los miembros del clan Ichiyanagi eran algo excéntricos, pero Saburo siempre había parecido el más discreto. Las palabras de su hermano pusieron a Saburo en un gran dilema y al final decidió ayudarlo a planear su suicidio usando los conocimientos que había obtenido de las novelas policiacas, para así incluir su coartada y evitar que lo consideraran sospechoso.

Saburo estaba interesado en los cincuenta mil yenes, pero creo que la razón principal por la que apoyó a su hermano fue porque estaba disfrutando de aquella superioridad sobre Kenzo. Como señaló Kosuke Kindaichi, durante la preparación del suicidio el papel de los hermanos dio un giro de ciento ochenta grados debido a los amplios conocimientos de Saburo sobre novela negra. Kenzo obedecía sus órdenes ciegamente y aceptaba con una sonrisa amarga todos los trucos que inventaba. Sin duda, Saburo se divirtió con la situación.

Fue a él a quien se le ocurrió agregar al álbum la fotografía del viajero e inventar una historia con los fragmentos del diario, así como cortar la mano del muerto y utilizar sus huellas. Al parecer, Kenzo también planeaba culpar al hombre de los tres dedos, aunque no sabía cómo. Intuía que, si escondía bien el cadáver, la gente sospecharía de él. Saburo escuchó su idea, la maquilló y la convirtió en una gran obra de teatro.

En el mundo hay multitud de genios como Saburo: no sirven para escribir su propia historia pero, si les das el argumento de otro, lo modifican hasta convertirlo en una obra de arte.

Saburo no se conformó con su papel de decorador. Puede que se entusiasmara tanto con el plan que decidió formar parte de la obra. Así lo demuestra su siguiente declaración:

«Decidí enterrar la mano cortada con el gato muerto para utilizarla en caso de que alguien pensara que mi hermano mayor se había suicidado. Iba a desenterrarla la noche después, pero apareció Suzuko, sonámbula, y tuve que asustarla. En ese momento todavía no tenía ningún plan. Quien me obligó a utilizarla fue el presumido de Kosuke Kindaichi; era un joven de mi edad, enclenque y con pinta de pobretón, pero se comportaba como si fuera un gran detective privado. Eso me irritaba. Además, me provocó diciendo que utilizar trucos mecánicos era un recurso tramposo. Ahora me doy cuenta de que caí en su trampa. Me preguntaba si ese tipo sería capaz de descubrir el truco, así que volví a prepararlo. Dejé huellas ensangrentadas en el biombo con la mano que había desenterrado la noche anterior y volví a enterrarla. A continuación llevé a cabo mi actuación. No pensaba herirme de gravedad, solo un poco. Como mi hermano, dejé la catana

colgada del biombo y me acerqué, pero calculé mal y me lastimé demasiado. Si revisan el árbol que hay delante del baño, encontrarán la navaja de afeitar que utilicé en lugar de la hoz».

Podemos concluir que Saburo era un inadaptado social, porque hasta un hecho tan solemne como la muerte era una especie de juego para él. Dicen que insistió en que no sabía que Kenzo iba a matar a Katsuko. Tal vez fuera cierto, pero ¿quién nos asegura que, de haberlo sabido, no habría participado?

Inevitablemente, las autoridades acusaron a Saburo de cómplice de asesinato. Sin embargo, antes de que se determinara la sentencia lo llamaron a filas y cayó en Hankou, China. La pobre Suzuko también murió al año siguiente. Puede que para ella fuera lo mejor. A Ryosuke lo mató la bomba atómica durante un viaje a Hiroshima. El viejo del pueblo me habló de la muerte de Ryosuke, ya que creía cosa del destino que muriera en la misma ciudad que su padre y por la misma causa: la guerra.

En cuanto a Ryuji, se quedó en Osaka con su familia y ni siquiera regresó al pueblo para refugiarse de la guerra. Nunca le gustó la vida rural, pero a partir de aquel incidente abandonó por completo la vida conservadora del linaje del *honjin*. En la mansión Ichiyanagi solo vive ahora doña Itoko con la familia de su hija mayor, que ha regresado de Shanghái, y Akiko y sus hijos. Según dicen en el pueblo, es una familia mal avenida en la que siempre hay conflictos.

* * *

Creo que esto es todo lo que ocurrió durante la resolución del caso de asesinato de la mansión Ichiyanagi. Considero que no he intentado engañar ni ocultar nada a mis lectores. Describí dónde estaba el molino de agua desde el principio. También escribí al inicio de este relato lo siguiente: «es posible que tenga que dar las gracias al criminal peligroso y cruel que descuartizó de un modo tan horrible *a un hombre y a una mujer*». Con eso me refería a Kyokichi, el hombre de los tres dedos, y a Katsuko. Ella fue asesinada y él no, y por eso no escribí «que asesinó a un hombre y a una mujer». Si interpretasteis que me refería a Kenzo y a Katsuko, os apresurasteis. Además, en el mismo capítulo describí la escena del crimen de este modo: «allí encontraron muerta a la pareja», en lugar de «allí encontraron asesinada a la pareja». Porque Kenzo no fue asesinado. Esta técnica la aprendí de *El asesinato de Roger Ackroyd*, de Agatha Christie, un ejemplo perfecto de cómo debe escribirse una novela negra.

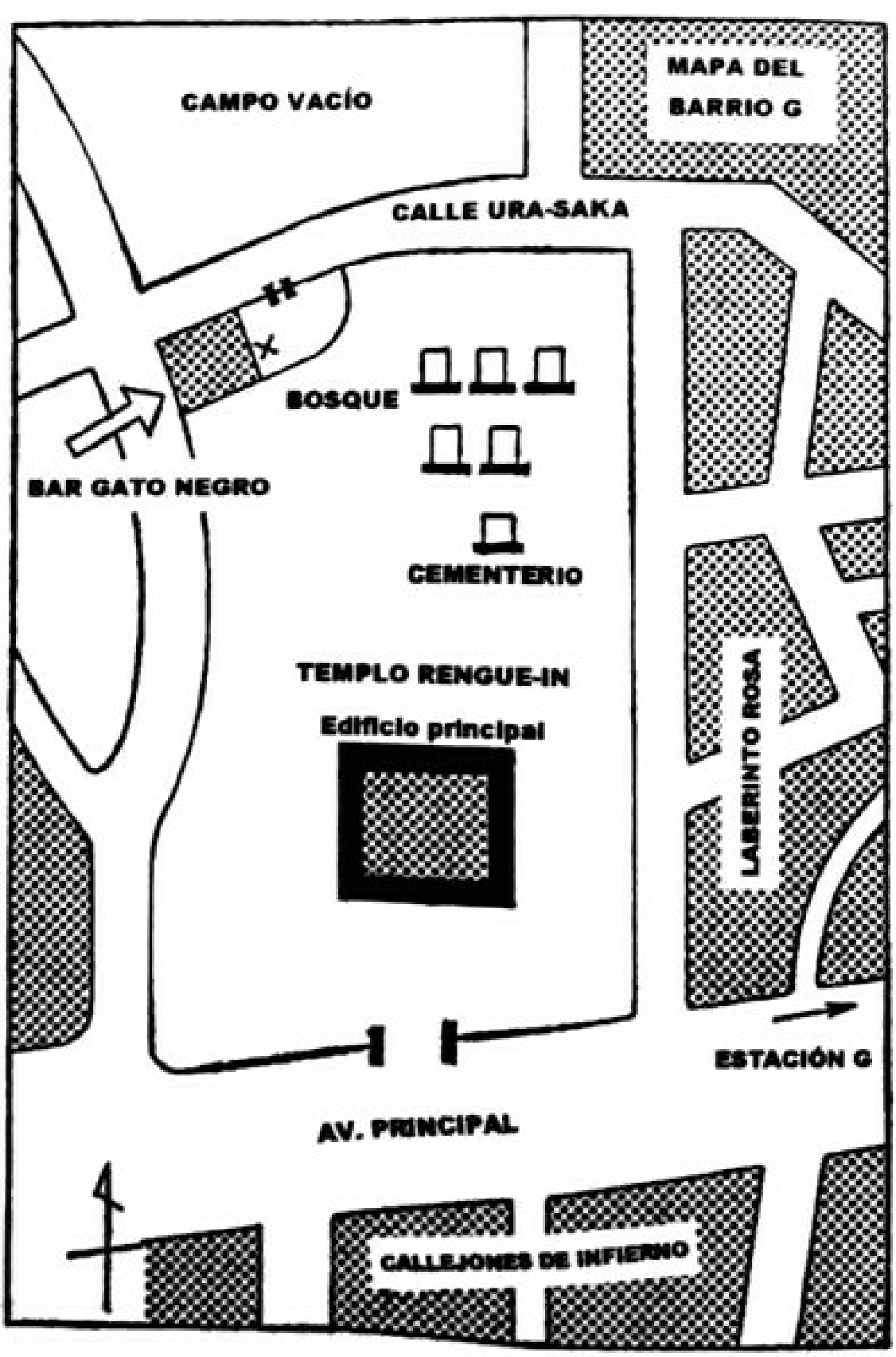
Para concluir este relato volví a la mansión Ichiyanagi.

La última vez que estuve allí, a principios de primavera, todavía corría una brisa fría y ni siquiera había cola de caballo en el campo. Pero regresé en otoño y, hasta donde alcanzaba la vista, se veía un paisaje compuesto de olas del color dorado del arrozal. Como la vez anterior, subí el terraplén que delimitaba la propiedad de los Ichiyanagi en el norte y, dejando atrás el molino de agua abandonado, me adentré en el bosque. Desde allí miré hacia el sur, hacia la mansión Ichiyanagi. Según dicen, debido a los impuestos y a la reforma agraria, el clan Ichiyanagi también está en horas bajas. Puede que por eso, aunque la mansión conservaba su esplendor, me pareciera tan oscura como el futuro que les espera.

Miré el recodo del jardín donde Suzuko había enterrado su gato. Estaba cubierto de flores rojas, esas a las que llaman flores del infierno, como si se hubieran nutrido de la sangre de la

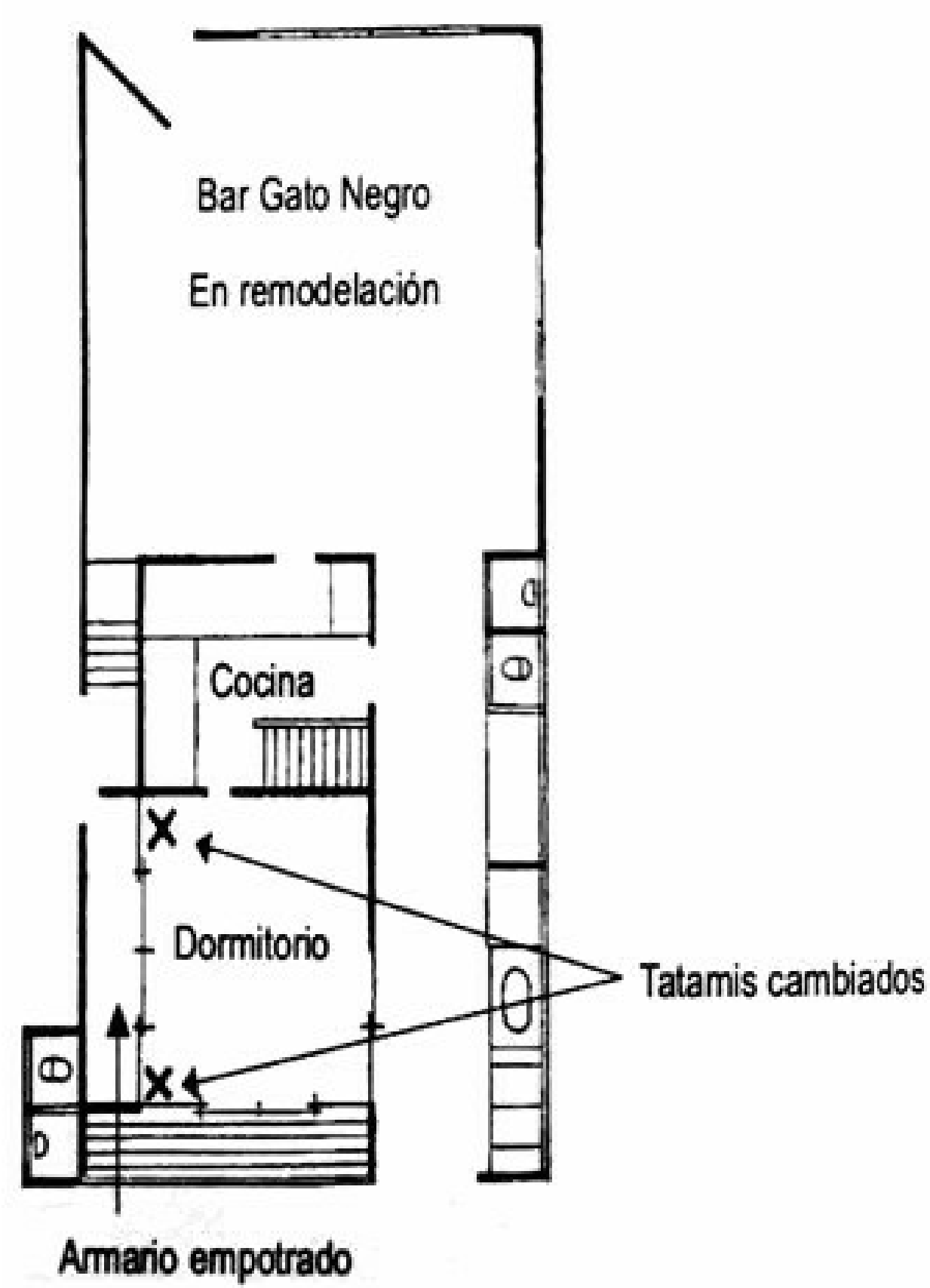
muchacha.

EL CASO DEL GATO NEGRO


CAMPO VACÍO
MAPA DEL
BARRIO G
CALLE URA-SAKA
BOSQUE
BAR GATO NEGRO
CEMENTERIO
TEMPLO RENGUE-IN
Edificio principal
LABERINTO ROSA
ESTACIÓN G
AV. PRINCIPAL
CALLEJONES DE INFIERNO

PERSONAJES

Kosuke Kindaichi: Detective privado.
Shigueko Itoshima (Oshige): Propietaria del bar Gato Negro.
Daigo Itoshima: Marido de Oshige.
Niccho: Joven bonzo del templo budista Rengue-in.
Shunroku Kazama: Amante de Oshige y amigo de Kosuke Kindaichi.
Ayuko Kuwano: Amante de Daigo.
Murai: Policía a cargo de la investigación.
Inspector de policía.
Comisario.
Okimi: Empleada del Gato Negro.
Kayoko: Empleada del Gato Negro.
Tamae: Empleada del Gato Negro.


Bar Gato Negro
En remodelación
Cocina
Dormitorio
Tatamis cambiados
Armario empotrado

PRÓLOGO

Estimado señor Y.:

Disculpe que haya tardado tanto en volver a contactar con usted. Me comentó que no estaba muy bien de salud pero, como la publicación de «Gokumon-to» no se ha interrumpido, espero que se esté recuperando. Disfruto de sus entregas mensuales. A veces leo cómo me describe y me da vergüenza, pero comprendo que en una novela es necesario exagerar un poco. Mis más sinceras felicitaciones; espero que mis experiencias sigan siéndole de utilidad (aunque le suplico que no las haga tan dramáticas).

Cambiando de tema, recuerdo que un día me dijo que, como ya había asumido el reto del asesinato en una habitación cerrada en «Asesinato en el *honjin*», su siguiente desafío sería un muerto sin cara. Que lo informara si me encontraba un caso así. ¿Y puede creer que fue justo el primer caso que encontré al regresar a Tokio? No obstante, este caso de cadáver sin identificar fue muy diferente de lo que esperaba.

En este momento no puedo evitar recordar un viejo dicho: «La realidad supera a la ficción». Recuerdo que al principio de «Asesinato en el *honjin*» dio las gracias al criminal por planear un homicidio así. Ahora debería dar las gracias al cruel asesino que planeó este otro crimen espeluznante. Tal vez no contenga elementos tan atractivos como «Asesinato en el *honjin*» o la serie de homicidios de «Gokumon-to». En ese sentido, probablemente no le resulte tan interesante. Sin embargo, este caso superaría por mucho a los anteriores en crueldad y brutalidad.

En lugar de seguir dándole aquí mi opinión, le he enviado un paquete con toda la información del caso. Lo dejo a su juicio. He numerado los documentos para que pueda leerlos en orden. Estoy deseando descubrir cómo digiere y reconstruye la historia a partir de la materia prima fragmentada de los hechos. Demuestre su destreza. ¡Suerte!

Atentamente,

Kosuke Kindaichi.

Un día de primavera de 1947 recibí esta carta de Kosuke Kindaichi. Todavía estaba en el pueblo de la prefectura de Okayama donde me había refugiado de la Segunda Guerra Mundial.

Cuando la leí, me puse loco de contento. Si Kosuke Kindaichi lo recomendaba con tanta insistencia, debía de ser un caso extraordinario. Además, decía que se trataba de un muerto sin cara, un tema que me apetecía tratar.

Los documentos que mencionaba en su carta llegaron tres días después. Ahora estoy preparando el relato de este crimen y su resolución. Pero, antes de empezar, quisiera explicar a mis lectores el vínculo que tengo con Kosuke Kindaichi.

Una tarde a finales del otoño del año pasado, 1946, recibí un visitante en la casa donde resido.

Yo había sufrido una recaída de la enfermedad que padezco desde hace años y estaba casi todo el día en la cama. Ese día tampoco me levanté y me quedé descansando. Mi familia había salido a trabajar al campo y yo estaba solo en casa cuando llegó aquel hombre.

Nuestra casa era tan humilde que ni siquiera tenía un portal. En su lugar había una sencilla puerta corredera de madera seguida de un espacio donde guardábamos las herramientas del campo. Esa puerta era muy pesada, así que la dejábamos abierta todo el día. A continuación había una pequeña sala y después mi dormitorio. Como mi mal era respiratorio, solía dejar abiertas todas las puertas, así que desde la entrada cualquiera podía verme acostado en el dormitorio del fondo.

Estaba atardeciendo. Tenía fiebre y dormitaba, pero sentí la presencia de alguien y me incorporé.

Había un hombre en la entrada. Debía tener treinta y cinco o treinta y seis años, y era bajito. Llevaba un kimono con *hakama* a juego y un sombrero mal puesto. En el brazo izquierdo tenía un abrigo y en la derecha un bastón. Su cara no tenía nada de particular. Parecía pobre; su kimono estaba viejo y muy usado.

Nos miramos un instante y le pregunté quién era. Entonces él se rio con malicia, dejó las cosas en el salón y se sentó. Mientras se quitaba el sombrero y se secaba el sudor de la frente me preguntó si yo era el señor de la casa. Estaba tan tranquilo que empecé a sospechar. Le contesté que sí, que quién era él. Al escuchar mi pregunta, volvió a reírse y se presentó tartamudeando: «Me… Me… Me llamo Ko… Kosuke Kindaichi».

¡Qué sorpresa! ¡Qué turbación! Como no es el tema principal, no describiré detalladamente qué sentí en ese momento, pero explicaré brevemente por qué me causó tal conmoción nuestro encuentro.

En aquella época yo estaba publicando en una revista una novela por entregas. Estaba basada en un asesinato que había ocurrido de verdad algunos años antes en la mansión de una familia ilustre del pueblo donde vivía, y el protagonista era Kosuke Kindaichi. Me basé en la información que me proporcionó la gente del pueblo para construir una historia de ficción; en realidad no lo conocía ni había hablado nunca con él, y tampoco tenía su autorización para usarlo de protagonista en mi relato. Podéis imaginar lo que sentí al encontrarme con el personaje de mi propia obra en carne y hueso. Me puse nervioso y me recorrió un sudor frío. Cuando entré en la sala y me presenté formalmente, estaba tan nervioso que tartamudeaba más que él.

Mientras tanto, Kosuke Kindaichi me miraba con una sonrisa. A continuación me contó el motivo de su visita.

Acababa de regresar de Gokumon-to, una isla ubicada en el mar interior de Seto. Antes de ir a la isla, fue a visitar a su mecenas, Ginzo Kubo, que le informó de que alguien estaba escribiendo una novela sobre él. Se sorprendió mucho y la leyó de inmediato; a continuación envió una carta a la editorial de la revista pidiendo la dirección del autor. Cuando regresó de su viaje, recibió la respuesta de la editorial.

—He venido a exigirle que asuma la responsabilidad de sus acciones —me dijo, riéndose.

Al ver su sonrisa me tranquilicé. Por su tono de voz no parecía enfadado; más bien lo contrario. Me pareció simpático. Entonces me relajé y me atreví a preguntarle qué le había parecido mi novela. Me contestó, sonriendo, que estaba bien, y que para él era un honor que lo hubiera incluido en la obra.

—Sin embargo, habría preferido que me describiera como un galán —dijo para finalizar. Se rio y se revolvió el cabello, tan despeinado que parecía un nido de pájaros. En ese instante nos hicimos amigos.

Esa vez, Kosuke Kindaichi se quedó en mi casa tres noches. Durante su estancia me habló del caso de Gokumon-to, la aventura más reciente que había vivido. Además, me dio permiso para escribir sobre ello. Me autorizó a ser su biógrafo oficial.

También charlamos de literatura policiaca y el tema derivó en los casos en los que se encuentra un cadáver que no es posible identificar.

—Hace veinte años publiqué un artículo en una revista clasificando las novelas negras según los recursos empleados en ellas —recuerdo que le dije—. No lo tengo a mano y no puedo ser preciso, pero estoy convencido de haber enumerado los tres tipos más comunes: «el impostor», «asesinato en una habitación cerrada» y «muerto sin cara». Aunque en la actualidad hay una mayor variedad, esos tres temas siguen siendo los más utilizados.

»No obstante, si los analizamos encontramos una gran diferencia entre ellos. Las novelas con un asesinato en una habitación cerrada o con un cadáver sin identificar buscan que los lectores reflexionen sobre el truco, que finalmente se confirma. Pero en el caso de un impostor funciona al revés: la verdad debe continuar oculta hasta el final de la historia, de modo que, si se descubre a la mitad, se considera un fracaso del autor.

»Entre los asesinatos en una habitación cerrada y los casos en los que aparece un muerto inidentificable también existe una gran diferencia. En un asesinato dentro de una habitación cerrada hay miles de maneras de resolver la situación y hacer que el final sea distinto. Es precisamente esa variedad lo que atrae tanto a los lectores como al autor. Pero en el caso de un muerto sin cara no es así. Cuando no es posible identificar a la víctima, ya sea porque no tiene cara, porque esta es irreconocible, porque ha sido decapitada, quemada, o porque no se ha encontrado ningún cadáver, todo el mundo piensa que el criminal ha sustituido a la víctima y normalmente es así. Es decir: la víctima resulta ser el asesino y el que creíamos culpable, normalmente un personaje desaparecido, está muerto. Existen algunas variantes, pero así concluyen casi todas las novelas de este tipo.

Después de exponer mi opinión, le dije a Kosuke:

—¿No te parece una contradicción? Uno de los aspectos más importantes de las novelas policiacas es el desenlace inesperado. Sin embargo, estos relatos terminan siempre igual: el asesino y la víctima se han intercambiado. Los lectores saben desde el principio cómo terminará y eso es una gran desventaja para el autor, ¿no crees? No obstante, es un tema que gusta mucho. Supongo que resulta fascinante.

—Entonces, ¿siempre que aparece un cadáver que no es posible identificar resulta que el criminal ha suplantado a la víctima? —me preguntó con mucha curiosidad.

—Sí. Hay algunas excepciones, pero parece que tienen más éxito las obras que respetan esa regla.

—Uhm… —Kosuke Kindaichi se quedó pensativo un momento—. Pero no creo que esas obras sean más interesantes que las excepciones. Puede que lo piense porque hasta ahora siempre ha sido así, pero en el futuro podría publicarse una novela sobre un difunto sin rostro que no siga esa línea y sea más interesante que las obras arquetípicas.

—¡Así es! —exclamé, levantando la voz sin querer—. Estoy de acuerdo con usted. Entre los casos que ha solucionado, ¿no había ninguno así? Uno en el que la realidad supere a la ficción. Soy autor de novela negra, así que me encantaría escribir algo sobre este tema tan interesante. Además, me gustaría hacerlo con un desenlace que a nadie se le haya ocurrido antes. Quiero

sorprender a los aficionados.

Estaba tan emocionado que casi se me caía la baba.

Kosuke Kindaichi sonrió.

—Hasta ahora no me ha tocado ningún caso así, pero no se preocupe: en este mundo pasan cosas muy extrañas y la gente tiene ideas muy extravagantes. Puede que algún día encuentre un caso que cumpla con esos requisitos. Le prometo que lo informaré de inmediato.

Y ha cumplido su promesa.

No describiré cuánto me emocioné al recibir el paquete de documentos ni lo que disfruté leyéndolos porque supongo que mis lectores empiezan a perder la paciencia con tantos preámbulos.

Pero dejadme decir una cosa más. Los documentos que recibí eran, como Kosuke decía en su carta, un conjunto de varias notas. Dudé mucho decidiendo cómo emplearlas. Pensé escribir en orden cronológico, como hacen en occidente, pero esto confundiría a mis lectores, así que decidí usar un estilo narrativo. Espero haberlo entendido todo correctamente. Vosotros seréis los jueces.

I

Todo ocurrió en un barrio llamado G. ubicado en la periferia del centro de Tokio. Para llegar hay que cambiar varias veces de tren. Es una zona elevada donde dicen que hay noventa y nueve pendientes. Puede que este número sea un poco exagerado, pero es cierto que hay muchas cuestas. A pesar de estar en Tokio, debido a su geografía tardó en urbanizarse y hasta hace quince años todavía se encontraban bosquecillos entre las casas.

El cambio se produjo en 1937. Una fábrica de armamento se instaló en las cercanías, se construyeron viviendas y se aplanaron las noventa y nueve pendientes. Además, asfaltaron las calles alrededor de la estación y se creó una zona comercial. Se abrieron cafeterías y bares por todas partes. De esa manera, una zona antes aislada se convirtió en un barrio popular.

Como me marché de Tokio, desconozco cómo afectó la guerra al barrio. Tras leer los artículos de periódico y el resto de documentos que Kosuke me mandó, imagino que la zona sufrió algunos bombardeos pero no quedó totalmente arruinada. Como en el resto de zonas de Japón que no resultaron demasiado dañadas en la guerra, la población del barrio creció y este se hizo más próspero que antes de la guerra, aunque anárquica y caóticamente.

He estado ahí, de modo que conozco la zona comercial: empieza en la estación y continúa hacia el oeste unos trescientos metros bajando una avenida. Me gustó. No obstante, si te desviabas de la avenida principal, el ambiente cambiaba totalmente.

Digamos que ahí estaba la zona de tolerancia, los sectores llamados el Laberinto Rosa y los Callejones del Infierno, cuyas calles eran estrechas, oscuras y laberínticas. Por la noche encendían las luces rojas y los neones a ambos lados de la calle. Frente a cada casa había mujeres exageradamente maquilladas que escuchaban música en un fonógrafo o cantaban con poco estilo, esperando a algún hombre con el que subir.

Me llamó la atención que en aquel laberinto del barrio rojo quedaran todavía edificios antiguos: casas de campesinos con techo de paja, templos budistas y cementerios. Tal mezcolanza hacía que la zona resultara muy caótica. Supongo que el ambiente no ha cambiado después de la guerra. La historia que voy a escribir ocurrió allí.

* * *

La alarma saltó alrededor de las doce de la noche del veinte de marzo de 1947. Hasegawa, el policía que tenía asignada aquella zona, estaba patrullando el Laberinto Rosa.

En la posguerra, el control policial de los barrios nocturnos no era como antes. Sin embargo,

debido a las deficiencias del servicio de transportes y a la inseguridad que había en las grandes ciudades, los horarios de los establecimientos se habían recortado. A medianoche, hora en la que antes apenas habría comenzado el jolgorio, todos los negocios tenían las luces apagadas y las puertas cerradas.

El oficial Hasegawa estaba haciendo su ronda por Ura-saka, una calle secundaria con varias curvas que atravesaba una zona poco desarrollada. Allí había un templo budista y un cementerio, y al norte se extendía un solar que había sido bombardeado durante la guerra. Se trataba de un lugar solitario y oscuro. La pendiente se hacía más pronunciada un poco más adelante para suavizarse a unos veinte metros. Allí, otra calle cruzaba Ura-saka de sur a norte, y doblando a la izquierda se regresaba a la avenida principal de la zona comercial. Hasegawa se asomó al patio trasero de una casa que estaba a la izquierda del mencionado cruce. Una luz parpadeante había llamado su atención y, al fijarse, oyó un ruido como si alguien estuviera cavando. El policía contuvo el aliento.

Como conocía bien el barrio, identificó rápidamente de qué establecimiento procedía el sonido: se trataba de un bar, el Gato Negro. El dueño había traspasado el negocio una semana antes y se había mudado. Como el nuevo propietario estaba reformando el local, en teoría no debía haber nadie por la noche.

Al policía le pareció sospechoso; bajó la cuesta sin hacer ruido y se acercó a la puerta del patio trasero del Gato Negro. El solar en el que se hallaba la casa estaba en un nivel inferior al resto de la calle, así que Hasegawa se agachó para mirar. Estaba nervioso.

El patio trasero no era muy amplio, unos treinta metros cuadrados. Detrás se hallaba el viejo templo budista Rengue-in, pero como el terreno que ocupaba estaba más elevado, al fondo del patio había un bancal que formaba un triángulo irregular. La luz que había visto parpadeando se situaba en el extremo de ese triángulo.

Cuando sus ojos se adaptaron a la oscuridad, el policía descubrió que la luz provenía de una lámpara de papel chino que estaba colgada del árbol junto al bancal y que había un hombre de espaldas cavando en la tierra. No lo distinguía bien, pero parecía llevar un kimono levantado hasta la cintura. Repetía una serie de movimientos: clavaba la pala en el suelo, la hundía con la ayuda de un pie y sacaba la tierra. Quién sabe para qué quería el hoyo, pero estaba tan concentrado que ni siquiera se limpiaba el sudor que le corría por el rostro.

En el silencio de la noche solo se oía el ruido de la pala al hundirse en la tierra.

—¡Caray! —gritó el hombre de repente. Tiró la pala a un lado, se agachó junto al hoyo y empezó a escarbar con ambas manos. Su respiración casi era más ruidosa que la tierra al caer. Estaba muy alterado.

Entonces gritó de nuevo y retrocedió. Se quedó inmóvil, mirando el agujero y temblando. El policía, al verlo, empezó a golpear la puerta.

—¡Abra! ¡Abra! —gritó. Entonces se dio cuenta de que sería más fácil saltar la valla, así que retrocedió unos pasos y trepó. El hombre estaba muy asustado y no parecía tener intención de huir. Hasegawa se acercó y le preguntó—: ¿Qué ocurre? ¿Qué está haciendo aquí?

Parece que el hombre se asustó y retrocedió lentamente hacia el hoyo. Gracias a eso, la luz de la lámpara y el farol del policía le iluminaron la cara y pudo reconocerlo. Era Niccho, el aprendiz de bonzo del templo Rengue-in.

—Ah, eres tú, Niccho. ¿Qué estás haciendo aquí?

El joven intentaba contestarle, pero movía la mandíbula sin que se escuchara su voz.

—¿Qué…? —Entonces, Hasegawa iluminó el hoyo y exclamó—: ¡Caramba!

Retrocedió de un salto. Un instante después, como no podía creerse lo que había visto, volvió a mirar. En el hoyo había un cadáver de mujer. Seguramente lo había descubierto Niccho y estaba intentando desenterrarlo. La parte inferior del cuerpo seguía enterrada, pero Hasegawa sabía que se trataba de una mujer porque estaba desnuda y se veían sus senos, sucios de tierra y lodo. El agente iluminó la cara de la muerta y, en ese momento, emitió un extraño sonido gutural.

Jadeando, se giró hacia Niccho. El bonzo tenía en la mano un trapo mojado. Volvió a mirar el cadáver y apretó con fuerza la lámpara. Al parecer, Niccho estaba intentando limpiar la cara de la difunta. También él quería saber a quién pertenecía aquel cadáver.

La visión era horrorosa. Aquel ya no parecía un rostro humano; se encontraba completamente desfigurado y putrefacto. A través de los labios retraídos asomaba el hueso blanco y ya no tenía ojos ni nariz, solo huecos rodeados de algo gris que solo podía ser carne. En la cabeza quedaba algo de piel y un poco de cabello ralo.

Lo anterior resultaba nauseabundo, pero había algo aún más repugnante. En el espacio que habría ocupado el rostro se movían miles de gusanos, creando una imagen difusa y delirante que quedó suspendida en la tranquilidad de la noche.

El agente Hasegawa, a punto de vomitar, apartó la luz de la lámpara de aquella visión espeluznante e iluminó a Niccho.

—¿Qué… Qué ha pasado? ¿Quién es esta mujer? ¿Y por qué estabas cavando aquí?

Niccho intentaba contestar, pero no se entendía lo que decía. Hizo un gesto de desesperación. En su frente había dos venas que eran como dos lombrices gordas, y sus ojos sobreexcitados brillaban como los de un demente. El aspecto del bonzo era más escalofriante que el cadáver, y el policía apartó la mirada.

II

Todo eso ocurrió alrededor de las doce de la noche del veinte de marzo de 1947, como ya he dicho, e inmediatamente después la policía organizó un equipo para empezar la investigación. Sin embargo, como era tan tarde, cuando se reunieron todos los miembros casi había amanecido. Murai, el veterano oficial que se convertirá en el protagonista de nuestra historia, llegó a la escena y lo primero que hizo fue examinar la geografía del lugar. Entre los documentos que me envió Kosuke Kindaichi estaba el sencillo mapa sencillo que Murai realizó.

Según los vecinos más antiguos, el templo budista de Rengue-in había sido muy importante en el pasado. Sus terrenos eran extensos y abarcaban desde la avenida principal hasta la calle Ura-saka, donde colindaba con el Gato Negro. En la parte de atrás del templo había un descuidado cementerio rodeado de bosque. Como ya he dicho, entre los solares del Gato Negro y los del templo existía un desnivel que se extendía hasta la calle que cruzaba con la avenida y la calle Ura-saka. De este modo, el Gato Negro lindaba con el terraplén de oeste a sur y con unos solares de norte a este. Estaba algo aislado, y quizá eso facilitó que en su interior se llevara a cabo un acto tan horrendo.

Después de verificar todo esto, Murai entró en el patio trasero del Gato Negro. Ya se habían llevado el cadáver para la autopsia, pero el responsable de la investigación había ordenado a algunos agentes que cavaran en distintos sitios del patio. Murai se acercó a su jefe.

—¿Qué han descubierto en el examen preliminar del cadáver? ¿Cuándo murió?

—Según el examen, hace aproximadamente tres semanas. Tendremos que esperar al resultado de la autopsia para saberlo con precisión.

—Hoy es veinte. Si hace tres semanas, murió a finales del mes pasado o principios de este, ¿verdad?

—Sí, esas son las fechas.

—Eso quiere decir que el cadáver llevaba aquí desde entonces. ¿Por qué nadie se dio cuenta de ello? Según los vecinos, el anterior propietario del bar se marchó hace muy poco, apenas una semana. Hasta ese momento vivió aquí con su esposa. Además, tenían tres empleadas. No creo que todos fueran cómplices, ¿no? Pero entonces, ¿por qué nadie se dio cuenta? Una fosa para enterrar un cadáver no es cualquier cosa. Y seguro que quedaron huellas obvias a su alrededor, ¿no cree?

—Al parecer, el criminal la escondió muy bien. Mira ese montón de hojarasca. El sujeto tapó la fosa con él.

Murai levantó la cabeza hacia el cielo. Las copas de los árboles del templo Rengue-in daban sombra al pequeño patio del Gato Negro.

—¿Cuál fue la causa de la muerte? Fue asesinada, ¿verdad? —preguntó.

—Claro. Recibió un golpe brutal en el occipucio. Mira, ahí está el arma del crimen. La encontraron junto al cadáver.

Sobre un tapete de fibra de arroz, en el lugar donde unas horas antes habían encontrado el cadáver, había un hacha embarrada. Era pequeña, de uso doméstico, manejable y por tanto ideal como arma. Al ver las manchas negras en la hoja y el mango del hacha, Murai frunció el ceño. Entonces le llamó la atención un objeto cercano y preguntó a su jefe:

—Ese cabello… ¿es un postizo? ¿Dónde estaba?

—Dentro de la fosa. Seguramente lo llevaba la víctima. El pelo corto se ha puesto de moda entre las mujeres, así que para hacerse el recogido tradicional tienen que ponerse extensiones.

—Entonces hay que tener en cuenta que una de las particularidades de la víctima es que usaba un postizo. ¿Alguna otra cosa que pudiera ayudarnos a identificarla?

—Nada. Estaba totalmente desnuda. La única información que tenemos es que se trata de una mujer de entre veinticinco y treinta años. Pero no te preocupes; buscando mujeres desaparecidas a finales del mes pasado descubriremos quién es —dijo el inspector, como si fuera algo sencillo. Pronto descubrirían que no lo era.

—Jefe, ¿cómo supo Niccho que estaba aquí enterrada?

—Es una buena pregunta. Está muy nervioso y todavía no hemos podido interrogarlo, pero Hasegawa dice que anoche le contó que hace unos días escuchó ruidos en el patio mientras caminaba junto a la linde. Se asomó por curiosidad y vio un perro escarbando entre las hojas. Entonces vio algo parecido a una pierna humana. En ese momento no se atrevió a venir aquí para verificar lo que había visto, pero no consiguió quitarse esa imagen de la cabeza. Cuanto más intentaba olvidarla, más la recordaba, y hasta llegó a soñar con ella. Por eso, anoche decidió venir con una pala para ver de qué se trataba. Mira, se nota que alguien bajó el terraplén por ahí. ¡Qué hombre tan extraño! Si estaba tan preocupado debería haber informado a la policía. Según dice, no se atrevió a hacerlo. Puede que no estuviera seguro de lo que creyó ver. Pero aun así, ¡qué estrafalario! Si quieres, puedes interrogarlo después. Además… ¿Sí? ¿Qué pasa?

Uno de los agentes que estaban cavando gritó de repente, y el inspector corrió hacia él. Murai lo siguió.

—Es un gato. Mirad. Hay un gato negro enterrado.

—¿Un gato negro?

El inspector y Murai se asomaron al hoyo con sorpresa. Entre la tierra y las hojas se veía parte de un gato totalmente negro.

—Supongo que era el gato de la familia. ¿Lo dejamos así? ¿Lo entierro de nuevo?

—No. Sácalo —le ordenó el inspector.

Mientras el policía seguía sacando tierra de la fosa, se escuchó decir a alguien:

—¿Habéis encontrado un gato? —Era Hasegawa, que estaba entrando en el patio por la puerta trasera. Se asomó a la fosa—. Ah, es Kuro.

—¿Kuro? ¿Conoces a este gato? —le preguntó el inspector.

—Sí, es la mascota del bar: un gato negro como mascota de un bar llamado Gato Negro; incluso le pusieron Kuro[17]. Pero… ¿Cuándo murió? ¡Ay, cielos!

Todos los que rodeaban la fosa palidecieron. Cuando el agente que estaba desenterrando el gato levantó el cuerpo del animal con la pala, la cabeza quedó colgando; el gato había sido

degollado y su cabeza pendía lúgubremente de un trozo de pellejo.

—¡Qué barbaridad!

Incluso Murai, que era un policía experimentado, hizo una mueca y se tapó la cara con una mano.

—Enviadlo al laboratorio, puede que esté relacionado con el asesinato —ordenó el inspector. A continuación se dirigió a Hasegawa—: ¿Cuánto hace que no lo veías?

—No lo sé, señor. Según recuerdo, hace cinco o seis días estaba vivo. Incluso después de que los dueños se mudaran y la casa se quedara vacía vi al gato negro paseando por aquí.

—¿Hace cinco o seis días? —El inspector parecía sorprendido—. No es posible. No puedo decirlo con exactitud, pero este gato debe llevar entre diez y veinte días muerto, ¿no creéis?

El agente Hasegawa, confundido, se quitó el sombrero y ladeó la cabeza.

—Pues le aseguro que yo vi al gato hace poco. ¡Qué raro! Pero tiene usted razón, está en un estado muy avanzado de putrefacción.

El inspector y Murai intercambiaron una mirada. Sintieron un escalofrío y una sensación de mal augurio. Todos se quedaron callados unos segundos hasta que el policía que había sacado el gato rompió el silencio; tiró la pala a un lado y retrocedió un paso.

—¿Qué… Qué sucede ahora?

—¡Señor, a… a… ahí hay un gato negro!

—¿Qué?

¡Qué graciosos son los seres humanos! Normalmente, ninguno de aquellos hombres se asustaría de un gato, blanco o negro, pero en ese momento saltaron del susto. No era una ilusión; un gato negro los miraba con sus ojos amarillos desde el terraplén. Su pelaje negro brillaba entre la hierba.

—Kuro, Kuro… —lo llamó Murai.

El gato contestó con un maullido.

—Kuro, ven. Acércate —lo llamó de nuevo, con cariño.

Miau. El felino se acercó a ellos lentamente. Los miró un momento como si tuviera algo que reprocharles y entró en la casa por la puerta trasera.

—¡Vaya! Había dos gatos. Hasegawa, el que viste debe ser este, ¿no crees? —dijo el inspector.

—Puede. Son muy parecidos.

—Los dos son negros y del mismo tamaño. No debe ser fácil distinguirlos. Supongo que, tras la muerte del primero, trajeron al otro.

—Es posible. No he consultado la sección «Mascotas» del Libro de Familia —respondió Hasegawa con una ironía impropia de él.

El inspector se rio amargamente.

—Hablando del Libro de Familia, ¿lo has traído?

—Sí, claro. Además, he pasado por el centro municipal del distrito para ver qué podía descubrir.

—Muy bien. Entremos en la casa. Murai, por favor, que revisen bien el interior. Estoy casi seguro de que la asesinaron ahí dentro. Debería haber algún rastro.

Dicho esto, entró en la casa con Hasegawa a través de la puerta trasera.

Como la mayoría de las casas que son a su vez un negocio, un pasillo atravesaba toda la

vivienda. La primera habitación estaba a la izquierda; debía ser el dormitorio de los dueños anteriores y de toda la planta baja era la única con suelo de tatami, pues el resto tenía solería de cemento. Entre el bar y el dormitorio estaba la cocina. El inspector y Hasegawa se dirigieron al bar.

Como ya he dicho, el nuevo dueño estaba haciendo reformas, pero era tan temprano que todavía no habían llegado los obreros. En el pasillo había tablones de madera ya medidos que estaban lijando, y todo estaba lleno de polvo de madera. El inspector acercó una silla a una mesa e indicó a Hasegawa que tomara asiento.

—Bien. Te escucho.

III

Hasegawa empezó su relato consultando el Libro de Familia y el directorio del barrio.

—Hasta hace una semana, el día catorce de este mes para ser exactos, vivían tres personas en esta casa: el matrimonio y una empleada. Tenían dos camareras más que no vivían aquí. Los propietarios eran Daigo Itoshima y su esposa, Oshige[18]. Según el Libro de Familia tenían cuarenta y dos y veintinueve años, respectivamente. En julio de 1946, el verano pasado, se mudaron aquí y abrieron el bar. Según el Libro de Familia, antes de llegar aquí Daigo vivía en Nakano, Tokio, y Oshige en Yokohama. Anteriormente vivieron en China.

—Oh, fueron emigrantes[19] —dijo el inspector.

—Eso me contó Okimi, la empleada que vivía aquí con ellos.

Daigo Itoshima era un hombre tranquilo, risueño y de mejillas sonrosadas. Aunque estaba algo gordo y se movía con lentitud, hacía de camarero, cocinero, e incluso se ocupaba de las compras.

Oshige era la esposa de Daigo y dueña del Gato Negro. Los clientes y las empleadas la llamaban «*Madame*». Tanto el Libro de Familia como el directorio del barrio decían que tenía veintinueve años, aunque parecía mayor. Tal vez fuera por el peinado.

Había vivido muchos años fuera de Japón y prefería ese estilo: siempre llevaba un recogido clásico y un kimono sobrio. Era delgada, tenía la cara ovalada y buena figura, una nariz estrecha y los ojos grandes. Aunque era guapa, daba la impresión de ser bastante común, de no tener nada especial. A pesar de ello, muchos clientes acudían solo para verla.

Aparte de ella, en el bar había otras tres mujeres: Okimi, a la que ya hemos mencionado, Kayoko y Tamae. Las dos últimas no vivían en la casa. Okimi era una joven inocente de diecisiete años que ni siquiera sabía maquillarse, así que no se ocupaba de atender a los clientes sino a Oshige.

Según la *Madame*, Kayoko tenía veintitrés años y Tamae veintidós, aunque es difícil saberlo. Las dos se maquillaban exageradamente y vestían al estilo occidental. Tamae era gorda, como si la carencia de víveres del país no fuera con ella. En cambio, Kayoko era delgada como un palo y presumía de su figura.

—Estas cinco personas estuvieron trabajando en el bar hasta hace una semana —informó Hasegawa.

—Bien. ¿Podemos dar con ellas?

—No será difícil. Los Itoshima y Okimi notificaron el cambio de domicilio en el centro municipal del distrito, y he oído que Kayoko y Tamae seguirán trabajando aquí cuando terminen

la reforma.

—Uhm, entonces el cadáver no es de ninguna de las cuatro.

Este comentario sorprendió a Hasegawa. Al parecer no había pensado en ello.

—Lo siento. Olvidé decirle que he visto a Okimi, a Kayoko y a Tamae después de que los Itoshima se marcharan. A Kayoko y a Tamae las vi el último día que estuvo abierto, el catorce. Me las encontré en la calle por casualidad y les pregunté: «¿Es verdad que van a cerrar el bar?». Y me contestaron: «Sí, pero volveremos en la reinauguración porque el nuevo dueño quiere que nos quedemos». A Okimi la vi en el centro del distrito un día antes de encontrarme con las otras. Había ido a rellenar el papeleo para el cambio de domicilio. Me dijo que, como se había quedado sin trabajo, se marcharía con una tía suya que vive en Meguro, en Tokio.

—Bien. ¿Y no has visto a Oshige?

—¿A la *Madame*? La verdad es que… Jefe, se supone que la mujer fue asesinada a finales del mes pasado o principios de este, ¿verdad? Si nadie la hubiera visto desde entonces hasta el día catorce, que fue cuando cerró el bar, hubiera oído algún rumor. Acabo de recordar una cosa. Vi a la *Madame* la noche del catorce. Sabe dónde está la caseta de la policía, ¿verdad? Estaba allí cuando pasaron los Itoshima con mucha prisa. Al verlos pensé: «Anda, ya se marchan», así que estoy seguro de que fue la noche del catorce.

—Muy bien, entonces la víctima no es nadie del Gato Negro. ¿A dónde se han mudado los Itoshima?

—Esto… Está bastante lejos. A Kobe, señor.

—¿A Kobe? —El inspector se quedó pensativo. A continuación se incorporó—. Una última pregunta. Presta atención, Hasegawa, porque es importante. ¿Por qué decidieron traspasar el negocio? ¿Qué piensan los vecinos al respecto?

—Lo cierto es que a todos nos pareció raro. Sé que hay que comprar el licor en el mercado negro[20] y que no es un negocio fácil de mantener, pero parecía que el Gato Negro iba bien. No solo los vecinos; incluso Kayoko y Tamae se sorprendieron al enterarse de que los Itoshima habían decidido traspasar el negocio. Solo Okimi, que vivía con ellos, sabía lo que pasaba. Me lo contó un día que nos encontramos en el centro del distrito.

La muchacha desconocía en qué parte exacta de China habían estado los Itoshima, pero sabía que fue por el norte, lejos del mar. Cuando terminó la guerra y deportaron a todos los japoneses, el matrimonio se trasladó a Tianjin para subir a un barco, pero allí se separaron (se perdieron o les tocó subir en navíos distintos) y regresaron solos a Japón. Oshige llegó aproximadamente medio año antes que Daigo. Para sobrevivir, siendo mujer y sin tener recursos ni conocidos, lo más fácil era introducirse en la vida nocturna. Consiguió trabajo rápidamente en un cabaré de Yokohama. Gracias a su atractivo, poco después se convirtió en la amante de un hombre muy rico que tenía una constructora. Cuando por fin había conseguido una vida estable, llegó su marido de China. Okimi desconocía si habían llegado a un trato, pero Oshige rompió la relación con su amante y con la indemnización que recibió pagó el traspaso del Gato Negro.

—No obstante —continuó Hasegawa—, parece que esa relación no terminó del todo y hasta hace poco se veían de vez en cuando. Daigo se enteró y discutieron. Sin embargo, como el negocio iba bien gracias a Oshige, el hombre no podía oponerse demasiado a su esposa. Además, se dice que él también tenía una amante.

—No me digas. ¿Quién?

—Al parecer es también una emigrante que ha vuelto de China. Como le he dicho, Daigo regresó a Japón después que su esposa. Al parecer, conoció a esa mujer en el barco y estuvo viviendo con ella hasta que encontró a Oshige. Siguió viéndola incluso después de retomar su vida matrimonial.

—¿Eso también te lo contó Okimi?

—Así es, señor.

—Pero ¿por qué sabe Okimi tanto sobre la vida privada de sus antiguos jefes?

—Al parecer, la *Madame* la usaba como espía. Un día siguió a Daigo por orden de su jefa y descubrió que se había citado con su amante.

—Eso quiere decir que la *Madame* también conocía la existencia de esa mujer. Oye, ¿tienes más detalles al respecto?

—Sí, señor. Okimi me lo contó todo sin ningún pudor y recuerdo bien lo que escuché. Como cada vez era más difícil conseguir comida y alcohol, había días que el Gato Negro no podía abrir. Esos días la *Madame* siempre salía sola, seguramente para visitar a su amante. Daigo lo sabía y se ponía de mal humor. Normalmente era un hombre tranquilo, pero esos días se emborrachaba y se ponía pesado con Okimi y con la *Madame*. Cuando regresaba, siempre discutían. Pero, de un día para otro, la actitud de Daigo cambió: cuando su esposa salía, él también lo hacía. A Okimi le pareció extraño, así que un día le dijo a la *Madame*: «Daigo está muy raro últimamente». Parece que Oshige también sospechaba algo y le dijo: «La próxima vez que salga, síguelo». Y así lo hizo.

—Y entonces lo vio con su amante. ¿Cómo era?

—Me dijo que era una mujer guapa y llamativa de veinticuatro o veinticinco años, con el cabello corto y los labios pintados de un color fuerte. A simple vista parecía una bailarina o una cantante. Daigo y la mujer se encontraron en la estación de Shinjuku y fueron a una casa de citas de Inogashira. Okimi los siguió hasta allí y más tarde se lo contó a la *Madame*. Por supuesto, la mujer se enfadó: «Debe de ser Ayuko, la que conoció en el barco de regreso a Japón. Antes trabajaba en la Sala de Fiestas Sinojaponesa. ¡Menudos sinvergüenzas! ¡Todavía no han roto la relación!». Obviamente, esa noche tuvo una gran discusión con su marido. A partir de entonces, la relación se deterioró y peleaban por cualquier motivo, pero últimamente la *Madame* solía decir: «Quiero cambiar de vida. Aunque seamos pobres, solo quiero vivir tranquila con mi marido». En otras ocasiones, decía: «Para ello tendremos que irnos de Tokio, ya que aquí ambos tenemos obstáculos. Ah, me encantaría irme lejos de aquí». Poco después de eso, Daigo anunció que iba a traspasar el bar. Por eso Okimi no se sorprendió.

El inspector se quedó cavilando en silencio, ordenando en su mente lo que acababa de escuchar. En aquella época convulsa, eso no era nada nuevo ni extraño. Sin embargo, no podía ignorar la sensación extraña que le embargaba. Había un enigma oculto. Presentía que detrás de los hechos descubiertos todavía quedaba algo escondido, algo que ni siquiera imaginaban en aquel momento.

—Según la *Madame*, la tal Ayuko trabajaba en la Sala de Fiestas Sinojaponesa, ¿verdad? Bueno, ¿qué sabes sobre el amante de la mujer?

—Se llama Shunroku Kazama y es el dueño de la constructora Kazama de Yokohama.

El inspector anotó los nombres en su agenda.

—Muy bien, ya he situado más o menos a los involucrados. A propósito, ¿cómo es Niccho?

¿No estará un poco trastornado?

—Ah, no, no tiene ningún trastorno mental. Dicen que es un poco excéntrico, aunque muy leal a su maestro. ¿Sabe que el templo Rengue-in es muy rico? Todos los terrenos y edificios de esta zona son propiedad del templo, que los alquila. De hecho, esta casa es suya. Antiguamente había muchos bonzos jóvenes, pero como todos fueron reclutados y murieron en la guerra o no han regresado, solo quedan en el templo Niccho y su maestro. Niccho es todavía joven, unos veintiséis años, y a punto estuvieron de llamarlo a filas, pero está un poco cojo por una poliomielitis y se libró. Su maestro, que se llama Nissho, sufre desde hace años una parálisis originada por una apoplejía. Cada vez pasa más tiempo en la cama, así que Niccho se encarga de todo, desde los rezos de las ceremonias a las labores domésticas y el cobro del alquiler. Es un joven huraño, taciturno y de pocas palabras, pero precisamente por eso se puede confiar en él. Cuando va a cobrar las rentas, hace caso omiso a los coqueteos de las inquilinas. Por aquí todos lo conocemos como Niccho el Obstinado. Sé que resulta sospechoso, pero es solo su forma de ser.

En ese momento se escuchó mucho jaleo en la calle; acababan de llegar los carpinteros y albañiles. El inspector les pidió que entraran por la puerta trasera y empezó a caminar por el pasillo en dirección al patio. En ese momento, Murai apareció en la puerta.

—Oye, jefe, espera.

—¿Qué pasa, Murai? ¿Has encontrado algo?

El inspector se quitó los zapatos y entró en el dormitorio. Murai, sin decir nada, levantó una alfombra que había junto a la pared. Al ver lo que había debajo, el hombre contuvo el aliento: el tatami estaba manchado de sangre y alguien había intentado limpiarla con un trapo.

—Entonces la mataron aquí, ¿verdad? —preguntó el inspector.

Murai asintió con la cabeza y señaló el suelo delante del armario empotrado.

—Mira, tiene marcas de un mueble, pero nadie pondría un mueble delante de un armario empotrado. Seguramente intercambiaron los tatamis hace poco, de modo que el manchado de sangre estaba en un principio ahí, delante del armario. Ven, mira esto.

En la puerta corredera del armario empotrado, justo debajo del asa, había pegado un periódico.

—Estoy intentando despegarlo sin romperlo, pero mira… —Murai levantó el periódico por el extremo inferior y apareció una salpicadura de sangre, como si hubieran estrellado un frasco de tinta—. Imagino que la víctima y el asesino se enfrentaron aquí. La mujer intentó huir hacia el patio trasero y el criminal la atacó con el hacha por la espalda. Mira este periódico, tiene fecha del veintisiete de febrero. No creo que dejaran la puerta manchada de sangre mucho tiempo, así que el asesinato tuvo que producirse antes del veintisiete. Supongo que el asesino aprovechó el periódico que tenía a mano, así que tampoco creo que sea muy anterior; puede que de ese mismo día o del anterior. Por lo tanto, yo diría que el homicidio se cometió el día veintisiete o veintiocho de febrero o, como muy tarde, el dos o tres de marzo.

—Uhm. Si tenemos en cuenta el estado de putrefacción del cadáver, esas fechas parecen lógicas. Entonces, Murai, ¿crees los Itoshima siguieron durmiendo aquí a pesar de las manchas de sangre del asesinato que cometieron dos semanas antes?

Imaginar la escena y la brutalidad de esa pareja le provocó un escalofrío.

IV

Después de eso, el inspector entrevistó a los carpinteros y albañiles, pero no sabían nada. Los Itoshima desocuparon la casa la noche del catorce de marzo y ellos empezaron a trabajar al día siguiente. Llevaban seis días allí, pero no había pasado nada especial ni se encontraron con ninguna anomalía. Tampoco sabían nada de una mujer asesinada. El inspector los creía.

Mientras interrogaba a los trabajadores, llegó por casualidad el nuevo dueño del bar, Shozo Ikeuchi, pero él tampoco tenía ninguna información útil.

Ikeuchi tenía un negocio del mismo tipo en Shibuya y cuando encontró el anuncio de traspaso del Gato Negro, se interesó por él. El anuncio se publicó en el periódico el siete de marzo. En ese momento se iniciaron las negociaciones y llegaron a un acuerdo el doce de marzo. La policía lo confirmó posteriormente.

—Entonces, ¿hasta ese momento no conocía a Daigo Itoshima? —le preguntó el inspector.

—No, lo conocí cuando empezamos a negociar el traspaso.

—¿Hizo la negociación con el marido o con la esposa?

—Con el marido. No tuve la suerte de conocer a Oshige. Al empezar la negociación, Ikeuchi hizo algunas preguntas sobre el bar y se enteró de que la *Madame* era una mujer muy guapa. Sentía curiosidad por conocerla, pero estaba enferma y no tuvo la oportunidad. Antes de cerrar el trato, Daigo Itoshima le enseñó el interior de la casa, pero la *Madame* se quedó en su habitación. Al escuchar eso, el inspector pensó: «A la mujer le remordía la conciencia y no quería que nadie la viera nerviosa». Sin embargo, no era eso lo que ocurría. Se trataba de algo todavía más aterrador.

* * *

Ahora cambiemos de tema. Gracias a Ikeuchi, el nuevo jefe de Kayoko y Tamae, los policías descubrieron dónde vivían. Las citaron para que acudieran a la comisaría y Okimi también asistió en calidad de testigo. Estaba viviendo en Meguro con su tía. Esto es un resumen de lo que contaron las tres mujeres:

El día trece de marzo, Daigo Itoshima les contó que iba a traspasar el negocio. Como Ikeuchi iba a mantener el bar abierto, no se preocuparon demasiado. Después de eso, Daigo llamó al trapero y este se lo compró casi todo. La casa quedó vacía antes de dos días. Las tres mujeres fueron el día catorce de marzo a mediodía para dar las gracias y despedirse de sus jefes, y después de eso no volvieron a verlos.

—Pero ¿ninguna de vosotras vio a Oshige? —les preguntó el inspector.

Las tres intercambiaron una mirada, un poco nerviosas. Al final, Kayoko se armó de valor.

—Ahora lo pienso y me parece extraño, pero en ese momento no me preocupó porque la *Madame* había estado encerrada en su habitación desde que enfermó a principios de mes. Antes de irnos quisimos verla para darle las gracias, pero Daigo nos dijo que no nos preocupáramos por ella, que estaba dormida. Ninguna la hemos visto desde que enfermó.

Al escuchar esto, el inspector sintió una vaga inquietud. No podía identificar su origen, pero era como si una neblina oscura se estuviera asentando en su mente.

—Pero la *Madame* estaba allí, ¿verdad?

—Sí, pero no le veíamos la cara, solo la espalda cuando iba al baño o cuando pasábamos junto a su habitación y ella estaba leyendo en la cama.

—¿Sabéis qué enfermedad tenía? Si era tan grave, ¿por qué no llamaron al médico?

—Bueno, en realidad no estaba enferma. Según Daigo, unos cosméticos le habían irritado la piel y la cara se le había hinchado horriblemente; por eso no quería que nadie la viera. Es cierto que la *Madame* tenía la piel sensible y el año pasado le ocurrió algo parecido, aunque en esta ocasión parecía más grave.

El inspector volvió a sentir aquella alarma en su mente y continuó con sus preguntas:

—¿Desde cuándo no le veíais la cara? ¿Recordáis la fecha exacta?

Okimi contestó que el último día de febrero, el veintiocho, no abrieron el bar. Ella pidió el día libre para visitar a su tía y pasó la noche en su casa. Cuando regresó al día siguiente, Daigo le dijo que la *Madame* estaba enferma y que no la molestara entrando a su habitación. Desde ese día no había vuelto a verle la cara.

Las palabras de Okimi coincidían con la hipótesis de Murai. Como el bar no abrió ese día, Kayoko y Tamae tampoco estaban; el asesinato seguramente tuvo lugar después de que Okimi se marchara.

Para tranquilizarlas, el inspector cambió de tema y les contó que habían encontrado un gato negro enterrado en el patio trasero. Las tres se miraron muy sorprendidas.

—Acabo de recordar una cosa. Los jefes trajeron ese gato el año pasado, así que ya nos tenía mucha confianza. Sin embargo, a principios de este mes parecía muy nervioso, como asustado, tanto que se escondía de nosotras. Entonces Daigo lo agarró del cuello y lo ató a una columna del bar durante tres días. Le pregunté qué le pasaba y me dijo que el gato estaba en celo —le contó Kayoko.

—Yo también lo recuerdo —continuó Tamae—. Pensé que el gato parecía más pequeño y se lo comenté a Daigo. Él me dijo, riéndose: «Es que está en celo y no come. El amor desgasta el cuerpo tanto como la mente». Pero entonces era mentira, ¿verdad? Ese gato no era Kuro.

—No sé por qué nos ocultaría algo así —agregó Okimi, y las tres se quedaron calladas. Algo terrible se cernía sobre las jóvenes, que sintieron que se les secaban los labios.

Después de esa conversación, el inspector retomó el tema principal.

—Ya sabéis por qué os hemos llamado. Quiero pediros vuestra opinión: ¿de quién pensáis que puede ser ese cadáver? Creemos que fue asesinada cerca del veintiocho de febrero. ¿Se os ocurre alguien?

Las tres intercambiaron una mirada aterrorizada y guardaron absoluto silencio. Un momento después, Okimi habló tímidamente:

—Puede… No sé, ¿no será esa mujer, Ayuko? La aman…

—Sabemos quién es Ayuko. La amante de Daigo. Pero ¿por qué piensas que puede ser ella?

—Es que… Bueno, la *Madame* la odiaba a muerte. Además…

—¿Además? ¿Existe alguna otra razón?

—Estoy intentando recordar… Sí, fue el uno de marzo porque el día anterior habíamos librado. Como regresé temprano de casa de mi tía, limpié el aseo del bar. No sé si lo sabe, pero debajo de la mesa del fondo hay unas repisas para guardar cosas. Allí encontré un paraguas de mujer de diseño llamativo. No era de la *Madame*, tampoco de Kayoko ni de Tamae; pensé que se lo habría dejado olvidado algún cliente y lo abrí. Al verlo abierto recordé que ya lo había visto antes. Lo llevaba Ayuko. Solo la vi una vez, con Daigo, pero llevaba aquel mismo paraguas. Estoy segura.

El inspector se acercó a Okimi.

—Es decir, que Ayuko fue al bar mientras vosotras no estabais, ¿verdad? ¿Y qué hiciste con el paraguas?

—Me asusté y lo dejé donde estaba. Es que si se lo decía a Daigo, sabría que lo había seguido; y si se lo decía a la *Madame*, montaría un escándalo. De modo que decidí dejarlo estar. Entonces…

—¿Entonces?

—Como tenía cosas que hacer, me marché. Y cuando regresé, ya no estaba.

—¿Estás diciendo que Ayuko fue al bar el veintiocho de febrero y la *Madame* la mató?

—¡Ah! —los interrumpió de repente Tamae, muy agitada—. Acabo de recordar una cosa que también sucedió el uno de marzo. No sé bien para qué, pero salí al patio trasero y vi que alguien había removido la tierra. Me llamó la atención y pregunté a Daigo. Él me dijo que había pensado en sembrar algunas verduras, pero que había cambiado de idea porque allí no daba el sol —explicó, a punto de echarse a llorar—. Entonces… ¿Eso quiere decir que la muerta estaba ya enterrada bajo mis pies?

La muchacha se miró los pies, recordando la escena.

—Tamae, Daigo reconoció que había sido él quien había removido la tierra, ¿correcto?

Tamae, muy pálida, asintió con la cabeza.

—Puede que la *Madame* matara a Ayuko y que Daigo enterrara el cadáver. Aunque la asesinada fuese su amante, para Daigo era más importante su esposa. Por eso enterró el cadáver, para encubrirla.

Ni Kayoko ni Tamae sabían demasiado de Ayuko. Conocían su existencia porque Okimi se lo había contado y porque habían sido testigos de los celos de la *Madame*, pero nunca la habían visto en persona. Solo Okimi la había visto, una vez en enero, pero no sabía de ella mucho más de lo que le había contado su señora. Era una de las emigrantes que regresaron de China, había conocido a Daigo en el barco hacia Japón y trabajaba de bailarina en la Sala de Fiestas Sinojaponesa.

—Me imagino que esa mujer siempre ha vivido así, de los hombres —dijo Okimi—. Me dio esa impresión porque vestía y se maquillaba de manera muy llamativa. ¿Su aspecto? Como estaba con Daigo, no pude acercarme mucho, pero me pareció muy atractiva. Ah, otra cosa; no sé si sería real o postizo, pero tenía un lunar grande debajo del labio, en el lado derecho.

Por último, el inspector les preguntó por la relación entre el matrimonio Itoshima.

Las tres respondieron algo parecido. En general, Daigo era una persona risueña y tranquila, pero volátil; de repente se ponía agresivo. Parece que su mujer también le tenía miedo. Seguía teniendo relación con su amante porque Daigo, que pretendía sacarle el dinero, la obligaba. Pero en realidad seguía enamorada de él. Ante ese dilema, Daigo se ponía de mal humor cada vez que la *Madame* salía con su amante. Sin embargo, la situación había cambiado últimamente: Daigo volvió a salir con Ayuko, su antigua amante, aprovechando las ausencias de su esposa. Cuando se enteró, la *Madame* se puso celosa y rabiosa con su marido. No había duda de que era una pareja extraña.

Mientras el inspector hablaba con las testigos, Murai guardó silencio. Presenció el interrogatorio, pero no participó en él. Incluso después de que se marcharan, se quedó callado y pensativo. El inspector tampoco hablaba porque estaba leyendo las notas que acababa de tomar.

—La clave está en Ayuko, ¿verdad? Estoy casi seguro de que ella es la víctima pero, aunque no fuera así, tenemos que investigarla.

Murai asintió sin decir nada.

—No creo que sea tan difícil; sabemos que trabajaba en la Sala de Fiestas Sinojaponesa. Empezaremos por ahí.

Murai asintió de nuevo.

—También tenemos que investigar al amante de Oshige, el tal Kazama.

—Claro. Dicen que era una mina de oro para Oshige. Tiene una constructora, ¿verdad? Habrá que tratarlo con mano izquierda[21], ten cuidado. Yo me encargaré de buscar a los Itoshima. Seguramente mintieron cuando dijeron que iban a mudarse a Kobe. ¡Diantres! Si tuviéramos una foto…

Como acababan de volver a Japón, nadie tenía fotografías de la pareja. Ese detalle fue muy importante cuando se planeó el crimen.

—Oiga, jefe, tengo una duda —dijo Murai al final—. ¿Por qué se ocultaba Oshige? Entiendo que después de cometer un asesinato sintiera remordimiento y miedo, pero dos semanas es mucho tiempo para estar encerrada en su habitación sin ni siquiera ver a sus empleadas. Es muy sospechoso.

—Estoy de acuerdo contigo. Pensemos un poco al respecto. Puede que se hiriera al matar a Ayuko, que la víctima le arañara la cara o algo así.

—Es posible. Pero también sería posible que…

—¿Qué?

Murai decidió cambiar de tema.

—También me llama la atención el gato muerto. ¿Por qué lo matarían?

—Quizá resultó herido en el asesinato y lo mataron para que las empleadas no sospecharan. Los del laboratorio dicen que parte de la sangre del dormitorio es de gato.

Murai iba a decir algo, pero volvió a cambiar de idea.

—De todos modos, necesitamos saber más de la tal Ayuko. Me voy ya.

Tomó su sombrero y se marchó.

V

La investigación fue por cauces confusos hasta el veintiséis de marzo, cuando se reveló un detalle aterrador que cambió por completo la esencia del caso. El agente Murai estaba insatisfecho con su trabajo, pero entre la información recabada había varios aspectos importantes.

Los trabajadores de la Sala de Fiestas Sinojaponesa recordaban a Ayuko. Su nombre completo era Ayuko Kuwano. Sin embargo, como había trabajado allí muy poco tiempo y además había faltado a menudo, nadie sabía demasiado de su vida personal, ni siquiera si ese era su nombre real.

Según el gerente del salón, trabajó allí entre mayo y junio del año anterior. No la recomendó nadie; encontró un anuncio en el periódico y llamó a la puerta. Como bailaba muy bien, decidieron contratarla de inmediato. Normalmente hacían una comprobación de antecedentes antes de contratar a alguien, pero ella se ofreció a llevar su propio vestuario y omitieron ese paso. Aun así, todo el mundo sabía que era una emigrante que había vuelto de China.

—Medía un metro cincuenta y ocho. ¿Su cara? A ver, cómo podría explicárselo… Era relativamente guapa. No hablaba mucho, pero tenía algo que resultaba atrayente. Era una mujer de carácter alegre. ¿Un lunar? Sí, era postizo. Le quedaba bien. Como solo estuvo un mes con nosotros y faltó a menudo, no recuerdo nada más —dijo el gerente.

A continuación llamó a unas bailarinas que habían hablado más con la joven.

—¿Ayuko? Oh, sí, me acuerdo de ella. Tenía novio. Puede que el gerente no lo supiera, pero venía a buscarla y la esperaba en la puerta de atrás. Me llamó la atención porque era mucho mayor que ella. Sí, rondaba los cuarenta años. Era un señor rechoncho, sonriente y con la cara colorada. Ayuko me contó que se conocieron en el barco cuando volvían de China. No. Desde que se marchó no he vuelto a saber nada de ella.

La otra bailarina proporcionó información más reciente.

—Ah, Ayuko. Me la encontré hace poco, hará dos meses. Nos encontramos por casualidad delante del teatro Nihon. Como iba acompañada de un hombre, no pudimos hablar mucho, pero me dijo que vivía cerca de Asakusa. Sí, era el mismo señor que venía a buscarla a menudo a la hora de salir. ¿Sabe que su apellido no es Kuwano? Y creo que el nombre tampoco es el suyo de verdad. Lo digo porque un día me enseñó una maleta, que fue lo único que trajo de China, y en ella estaban inscritas sus iniciales, pero eran «C. O.».

Eso fue todo lo que descubrió, pero Murai estaba satisfecho. Sobre todo, le parecía un gran avance haber obtenido una pista sobre el nombre real de Ayuko. A continuación, el policía fue a Yokohama para visitar al amante de la *Madame*.

* * *

«Ingeniería Civil / Corporación Kazama», decía la placa que había en la oficina temporal de Shunroku Kazama. Murai había esperado a un hombre maduro con mucho mundo, pero a la persona que tenía delante todavía le faltaban cinco años para los cuarenta. Llevaba el cabello tan corto que, a simple vista, parecía un novato.

Sin embargo, cuando empezó a hablar con él, el policía no tardó en darse cuenta de que su apariencia era engañosa. Su manera de hablar y su tono de voz tenían peso, y sus gestos contenían la agudeza y la amenaza de un hombre calculador e inteligente que sabía cómo controlarse para ganarse a la gente.

Lo que más le sorprendió fue que Kazama ya conocía lo ocurrido.

—Okimi me llamó por teléfono para informarme. Esperaba que la policía viniera pronto —explicó.

—Vaya, así que es por eso… Pero por una parte me conviene que ya lo sepa. ¿Cuál es su opinión al respecto?

—Cuando Okimi me lo contó, me quedé atónito. Pero, después de analizarlo bien, creo que era de esperar.

—¿Cómo? ¿Está diciendo que hubo algo que indicara lo que iba a suceder?

—No, de ninguna manera. Me refiero a que estamos en una época convulsa y a que esa pareja se ganaba la vida con algo que no está bien visto. Desgraciadamente, en cualquier momento podían verse envueltos en un suceso sangriento como este.

—¿Ha ido alguna vez al Gato Negro?

—No. Ni siquiera sé dónde está ese barrio. ¿Usted iría a la casa donde su amante vive con su marido? ¿A que no?

Kazama se rio a carcajadas. Su risa era grave, sonora, adecuada a su complexión física.

—De acuerdo, ¿por qué no me habla de su relación con Oshige?

—Está bien. No somos santos. ¿Cree que soy un hombre vanidoso? Nuestra relación no era especial.

Kazama conoció a Oshige dos años antes en un cabaré de Yokohama. La mujer acababa de llegar de China casi con lo puesto.

—Siempre llevaba kimono, y además se peinaba con un recogido clásico. Me pareció muy original que anduviera así en un lugar como aquel, me cayó bien. Al principio no pensé en hacerla mi amante. De verdad. Sé que será difícil de creer, pero lo cierto es que no suelo encariñarme con las mujeres. Me gustan, por supuesto, pero prefiero el dinero al romance —explicó, y añadió, riéndose—: Digamos que al final caí en su trampa.

Kazama tenía una casa sin ocupar y permitió que Oshige viviera allí. Iba a verla de vez en cuando, pero no la necesitaba. Se convirtió en una costumbre.

—Por eso, cuando el tal Daigo Itoshima apareció diciéndome que era el marido de Oshige, no me dolió ni me sorprendió. Eso fue en junio del año pasado. No sé qué opina usted de él. Tiene cara de hombre dócil y simpático, pero en realidad es malvado. Me amenazó. —Sonrió, intimidante—. Lo cierto era que no tenía motivos para enfrentarse a mí. Si le soy sincero, yo ya no sabía qué hacer con esa mujer. Espero que esto quede entre nosotros. Oshige tiene… cómo decirlo, unos deseos sexuales anormales. ¿No es lo que les pasa siempre a las mujeres que pasan

mucho tiempo fuera del país? —se rio, ligeramente primero y después a carcajadas—. Siento tener que hablar de estas cosas. No sé qué pensará de mí, pero le aseguro que soy un hombre honrado, de gustos normales y corrientes. Al principio me divertía con ella porque era diferente, pero me cansé pronto. Intenté alejarme de ella poco a poco. Cuando ese tipo apareció, me quité un peso de encima y le devolví a su esposa envuelta para regalo.

Murai observó a su interlocutor seriamente.

—Pero usted no llegó a terminar con esa relación, ¿verdad?

—No puedo negarlo. Yo nunca perseguiría a una mujer con la que he terminado, pero ella me buscaba constantemente. Cuando una mujer intenta seducirme, soy incapaz de resistirme. Por favor, no piense que me creo un hombre atractivo o un galán. Soy consciente de que lo que atrae a las mujeres no soy yo, sino mi dinero.

—No creo que fuera cuestión de dinero. Al parecer, Oshige estaba enamorada de usted. ¿Lo sabía?

Murai lo comentó con naturalidad. Kazama parecía llano y un poco tosco, pero era el tipo de hombre que fascinaba y enloquecía a cierto tipo de mujeres. Mientras asimilaba las palabras del policía, el empresario se quedó callado con una mueca amarga.

Murai cambió de tema y le preguntó por Ayuko.

—Sí, precisamente me estaba acordando de ella —le contestó Kazama con el ceño fruncido —. En realidad no la conozco, pero Oshige la mencionaba a menudo. Ella no quería a su marido, más bien lo odiaba, pero cuando se enteró de que tenía una amante se puso celosa. Estaba indignada y se desahogaba conmigo. Como a mí no me interesaba, apenas le prestaba atención. Un día, a mediados de febrero, me dijo muy emocionada: «Podría morir en cualquier momento. Cuando me muera ven a ponerme incienso aunque solo sea una vez, por favor». Me llamó la atención que dijera algo así, pero a continuación se enfadó. «No. ¡No moriré sola! Me llevaré a esa mujer conmigo. No voy a dejar que siga viviendo tan tranquila». Supongo que en aquel momento decidió eliminarla.

—Entonces, ¿usted también cree que Oshige mató a Ayuko?

—Claro, ¿qué otra posibilidad hay? Daigo Itoshima no tenía motivos para matar a su amante. Además, no me sorprende que Oshige haya matado a alguien. No es una mujer normal; es una hembra salvaje —dijo Kazama con una sonrisa maliciosa.

Murai cambió de tema una vez más y le preguntó si sabía cuándo había llegado Daigo a Japón. Aunque no lo esperaba, Kazama le contestó con mucha precisión.

—Llegó a Japón en barco, al puerto de Hakata, en Fukuoka, en abril del año pasado. Oshige llegó a Japón hace dos años, en octubre, así que él llegó seis meses después que ella. Lo sé con seguridad porque un amigo mío llegó en ese mismo barco.

Al escucharlo, Murai sintió que su corazón saltaba de gozo y preguntó a Kazama si podía ponerlo en contacto con su amigo. El empresario miró al policía como si dudara de sus intenciones.

—Ah, ya lo entiendo. Ayuko también llegó en ese barco, ¿verdad? Claro, con mucho gusto. —Escribió una pequeña nota de recomendación detrás de una de sus tarjetas de visita y se la entregó al policía junto con los datos de su amigo—. Agente, le aseguro que yo no tengo nada que ver con ese asesinato. Sin embargo, me preocupa haber dicho o hecho algo que haya influido sin yo saberlo. Si fuera así, por favor, dígamelo. Me haré responsable de lo sucedido.

Murai salió del despacho de Kazama con la tarjeta.

Había conseguido los datos de una persona que había llegado en el mismo barco que Daigo; su investigación iba viento en popa. Al día siguiente, fue a visitarla con la tarjeta que Kazama le había dado. Sin embargo, el testigo no recordaba bien ni a Daigo ni a Ayuko, así que Murai le preguntó si conocía a alguien que pudiera recordarlos. Repitió el proceso una y otra vez durante varios días, visitando a la gente que había llegado a Japón en ese barco y buscando información sobre aquellas dos personas.

Descubrió que la mujer con la que viajaba Daigo se llamaba Chiyoko Ono. Al parecer, había emigrado a Manchuria y más tarde se mudó a Pekín. Cuando llegó a Tianjin, poco antes de que zarpara el barco, nadie estaba seguro de su pasado. Daigo estaba con ella en la cola para subir a bordo, así que la gente dio por sentado que se conocían desde hacía tiempo. Obviamente, los dos bajaron juntos del barco y al parecer viajaron a Tokio. «Al parecer», porque nadie supo nada de ellos después. Murai se sentía decepcionado. Además, nadie se había fijado en el rostro de Chiyoko Ono lo suficiente para reconocerla ahora, porque al parecer viajaba con ropas de hombre y la cara tiznada de ceniza. Lo único que pudo descubrir fue su edad: unos veinticinco años.

—Pero eso no es importante. Aunque alguien recordara su rostro, no podría confirmar si la asesinada es ella o no, ya que el cadáver está totalmente desfigurado —dijo el comisario tras escuchar el informe de Murai.

—Tiene razón —contestó Murai, pero no estaba convencido y decidió cambiar de tema—. A propósito, ¿hay alguna noticia de los Itoshima?

—El problema es que no tenemos ninguna pista. Les perdimos el rastro cuando se alejaron de la caseta de policía del barrio. ¡Caray! ¿Dónde se habrán metido? ¿No los estará escondiendo ese tal Kazama?

—No creo que se sienta obligado a hacer eso… —dijo Murai.

Pasaron varios días sin avances en la investigación hasta que el veintiséis de marzo se descubrió un hecho aterrador.

VI

Aquella mañana, un carpintero al que llamaban Tame (aunque en realidad se llama Tamekichi Endo) acudió a la comisaría para declarar. Estaba trabajando en la reforma del Gato Negro.

—Anoche escuché algo extraño y quiero informar de ello. Yo sabía que Niccho, del templo Rengue-in, fue quien abrió la fosa y descubrió el cadáver. Pero anoche descubrí sus motivos para cavar ahí y me parecieron muy extraños. ¿Es cierto que declaró haber visto un perro removiendo la tierra, y una pierna humana? ¿De verdad dijo eso?

El tono del carpintero puso en alerta al comisario, al inspector y al oficial Murai, que estaba allí por casualidad. Cuando el policía le confirmó que esa había sido su declaración, Tame frunció el ceño.

—Pero… ¿No se habrá confundido? Eso es imposible, ya que un día antes de que encontraran el cadáver, el diecinueve de marzo por la tarde, hice una fogata en el patio con la hojarasca y no vi nada. Después del escándalo que hubo, le pregunté a Hasegawa y él me explicó dónde estaba la fosa y cómo se había encontrado el cadáver. Si hubiera habido una pierna desenterrada, estoy seguro de que la habría visto. Cuando quemé la hojarasca no había nada allí.

Los tres agentes estaban estupefactos.

—¿De verdad? ¿Estás completamente seguro? —le preguntó el inspector, carraspeando con sorpresa.

—Señor, usted no se imagina cuántas hojas caen a ese patio. Para que pudiera verse desde el terraplén, la pierna tendría que estar totalmente desenterrada. Bueno, supongamos que estaba distraído y no la vi; cuando pasé el rastrillo la hubiera encontrado, ¿no? Les aseguro que el día diecinueve por la tarde no había allí ninguna pierna.

Naturalmente, en cuanto Tame se fue, llamaron a Niccho para que volviera a declarar.

—A ver, ¿puedes explicárnoslo? Tame parecía muy seguro. No me irás a decir que el perro que estaba husmeando volvió a enterrar la pierna de la muerta.

Tras el interrogatorio del comisario, que se centró en comparar la declaración de Tame con la suya, Niccho se quedó mirando a los tres policías que tenía delante. Su mentón era estrecho y la frente ancha, formando un triángulo, y aunque solía estar pálido, aquel día tenía aún peor aspecto. Los ojos le brillaban con la intensidad de una bestia, como si estuviera mentalmente trastornado.

—Tame tiene razón —dijo Niccho con voz firme y ronca—. La pierna no estaba a la vista. Mentí.

Y se relamió sacando la lengua como un animal mientras los demás lo miraban estupefactos.

Su relato posterior cambió por completo las sospechas que tenía la policía hasta entonces.

—Fue el día veintiocho por la tarde. Cuando salí a recoger leña al bosque que hay detrás del templo, escuché a alguien cavando en el patio trasero del Gato Negro. Me asomé desde arriba y vi a Daigo Itoshima. Le pregunté qué estaba haciendo y me contestó que estaba cavando una fosa para enterrar a su gato, que había muerto. Unos días después, cuando volví al bosque a por leña, escuché un maullido en el patio trasero del bar. Recordé lo que mi vecino me había dicho y me estremecí, pero me armé de valor y me asomé. Entonces vi a un gato negro, el que se suponía que estaba muerto, maullando y mirándome con sus ojos brillantes. Se me pusieron los pelos de punta, pero no soy tan supersticioso como para creer que era el fantasma del gato muerto. Entonces pensé: «¡Vaya! El gato está vivo. Itoshima seguramente me mintió. Pero ¿por qué? ¿Qué habrá enterrado entonces?». Miré el lugar donde había estado cavando aquel día y empecé a sospechar. Como la tierra todavía no estaba cubierta de hojas, se veía claramente que habían removido la tierra de una zona bastante grande. El hoyo debía ser enorme. Me sentí inquieto y me quedé mirando el suelo con la mirada perdida. De pronto, noté que alguien me observaba. Alguien estaba mirándome desde el *shoji*, que se encontraba ligeramente abierto. Como no llegué a verle la cara, no sé quién era, pero sé que se trataba de una mujer. En el Gato Negro hay cuatro mujeres: la *Madame*, Kayoko, Tamae y Okimi, pero no creo que fuera ninguna de ellas. Al día siguiente recordé que tenía que llevar la vuelta del alquiler del mes anterior al Gato Negro. Por lo tanto, aproveché el viaje y pregunté quién ocupaba la habitación del fondo. Las tres empleadas me dijeron: «¿Quién va a ser? La *Madame*». Insistí y pregunté si había alguien más. Una de ellas me contestó: «No hay nadie más. A la *Madame* le han salido unos granos en la cara y no quiere ver a nadie, ni siquiera a nosotras. Bueno, ¿por qué nos preguntas eso?». Y la otra contestó: «Ay, ¿es que no lo sabes? El muchacho está enamorado de la *Madame*. Está loco por ella. ¡Anda! ¡Pero si te has puesto colorado!».

Luego explicó que, para escapar de las burlas de las mujeres, se marchó de allí casi corriendo. Pero no consiguió olvidar los ojos que lo miraron desde esa puerta del Gato Negro y fue al bosque para asomarse nuevamente al patio trasero del bar. Lo encontró cubierto de hojarasca a propósito.

La inquietud del joven se convirtió en una sospecha que fue creciendo. Para quitarse de encima esa sospecha, no tenía otra opción que comprobar él mismo si la mujer que estaba encerrada en esa habitación era la *Madame*. Su curiosidad era tal que cada vez le echaba más valor. Niccho decidió vigilar la habitación en cuestión desde el terraplén. Tumbado entre las hierbas, se veía muy bien, aunque siempre tenía las puertas cerradas y el cristal tapado con papel para que no pudiera verse el interior. «Pero da igual quien sea; si es humano no podrá reprimir sus necesidades fisiológicas», pensó. En algún momento tendría que ir al baño. Afortunadamente, el baño estaba al fondo de la casa, al final del porche del patio trasero. El joven esperó ese momento con gran paciencia, como cuando un gato acecha a un ratón.

—Entonces, ¿viste a esa mujer o no? —lo interrumpió el comisario, desesperado por cuánto estaba tardando Niccho en llegar a ese punto.

El joven le contestó, con los ojos bien abiertos y brillantes:

—Sí. La vi.

—¿La viste? ¿Y qué pasó? ¿Era la *Madame*?

—No. Era una mujer a la que yo no conocía.

Murai se emocionó al escucharlo. En cambio, el comisario y el inspector se sintieron decepcionados.

—Oye, ¿no sería una enfermera de la *Madame*, o algo por el estilo?

—No lo creo —replicó Niccho—. En esa habitación solo estaba esa mujer. Además, llevaba puesto un kimono de la *Madame*. O sea, estaba disfrazada de ella.

Y el joven bonzo siguió contando su historia andándose por las ramas, como era su costumbre.

Pocos días después se enteró de que los Itoshima habían decidido traspasar el negocio e irse del barrio, y entonces empezó a preocuparse. El último día que el Gato Negro estuvo abierto preguntó a las empleadas si habían conseguido ver a la *Madame* últimamente. Ninguna la había visto. Pocos días antes, un artículo del periódico que informaba del hallazgo de varios cadáveres en el entresuelo de una casa desocupada había causado un gran escándalo.

Niccho ya no podía reprimir más el impulso. No podría dormir si no comprobaba qué era lo que estaba enterrado en aquel hoyo.

—Por eso fui allí esa noche —concluyó.

Tras su declaración, Niccho fue detenido y sometido a un intenso interrogatorio. Al principio siempre repetía las mismas respuestas, con los ojos brillantes como los de una bestia. Casi al anochecer sufrió un ataque debido a su enfermedad crónica: convulsionó mientras echaba espuma por la boca y perdió el conocimiento.

—Entonces, ¿qué significa esto? —preguntó el comisario, desanimado. Parecía muy cansado —. ¿La asesinada no fue Ayuko sino la *Madame*? ¿Y Ayuko se hizo pasar por ella durante dos semanas?

El inspector no contestó. Estaba acariciándose la barbilla.

—Comisario, lo cierto es que sospeché esa posibilidad desde el principio —dijo Murai en voz baja—. Es posible que a la *Madame* le hubieran salido granos, pero me pareció extraño que ni siquiera su sirvienta le viera la cara en dos semanas. Por eso dudaba si no habría algo más…

—Pero ¿para qué se haría pasar Ayuko por la *Madame*? Era muy arriesgado, ¿no?

—Efectivamente, pero gracias a eso a nadie le pareció sospechoso el traspaso del Gato Negro. Imagínese, comisario. Si Daigo hubiera abandonado el negocio justo después de la desaparición de su esposa, ¿qué habría pensado la gente? Sus empleadas, como mínimo, sospecharían algo. Para darse a la fuga necesitaba dinero y, para conseguirlo, tenía que hacer creer a la gente que la *Madame* todavía vivía.

—Uhm…

El comisario se llevó la mano a la barbilla. El inspector se rascó la cabeza. Murai continuó con su explicación:

—Además, así se explica la muerte del gato negro. Era la mascota de la *Madame* y la seguía a todas partes; el felino estuvo presente en el momento del asesinato y Daigo no quiso que siguiera en la casa. Por eso lo mató y lo enterró junto a su dueña pero, para que sus empleadas no sospecharan nada, consiguió un sustituto. El gato que vimos es un hermano del gato muerto. He descubierto que Daigo fue el día veintiocho de febrero a pedir otro gato a la persona que le regaló el primero. Con todo esto, podemos asegurar que el cadáver no pertenece a Ayuko. Ayuko y Daigo asesinaron a Oshige.

—¡Ah, me estoy acordando de una cosa! —exclamó el comisario—. Hasegawa dijo que los

Itoshima pasaron junto a él el catorce de marzo.

Sin embargo, Hasegawa declaró que no había llegado a ver la cara de la mujer que iba con Daigo Itoshima porque estaba tapándose la nariz con un pañuelo y caminaba con la cabeza gacha y medio escondida detrás del hombre. Era comprensible que pensara que era la *Madame*. De este modo, ya no había ninguna incongruencia en la declaración de Niccho. La asesinada era la *Madame*, no Ayuko. Y Ayuko era la asesina.

En conclusión, la investigación del caso cambió por completo y la policía lanzó una orden de búsqueda a nivel nacional sobre Daigo Itoshima y su amante, Ayuko.

* * *

Esta nueva noticia ocupó los titulares de todos los periódicos de la tarde y sorprendió mucho a dos personas. Una de ellas era Shunroku Kazama. Cuando leyó el periódico dudó y se quedó pensativo, caminando por su despacho como un león enjaulado. Al final, se marchó de allí con los labios apretados.

Se dirigió a un restaurante y hotel de Omori llamado Shogetsu. En aquella época, la sociedad todavía no se había recuperado lo suficiente como para construir viviendas normales, pero había demanda de aquel tipo de edificios. Kazama había construido el hotel Shogetsu para atender a sus clientes importantes y dejaba que lo administrara una de sus numerosas mujeres.

—¡Ah, es usted! Buenas tardes, señor.

La jefa de sala llegó corriendo mientras Kazama se quitaba los zapatos en el impecable vestíbulo.

—Hola, Ochika. Está…

—Sí, señor. Pero la señora está bañándose en este momento.

—No, no me refiero a Osetsu. Vengo a ver a…

—Ah, ¿a su nuevo novio? ¡Pero qué malo es usted! Viene aquí y ni siquiera saluda a la señora. Que sepa que, si no fuera un hombre, estaría en problemas. Mi señora está muy celosa, ¿eh? Pero no se preocupe, todavía no lo hemos echado. Está aquí.

Kazama sonrió con amargura.

—¿No estará durmiendo, como siempre?

—¿Cómo se le ocurre? Ahora no. Está leyendo el periódico de la tarde; no sé qué ha pasado, pero se ha puesto como loco y ha pedido todos los periódicos que había. ¿Usted sabe…?

—¿Los periódicos?

Kazama lo entendió todo y atravesó el pasillo a toda prisa. Al escuchar su voz, su amante salió corriendo del baño, todavía mojada, pero él no le prestó atención alguna. Cuando llegó al edificio adyacente, se detuvo ante la puerta.

—Kosuke, soy yo —dijo, y abrió la puerta corredera.

Allí estaba Kosuke Kindaichi, sentado en el centro de la pequeña y elegante habitación y rodeado de varios periódicos. En cuanto vio a Shunroku Kazama empezó a hablar.

—¡O… O… Oye, Ka… Kazama! —tartamudeó—. Es… Es… Este es un caso de «di… difunto sin rostro». La… La víctima y el cri… cri… criminal se han intercambiado. Ha… Hay que avisar al señor Y. de Okayama. Le… Le va a encantar.

Kazama no entendió la última parte. Se acercó a él y le pasó la mano por el pelo, mientras se reía como un loco.

VII

La tarde del veintinueve de marzo, tres días después de que los periódicos publicaran la noticia que había cambiado por completo la investigación del homicidio, llegó un hombre de aspecto extraño a la comisaría de policía. En aquel momento estaban reunidos los investigadores del caso para compartir la información que tenían hasta entonces. El recepcionista interrumpió la reunión con una tarjeta de presentación en la mano. El comisario la leyó: era la tarjeta de un viejo conocido del cuerpo de policía metropolitana.

En la tarjeta había una nota escrita a mano: «Este es el señor Kosuke Kindaichi. Le agradecería mucho que aceptara su ayuda en el caso del Gato Negro».

El comisario frunció el ceño y preguntó al recepcionista:

—¿Está en recepción?

—Sí, señor. Le he pedido que espere.

—Está bien. Déjalo pasar. —Volvió a mirar la tarjeta y se la pasó al inspector de policía—. ¿Conoces a este hombre?

El inspector negó con la cabeza y se la enseñó a Murai, que tampoco lo conocía.

—Puede que tenga información sobre el caso.

Como la persona que lo recomendaba era alguien a quien debía mucho, el comisario estaba un poco nervioso. ¿Quién era aquel hombre? Todos sentían curiosidad. Cuando Kosuke entró en la sala, Murai se sorprendió.

—Anda, eres tú…

Kosuke Kindaichi, con el kimono y el *hakama* tan arrugados como siempre, entró y bajó la cabeza a modo de saludo, sin dirigirse a nadie en concreto. Entonces miró a Murai y le dijo, sonriendo como un niño travieso:

—¡Hola! ¿Qué tal?

—¿Conoces a este hombre? —preguntó el comisario a Murai.

—Eh… Sí.

El oficial suspiró profundamente y miró a Kosuke con indignación.

Dejad que os explique cómo fue su primer encuentro:

Después de que el caso diera un giro de ciento ochenta grados, Murai visitó de nuevo a todos los testigos. Fuera a donde fuera, no dejó de encontrarse con aquel hombre. Al principio no lo tuvo en cuenta, pero después de coincidir varias veces, empezó a sospechar. Cuando volvió a encontrarse con él en casa de Okimi, decidió preguntarle qué estaba buscando.

—¿Yo? Estoy buscando a un fantasma —le contestó, sonriendo. Y se marchó dejando a Murai atónito.

El policía preguntó a Okimi por aquel hombre y ella le respondió:

—La verdad es que yo tampoco lo conozco. Me dijo que era amigo del señor Kazama. Usted lo conoce, ¿verdad? El amante de la *Madame*.

Entonces, Murai empezó a preocuparse. Kazama tenía un poderoso vínculo con los Itoshima y, llegado el caso, podría convertirse en el primer sospechoso. En ese momento empezó a sospechar del hombre que acababa de ver y salió corriendo de casa de Okimi.

No sabemos si aquel hombre llegó a darse cuenta de que Murai lo seguía, pero subió al tren, se bajó en la estación de G. y se dirigió a la calle Ura-saka. El policía estaba cada vez más inquieto, pero el hombre parecía totalmente relajado; es más, silbaba mientras caminaba. Sin embargo, cuando llegó a la parte de atrás de los terrenos del templo Rengue-in, aminoró la velocidad. Mientras el policía tomaba precauciones para que no se percatara de su presencia, el hombre desapareció de repente entre las vallas. El inspector echó a correr hacia el lugar donde había desaparecido y encontró un hueco estrecho por el que apenas podía pasar una persona. Cuando entendió el truco, se tranquilizó, pero eso no eliminó sus sospechas. Al contrario, recelaba cada vez más y decidió seguirlo.

Como he mencionado antes, en la parte de atrás del templo hay un bosque. Todavía no había llegado la primavera y el suelo estaba cubierto de hierbas secas. El policía buscó al hombre, pero no lo vio. Se concentró e intentó escuchar sus pasos, pero tampoco lo consiguió. Entonces empezó a preocuparse. No quería perderlo, así que siguió caminando por el bosque y por fin lo vio: estaba escondido detrás de una zelkova grande. Estaba de perfil y parecía muy tenso.

Murai quería saber qué estaba mirando y levantó la cabeza, pero desde donde estaba no conseguía ver nada. Dio un paso adelante y seguía sin ver nada; dio dos, tres, cuatro pasos… Y de repente perdió el equilibrio. Vio girar el bosque, escuchó un ruido y, cuando se quiso dar cuenta, estaba en un hoyo.

Más tarde descubrió que se trataba de un refugio antiaéreo que habían construido durante la guerra. Gracias a las hojas acumuladas no se hizo daño, pero tardó unos segundos en entender lo que había pasado. Entonces apareció arriba la cara del hombre a quien perseguía.

—Busque aquí, agente, y encontrará un fantasma —le dijo. Y se fue silbando.

* * *

Murai tenía delante a aquel hombre. Cuando recordó su encuentro del día anterior, suspiró profundamente.

—¿Es usted el señor Kindaichi? —le preguntó el comisario con suavidad tras mirar a Murai con extrañeza.

—Sí.

—Por favor, tome asiento. ¿Lo conoce? —quiso saber, enseñándole la tarjeta que tenía en la mano.

—Sí.

—¿Y en qué podemos ayudarlo?

—Ya se lo dije ayer a este agente. Voy a enseñarles un fantasma. ¿Qué les parece?

—¿Un fantasma?

El comisario y el inspector se miraron el uno al otro. El inspector iba a decir algo, pero el comisario lo detuvo con la mirada.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Un fantasma… Los hay de varios tipos, ¿verdad? Vivimos en una sociedad caótica. Pero al que me refiero es al asesino del Gato Negro.

Los dos hombres volvieron a intercambiar una mirada.

—Entonces, ¿sabe dónde están Daigo Itoshima y Ayuko Kuwano? —le preguntó el comisario.

—Sí, claro —respondió Kosuke con toda tranquilidad dejando atónitos a los policías presentes, que casi se cayeron de las sillas.

El comisario se quedó mirando a Kosuke un buen rato con los ojos entornados. No sabía si su interlocutor era un loco o un genio.

—¿Dónde están?

—He venido para llevarles hasta ellos pero, antes de eso, ¿podrían hacerme un favor?

—¿Qué necesita?

—Quiero que llamen a Niccho, del templo Rengue-in. Quiero preguntarle algunas cosas. Cuando haya comprobado algunos detalles, los llevaré hasta Daigo y Ayuko.

El comisario miraba a Kosuke, pensativo; bajó los ojos hasta la tarjeta de su conocido y se dirigió al inspector con decisión:

—Por favor, llama a Hasegawa por teléfono y dile que traiga a Niccho.

—Dígale también que nos avise por teléfono antes de venir, por favor —añadió Kosuke.

Después de la llamada, el inspector se dirigió a Kosuke.

—Señor Kindaichi, hace un momento ha mencionado usted un fantasma. ¿Acaso cree que Ayuko está muerta?

—¿Por qué? ¿Cómo se le ocurre? —exclamó con sorpresa—. He dicho un fantasma porque se supone que está muerta, pero en realidad está viva.

El inspector hizo una pausa. Incluso después de escuchar la declaración de Niccho, no descartaba la posibilidad de que la asesinada fuese Ayuko.

—Acabo de recordar algo —dijo Murai, que seguía mirando a Kosuke con desconfianza—. Señor Kindaichi, usted conoce a Shunroku Kazama, ¿verdad?

Kosuke Kindaichi sonrió maliciosamente.

—Sí. ¿Cómo lo sabe? Ah, ya sé. Debió contárselo Okimi, ¿verdad? —le respondió.

—Pues claro. Dígame, ¿qué relación tiene con ese hombre?

—Kazama y yo somos paisanos y amigos del instituto. Ambos nacimos en el norte y vinimos juntos a Tokio al terminar la secundaria. Estuvimos unos meses perdiendo el tiempo en una casa de huéspedes en Kanda y después me marché a Estados Unidos. Él se quedó en Japón y, como pueden imaginar, terminó mezclándose con la mafia. Años después, cuando regresé, retomamos nuestra amistad. En esa época, Kazama ya había alcanzado cierto nivel en la constructora donde consiguió trabajo legal después de abandonar la vida delictiva. Poco después me reclutaron para ir a la guerra y perdimos el contacto. Durante seis años no supimos nada uno del otro. Hace poco, cuando volvía a Tokio en tren desde una isla del mar interior de Seto, un montón de mafiosos del mercado negro subieron al vagón. Ya saben lo maleducados que son. Todos los pasajeros decentes sufrimos su mal comportamiento, pero nadie decía nada porque les teníamos

miedo. Los mafiosos estaban desatados y cada vez hacían más barbaridades. De repente, se levantó un hombre. Agarró a uno que parecía el cabecilla y le afeó su comportamiento. ¡Uf! El resto de pasajeros esperamos que empezara una pelea, pero el tipo dijo algo al oído del mafioso y la situación dio un vuelco; los gamberros bajaron la cabeza. Y no solo eso: empezaron a hablarle de usted y casi se arrodillaron ante él. Aquello nos decepcionó un poco porque ya no íbamos a ver una pelea, pero al mismo tiempo fue un alivio. Todos le agradecimos su valor y algunas mujeres casi se lanzaron a sus pies. Era admirable: qué valiente, un hombre capaz de domar con palabras a esa gente tan violenta que no teme ni a la policía. Y entonces, al mirarlo, reconocí a mi viejo amigo Shunroku Kazama. ¡No saben qué alegría me llevé! Me dije: «Este es el momento para presumir ante la gente de mi amistad», y le toqué el hombro. «Hola, Kazama», le dije; él me miró un segundo y contestó: «¡Vaya! ¡Menudo milagro! ¡Pero si es el flacucho de Kosuke!». Nos pusimos al día, le comenté que no tenía dónde dormir ese día y me dijo que podía quedarme con él.

Los tres policías estaban perplejos; suspiraron profundamente, lamentando tener que ocuparse de aquel bicho raro.

—Muy bien —dijo al final el comisario, conteniendo la risa—. Entonces está usted viviendo en casa del señor Kazama.

—Así es. Soy un gorrón, como en el cuento de Gonpachi[22]. Se supone que los gorrones deben ser fuertes, pero ya ve que no es así. No hay más que verme… En mi versión de la historia, el encuentro con Chōbē no funcionaría. Teóricamente, Gonpachi tiene que derrotar a los hombres malos y por eso Chōbē lo invita, para que sea una especie de escolta. Pero en nuestra versión, en cuanto Gonpachi descubre la situación se esconde temblando a la espalda de Chōbē. Es muy diferente del cuento original. Además, este Gonpachi tampoco tiene una mujer como Komurasaki; nuestro Chōbē, sin embargo… No imaginan cuántas Komurasakis tiene. Creo que vivo en casa de su amante, pero no sé si es la primera, la segunda, la tercera o la cuarta. Y aun así presume de que no se encariña de las mujeres. ¿Quién se lo cree? Si él se considera frío con las mujeres, yo, que no tengo ni una sola Komurasaki… debo ser un témpano de hielo.

El comisario no pudo seguir aguantando y estalló en carcajadas. El inspector también estaba conteniéndose la risa. Solo Murai tenía un gesto distinto: su desconfianza hacia Kosuke había seguido creciendo. El detective sonrió.

—¿He dicho algo divertido? ¿Les parezco gracioso? —Soltó un par de carcajadas y se puso serio—. Bueno, vivo en casa de una de las muchas amantes de Kazama. Un día vino corriendo a verme y me pareció extraño verlo así. Yo no sabía que estaba involucrado en este caso ya que los periódicos no mencionaban su nombre, pero me dijo que no estaba convencido de que las conclusiones de la policía fueran correctas y que quería que yo investigara por mi cuenta. Me lo pidió porque sabía que ese era mi trabajo.

—¿A qué se refiere?

—Detective privado. Ese es mi oficio.

—Acaba de decir que ha estado en el mar interior de Seto. ¿Se refiere a una isla llamada Gokumon-to? —le preguntó el comisario mientras volvía a leer la tarjeta que tenía en la mano.

—Así es. ¿Conoce el caso?

—Sí, claro. Los periódicos de esta zona también informaron de él. Era muy difícil, pero… Vaya, entonces usted es el famoso Kosuke Kindaichi.

El hombre miró a Kosuke con admiración. El inspector y Murai estaban atónitos. Seguramente, la desconfianza de Murai hacia Kosuke se había disipado.

—Sí, soy ese Kosuke Kindaichi —afirmó, riéndose.

—Por eso conoce a esta persona, ¿verdad? —El comisario volvió a mirar la tarjeta—. Disculpe. Estaba contándonos que decidió investigar por su cuenta.

—Así es, porque le debo un favor a mi amigo. No me gusta el código moral de la mafia y no lo hago solo por eso, sino porque desde el principio me llamó la atención este caso. Se trata de un misterio de muerto sin cara. ¿Saben lo que significa eso para un escritor de novelas policiacas? Es un recurso distinto al del «personaje impostor». En el primero, los lectores tienen que intentar descubrir la verdad; en el segundo, en cambio, la verdad debe continuar oculta hasta el final. Si los lectores la descubren antes, el autor habrá fracasado. Los asesinatos en habitaciones cerradas también son diferentes. Los lectores deben hacer un esfuerzo lógico, pero el final no siempre es el mismo porque hay miles de posibilidades. Además, este… —Kosuke no paraba de hablar, pero él mismo se dio cuenta de que se estaba desviando del tema—. ¿De qué estaba hablando? Ah, por eso empecé a investigar el caso. Bueno, y… Ayer conseguí desvelar el misterio. Por eso he venido.

El comisario, perplejo, frunció las cejas al escuchar la palabra «misterio».

—¿Hay un misterio?

—Sí, claro. Uno enorme. Pero no piensen que vengo a presumir porque lo he resuelto antes que la policía. Lo que pasa es que tenía una información muy importante que ustedes desconocían, y gracias a ella pude llegar a esta conclusión. Respecto a eso… —Kosuke se dirigió a Murai— Kazama me ha dicho que le pida disculpas. No se lo contó cuando se reunieron porque no estaba seguro de que la información fuera cierta.

—A ver… ¿De qué información habla? —le preguntó Murai, repentinamente interesado.

—Ahora lo explico. Cuando Daigo Itoshima fue a ver a Kazama, lo amenazó e intentó intimidarlo.

—Eso me contó.

—Sí, ¿verdad? Pero no le explicó lo que Itoshima le dijo. Supongo que estaba nervioso y se le escapó. Le dijo: «Oshige es una mujer terrible, aunque no lo parezca. Huyó de Japón después de matar a su marido en Tokio», o algo así.

Todos contuvieron el aliento.

—¿Oshige tenía antecedentes penales? —le preguntó el comisario, emocionado.

—Así es, aunque al parecer no fue procesada; huyó a China. Kazama me dijo que debió contárselo al oficial Murai, pero como no sabía si era cierto, no lo hizo. Yo tuve esa información desde el principio y esa fue mi ventaja, pues investigué el pasado de Oshige.

—¿Y qué encontró?

—Los testigos no son muy fiables y no puedo asegurar que sea cierto, pero supongo que no hay mucho margen de error. También me basé en una cosa que la misma Oshige comentó a Kazama un día: cuando llegó a Manchuria, empezó la segunda guerra sinojaponesa y se encontró con una situación difícil. Según esa información, si cometió un delito en Japón y huyó del país, debió ser en el primer semestre de 1937. Así que fui al archivo del periódico y encontré esto.

Kosuke sacó una fotografía de la libreta que traía entre la ropa y se la dio al comisario. Era de una joven de diecisiete o dieciocho años, peinada con trenzas y vestida con un kimono sencillo.

Era guapa, aunque no llamativa. Sus facciones no tenían nada especial.

—Esto…

—Me la ha prestado el archivero de la editorial. Aquí tengo la nota que estaba junto a la foto. Escuchen, voy a leerla: «Hanako Matsuda, de dieciocho años, hija mayor de Yonezo Matsuda, carpintero residente en Fukagawa, Tokio. Cuando terminó el instituto empezó a trabajar de camarera en una cafetería y se enamoró de un pintor de familia adinerada llamado Junpei Miyake, de veintitrés años, con quien se casó. La madre de Junpei, Yasuko, no aceptó a su nuera como parte de la familia. El tres de junio de 1937, Hanako intentó envenenar a su suegra y mató a su esposo por error, tras lo cual se dio a la fuga. No ha sido vista después y se cree que se suicidó. La fotografía fue tomada en marzo de 1936, cuando trabajaba en la cafetería».

—Recuerdo ese caso muy bien —dijo el comisario, entusiasmado—. Yo estaba en la comisaría de Kagurazaka y la casa de los Miyake estaba en su distrito. Entonces, señor Kindaichi, ¿dice usted que Oshige es en realidad Hanako Matsuda?

—Así es. He revisado los periódicos hacia atrás desde el primer semestre de 1937 hasta 1936, por si acaso, pero no había ningún otro caso como el que describió Daigo Itoshima. Además, la edad de Hanako coincide con la de Oshige. Le enseñé esta foto a Kazama y a las tres empleadas del Gato Negro.

—¿Y le confirmaron que era Oshige?

—Nadie pudo asegurármelo; una mujer puede cambiar mucho en diez años. Además, Oshige se había esforzado mucho para cambiar de aspecto y personalidad. Ninguno me lo aseguró pero todos dijeron que podría ser ella, con una vestimenta más sencilla y más joven.

Todos guardaron silencio. El ambiente empezaba a cargarse de algo oscuro y cruel, como cuando sube la marea. El comisario sintió el sudor en sus puños apretados y se lo secó con un pañuelo. Iba a decir algo; sonó el teléfono de la mesa y contestó la llamada. Cuando terminó de hablar, se dirigió a Kosuke.

—Era Hasegawa. Dice que viene de camino con Niccho.

En cuanto escuchó eso, Kosuke Kindaichi se levantó rápidamente, guardó la foto y tomó su sombrero.

—En… En… Entonces salgamos —dijo.

El comisario y el inspector lo miraron, sorprendidos. Solo Murai entendió su intención y se levantó, alterado.

—Venga. Vayamos a ver a Daigo y Ayuko; hablaremos con Niccho después. Comisario, dígale a los hombres de guardia que no dejen que Niccho se marche. Deben retenerlo aquí. Vámonos.

El comisario y el inspector se levantaron para seguirlos. Sin ninguna explicación adicional, entendieron que aquel hombre iba a guiarlos hacia un final extraño que no imaginaban. Murai ya había llegado a la puerta.

VIII

En ese momento, Tame, el carpintero, y sus dos aprendices estaban haciendo una fogata en el patio trasero del Gato Negro con los recortes de madera. Después del descubrimiento del cadáver se habían suspendido temporalmente las obras, pero más tarde la policía les dio permiso para reanudar el trabajo. Estaban muy callados, atentos al ruido de la calle y mirando su reloj a cada segundo. Parecían estar esperando a alguien. Además, en el patio había palas y picos, herramientas que no se necesitaban para la obra.

—Ya vienen —dijo Tame en voz baja—. Se oyen pasos.

Los tres hombres se prepararon y se alejaron del fuego.

Los policías que entraron por la puerta trasera del patio del Gato Negro se quedaron desconcertados al ver a los obreros. El oficial Murai echó una mirada inquisitiva a Kosuke.

—Les he pedido que nos ayuden, ya que ellos podían traer las herramientas sin llamar la atención de la gente. Si lo hubiera hecho la policía, se habrían levantado sospechas y rumores. Muy bien. Gracias por esperar. Vámonos —dijo el detective, sonriendo.

Kosuke empezó a trepar el desnivel. Tame y sus aprendices lo siguieron con las palas y los picos. Murai, el inspector y el comisario avanzaron tras ellos. Nadie habló; nadie pidió explicaciones sobre a dónde se dirigían o qué iban a hacer. Pero, teniendo en cuenta las herramientas que llevaban Tame y sus hombres, todos imaginaban que iban a encontrar algo terrible. Estaban emocionados y nerviosos.

Cuando llegaron al bosque del templo, Kosuke miró sobre su hombro.

—Tened cuidado, hay refugios antiaéreos por todas partes. Ayer, el agente… —empezó a explicar. Al ver la mueca de Murai, se rio y no terminó la frase.

Cruzando el bosque llegaron al cementerio del templo Rengue-in. Estaba lleno de lápidas de diferentes tamaños en un estado ruinoso. Después de la guerra, la gente no podía ocuparse de sus muertos y además habían aumentado las tumbas que ya nadie cuidaba. Kosuke los condujo a través del cementerio hasta una lápida vieja a cuyo alrededor se había acumulado la hojarasca de los árboles del bosque.

—Tame, aparta las hojas, por favor —le pidió Kosuke.

Tame removió la hojarasca con la pala y apareció una tierra amarilla que parecía recién movida. El comisario y el inspector contuvieron el aliento.

—Han tapado la tierra removida con las hojas, igual que en el patio del Gato Negro. Por favor, retirad la losa y cavad debajo.

Afortunadamente, la lápida era pequeña y no pesaba demasiado. Debajo también encontraron hojas secas.

—El asesino se relajó y cometió un error. No debió colocar la losa sobre la hojarasca, pues gracias a eso encontré este lugar rápidamente.

Después de quitar todas las hojas, Tame, sus ayudantes y Murai empezaron a cavar. La tierra estaba tan blanda que habrían podido apartarla con las manos. Era obvio que alguien había estado allí recientemente.

—Por favor, hacedlo despacio y con mucho cuidado. Es mejor que no uséis los picos, para no dañar lo que está enterrado.

Tame y uno de sus hombres cavaron con las palas mientras el otro soltaba el pico y empezaba a apartar la tierra con las manos. Murai también dejó la herramienta y optó por usar las manos. Los otros tres contemplaban el hoyo, sudorosos y nerviosos. Kosuke Kindaichi estaba muy serio; se secó el sudor y se puso y quitó el sombrero varias veces.

El hoyo era cada vez más profundo. De repente, el obrero que estaba usando sus manos gritó y retrocedió.

—¿Qué ocurre? —le preguntó el detective, agitado.

—He tocado algo blando y frío…

—Perfecto. —Kosuke se giró para mirar al resto—. Para que no os asustéis, os contaré qué vamos a encontrar. Supongo que ya lo imagináis; efectivamente, se trata de un cadáver. Por favor, continuad.

Los obreros intercambiaron una mirada, pero la curiosidad venció su miedo. Tame y el otro muchacho soltaron las palas y empezaron también a apartar la tierra con las manos. Poco después descubrieron un cuerpo oscuro. El cadáver estaba totalmente desnudo.

—¡Maldición! Le quitaron la ropa para que no fuera fácil identificarlo. Una semana más, y este también hubiera sido un cadáver sin rostro.

—¡Es un hombre! —exclamó el inspector.

Por su tono de la piel y su complexión física, estaba claro que era un hombre. El comisario, sorprendido, apretó los labios y miró a Kosuke.

—Claro que es un hombre. ¿Acaso esperabais otra cosa? —les preguntó Kosuke.

—¿Como qué…? Pensábamos que íbamos a encontrar a Ayuko.

—¿A Ayuko? Pero ¿cómo va a estar muerta esa diablesa? Ya os he dicho que Ayuko está vi… ¡Ah!

Kosuke, que había adivinado lo que iba a encontrar ahí, retrocedió sorprendido al ver la última parte del cadáver desenterrado: la nuca. Todos palidecieron y contuvieron el aliento, y un sudor frío salió de todos los poros de su piel. La cabeza del muerto era como una granada, abierta y madura.

Kosuke Kindaichi sacó su pañuelo y se limpió el sudor.

—¡Espero que el golpe no haya afectado a la cara! Oficial, por favor, ¿podría girarlo para que Tame pueda verlo? Creo que él lo conoce.

—Murai, usa esto —le dijo el comisario, lanzándole sus guantes de piel.

Murai se puso los guantes, agarró los hombros del difunto y levantó su torso. La cara del muerto estaba llena de tierra; el inspector sacó su pañuelo y la limpió con cuidado. Aunque era parte de su trabajo, nadie podría criticar el temblor de su mano mientras lo hacía.

—Por favor, Tame —dijo Kosuke—, míralo bien. No tengas miedo; nos has sido de gran ayuda. Gracias a ti hemos llegado hasta aquí. ¡Venga, dinos quién es!

Naturalmente, en el rostro del muerto había una mueca torcida, pero no estaba tan desfigurado como Kosuke temía ni su estado de descomposición era tan avanzado. Tame miró la cara del muerto. Le castañeteaban los dientes.

—¡Cielos! ¡Pero si es Daigo, el antiguo dueño del Gato Negro!

Los policías, que tras descubrir que era un hombre ya habían imaginado la identidad del cadáver, no estaban tan sorprendidos.

—Daigo también fue asesinado —dijo el comisario, asintiendo con tranquilidad.

—Con razón no hemos conseguido dar con él. Pero ¿cuándo lo asesinaron? —preguntó el inspector.

—La noche del catorce de marzo —contestó Kosuke—. Después de pasar por delante de la caseta de policía, lo trajeron aquí y le asestaron el golpe mortal en la cabeza. Escondieron el cadáver para que la policía creyera que él había sido el autor o el cómplice de la muerte de Oshige. El objetivo era engañar a la policía.

—Lo mató Ayuko, ¿verdad? —preguntó el comisario.

—Así es —confirmó Kosuke.

—¿Y dónde está esa mujer? —replicó el inspector.

—En el tesoro del templo.

El sol empezaba a ocultarse. En los solitarios terrenos del templo, la brisa parecía más fría. Había un edificio en la dirección que había indicado Kosuke: se trataba del tesoro, el lugar donde se guardaban los artículos de valor. Era un edificio independiente para que estuviera a salvo en caso de incendio.

Murai se dirigió allí con paso rápido, y el comisario y el inspector lo siguieron. Kosuke se dirigió a Tame:

—Tame, ¿me acompañas, por favor? Trae ese pico. —A continuación se dirigió a los aprendices—: Vosotros quedaos aquí.

Tame obedeció al detective.

La puerta del tesoro tenía un candado grande.

—Niccho debe tener la llave. Puede que haya otra copia, pero el maestro está enfermo y no quiero molestarlo. Lo romperemos con el pico —dijo Kosuke.

No fue difícil romper el candado. Kosuke Kindaichi agradeció su ayuda a Tame, le pidió que se alejara y se acercó a la puerta. Tenía las manos sudorosas.

—¡Tened cuidado! No la infravaloréis por ser mujer. Es una auténtica diablesa, y está acorralada.

Los policías se prepararon. Kosuke inhaló profundamente y empujó la puerta.

—¡Cuidado! —gritó Murai. Empujó a Kosuke y este perdió el equilibrio y cayó de rodillas. Una bala pasó rozando su cabello enmarañado. Ni siquiera Kosuke había imaginado que la mujer estaría armada. Si Murai no lo hubiera apartado, la bala le habría atravesado la cabeza matándolo en el acto.

—¡Quietos! —gritó una mujer al otro lado de la puerta. Kosuke levantó la mirada desde el suelo. En el interior, oscuro como una cueva, había una mujer de cabello corto vestida con ropa occidental de colores llamativos. El maquillaje no conseguía ocultar la palidez desesperanzada de su rostro, y en sus ojos grandes había ferocidad y furia. Estaba apuntando a Kosuke Kindaichi. Todos se quedaron inmóviles.

—¿Quién eres tú? —le preguntó, histérica, temblando de ira y llena de odio—. No pareces policía. ¿Con qué derecho andas metiendo las narices en mis asuntos? ¿Por qué quieres sacar a la luz algo que estaba escondido en la oscuridad? ¡Todo esto es por tu culpa! Ayer también estuviste husmeando por aquí. Quise largarme, pero ese estúpido de Niccho no me dejó. De no ser por ese idiota, habría escapado hace días. —Apretó los dientes, rabiosa, y sacudió la cabeza con furia, agitando su cabello corto—. Ya no hay nada que hacer, todo ha terminado. Estoy resignada. Pero no moriré sola. ¡Tú, maldito entrometido, morirás conmigo!

—¡No! —gritó el comisario.

Dio un paso adelante, pero Kosuke lo detuvo con una señal de la mano y movió la cabeza con tristeza. La mujer apuntó al comisario.

—¡Levántate! ¿Es que no puedes? —gritó a Kosuke.

El detective se incorporó lentamente. La mujer y él estaban cara a cara. Kosuke Kindaichi ya no tenía energía para pensar, ni siquiera para resistirse. Estaba totalmente deshecho. Apenas podía mantenerse en pie.

Los tres policías gritaban como locos, pero no tenían medio alguno para detener a la mujer. Si se movían, precipitarían la muerte de Kosuke. Ayuko apuntaba el pecho del joven y estaba lista para disparar.

En ese momento, Kosuke Kindaichi creyó que su muerte era inminente. Se resignó y pensó: «Si tengo que morir, que sea rápido».

La mujer soltó una carcajada inhumana y, después de quitar el seguro, puso el dedo en el gatillo.

En ese momento desvió la mirada un segundo, miró más allá de Kosuke y los policías y se desmoronó. Parecía turbada, y segundos después hizo un mohín como una niña a punto de echarse llorar.

—¡Oshige! —gritó un hombre de voz grave y vibrante—. ¡No hagas tonterías!

En ese instante, la mujer se apuntó su propio corazón; se escuchó el estruendo del disparo y cayó. Kosuke se tambaleó, pero dos brazos fuertes lo sujetaron.

—¡Kosuke, no te desmayes!

Era Shunroku Kazama.

Los tres policías echaron a correr hacia la mujer, que agonizaba. El comisario, perplejo, preguntó a Kazama:

—¿Esta mujer es Oshige?

—Por supuesto. ¿Quién si no?

—Pero… Kindaichi nos dijo que íbamos a encontrar a Ayuko.

—Así es, comisario —le contestó el detective con voz melancólica, apoyado en Kazama—. Esa mujer es la *Madame* del Gato Negro, Oshige, y también Ayuko Kuwano, que trabajaba en la Sala de Fiestas Sinojaponesa. Oshige creó ambos personajes.

IX

Al día siguiente, Kosuke Kindaichi estaba con el comisario, el inspector y el oficial Murai en una sala del edificio anexo del hotel Shogetsu. Shunroku Kazama estaba acompañado de una mujer encantadora (una de sus incontables amantes) que atendía a los invitados. En teoría, Kosuke debería haber ido a comisaría para explicar el caso, pero el día anterior se había visto sometido a tanta tensión que no estaba en condiciones de salir a la calle. Kazama, que estaba preocupado por él, pidió a los policías que la reunión se celebrara en su hotel.

—¡Qué vergüenza…!

El detective, avergonzado, se pasó la mano por el pelo. Estaba muy pálido y su sonrisa no tenía la fuerza de siempre.

—No te preocupes, es normal. Después de ver la muerte tan cerca, cualquiera estaría así. ¡Menos mal que no te pasó nada! —dijo el comisario para consolarlo.

—Nosotros también nos pusimos nerviosos —añadió el inspector.

—Si Kazama hubiera llegado un poco más tarde, quién sabe qué habría pasado.

Murai se estremeció, imaginando la escena.

—Sí… Esa mujer estaba enamorada de Kazama; por eso cambió de actitud al verlo. No he podido quitarme su cara de la mente en toda la noche. Era una mujer malvada, pero cuando recuerdo esa escena, me da pena. ¡Oye, Don Juan! No te hagas el inocente solo porque Osetsu esté presente.

—No digas eso, Kosuke. Aunque, bueno, supongo que si tienes ganas de bromear es que te estás recuperando. ¡Menos mal! Te has pasado la noche delirando y estábamos muy preocupados, ¿verdad, Osetsu?

Con sus gruesos brazos cruzados, Kazama se giró hacia la mujer que estaba a su lado. Ella asintió con una sonrisa.

—Gracias por cuidar de mí, Osetsu. Muchas gracias.

Osetsu sonrió amablemente. Recogió las jarras vacías de sake y se levantó.

—Cariño, llámame si necesitáis algo —le dijo a Kazama, y se marchó.

—Es una gran mujer, Kazama —le dijo Kosuke—. Deja de andar con unas y otras y quédate con ella.

Kazama se rio con amargura.

—¡Qué cosas dices! Bueno, nos están esperando. Empieza, Kosuke.

El detective asintió. Dio un sorbo a su cerveza, que ya estaba tibia y sin gas, se puso cómodo y empezó su relato.

—Dejad que comience la historia de un modo un tanto extraño. ¿Sabéis que existe un recurso

literario llamado «el misterio del muerto sin cara»? Lo descubrí hace poco gracias a un amigo de Okayama. Él me lo explicó de la siguiente manera: A quiere matar a B. Si lo hace se convertirá en el único sospechoso, pues todo el mundo sabe que tiene motivos para el asesinato. Por eso, cuando A asesina a B, hace que su rostro sea irreconocible y lo disfraza para que parezca el propio A. Entonces todos piensan que B asesinó a A y desapareció, y gracias a eso A puede vivir tranquilamente, aunque con otra identidad porque se supone que ha muerto. El caso del Gato Negro es así, al menos en apariencia, pero hay una diferencia fundamental. En el ejemplo citado, el objetivo del crimen es la muerte de B, pero Oshige no tenía nada contra su primera víctima. La mató solo para utilizar su cuerpo, ya que su único y verdadero objetivo era asesinar a su marido, Daigo Itoshima. Este punto es el que marca la gran diferencia con las novelas que suelen utilizar este recurso. Por eso, cuando descubrí sus verdaderas intenciones, Oshige se derrumbó. —Kosuke tomó otro trago para suavizarse la garganta y reanudó su relato—: Cuando Kazama me contó el pasado de Oshige, se me ocurrió cuáles podrían ser sus verdaderos motivos, y cuando encontré el artículo de 1937 sobre Hanako Matsuda lo confirmé. Hanako Matsuda envenenó a su marido por error y se marchó a China. Cambió de nombre y seguramente ocultaba su identidad. No sé cómo sucedió, pero Daigo Itoshima descubrió su pasado y la amenazó para casarse con ella. Es posible que Daigo la amara o que quisiera explotar su belleza, pero en una pareja así no puede existir verdadero amor. Aunque Oshige lo odiaba, no podía separarse de él por miedo a que divulgara su secreto. Supongo que no pensaba regresar a Japón, pero tras la derrota se vio obligada a ello. Era inevitable. En ese momento pensó: «Tengo que regresar al país donde me buscan por asesinato con un hombre al que odio. Al menos me gustaría librarme de uno de los dos». Y optó por huir de Daigo, quien conocía el gran secreto de su pasado. Despistó a su esposo y regresó sola a Japón. Sabía que debía mantenerse alejada de Tokio, pero no consiguió adaptarse a otro lugar. Supongo que se sentía tranquila al pensar que habían pasado diez años, y que sus facciones habían cambiado bastante. Para asegurarse, se peinaba y vestía al modo tradicional, muy diferente del estilo que utilizaba de joven. Gracias a eso, llamó la atención de Kazama y se convirtió en su amante. Por fin vivía segura y tranquila, en todos los sentidos, y puede que por primera vez se hubiera enamorado. Estaba en el mejor momento de su vida, y entonces apareció Daigo Itoshima. Debió sentirse furiosa. No podía regresar a su antigua vida después de conocer a Kazama. En ese momento, Oshige comprendió que jamás conseguiría ser feliz si no mataba a su marido. Este, al reclamar a su mujer, firmó su sentencia de muerte.

Nadie dijo nada. El comisario asentía con la cabeza a cada frase que decía Kosuke. Como ni Daigo ni Oshige estaban ya en este mundo las palabras de Kindaichi no eran más que una suposición, pero todos los reunidos parecían estar de acuerdo. Era totalmente creíble.

—No, gracias; está mejor así, con poco gas —dijo a Kazama, que intentaba servirle más cerveza. Dio un trago y continuó—: Recordemos ahora lo que sabemos del caso. La madrugada del veinte de marzo encontraron el cadáver descompuesto de una mujer en el patio trasero del bar Gato Negro. Tras la investigación, se supuso que la víctima era Ayuko Kuwano, a la que Oshige había asesinado con la complicidad de Daigo. Kazama recibió una llamada de Okimi y más tarde recibió una visita de Murai. Lo sucedido no le sorprendió demasiado porque conocía el carácter de Oshige. Sin embargo, el crimen cambió por completo el veintiséis de marzo: Oshige había sido asesinada y la homicida era Ayuko. Cuando Kazama leyó eso en el periódico, tuvo un mal presentimiento. En ese momento no supo qué le causaba esa sensación, pero tampoco quiso

quedarse de brazos cruzados y vino a hablar conmigo. No sabía cómo expresar lo que le causaba tal incomodidad, pero hablando con él descubrí lo siguiente: si al principio habían creído que el cadáver era de Ayuko y ahora de Oshige, eso significaba que no había nada en el cuerpo para identificarlo. Y, considerando la naturaleza de Oshige, la víctima debía ser Ayuko. Esa fue la deducción de Kazama, y basándome en ella llegué a una hipótesis: Oshige había manipulado el cadáver de Ayuko para que pareciera el suyo. Ahora hay que pensar por qué lo hizo. Para ello me sirvió su pasado. Quería desaparecer, así que necesitaba un cadáver. Así se explicaría la mujer encerrada en el dormitorio del Gato Negro. En ese momento, la policía consideró que era Ayuko haciéndose pasar por Oshige, pero eso no tenía sentido. Un par de días habría sido posible, pero dos semanas era demasiado tiempo. Ningún asesino se atrevería a vivir durante tanto tiempo en el lugar del crimen haciéndose pasar por su víctima. Sin embargo, tiene sentido pensar que Oshige no mostraba su cara por una razón: levantar sospechas sobre la mujer recluida. ¿Había algo que impidiera pensar que esa mujer era Oshige? Sí, la declaración del joven Niccho. Pero este tema lo abordaremos después porque es un poco complicado. Sigamos con mi hipótesis: Oshige asesinó a Ayuko con la ayuda de Daigo. Aquí surge una duda. ¿Por qué no limpiaron las manchas de sangre? Las taparon con la alfombra y unas hojas de periódico. De este modo, el siguiente propietario las descubriría tarde o temprano. Entonces, ¿por qué dejarlas? No hubiera sido difícil eliminarlas: podrían haber cambiado el tatami y el panel manchado del armario empotrado y haberlo quemado todo. ¿Por qué no lo hicieron? Recordemos que el objetivo de Oshige era que la gente creyera que estaba muerta, y para ello tenían que quedar indicios del homicidio. Ahora, veámoslo desde el punto de vista de Daigo. Si Oshige hubiera matado a Ayuko y él la hubiese ayudado a enterrar el cadáver, ¿habría dejado esas manchas? Creo que no. Entonces, ¿Daigo sabía que la intención de Oshige era reemplazar a Ayuko? Estoy convencido de que eso habría sido imposible. Daigo jamás participaría en ese plan, ya que él se convertiría en el principal sospechoso. Resumiendo: llegué a la conclusión de que Oshige había planeado el crimen sola, sin que Daigo supiera nada. Pero seguimos teniendo el problema de las manchas de sangre. Es imposible que no las viera, porque cambiaron de lugar el tatami sucio y para eso tuvieron que mover el mueble, pero Oshige no hubiera podido sola. Daigo la ayudó. Intenté imaginar qué habría pensado Daigo al ver la sangre, y entonces recordé el gato negro degollado.

—¡Ah! —exclamaron los policías, asombrados.

—Ahora lo entiendo: Oshige hizo creer a Daigo que la sangre era del gato —dijo el comisario casi sin respiración—. Por eso lo mató.

—Exacto, así es. —Kosuke se revolvió el cabello enmarañado—. Vosotros pensabais que mataron al gato porque tuvo la mala suerte de estar en el lugar del asesinato, pero esa es sin duda la opinión de alguien que no conoce la naturaleza felina. En este mundo no hay un animal más difícil de matar que un gato. Tengo un amigo del instituto muy salvaje que se divertía matando perros, gatos y cualquier otro animal para comérselos en *sukiyaki*. No os preocupéis, no es Kazama. Bien. Según decía, los gatos eran los más resistentes. Los perros morían fácilmente, de un golpe, pero los gatos no. Después de varios golpes, se acercaba al animal pensando que ya había muerto y este abría los ojos y maullaba. No creo que resulte fácil matar a un gato por error. Además, si examináis la herida del cuello descubriréis que lo degolló a propósito. El oficial Murai pensó que lo habían matado porque el gato había sido testigo del crimen y les daba miedo. Yo también pensé en esa posibilidad, pero lo cierto es que esas cosas solo suceden en las novelas

de Edgar Allan Poe. Como yo creí desde el principio que la asesinada no era Oshige, el gato muerto era un gran misterio. Pero encontré la pieza que faltaba en mi hipótesis: Oshige cometió el asesinato y más tarde mató al gato para justificar la sangre delante de su marido. Supongo que le dijo que lo había matado sin querer porque el animal la mordió o arañó de repente. Daigo debió sorprenderse, pero como la conocía tampoco le pareció algo inconcebible. A continuación, Oshige pidió a su marido que cavara un hoyo en el patio y le ordenó que consiguiera otro gato negro, todo ello para que su actitud resultara sospechosa. La mujer debió decirle algo así: «Por favor, no le digas a nadie que maté a mi gato en un arrebato, no quiero que piensen que estoy loca. Búscame un gato parecido y no le digas a nadie que es uno distinto».

—Uhm… Muy bien, con eso queda explicada la conducta sospechosa de Daigo —dijo el comisario—. Lo hizo todo sin saber que su esposa estaba manejándolo como a un títere. El pobre ni siquiera sabía que aquellos eran los preparativos de su propia muerte.

—Exacto —dijo Kosuke—. Esa es la prueba de la crueldad y la inhumanidad de la asesina. Sigamos. Oshige se puso maquillaje de mala calidad para que le salieran granos y se encerró en su cuarto. Como le había ocurrido antes, sabía qué producto debía usar. Daigo no sospechó nada. Oshige le propuso traspasar el bar y mudarse a otra parte. No sé cómo lo convenció, pero Daigo no se opuso porque el negocio funcionaba gracias a ella. Cambiemos ahora de enfoque; hablemos de Ayuko. Desde el principio tuve dudas de su existencia. Como os he dicho, Oshige quería matar a Daigo, pero este no tenía ninguna razón para matar a su esposa, pues siempre había vivido de ella. Era su parásito. Para él, matar a Oshige sería como matar a la gallina de los huevos de oro. Sin embargo, Daigo tenía un motivo para asesinar a su esposa: Ayuko. Me llamó la atención que esa mujer hubiera aparecido de repente; realicé unas pesquisas, pero había muy poca información sobre ella. Trabajó en la Sala de Fiestas Sinojaponesa entre mayo y junio del año pasado. Cuando se marchó, nadie volvió a saber de ella. Sin embargo, a principios de año se encontró con una antigua compañera de trabajo, después la vio Okimi, y a continuación apareció muerta. Me parecía sospechoso. Pero es cierto que existió una mujer llamada Ayuko; también que fue al teatro con Daigo y que entraron juntos en una casa de citas. Pero… Cuando escuché esa historia me surgió una duda. ¿Un hombre como Daigo Itoshima, que dependía tanto de su esposa, se atrevería a tener una amante? Además, estaba verdaderamente enamorado de Oshige, o eso aseguran sus empleadas. Por supuesto, el amor es un asunto muy complejo: Daigo podía estar enamorado y tener una amante. Por otro lado, me pareció extraño que Oshige se pusiera celosa de aquella mujer. ¿Sería cierto? Según la imagen de la pareja que había construido en mi mente, ella debería haber sentido indiferencia ante la amante de su marido. Sin embargo, Oshige se puso celosa y manifestó sus sentimientos abiertamente delante de las empleadas. Eso también me hizo dudar. ¿No lo haría con alguna intención oculta? Cuando se me ocurrió esa idea, pregunté a las tres empleadas los detalles sobre el comportamiento de Oshige y descubrí lo siguiente: primero, que empezó a dar muestras de celos a principios de año; segundo, que Oshige jamás mencionó el nombre de la mujer, siempre decía «ella» o «esa mujer»; tercero, que cuando perdía los nervios Daigo solía mostrarse apático. Cuando uní esos tres puntos, estuve seguro de que Oshige tenía una intención oculta. Sin embargo, en ese momento no me imaginaba que estaba planeando este gigantesco engaño. Descubrí su mentira gracias a los diarios de dos personas.

Kosuke Kindaichi tomó un trago de su cerveza tibia y continuó:

—Esas dos personas son Kazama y Okimi. No me sorprendió saber que Kazama escribía un diario, pero sí que Okimi lo hiciera. Tuvimos mucha suerte porque Okimi escribe todos los días desde hace al menos un año, y fue su diario el que me ayudó a esclarecer este extraño misterio. Ella ha sido quien más ha contribuido a la resolución de este caso. Escuchad: el bar cerraba dos o tres días al mes. Según el diario de Okimi, hasta el año pasado Oshige no veía a Kazama todos los días de descanso; se veían un día al mes y el resto salía con Daigo o hacía cualquier otra cosa. Este año empezó a ver a su amante con mayor frecuencia. Sin embargo, según el diario de Kazama, la frecuencia con la que veía a Oshige seguía siendo la misma: una vez al mes. Entonces, ¿qué hacía Oshige los días que no veía a Kazama? Otra cosa extraña era que, según las empleadas, Daigo salía siempre después de que la *Madame* se marchara. Eso no era exacto, pues algunos días se quedaba en casa, precisamente los días que Oshige se citaba de verdad con Kazama. Fui a hablar con la bailarina que había visto a Ayuko en el teatro y le pedí que intentara recordar la fecha. De este modo, confirmé que fue uno de los días en los que no se sabía qué hacía Oshige. Lo mismo ocurrió el día que Okimi siguió a Daigo y a Ayuko. Cuando me di cuenta de esto, tuve un momento de lucidez y comprendí que Oshige y Ayuko eran la misma persona. Todavía no tenía la certeza, pero llegué a esa conclusión y no encontré nada que la desmontara. La única persona que había visto a ambas mujeres era Okimi, pero solo vio a Ayuko un instante y de lejos. No creo que fuera difícil engañar a Okimi porque Oshige siempre llevaba kimonos de diseño sobrio y peinados tradicionales. En cambio, Ayuko tenía el pelo corto e iba muy maquillada. Con ese cambio de apariencia, fue fácil confundir a la muchacha. Aparte de ella, nadie más conocía a ambas mujeres; los que conocían a Oshige no conocían a Ayuko, y viceversa. Además, fue Oshige quien dijo que Daigo la había conocido en el viaje de vuelta a Japón, y no hay más prueba que su palabra de que fuera verdad. Por tanto, Ayuko era una personalidad falsa empleada por Oshige. Esta idea me hizo atar cabos. Para dar un motivo a Daigo para asesinarla, inventó una falsa amante. No podía creérmelo, parecía increíble, pero era muy fácil confirmarlo: enseñé la fotografía de Hanako Matsuda a los trabajadores de la sala de fiestas y me confirmaron que era Ayuko, aunque con un aspecto muy diferente. Por otro lado, ya había confirmado que la mujer de la foto podía ser Oshige de joven. De este modo comprobé que las dos eran la misma persona.

Kosuke Kindaichi tomó otro trago y se quedó mirando el vaso. Todos se quedaron callados. Un silencio pesado cayó en la habitación. Entonces el comisario y el inspector hablaron casi al mismo tiempo:

—Pero ¿cómo consiguió Oshige que Daigo participara en su falsa?

—¿Oshige planeó todo esto en mayo del año pasado?

—Creo que sí —dijo Kosuke—. Contestaré primero a la pregunta del comisario: para Oshige fue lo más sencillo del mundo. Solo tuvo que decir a su marido: «Oye, cariño, últimamente hemos caído en la rutina, ¿verdad? ¿Por qué no salimos a escondidas? Será emocionante. Necesitamos un cambio, ¿no te parece?». Daigo estaba acostumbrado a los caprichos de su mujer y quizá le gustó la propuesta.

—Comprendo —dijo el comisario, negando con la cabeza.

—Me gustaría mencionar otro detalle. Creo que Daigo empezó a verse con Oshige mucho antes de ir a hablar con Kazama. Puede que no tuviera un plan concreto, pero seguramente decidió asesinar a su marido en cuanto se reencontró con él y por eso tomó actitudes que podrían

servirle como preparativos para sus planes. Cuando Daigo apareció, debió decirle: «Ahora soy la amante de un hombre peligroso, de un mafioso. Si descubre que he vuelto a verte, no sé qué nos haría. Por favor, no vengas a mi casa. Iré yo a verte». Y lo hizo disfrazada, para que ni Kazama ni sus hombres se dieran cuenta de que era ella. Así nació Ayuko Kuwano. Además, le dijo: «No podemos seguir así; algún día nos descubrirá y me echará de aquí. Daré clases de baile por si algún día tengo que ganarme así la vida». Supongo que presentía que Kazama se había aburrido de ella, y como este hombre tiene quinientas amantes…

—¡No digas tonterías! —lo interrumpió Kazama, con el ceño fruncido y ligeramente ruborizado. Kosuke inclinó la cabeza y se limpió el sudor.

—¿Te parecen pocas? Lo siento, lo siento. De todas formas, es verdad que Kazama ya no veía a Oshige con tanta frecuencia, y por eso ella llevaba una doble vida. Entonces se enteró de la existencia de Chiyoko Ono, a quien Daigo había conocido en el barco. Aunque ya estaban en Japón, Daigo seguía ayudándola; no lo hacía con buena fe sino para ganarse su confianza y venderla más tarde a un prostíbulo. Y a Oshige se le ocurrió utilizarla. El plan que tenía en mente era más sencillo: asesinaría a Daigo y culparía a Chiyoko Ono. Con esa idea intentó hacer creer a sus compañeras de la sala de fiestas que su nombre real era Chiyoko Ono, de ahí la maleta con las iniciales C. O. La bailarina que me habló de ella me la describió grande, de colores vivos y diseño femenino. Según otra fuente de información, Chiyoko Ono viajó sola desde Manchuria disfrazada de hombre y con la cara tiznada, así que no hubiera llevado ese tipo de maleta. Por eso, antes de saber que Oshige era Ayuko, ya estaba seguro de que Ayuko no era Chiyoko Ono. Ahora bien, Oshige preparó su plan pero no se atrevió a llevarlo a cabo. Para una mujer, matar a un hombre no es sencillo. Puso su plan en barbecho y esperó el momento adecuado para ejecutarlo. Y finalmente apareció la persona indicada: el joven Niccho.

Kosuke Kindaichi hizo una pausa y se sacudió como si estuviera quitándose un bicho de la espalda. Los demás suspiraron con gesto fúnebre. Kosuke continuó su exposición:

—¿Sabéis que los cristales de las puertas del dormitorio del Gato Negro estaban tapados con papel? No lo hicieron recientemente sino el año pasado, poco después de que los Itoshima se mudaran. Okimi me contó la razón: «Es que Niccho solía espiar la casa desde el terraplén. Está un poco trastornado de la cabeza». Oshige se aprovechó de eso y se acercó a Niccho con el fin de convertirlo en su cómplice. Como he dicho, confirmé mi hipótesis poco a poco. En cierto momento pensé que Niccho estaba mintiendo. Sopesé la posibilidad de que Oshige también lo hubiera engañado a él, pero su declaración era demasiado favorable al plan de la mujer. La policía creyó que Niccho había modificado su primera declaración porque Tame puso en evidencia sus contradicciones, pero en realidad no fue por eso: tenía pensado ampliar su declaración desde el principio. Además, está la cuestión de la fecha en la que desenterró el cadáver. Podría haberlo hecho el catorce o el quince de marzo, ya que el Gato Negro estaba desocupado, pero el cadáver no estaría en tan mal estado y quizá hubieran podido identificarlo. No obstante, estoy seguro de que el cadáver no estaba enterrado allí. Hasta el día veinte, en ese patio solo estuvo enterrado el gato negro. Entonces, ¿dónde estaba el cadáver? En el cementerio, donde estaba enterrado Daigo. Y el veinte, cuando el cuerpo llegó al estado de descomposición que querían, Niccho lo desenterró y se lo llevó al patio del Gato Negro. Por tanto, cuando el oficial Hasegawa encontró a Niccho, no estaba desenterrando sino enterrando el cadáver. Sabía que el policía pasaba por allí a esa hora y simuló que acababa de descubrirlo.

Todos suspiraron de nuevo. El ambiente estaba cada vez más cargado.

—Me he adelantado un poco. Tras encontrar al cómplice ideal, Oshige sacó del armario su plan. Había pasado seis meses refinándolo y era mucho más complejo. Había decidido fingir su propia muerte a manos de su marido y, por otra parte, asesinar a su esposo y esconder el cadáver. Así conseguiría sus dos objetivos. Y, como necesitaba un cadáver para Ayuko, decidió utilizar el de Chiyoko Ono. Daigo la había vendido, pero Oshige sabía dónde estaba. La pobre desgraciada había ocultado su nombre en el prostíbulo por vergüenza; aunque desapareciera, nadie buscaría a Chiyoko Ono. Lo importante es que, como he dicho, Oshige nunca mencionaba el nombre de la mujer de la que estaba celosa. Siempre decía «ella» o «esa mujer»; Daigo creía que se refería a Chiyoko Ono y las empleadas del bar pensaban en Ayuko. Eso era lo que la *Madame* pretendía. Qué inteligente, ¿verdad?

Kosuke descansó un segundo, pero en seguida continuó:

—Como ya he hablado mucho, de aquí en adelante lo resumiré. El pasado veintiocho de febrero, mientras Daigo Itoshima estaba en el mercado, Oshige llamó a la pobre Chiyoko Ono y la mató. No sé si lo hizo ella misma o si fue Niccho, pero en el fondo da igual; a continuación, Niccho se llevó el cadáver al cementerio y lo enterró. Mientras tanto, Oshige mató al gato y se inventó una historia para contársela a su marido. Además, dejó el paraguas en el estante para que lo viera Okimi, se puso el maquillaje de mala calidad para que le salieran granos y se encerró en su cuarto. Ese fue el primer asesinato; lo espeluznante es que, para Oshige, no fue más que una parte de los preparativos necesarios para el segundo homicidio. Este se llevó a cabo la noche del catorce de marzo. Tras desocupar el Gato Negro, los Itoshima pasaron por delante de la caseta de la policía y se dirigieron al templo Rengue-in. No sé con qué pretexto lo llevó allí, pero ya sabemos que a Oshige se le daba bien convencer a la gente. Daigo fue asesinado allí, pero creo que de eso se encargó Niccho. Lo enterraron y Oshige se escondió en el edificio del tesoro para esperar a que se calmaran las aguas. Era un buen lugar para ocultarse, pues la gente creía que se había marchado de Tokio. Así comenzó la extraña convivencia de Oshige y Niccho. Sin embargo, a Oshige le fallaron los cálculos: Niccho no era tan tonto como ella pensaba. Había aprovechado su excentricidad para no levantar sospechas, pero esa misma rareza se convirtió en un obstáculo para concluir su plan. Niccho había conseguido ser el amante de la *Madame*, pero no se fiaba de ella. Por eso, siempre que salía la dejaba encerrada, y eso la llevó a la ruina.

Kosuke Kindaichi había terminado su relato. Todos estaban en silencio, abstraídos. Ninguno quería ser el primero en hablar.

—¿Qué iba a hacer Oshige con Niccho? —preguntó Murai en voz baja después de un rato.

Kosuke intentó contestar a su pregunta con indiferencia, pero no pudo evitar que le temblara la voz.

—No podía dejarlo vivir. Cuando el caso se cerrara tal como ella había planeado, habríamos encontrado el cadáver del bonzo. Hasta entonces no podría comenzar su nueva vida. —El detective se dirigió al comisario—: A propósito, ¿qué ha pasado con Niccho?

El hombre negó con la cabeza, resignado.

—No está bien. Ayer, cuando llegó a comisaría, se dio cuenta de que era una trampa y reaccionó violentamente. Cuando los policías intentaron detenerlo, tuvo otro ataque… Aunque ha recuperado la consciencia, dicen que difícilmente recuperará la cordura.

Suspiraron y se quedaron en silencio. Kazama intentó aligerar el ambiente y dio unas

palmadas para llamar a Osetsu.

—Bueno, este caso tan siniestro ya me ha deprimido lo suficiente. Vamos a deshacernos de las malas vibraciones. ¡Brindemos!

EPÍLOGO

Para terminar con este caso tan cruel voy a citar otra carta de Kosuke Kindaichi.

Querido Y:

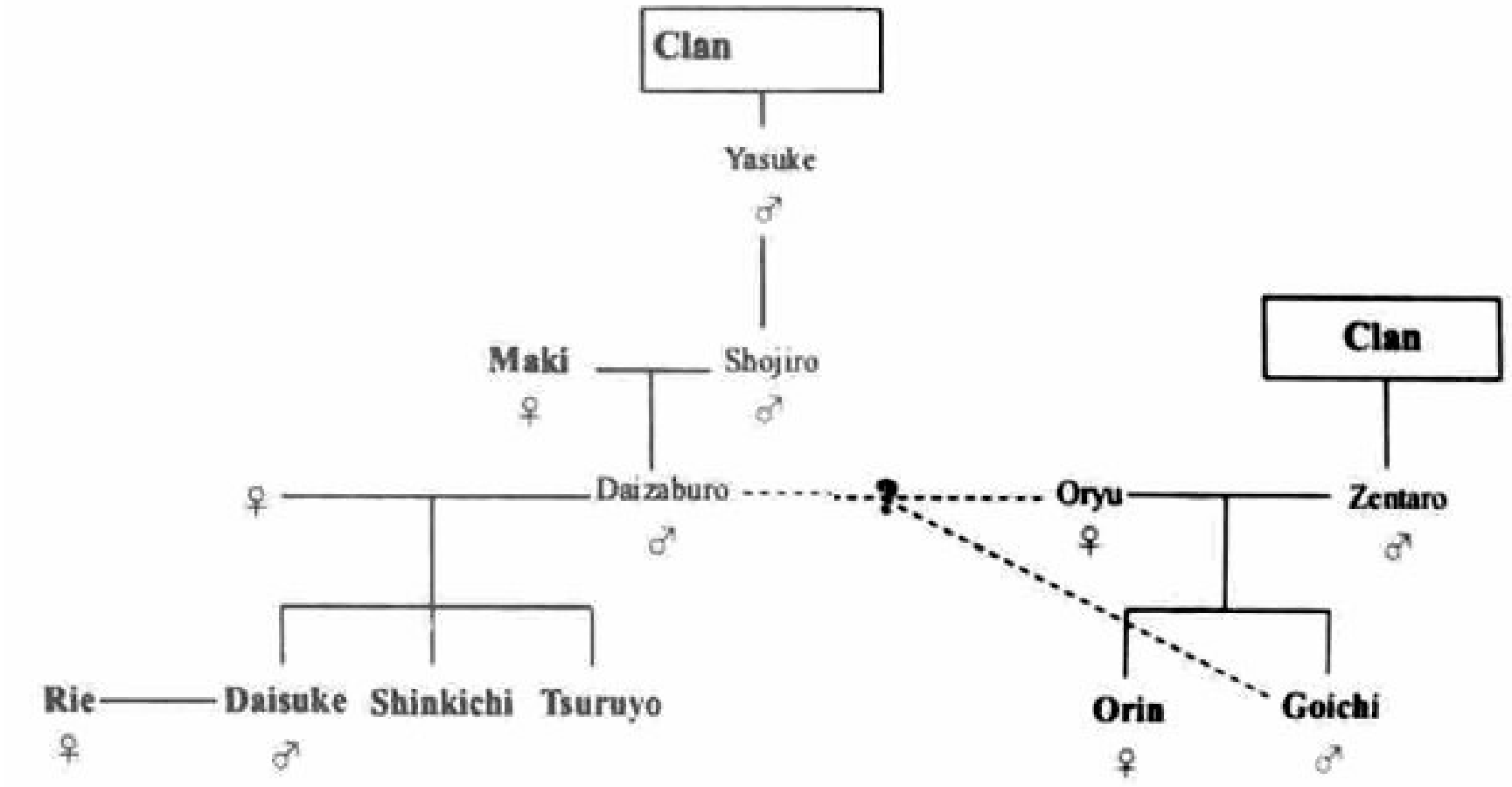
Al final, este caso no se apartaba demasiado de las reglas del «misterio del muerto sin cara», como tú lo llamas. Sin embargo, en combinación con el recurso del «personaje impostor», ganó complejidad. Un día me dijiste que la verdad debía permanecer oculta hasta el final; que, si los lectores la descubrían antes, sería un fracaso del autor. Ahora sé que eso es cierto también en la vida real. Cuando se descubrió que había fingido ser Ayuko, a Oshige se le vino abajo toda la estructura de su plan. Amigo mío, ¿conseguiste adivinar que se trataba del truco del impostor?

Lo cierto es que no lo adiviné. ¿Y vosotros?

POR QUÉ RECHINÓ LA POLEA DEL POZO

PERSONAJES

Daizaburo Honiden: Padre de los hermanos Honiden y de Goichi Akizuki.
Tsuruyo Honiden: Hija pequeña y la principal cronista de este caso.
Shinkichi Honiden: Hijo mediano que está internado en un sanatorio.
Daisuke Honiden: Hijo mayor. Quedó ciego en la guerra.
Rie Honiden: Esposa de Daisuke.
Maki Honiden: Abuela de los hermanos Honiden.
Orin (Rin Akizuki): Hija mayor de la familia Akizuki.
Goichi Akizuki: Supuesto hijo de los Akizuki que nació con la misma peculiaridad en los ojos que Daizaburo Honiden.
Uichiro Ono: La persona que reclamó el biombo.
Shoji Ono: Miembro de la familia Ono. Se escapó de la cárcel.
Shikazo: Sirviente de la familia Honiden.
Osugi: Sirvienta de la familia Honiden.
Kosuke Kindaichi: El detective privado.


Clan
Yasuke
♂
Maki
♀
Shojiro
♂
Clan
♀
Daizaburo
♂
?
Oryu
♀
Zentaro
♂
Rie
♀
Daisuke
♂
Shinkichi
Tsuruyo
Orin
♀
Goichi
♂

LA LEYENDA DE KUZU-NO-HA

También conocida como *La leyenda de la mujer de Shinoda*, se originó en el bosque de Shinoda, ubicado en la actual ciudad de Izumi, perteneciente a la prefectura de Osaka.

Cuenta la historia que, en el siglo X, un joven noble llamado Abe-no-Yasuna volvía del santuario del monte Shinoda cuando se encontró con una zorra que estaba siendo perseguida por un grupo de cazadores. Discutió con los cazadores para proteger al animal y estos lo hirieron. En ese momento apareció una hermosa mujer, Kuzu-no-ha, que lo acompañó a su casa y se quedó con él para curar sus heridas. Se enamoraron, se casaron y tuvieron un hijo. Cinco años después, Yasuna descubrió que Kuzu-no-ha era la zorra a la que había salvado la vida, transformada en humana gracias a la fuerza divina. Cuando su identidad se descubrió, Kuzu-no-ha tuvo que despedirse de su familia y regresar a su lugar de origen: el bosque.

La leyenda dice que aquel niño, que se llamaba Abeno-Seimei y era mitad humano y mitad zorro, se convirtió en un famoso *onmyōji* o hechicero.

Existen varias obras de teatro *ningyō-jyōruri*[23] y kabuki y algunos cuentos inspirados en esta leyenda.

UNA NOTA SOBRE EL CLAN HONIDEN
Dos hombres idénticos:
Daisuke Honiden y Goichi Akizuki

El cementerio de la familia Honiden está en un cerro rodeado de una reja pintada de negro. A pesar de sus más de trescientos metros cuadrados, siempre está impecablemente limpio. Allí están las lápidas de piedra de los miembros del clan. Puede que sea irrespetuoso, pero ese conjunto de lápidas monumentales siempre me hace imaginar a los difuntos vestidos formal y anticuadamente y discutiendo con amargura los acontecimientos en los que se vieron involucrados sus descendientes. Quizá por eso, imagino que la tumba más reciente está cabizbaja y apenada, como si fuera una persona.

En esa tumba descansa Daizaburo Honiden, que falleció el veinte de marzo de 1933. Veinte años antes había sembrado en la familia la semilla del crimen. Por tanto, antes de comenzar mi relato de este caso horrendo, os hablaré del clan Honiden y de su relación con Daizaburo.

El clan Honiden era una de las tres familias poderosas que se turnaban en el gobierno de la localidad en la época del sogunato Tokugawa. Cuando finalizó la era feudal y cambió el sistema social, las otras dos familias (los Ono y los Akizuki) cayeron en decadencia, pero los Honiden prosperaron. En esto influyeron muchos factores, pero en resumen podemos decir que en dicha familia nacieron hombres extraordinarios generación tras generación.

El más destacado fue Yasuke, el cabeza de familia a quien le tocó vivir la época de la Restauración Meiji. Según cuenta la gente, este hombre aprovechó las revueltas sociales para comprar a precio de ganga gran parte de los terrenos del antiguo señor feudal.

Le sucedió su hijo Shojiro, un hombre conservador y cauto que cuidó el patrimonio y lo hizo crecer. Prestaba dinero con intereses muy altos y, si alguien se retrasaba en el pago de la deuda, siempre ejecutaba los avales, ya fueran casas o terrenos.

Según se dice, los Ono y los Akizuki empobrecieron no solo porque sus patriarcas fueran ineficientes, sino porque el altísimo interés que cobraba Shojiro arruinó sus patrimonios. Cuando su hijo, Daizaburo Honiden, asumió las riendas de la familia en 1912, la mayoría de los terrenos y propiedades de las otras dos familias eran ya de los Honiden.

En 1914, cuando tenía veintiocho años, su padre falleció y Daizaburo heredó oficialmente las propiedades de la familia. Estaba casado pero todavía no tenía hijos. Si consideramos que el clan Honiden había prosperado con su abuelo Yasuke, Daizaburo era la tercera generación. Su carácter era magnánimo y generoso, adecuado para la tercera generación de una familia ilustre. También le gustaban las fiestas y era mecenas de muchos artistas. Sin embargo, tenía los genes

de su abuelo y no gastaba en exceso. Sabía cuidar de la fortuna de la familia.

La familia Ono se marchó a Kobe. En cuanto a los Akizuki, todavía conservaban cierto nivel.

En aquella época, el patriarca de la familia Akizuki se llamaba Zentaro. Era siete años mayor que Daizaburo Honiden y totalmente incapaz de ganarse la vida, como suele ocurrir con los descendientes de las familias en decadencia. Se consideraba poeta y escribía haikus. Cuando necesitaba dinero, pintaba o dibujaba y llevaba sus obras a Daizaburo, que se las compraba por caridad. Zentaro lo adulaba hipócritamente cuando lo veía, pero regresaba a casa de mal humor y se desahogaba con su esposa Oryu hablando mal de Daizaburo. Oryu detestaba ver así a su marido.

La esposa de Zentaro era una mujer reservada y guapa. Daba clases de costura, para la ceremonia del té y de arreglos florales a las muchachas del pueblo, y así mantenía a la familia. La gente la apreciaba y lamentaba sus circunstancias. Eso irritaba a Zentaro.

«Mi esposa no está contenta conmigo. Seguramente me desprecia», pensaba. A menudo se le subía la sangre a la cabeza y la maltrataba. Más de una vez la sacó a la calle arrastrándola del pelo. Oryu nunca protestaba ni levantaba la voz, y esto enfadaba aún más a Zentaro.

Tenían una hija llamada Orin que era fea y de carácter sombrío.

En 1917, cuando Orin tenía seis años, Zentaro sufrió una apoplejía y se quedó con la mitad del cuerpo paralizada. La familia, que apenas conseguía sobrevivir, se sumió en la pobreza más extrema y el destino del clan cayó sobre los frágiles hombros de Oryu.

Por compasión, Daizaburo empezó a visitar a Zentaro con frecuencia y siempre que iba a su casa le dejaba algo de dinero. Zentaro lo recibía con halagos y lo insultaba por la espalda, aunque nunca rechazó el dinero.

Al año siguiente, la esposa de Daizaburo y Oryu se quedaron embarazadas casi al mismo tiempo y tuvieron varones con un mes de diferencia. El primero en nacer fue el hijo de los Akizuki. Una semana después, el lisiado Zentaro se suicidó arrojándose al pozo de la casa.

Al ver al niño, todo el mundo comprendió el motivo del suicidio de Zentaro, ya que el bebé había nacido con policoria en los dos ojos. Daizaburo Honiden también tenía esa peculiaridad. Dicen que, cuando su abuelo lo vio recién nacido, exclamó, loco de contento: «¡Oh! Este niño tiene dos pupilas, señal de que va a traer prosperidad a la familia».

Dicen que Daizaburo llevaba bien los negocios a pesar de haber asumido el mando muy joven, pero se consideraba que no solo se debía a su inteligencia sino a la majestuosidad que le confería su singular aspecto.

Teniendo en cuenta la peculiaridad con la que había nacido el hijo de Zentaro así como su propia condición física, que ya no le permitía mantener relaciones sexuales, no había duda de que el padre del niño era Daizaburo. Zentaro se suicidó humillado por aquella prueba tan clara de la infidelidad de su esposa.

En las zonas rurales, este tipo de escándalos no se consideran tan graves como en las grandes ciudades. Sin embargo, Oryu fue muy criticada debido a que sus actos habían llevado a su marido al suicidio. A pesar de todo, lo soportó durante un año. En el primer aniversario de la muerte de su marido, Oryu dejó a su hijo Goichi, que ya había dejado de lactar, y a su hija de ocho años en casa de una señora anciana de la familia, y se lanzó al mismo pozo donde él se había suicidado. No dejó ninguna nota, pero todos decían que había pagado su pecado con su propia vida.

Daisuke, el hijo legítimo de Daizaburo, se crio como heredero del clan Honiden. Curiosamente, sus ojos eran normales. Cuando ambos niños tenían cinco o seis años empezó a ser obvio que tenían el mismo padre. A los once o doce, cuando todos parecen iguales, la única manera de diferenciarlos era mirándoles las pupilas.

Con el paso del tiempo, las condiciones extremadamente diferentes en las que vivían ambos muchachos cambiaron poco a poco sus apariencias y personalidades. A los veinte años ya no se parecían tanto: Daisuke, el primogénito del clan Honiden, era de piel clara, rechoncho y muy simpático; Goichi, en cambio, que vivía en la pobreza y trabajaba en el campo de sol a sol, era delgado, moreno y antipático.

En un pueblo tan pequeño como aquel no había secretos, de modo que Goichi conocía su origen desde pequeño. Esto influyó también en su personalidad amarga.

«Somos hijos del mismo padre. ¿Por qué son tan distintas nuestras vidas? Daisuke tiene todo lo que quiere y yo soy muy pobre. Daisuke estudia en la Universidad de Osaka y yo me dejo la piel trabajando en el campo. En teoría, yo soy el primogénito del clan Honiden, pues nací un mes antes que Daisuke. Y sin embargo… sin embargo…», pensaba una y otra vez.

Su situación le parecía injusta y su hermana Orin avivaba el fuego contándole cosas. Como siempre había escuchado a su padre hablando mal de los Honiden, tenía multitud de anécdotas.

Sin embargo, la manipulación de Orin no tuvo éxito; la muchacha olvidaba que Goichi también era hijo de Daizaburo. El joven no sentía rencor hacia los Honiden, al contrario; anhelaba conocerlos, concretamente a su padre biológico. A pesar de ello, ambos hermanos compartían un sentimiento: el odio hacia Daisuke. Le tenían tanta envidia que esta se había convertido en inquina. Siempre que pensaba en su hermanastro, Goichi se ponía furioso.

Daizaburo tenía dos hijos más: Shinkichi, el mediano, que había nacido en 1922, y Tsuruyo, la pequeña, nacida en 1930. Dicen que tuvo otros dos hijos que murieron en la infancia, así que no los tendremos en cuenta.

Tsuruyo había nacido con una enfermedad congénita del corazón y no podía realizar esfuerzos, de modo que casi no salía de la mansión. Ni siquiera había podido ir al colegio; tuvo que estudiar en casa. Su abuela Maki fue su tutora. La joven era muy inteligente y a los doce o trece años ya leía novelas clásicas como *La historia de Genji*[24].

Como dice su lápida, Daizaburo murió en 1933 cuando su hija menor apenas tenía cuatro años. Su esposa era una mujer muy común, así que fue su madre, Maki, quien tomó las riendas de la mansión. Maki había aprendido de su difunto esposo, Shojiro, a administrar la fortuna familiar con cabeza y rigurosidad.

Daisuke se casó cuando terminó la universidad, en 1941. En esa época, como la guerra se volvía cada vez más desfavorable, los herederos de las familias ricas se casaban pronto con el fin de tener hijos lo antes posible. La mujer con la que se casó Daisuke se llamaba Rie y era de una localidad vecina. Procedía de una familia de descendientes de samuráis que en el pasado tuvo poder y prestigio, aunque ahora se encontraba en decadencia. Corría el rumor de que Rie había sido novia de Goichi y que, cuando recibió la propuesta de Daisuke, lo abandonó sin ningún pudor. De ser cierto, solo habría sido más leña para alimentar el odio de Goichi.

Al año siguiente reclutaron a Daisuke y a Goichi al mismo tiempo. Ambos formaban parte del mismo batallón y fueron enviados a la provincia de Yang, en China continental. Se llevaban bien, puede que por estar fuera del país; era como si Goichi hubiera olvidado el rencor que había

sentido hacia su hermanastro toda su vida. Daisuke envió una carta a su esposa, Rie, en la que decía que se habían hecho buenos amigos. La carta iba acompañada de una fotografía en la que salían los dos juntos. Desgraciadamente, esa fotografía fue la que levantó las sospechas que condujeron al trágico incidente que voy a relataros.

Yo también he visto esa fotografía y, cuando la relacioné con lo sucedido, me estremecí.

En la foto salían dos jóvenes idénticos, tal y como decía la gente que eran de pequeños. Puede que compartir aquella experiencia en el frente hubiera influido para que volvieran a parecerse físicamente. Antes de ir a la guerra, Daisuke tenía la piel blanca y estaba rechoncho, pero la vida militar le había hecho perder peso y le había bronceado la piel. Por otra parte, con la mejora de su alimentación, Goichi engordó un poco y su piel quemada de campesino perdió un tono. Eran idénticos, como dos gotas de agua, excepto por los ojos. El linaje Honiden estaba marcado en las pupilas de Goichi.

Un año después, en 1943, Shinkichi fue reclutado a pesar de estar estudiando. En el frente, enfermó de tuberculosis y lo retiraron del servicio a toda prisa. Estuvo en reposo aproximadamente un año, pero al terminar la guerra lo ingresaron en una clínica especializada a unos veinticuatro kilómetros del pueblo.

La señora Honiden falleció en otoño de ese mismo año, deteriorada por la preocupación por sus hijos. Cuando Shinkichi fue ingresado en la clínica, en la amplia mansión Honiden solo quedaron la abuela Maki, la esposa de Daisuke, la pequeña Tsuruyo, una sirvienta llamada Osugi y un sirviente a quien llamaban Shikazo.

Por esa razón, Shinkichi pedía permiso para visitar la mansión una o dos veces al mes y se quedaba con su familia un par de días. Aunque la clínica no estaba lejos, se hallaba tan mal comunicada que se tardaba casi todo un día en llegar. Era imposible ir y venir en el día.

Shinkichi quería mucho a su hermana pequeña. Había estudiado Literatura y quería ser escritor o profesor, pero veía el talento de su hermana y soñaba con que se convirtiera en una escritora como Emily Brontë, la autora de *Cumbres borrascosas*. Como ya he dicho, Tsuruyo había nacido con una enfermedad cardiaca y pasaba la mayor parte del tiempo leyendo en la biblioteca de la mansión. A causa de esta debilidad era muy sensible y observadora, y tenía una visión crítica del mundo. Por eso, con la idea de que su hermana practicara la redacción y desarrollara su capacidad de análisis, Shinkichi le pidió que le escribiera aunque no tuviera nada que contarle. Tsuruyo lo obedeció y le enviaba todas las cartas que podía.

Desde finales de 1943 a principios de 1944 llegó mucha gente a la localidad para refugiarse de los ataques aéreos que empezaban a sufrir las grandes ciudades. Entre los recién llegados se encontraba la familia Ono, uno de los tres antiguos clanes importantes del pueblo.

El patriarca era Uichiro. Había emigrado a Kobe, donde tenía una papelería, pero perdió su negocio en los bombardeos y regresó a su pueblo natal treinta años después. Se marchó de allí con veinte años y regresó convertido en un señor canoso. Iba acompañado de su segunda esposa, Osaki, y de cinco hijos, el mayor de los cuales tenía dieciséis años. Había tenido otro hijo con su primera esposa, Shoji, pero no había sabido nada de él desde que lo llamaron a filas. No habían vendido la mansión familiar, así que se mudaron allí. Recuperó unos terrenos que tenía arrendados y empezó a trabajarlos para ganarse el sustento de su familia.

En agosto de 1945 regresó Orin, la hermana de Goichi, poco después de que terminara la guerra. Se había trasladado a una ciudad de la misma región para trabajar en una fábrica de

munición. Ya había cumplido treinta y cinco años pero todavía no se había casado. Cuando regresó al pueblo alquiló una casa humilde y empezó a trabajar en el campo. Había sido antipática desde pequeña, pero la dureza de la vida la había vuelto aún más huraña. Era una bruja.

Así se fueron reuniendo los personajes de esta historia. El elenco se completó con el regreso por sorpresa de Daisuke Honiden en el verano de 1946. Su familia lo recibió loca de alegría pero, al mismo tiempo, su llegada los aterró.

Paseando por el cementerio del clan Honiden encontré una lápida de madera en un pequeño montículo bajo un árbol con flores rojas. En la lápida ponía: «Tsuruyo Honiden - 15 de octubre de 1946». Se trata de la tumba temporal de Tsuruyo, que murió tras ser testigo del incidente, por el fortísimo choque emocional que le supuso.

Antes de su muerte, Tsuruyo describió lo ocurrido detalladamente en una carta dirigida a su hermano Shinkichi. No le dio demasiada importancia, pero a partir de entonces sus cartas estaban centradas en lo ocurrido. Relataba lo que había visto y escuchado, y también sus análisis, sus observaciones y el asombroso descubrimiento que la llevó a una muerte prematura. Cada vez que leo sus cartas imagino cuánto sufrió, y la turbación y tristeza que debió sentir al llegar a la conclusión que le arrebató la vida a sus diecisiete años, y me duele el corazón.

Lo que voy a contar a continuación está basado en dichas cartas. Kosuke Kindaichi me las entregó junto a algunos recortes de periódicos y las declaraciones de otra persona.

—Yo no estuve involucrado en este caso —me advirtió con tristeza—. Lo intenté, pero cuando descubrí la verdad y fui a interrogar al criminal, me informó de que otra persona de mente brillante ya había llegado a la misma conclusión. Por lo tanto, no tengo nada que ver con este caso. Entonces, ¿por qué tengo estos documentos? Cuando termines de leerlos, lo entenderás. Los he numerado, pero no he terminado de ordenarlos. Hazlo tú como prefieras.

Haciendo caso a Kosuke Kindaichi, seleccioné las cartas de Tsuruyo en las que mencionaba el incidente, las ordené cronológicamente y, para que se entendiera mejor, completé algunas cosas. La primera carta está fechada en mayo de 1946, unos cinco meses antes del incidente.

EL BIOMBO DE LA KUZU-NO-HA DE OJOS BLANCOS

Tres de mayo de 1946

Mi querido hermano:

Ayer nos pasó algo desagradable. Sabes que la familia Ono ha regresado al pueblo, ¿verdad? Pues ayer vino a acusarnos el señor Uichiro.

¿Sabes que en casa hay un biombo con una imagen de Kuzu-no-ha? Yo no lo sabía y jamás lo había visto, porque estaba bien guardado en el sótano.

El señor Uichiro vino a exigirnos que se lo devolviéramos.

—Hace treinta años, antes de marcharme a Kobe, pedí a Daizaburo que me lo guardara. No fue un regalo. Ese biombo es una reliquia familiar, así que jamás lo vendería. Ahora que he vuelto, quiero que me lo devolváis. Me gustaría tenerlo de nuevo en mi casa.

Primero lo atendió nuestra cuñada Rie, pero el señor Uichiro no atendía a razones. Al final, la abuela salió a hablar con él.

—Uichiro, ¿con qué derecho me hablas así? —le dijo, enfadada—. Recuerdo muy bien el día que viniste a vender el biombo. Te faltaban veinte yenes para empezar tu negocio en Kobe y nos lo vendiste. ¿No recuerdas lo que le dijiste a mi hijo ese día? Yo sí lo recuerdo: «Este biombo es una reliquia familiar, pero no puedo llevármelo a Kobe. Por favor, cómpramelo». ¿Cómo te atreves a reclamarlo ahora, como si te lo hubiéramos quitado?

El señor Uichiro no se inmutó; una y otra vez repetía que eso no era cierto.

—De acuerdo, te devolveré los veinte yenes que me prestasteis —dijo, sacando dos billetes de diez yenes. Cuando vi esa escena, me quedé totalmente anonadada.

¿Es que el señor Uichiro desconoce la inflación que ha causado la guerra? ¿De verdad creía que aquellos veinte yenes valían lo mismo que a principios de la era Taishō? Me pareció una burla y me enfadé mucho.

—La pobreza atonta a la gente —me dijo la abuela más tarde—. Uichiro ha cambiado, pero no creo que esa tontería se le haya ocurrido a él. Seguramente ha sido cosa de Osaki, que se ha enterado de la existencia del biombo y le ha pedido que venga. Si no, ¿por qué ha tardado más de un año en pedir que se lo devolvamos? Me alegro de ver a los viejos conocidos de vuelta en el pueblo, aunque es una lástima que traigan a gente desconocida como esa Osaki. Desde que empezó la guerra, el mundo es cada vez más conflictivo. Por favor, Rie, y tú también, Tsuruyo, ¡preparaos!

No quiero repetirme, pero la verdad es que no he escuchado a nadie hablar bien de la señora Osaki. Dicen que trabajaba de camarera en un bar de Kobe y que echó de casa a Shoji, su

hijastro, porque no le caía bien. ¡Pobre Shoji! Después de eso se descarrió. Dicen que tenía mala conducta en el ejército y que lo castigaban a menudo. Cuando la guerra terminó regresó a casa de su padre, pero a los pocos días discutió con la señora Osaki y volvió a marcharse. Sin embargo, cuando el señor Uichiro pensó en vender la mansión por necesidad, Shoji le dio el dinero que necesitaba para que no lo hiciera. Todos en el pueblo se compadecen del muchacho. Dicen que se ha unido a una banda de asaltantes en K. Si eso fuera cierto, sería una lástima.

Afectuosamente,
Tsuruyo.

* * *

Cuatro de mayo de 1946

Querido hermano:

Ayer me desvié del tema, lo siento. Me gustaría seguir hablándote del biombo de Kuzu-no-ha.

El señor Uichiro no dejaba de repetir que no nos había vendido el biombo, pero como la abuela no le hizo caso, al final se resignó y se fue. Al escucharlo, hasta yo me enfadé; sin embargo, cuando lo vi salir de casa me dio mucha pena. Llevaba un *obi* sencillo y viejo. En general iba mal vestido, y eso le hacía parecer un pobretón. Aparentaba ser mucho más viejo que la última vez que vino al pueblo para visitar el cementerio. Casi se me cayeron las lágrimas.

¡Qué hubiéramos hecho mi cuñada y yo de no haber sido por la abuela! No creo que hubiéramos podido rechazar las exigencias del señor Uichiro. Ahora que no estáis ni tú ni nuestro hermano mayor, la abuela es la única con la que podemos contar. Afortunadamente es una mujer fuerte, a pesar de su edad, pero ya tiene setenta y ocho años y en cualquier momento podría pasarle algo. Aún no sabemos nada de Daisuke, así que, Shinkichi, recupérate pronto y regresa a casa, por favor.

Ay, perdóname; he vuelto a desviarme. Si quiero ser escritora, debo ser más ordenada.

Bueno, después de que el señor Uichiro se marchara, la abuela parecía cansada y cerró los ojos. Un momento después, se dirigió a nuestra cuñada y le dijo:

—Rie, dile a Osugi que traiga el biombo que está guardado en el sótano, por favor.

—Disculpa, ¿qué biombo? —le preguntó extrañada.

—El biombo de Kuzu-no-ha del que hemos estado hablando. Osugi debe saber dónde está. Acompáñala y tráemelo aquí, por favor.

A mí también me pareció extraño.

—Abuela, ¿vas a devolvérselo al señor Uichiro? —le pregunté.

—No —me contestó, y no dijo nada más.

Un momento después, Rie y Osugi subieron el biombo del sótano. La verdad es que sentía mucha curiosidad, ya que nunca lo había visto. Además, según decía el señor Uichiro, era valioso.

Cuando lo subieron del sótano, esperé muy emocionada a que lo desenvolvieran.

Según la abuela hacía mucho que no se sacaba, así que tú tampoco lo conocerás. ¿Puedes creértelo? Al verlo me sentí inquieta. No sé por qué, pero sentí un escalofrío y los latidos de mi

corazón se aceleraron.

El biombo en cuestión consta de dos paneles. A la izquierda está Kuzu-no-ha despidiéndose de su hijo y su esposo antes de volver al bosque. Está mirando hacia abajo con tristeza y sus piernas se pierden entre las hierbas de un campo de otoño. El dibujo está ya un poco borroso y parece que Kuzu-no-ha está a punto de desaparecer. La luna del panel derecho es apenas un hilo. El fondo está cubierto de puntitos, y su color opaco potencia la desolación de la escena.

En ese biombo no aparece ninguna zorra y Kuzu-no-ha no tiene cola ni nada que la haga parecer un animal. Sin embargo, al mirarla crees saber que es una zorra transmutada en mujer. ¿Qué magia tendrá esa pintura? Da la impresión de que sus piernas, ocultas por la hierba, se están convirtiendo en las patas de una zorra. Como quería descubrir qué era lo que provocaba en mí aquel efecto, observé bien el biombo. Entonces me di cuenta de una cosa.

La bella Kuzu-no-ha tiene el semblante triste y decaído, la cabeza inclinada, pero a pesar de tener los ojos completamente abiertos, no tiene pupilas. La sensación extraña que me provocaba el biombo estaba causada por sus ojos blancos. Al verlo recordé las marionetas del teatro *bunraku*. El títere de la ciega Asagao en *El diario de Asagao* tiene un mecanismo para girar los ojos por completo y eso hace que se vuelvan totalmente blancos. Los ojos de esta Kuzu-no-ha tenían el mismo aspecto y tuve la sensación de que irradiaban una energía sobrenatural.

¿Puede que el pintor olvidara dar las últimas pinceladas a su obra? ¿O dejó los ojos así intencionadamente, a sabiendas de su efecto? A mí me parece que se trata de la segunda opción.

Rie también estaba mirando el biombo casi sin respirar, pero un momento después volvió a la realidad y murmuró:

—¡Qué pintura tan siniestra!

Entonces la abuela le preguntó:

—¿Por qué?

—Es que… No sé, esta Kuzu-no-ha parece ciega. Tsuruyo, ¿tú qué opinas?

No esperaba que me preguntase, así que me puse nerviosa. Por favor, que esto quede entre tú y yo, pero siempre me pongo así cuando Rie me habla. No sé por qué; es muy amable y la quiero mucho, pero cuando estoy con ella me pongo nerviosa y se me traba la lengua. Imagino que es porque nuestra cuñada es una mujer muy guapa.

—Sí… Estoy de acuerdo contigo.

La abuela miró el biombo.

—Ah, lo decís porque tiene los ojos blancos, ¿verdad? Seguro que el pintor los dejó así intencionadamente. Como sabéis, en realidad se trata de una zorra. Esta es la escena en la que se descubre su verdadera identidad y está despidiéndose de su familia para regresar al bosque. El autor no pintó *kitsunebis*[25] ni le puso cola, así que al dibujar sus ojos intentó expresar su inhumanidad. Cada que veo este biombo me impresiona su originalidad. —Se quedó mirando el biombo con los ojos entornados y después se giró hacia nosotras—. Vamos a dejar el biombo aquí. No porque me guste demasiado, sino como protesta por la acusación inventada de Uichiro. Si volvemos a guardarlo en el sótano, la gente pensará que estamos ocultando algo. Lo dejaremos aquí, a la vista.

Así que el biombo de Kuzu-no-ha se ha quedado en el salón de la mansión. La próxima vez que vengas, lo verás.

Afectuosamente,
Tsuruyo.

EL REGRESO DE DAISUKE
La huida de Shoji Ono

Diez de junio de 1946

Mi querido hermano:

Hoy voy a contarte los rumores que corren por el pueblo.

Ayer llegaron tres hombres a casa del señor Uichiro que se identificaron como policías. Venían de la ciudad y traían noticias de su hijo Shoji.

Shoji había cometido un robo en un domicilio y entró en prisión preventiva. No sé si le preocupaba la reputación de la familia o si intentaba librarse de algún otro delito, pero cuando lo detuvieron se identificó con un nombre falso, «Oshima». Cuando ya estaba cerca la fecha del juicio, cinco reclusos consiguieron escapar levantando el suelo de la celda. Detuvieron a los demás rápidamente, pero el tal Oshima logró escapar.

Los funcionarios de prisiones comunicaron los datos del tal Oshima a la policía de su supuesta ciudad de origen, que contestó diciendo que dicha persona no existía. De este modo descubrieron que había usado un nombre falso. Interrogaron a sus compañeros de celda para reunir toda la información posible sobre él y estos declararon que había estado en un reformatorio de la isla Y. Con esa información, se pusieron en contacto con el centro y allí les dijeron que no sabían nada de ningún Oshima, pero que su descripción coincidía con la de Shoji Ono. Al parecer, tiene un tatuaje en el brazo que dice: «¡A la mierda la sociedad! Yo me juego la vida».

Por eso visitaron al señor Uichiro. ¿Sabías que, hasta que no pasan cuarenta y ocho horas de la fuga, es la propia prisión la responsable de buscar a los reclusos huidos? Por eso se quedaron en casa del señor Uichiro hasta las diez de la mañana de hoy, por si Shoji se presentaba en casa de su padre, pero se marcharon con las manos vacías.

Shoji me da pena. Parece que también fue él el que asaltó aquella casa en Y. hace unos tres meses. Esa vez la policía atrapó a sus dos cómplices, pero él consiguió escapar. ¡Qué tonto! No puede seguir huyendo de la policía toda la vida. Así, yendo de delito en delito… ¿dónde acabará? Cuando su madrastra lo echó de casa, estuvo viviendo con un familiar tres o cuatro años. Antes no era así: todo el mundo lo consideraba un muchacho sensible y muy amable. Según algunos, todo esto es culpa de Osaki, que va diciendo por ahí que si se encuentra con Shoji lo arrastrará hasta la comisaría. Por cierto, ¿ese muchacho no tenía más o menos tu edad? ¿No fuisteis amigos de pequeños? Seguro que tú lo conoces mejor que yo.

Hablando de la señora Osaki, ha venido a casa un par de veces para pedirnos el biombo de

Kuzu-no-ha, pero la abuela no le hace caso. Creo que ya se ha resignado. ¡Qué mujer!

En cuanto a Orin, sigue robando la leña de nuestros bosques. Comprendemos su difícil situación y por eso no le hemos dicho nada, pero últimamente está abusando de nosotros. Se lleva más de lo que necesita y lo vende. A Shikazo se le acabó la paciencia y ayer la pilló con las manos en la masa. ¡No te creerás lo que le dijo! «Los bosques y las mujeres están hechos para ser robados. Además, este bosque fue nuestro hasta que los Honiden nos engañaron». Y se fue dejando a Shikazo anonadado. ¿Sabes que vive sola en una casa tan pobre que parece un establo? ¿No le dará miedo?

Gin, nuestro vecino, va a casarse. ¿Sabes con quién? Con su cuñada Kanae. No hemos vuelto a tener noticias de su hermano Yasu desde que lo reclutaron y hace poco les notificaron su muerte en no sé qué parte de Birmania. Kanae es tres años mayor que Gin. La gente del pueblo está encantada con la noticia y bromean diciendo que ha sido una suerte que Yasu haya muerto.

Cuando me enteré, me sentí rara. La abuela se quedó pensativa y, cuando nos quedamos solas, murmuró:

—¿Cuántos años tendrá ahora Shinkichi?

—Nos llevamos ocho años, así que tiene veinticinco —le dije.

—Entonces es un año mayor que tu cuñada.

Me sorprendió y no entendí por qué decía eso la abuela. Entonces me dijo, con el ceño fruncido:

—Tsuruyo, por favor, no le cuentes a nadie lo que acabo de decir.

A continuación se sentó delante del altar budista, encendió la vela y empezó a rezar con las palmas unidas.

No sé en qué estaba pensando cuando dijo eso.

Afectuosamente,
Tsuruyo.

* * *

(Telegrama)

Tres de julio de 1946
Querido Shinkichi: Daisuke ha vuelto. Por favor,
ven a casa.
Con cariño, tu abuela Maki.

* * *

Seis de julio de 1946

Querido hermano:

¿Cómo estás? Shikazo nos contó que cuando llegaste a la clínica tenías fiebre y tosías sangre. La abuela también está muy preocupada por ti.

Shinkichi, no te angusties tanto. No queremos que empeores por preocuparte por nosotros.

¿Qué haríamos si te pasara algo? Preocúpate de curarte lo antes posible para quitarle ese peso de encima a la abuela, que ya está mayor.

¡Qué sorpresa y qué susto me llevé! Te contaré cómo fue el regreso de Daisuke, que volvió hace tres días. La verdad es que ese día me pasaron muchas cosas.

Esa tarde estaba leyendo en la biblioteca el libro que me prestaste. La abuela se encontraba en la habitación contigua, ocupada en su labor. Lloviznaba y hacía frío.

No podía concentrarme en la lectura y levantaba la mirada de vez en cuando para ver a la abuela. Al parecer, ella tampoco podía concentrarse en lo que hacía y parecía distraída. Creo saber qué estaba pensando en ese momento.

Seguramente recordaba lo que había pasado unas horas antes, cuando Gin vino con Kanae a saludarla. Llevaba un kimono formal que supongo que le prestó alguien. No sé si sería por el calor o por los nervios, pero sudaba sin parar. Parecía muy contento. Kanae iba muy bien arreglada, pero parecía apenada y se miraba los pies continuamente. La chica tiene la cara redondita y parece muy joven, así que no se nota que es tres años mayor que su nuevo marido. Gin cojea un poco desde que tuvo la polio (gracias a eso no fue a la guerra), pero no afecta a su trabajo en el campo. Tiene fama de ser muy responsable, así que estoy segura de que va a ser un buen marido.

Cuando los recién casados se marcharon, Rie dijo a Osugi:

—Como Kanae tiene los ojos grandes y los labios gruesos, cambia mucho al maquillarse, ¿verdad? ¡Qué guapa estaba! ¿Y habéis visto la cara de Gin? Parecía feliz.

—Pero… Debe ser extraño estar casada con su cuñado. Y además él es más joven que ella —le contestó nuestra sirvienta.

—Eso no importa si los dos se quieren —dijo Rei con naturalidad.

Al escuchar su comentario, la abuela la miró.

—Sí, ¿verdad? Lo siento por el muerto, pero me parece una buena opción.

Bueno, pues supongo que la abuela estaba recordando esa conversación con Rie. La escuché suspirar profundamente. Entonces se escuchó un grito de Osugi.

—¡Señora Maki! ¡Señora Maki! ¡Ay, cielos!

Me asusté. Pensé que otra vez habías enfermado pero, afortunadamente, no era eso. Segundos después, Osugi llegó corriendo.

—¡Señora Maki, venga, por favor! El joven Daisuke ha llegado acompañado de…

Me levanté en cuanto escuché el nombre de Daisuke. En ese momento, noté algo raro y miré a la abuela. Estaba pálida y muy seria. Me pareció extraño.

Daisuke siempre ha sido el preferido de la abuela y precisamente por eso evita hablar de él, porque su ausencia le duele en el corazón. Además, intenta prepararse psicológicamente pensando que ha muerto y que no va a regresar, e incluso tiene planeado qué hacer cuando le confirmen la noticia. Yo sé que lo hace porque lo quiere muchísimo, así que no entendí su reacción.

Inmediatamente después, su semblante volvió a la normalidad. Se avergonzó de no haber reaccionado y se levantó apresuradamente.

—¿De verdad ha vuelto? ¿Dónde está?

—Está en la entrada, señora. Viene con un compañero.

—¿Por qué se ha quedado allí? ¿Y dónde está Rie?

—Ya la he avisado. Señora, por favor, venga a recibirlo.

—Tsuruyo —me dijo la abuela—, ven tú también.

Atravesamos el oscuro pasillo y en la entrada vimos la silueta de dos hombres vestidos con uniforme militar. Ambos estaban callados. Rei estaba de rodillas en el suelo; parecía a punto de llorar. Al escuchar nuestros pasos, uno de ellos se giró hacia nosotras.

—¿Es usted la abuela de Honiden? Me llamo Masaki. He venido a traerlo a casa.

—Muchas gracias. ¡Qué amable! Pero… ¿Es que a Daisuke le ha pasado algo? —preguntó la abuela, con un ligero temblor en la voz.

—Sí. Está… herido y no puede caminar solo, así que… Honiden, aquí está tu abuela.

Entonces, el joven se hizo a un lado y pudimos ver a Daisuke. Dio un par de pasos hacia nosotras y sentí un escalofrío horrible.

Daisuke estaba totalmente demacrado y tenía una gran cicatriz de quemadura en la cara. Pero eso no era lo importante. Lo que realmente me espantó fueron sus ojos. Nos miraba con los ojos abiertos, pero estos no se movían y tampoco expresaban nada, a pesar de ser un reencuentro muy emocionante. Parecían un abismo a través del cual se le hubiera escapado el alma.

—Resultó herido y… Ha perdido los dos ojos —dijo el joven que acompañaba a Daisuke—. Por eso los tiene de cristal.

En ese momento me parecía que la voz de Masaki llegaba a mí desde un lugar muy lejano. Era como si estuviera hablando de algo totalmente ajeno a nosotros. Me quedé paralizada y mis ojos no miraban ni a Daisuke ni a Masaki, sino más allá del vestíbulo, al cielo oscuro del que seguía cayendo una llovizna obstinada. De pronto, sentí un *déjà vu*. No conseguía asimilar lo que estaba pasando en ese momento.

Por la calle se acercaba un grupo de cinco personas. Estaban murmurando algo y se miraban unos a otros. Orin formaba parte de ese grupo. En su cabello rizado había atrapadas diminutas gotas de lluvia, pero no parecía importarle; estaba más preocupada por asomarse al interior de la casa. Cuando noté su mirada, regresé a la realidad. Era como un puñal atravesando la espalda de Daisuke.

Afectuosamente,

Tsuruyo.

LA EMA DEL SACRIFICIO[26]
Tsuruyo intenta confirmar la identidad de Daisuke

Doce de julio de 1946

Querido hermano:

¿Qué tal estás? Nos alegró mucho saber que no has vuelto a toser sangre. Ha empezado a hacer calor, así que cuídate mucho, por favor.

En casa también estamos volviendo a la normalidad. Últimamente ya no visitan tanto a Daisuke, que acaba de regresar. Bueno, él apenas atiende a las visitas porque se cansa muy rápido y está en la cama casi todo el día, pero antes de ayer nos pidió que llamáramos a Orin para explicarle cómo murió su hermano. Creo que no lo sabías, pero dice que Goichi murió en la guerra.

Orin llegó después de hacernos esperar mucho tiempo. Daisuke le contó los últimos momentos de Goichi muy detalladamente. La abuela, Rei y yo estábamos también allí, y dijo más o menos lo siguiente:

En una batalla en Birmania, Goichi y él se separaron del pelotón; los bombardearon y Goichi cayó. Solo pudo rescatar una cosa para llevársela a sus familiares antes del siguiente bombardeo, y entonces la metralla le destrozó la cara y los ojos y perdió la consciencia. Por suerte, otro batallón japonés pasó por allí y lo rescató.

—Aunque Goichi no pudo pronunciar sus últimas palabras, lo enterré y me llevé esto como recuerdo. Tenga.

Daisuke sacó una agenda manchada de sangre y se la entregó a Orin. Mientras él hablaba, ella no dijo absolutamente nada. Incluso después de que nuestro hermano terminara su relato, la mujer permaneció en silencio. ¡Qué rara es! Nadie actuaría así después de escuchar cómo murió su único hermano. Además, era el único miembro de su familia que quedaba con vida. Cualquier otro habría llorado, pero ella se quedó callada, mirando a Daisuke con severidad.

¿Estará enfadada porque Daisuke se salvó y su hermano murió? Eso lo comprendo, y me da mucha pena. A pesar de ello, no me pareció correcta la actitud que mostró ante Daisuke. Él había tenido la amabilidad de contarle el último momento de su hermano pero ella ni siquiera le dio las gracias; tomó el recuerdo de su hermano y se marchó sin decir nada.

¿Te lo puedes creer? La abuela y Rei estaban perplejas por su actitud descortés. Yo me levanté y la acompañé a la entrada. Como el pasillo estaba en penumbras debió pensar que nadie la veía y empezó a reírse sin emitir sonido.

Ay, ¡qué manera de reír! Me dio escalofríos. Su risa me pareció maliciosa, perversa y lúgubre.

Cuando se percató de mi presencia, dejó de hacerlo; me miró enfadada, volvió a poner en su cara una mueca agria y se alejó de la casa. ¿Qué podía significar esa risa? Sigo pensando que Orin no me cae bien.

Afectuosamente,
Tsuruyo.

* * *

Uno de agosto de 1946

Mi querido hermano:

Perdóname por no haberte escrito en tanto tiempo. Me hubiera gustado hacerlo más a menudo, pero estaba confusa y no sabía cómo empezar a explicártelo. Yo tampoco entiendo por qué me siento así, pero… Shinkichi, tengo miedo. Tengo mucho miedo. Presiento que va a pasar algo muy malo. ¡Ay! ¿Qué debo hacer?

Afectuosamente,
Tsuruyo.

* * *

Ocho de agosto de 1946

Querido hermano:

Perdóname por haberte enviado una carta insinuando cosas que te dejaron preocupado. En este momento todavía no he decidido si debo enviarte esta carta o no. Sin embargo, si no te escribo nada después de la anterior, sé que te preocuparás, de modo que voy a contártelo todo. Dame tu opinión sincera, por favor. Si piensas que estoy loca, dímelo.

Desde que regresó Daisuke, el ambiente de esta casa ha cambiado por completo y para mal. Antes era una persona muy alegre, risueña y amable; todos lo queríamos mucho.

Sin embargo, su actitud ahora es totalmente distinta, se ha vuelto una persona muy malhumorada. No solo eso; podríamos decir que está rodeado de un aura maligna. Ya lleva más de un mes en casa, pero todavía no lo he visto sonreír.

Lo peor es que ni siquiera habla. Cuando necesita algo, lo pide con las palabras justas y de manera imperativa. Camina por la mansión sin hacer ruido, como un gato, y está fisgoneando todo el rato. Casi me da miedo encontrarme con él vestido con su pijama blanco y andando sigilosamente por el pasillo en penumbras con esos ojos de cristal.

Incluso cuando estoy leyendo o escribiendo en la biblioteca, recuerdo esos ojos sin vida y me dan escalofríos, como si me acercaran un cuchillo frío al corazón. Siento que Daisuke nos vigila continuamente a través de sus ojos de cristal. No creas que estoy obsesionada o exagerando. De verdad, sabe todo lo que hacemos. Nos espía mientras hablamos, como si le ocultáramos algo,

aunque no es cierto. ¿Qué estará intentando averiguar?

Siento lástima por Rie. Desde que Daisuke regresó ha adelgazado mucho. Dice que es por el calor del verano, pero yo sé que no es eso.

Un día, la abuela me dijo en voz baja (últimamente acostumbramos a hablar así dentro de casa):

—Oye, Tsuruyo. Respecto a Daisuke y Rie…

—Sí, abuela. ¿Qué ocurre? —susurré en respuesta.

La abuela ha envejecido estos últimos días. Titubeó buscando las palabras, pero finalmente se decidió y dijo:

—¿Por qué duermen separados si son marido y mujer? ¿Tú qué piensas?

Aquello me hizo sonrojarme y me enfadé un poco. ¿Por qué me decía la abuela una cosa así? Todavía soy una niña. Pero, pensándolo bien, se trata de un problema serio. La abuela no puede hablar con nadie de algo tan íntimo y por eso me preguntó a mí. Dejé que se me pasara el enfado y contesté:

—Abuela, ¿qué tiene de malo que duerman separados? Cuando Daisuke regresó, dijo que estaba cansado. Debe haberse acostumbrado a dormir solo, nada más.

—Bueno, es que creo… —En ese momento dudó de nuevo—. Creo que no se han acostado desde que volvió.

—¡Ay, abuela! —exclamé, ruborizándome—. ¿Y tú cómo lo sabes?

—Cuando tengas mi edad, lo entenderás. ¿De quién será la culpa? Daisuke no tiene motivos para renegar de Rie y además ha estado mucho tiempo sin tener contacto con una mujer. Debería estar ansioso.

—Mi cuñada tampoco tiene motivos para alejarse de él.

—No, y por eso me parece raro. Creo que Daisuke ha cambiado mucho. Eso es lo único que tengo claro.

La abuela suspiró profundamente.

Al escuchar su última frase, sentí un escalofrío brutal.

Afectuosamente,

Tsuruyo.

* * *

Quince de agosto de 1946

Querido hermano:

Gracias por adivinar lo que estaba pensando solo con lo que escribí en la carta anterior, acepto tu crítica en respuesta a mi suposición. Reconozco que mi idea es una estupidez. Es imposible.

Sin embargo, te aviso que no soy la única que lo teme. Rie también lo sospecha, aunque nunca lo expresa abiertamente.

Ayer la vi de pie en mitad del salón, abstraída. Como ya te he contado, este mes ha adelgazado mucho. Cuando la vi en la habitación en penumbras, me pareció un fantasma o un espectro.

—Cuñada, ¿qué estás haciendo? —le pregunté en voz baja. Sin embargo, parece que mi voz sonó como un bombazo y se giró hacia mí sobresaltada. Cuando me vio, sonrió débilmente.

—Ay, Tsuruyo, me has asustado.

—Perdona, no era mi intención. Rie, ¿qué haces aquí?

—¿Yo? —Me miró con la cabeza ladeada y sonrió—. Estaba mirando este biombo. A Kuzu-no-ha…

Su respuesta me inquietó. El biombo de Kuzu-no-ha había estado ahí desde que la abuela mandó sacarlo del sótano. En la oscuridad, la imagen de Kuzu-no-ha era como la de mi cuñada: triste y borrosa.

—¿A Kuzu-no-ha? ¿Por qué?

—Tsuruyo, ¿crees que esta Kuzu-no-ha es un pájaro de mal agüero? No tiene ojos, y tu hermano tampoco… —Noté que su voz temblaba ligeramente, pero siguió murmurando—: ¿Por qué le han cambiado los ojos? ¿Cómo los tenía antes de que le pusieran esos de cristal? A lo mejor…

—¡Rie! —Sus palabras me sorprendieron, pero no olvidé controlar el volumen de mi voz—. ¿Tú también? Cuñada, ¿por qué piensas eso? ¿Has notado algo extraño en Daisuke?

Parece que mis palabras la devolvieron a la realidad. Me miró con unos ojos enormes, tan grandes que creí que podría sumergirme en ellos.

—Tsuruyo —me dijo, asiéndome las manos—, no sé de qué estás hablando. Deja de imaginar cosas. —Suspiró profundamente, desesperanzada—. Este biombo es el culpable. Me hace obsesionarme con cosas que seguramente no son verdad. Esta Kuzu-no-ha es, en realidad, una zorra. Se transformó y se casó con Abe-no-Yasuna, pero no con mala intención. Además, como Yasuna era un hombre nadie lo culpó por tener relaciones con la que se hacía pasar por su mujer[27]. Pero… si hubiera sido al revés, ¿qué habría pasado? ¿Qué sucedería si la persona que crees que es tu esposo no lo fuera en realidad?

¿Tú entiendes qué quiso decir? Se supone que ella debe conocer a Daisuke mejor que nadie. Creo que Rei también teme lo que yo sospecho, e imagino que la abuela tiene la misma duda que nosotras. Ahora entiendo por qué lo miraba Orin de esa manera el día que vino a casa, y también su risa maliciosa. Creo que ella supo en ese momento quién era realmente ese hombre con ojos de cristal. Ella sabía que no era Daisuke sino su hermano.

¡Ayúdanos, Shinkichi! No podré aguantar mucho más en este ambiente. Y lo que es peor: Rie enloquecerá o morirá antes que yo. Por eso quiero averiguar si el hombre que hay en casa se hirió en la guerra o si lo hizo a propósito para eliminar la única señal corporal que permitía diferenciarlo de Daisuke. O sea: quiero saber si quien murió en la guerra fue Daisuke, y no Goichi.

¡Oh, qué horror! Puede que me haya vuelto loca y por eso se me ocurren estas barbaridades. Shinkichi, ayúdame. Si no averiguo quién es realmente esta persona, no conseguiré salir de este infierno de sospechas.

Afectuosamente,

Tsuruyo.

* * *

Veintitrés de agosto de 1946

Mi querido hermano:

Muchas gracias por tu consejo. ¡Qué inteligente eres! A nosotras no se nos habría ocurrido eso.

Sí, me acuerdo muy bien de la *ema* que mi hermano Daisuke dejó en el santuario antes de entrar en el ejército. Dejó en la tablilla la huella de su mano derecha[28] y nuestro tío le escribió una frase pidiendo que regresara a salvo de la guerra.

Por cierto, debe estar todavía en el santuario. Daisuke le puso su nombre, así que será fácil encontrarla. No sé si Goichi dejó también una *ema* allí, pero no importa. Con la de Daisuke será suficiente.

Yo también he leído que cada persona tiene las huellas dactilares diferentes y que estas no cambian en toda la vida. Así que, con esa marca de su mano, podremos salir de dudas.

Le pediré a Osugi que vaya al santuario esta noche para buscar la tablilla, aunque no le contaré la verdadera razón. Me inventaré algo. Preferiría ir yo, pero no estoy en condiciones de caminar tanto. No te preocupes, tampoco se lo contaré a Rei ni a la abuela, al menos hasta que consiga esclarecer la verdad.

Tomaré todas las precauciones posibles para conseguir las huellas de Daisuke sin que se dé cuenta.

Afectuosamente,

Tsuruyo.

* * *

Veinticuatro de agosto de 1946

Querido hermano:

¿Qué voy a hacer ahora? Osugi murió ayer al caer por un barranco cuando fue al santuario a buscar la *ema* de Daisuke, como yo le ordené.

Nuestro vecino Jitsu la encontró muerta esta mañana. Nadie sabía que Osugi iba a ir a por la tablilla, así que a todos les pareció extraño que estuviera allí.

No sé qué pasó con la *ema*, si todavía estará en el santuario o si alguien se la robó a Osugi antes de matarla…

Shinkichi, tengo mucho miedo. El funeral de Osugi será pasado mañana. Por favor, pide permiso para volver a casa con el pretexto de venir al funeral.

¡Estoy a punto de enloquecer!

Afectuosamente,

Tsuruyo.

LA GRAN TRAGEDIA
La sospecha de Tsuruyo

Veintinueve de agosto de 1946

Querido hermano:

¿Estás cansado? Me tranquilizó verte mejor de lo que esperaba. Cuídate mucho y, por favor, regresa pronto a casa. Me he dado cuenta de que tu presencia cambia mucho el ambiente familiar.

Yo también me siento mejor, aunque siguen corroyéndome las dudas. Me dijiste que no debo pensar en ello, pero no podré olvidarlo hasta que se disipe mi sospecha. Tenía muchas cosas de las que hablar contigo, pero no pude hacerlo porque no tuvimos la oportunidad de quedarnos a solas. He estado reflexionando. Permíteme que escriba aquí mis dudas.

¿Estamos seguros de que la muerte de Osugi fue accidental? No puedo creerlo. Seguramente alguien la empujó.

¿Quién haría algo así? ¿Y por qué? No sé quién fue, pero imagino el porqué: para quedarse con la *ema* de Daisuke. Eso significa que la persona que mató a Osugi no quería que tuviéramos esa tablilla. ¿Por qué? La respuesta es obvia. No quería que pudiera compararse con las huellas del supuesto Daisuke. Y la razón es que así se demostraría que se trata de Goichi.

Como te he dicho, ese hombre siempre está espiándonos. Puede que me escuchara cuando pedí a Osugi que fuera al santuario a por la *ema*. Pero hay un problema: está ciego. Aunque quisiera seguir a Osugi para matarla, no habría podido salir solo a la calle. Sin embargo…

Cuando mi pensamiento llegó ahí, recordé una cosa: un día antes de la muerte de Osugi, es decir, la tarde en la que le pedí que fuera al santuario, vi a ese hombre en el patio trasero hablando con alguien a través de la valla. Hablaban en voz muy baja, así que no pude escuchar lo que decían, pero vi que se trataba de Orin. En ese momento sentí una desazón terrible.

El hombre de los ojos de cristal debió pedir a Orin que matara a Osugi. Por cierto, cuando terminó de hablar con ella y vino hacia mí, ¡tenía una expresión horrible!

Hermano, Orin mató a Osugi. ¡Estoy segura! Orin y Goichi están intentando apoderarse de nuestra riqueza. Sé que el padre de Orin se suicidó arrojándose al pozo de su casa y que su madre también se suicidó un año después.

Orin y Goichi quieren vengarse de nosotros por la muerte de sus padres. ¡Ay! ¿Qué podemos hacer? Shinkichi, por favor, ¡ayúdanos!

A propósito… ¿Dónde estará esa *ema*?

Afectuosamente,

Tsuruyo.

* * *

Treinta de agosto de 1946

Querido hermano:

Anoche y esta madrugada sucedieron dos cosas que me dieron mucho miedo.

Primero, un ladrón entró en casa. Yo fui la primera en darse cuenta. Últimamente la abuela ya no está tan atenta como antes, por eso me desperté antes que ella.

Estaba teniendo una pesadilla. En ella, Kuzu-no-ha salía del biombo del salón; se transformaba en Daisuke y me miraba severamente con sus ojos de cristal. En ese momento, me desperté y escuché un ruido, como si alguien estuviera forzando la puerta. Primero pensé que sería un ratón royendo algo, pero poco después escuché que se abría una puerta y me levanté.

Llamé a la abuela, que dormía en el cuarto contiguo, pero no se despertó. Supe que seguía durmiendo cuando la escuché respirar. Como tenía miedo, tiré de la manga de su pijama para despertarla.

—Abuela, he oído algo raro… —le dije en voz baja cerca de su oído en cuanto abrió los ojos.

Se incorporó en la cama y me dijo:

—¿Qué clase de ruido?

—Como si alguien intentara abrir la puerta. Creo que ha sido en el salón.

La abuela prestó atención, pero no se oía nada.

—Tsuruyo, ¿no sería un ratón?

—No, abuela. Eso fue lo primero que pensé, pero el ruido provenía del exterior. Estoy segura.

—Bueno, vamos a ver —dijo después de pensárselo un momento.

La abuela está más débil últimamente, pero a pesar de su edad sigue teniendo agallas. Se levantó y abrió la puerta corredera sin hacer ruido. Tenía miedo, pero si me quedaba sola lo pasaría peor, así que fui con ella.

Cuando llegamos al salón encontramos abierta una de las puertas. Tenía tanto miedo que el corazón se me salía del pecho, así que agarré la mano de la abuela. Ella mantenía la calma. Caminó sigilosamente hasta la puerta que conducía al salón y miró a través del cristal. Yo la seguí.

Obviamente la luz estaba apagada pero, como la puerta estaba abierta, entraba la luz de la luna y se veía la silueta de las cosas. Como ya sabes, en esa habitación está el biombo de Kuzu-no-ha, y delante había una persona. En ese momento no sabíamos quién era, pero parecía un hombre joven. Estaba mirando el biombo como si estuviera hechizado por la imagen de Kuzu-no-ha.

—¿Quién está ahí? —dijo mi abuela de repente con voz grave y firme.

El hombre se vio sorprendido por la voz de mi abuela y echó a correr hacia el jardín. Parecía muy nervioso e hizo mucho ruido; se golpeó la rodilla con un mueble y se fue cojeando. Casi me hizo gracia.

El ruido debió despertar a Daisuke y a Rei, que encendieron la luz de su habitación. Un

momento después se abrió la puerta corredera y apareció nuestra cuñada.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ha sido ese mido?

—Ha entrado un ladrón.

—¿Un ladrón?

—Sí. Ha forzado esa puerta. Gracias a Tsuruyo, que se despertó rápidamente, parece que no ha robado nada. Tsuruyo, enciende la luz, por favor.

Encendí la luz y encontramos varias pisadas de lodo entre el pasillo y el biombo, pero no notamos que faltara nada.

—¡Ay, qué miedo! Yo no oí nada…

—Debemos tener mucho cuidado; parece que el ladrón estaba comprobando si podía entrar sin despertarnos.

—¡No me digas!

—Bueno, pero ya se ha ido y no creo que regrese hoy. Cierra bien las puertas y vete a dormir.

Me pareció extraño que Daisuke no saliera, a pesar del escándalo que hubo, pero no estaba durmiendo. Me asomé al dormitorio y lo vi sentado en la cama, prestando atención a lo que hablábamos. Aunque estaba dentro de la mosquitera, conseguí ver sus ojos de cristal concentrados en nosotras… También vi que las dos camas estaban juntas.

Ese fue el primer suceso. Media hora después ocurrió el segundo.

Tras resolver lo del ladrón, la abuela y yo regresamos cada una a nuestro cuarto. Sin embargo, mi mente seguía intranquila y no me podía dormir. Estuve dando vueltas en la cama y de repente escuché otro ruido extraño. Venía del salón y era como un gemido contenido. Me senté en la cama y la abuela me preguntó:

—Tsuruyo, ¿tú también lo has oído?

—Sí, abuela. ¿Qué será? ¿Habrá vuelto el ladrón?

—Vayamos a ver.

Volvimos al salón. Revisamos las puertas, pero no encontramos ninguna anomalía. Ese sonido extraño venía del fondo de la casa, de la habitación de Daisuke y mi cuñada. Abrimos la puerta del salón sin hacer ruido y vimos que la luz del dormitorio estaba encendida. Al parecer, era nuestra cuñada quien gemía así.

—Daisuke, Rie, ¿qué ocurre? ¿Qué estáis haciendo? —preguntó la abuela a la puerta, preocupada y cubriéndose la boca con la manga del pijama.

Sin embargo, no hubo ninguna respuesta; seguíamos escuchando gemidos que parecían de mi cuñada y una respiración agitada.

La abuela dudó, pero la preocupación ganó la partida y abrió ligeramente la puerta del dormitorio. Yo también me asomé, agachándome bajo los brazos de la abuela. Lo que vimos fue una escena horripilante que hizo que me doliera el estómago.

Rei estaba en el interior de la mosquitera, boca abajo y con el torso desnudo; mi hermano estaba presionándole la espalda con una rodilla y la tenía agarrada del brazo derecho mientras le sobaba el costado. ¡Jamás imaginarías qué expresión tan diabólica y delirante tenía! No tengo palabras para expresarlo.

—¡Daisuke! —gritó la abuela—. ¿Qué estás haciendo?

Daisuke se percató de nuestra presencia y se apartó de Rei. Entonces se sacudió la cabeza con angustia.

—¡Maldita sea! ¡No lo veo! ¡No puedo verlo!

Mi cuñada se quedó boca abajo, inmóvil. Su cabello despeinado se extendía sobre la sábana blanca y se movía cada que vez que ella sollozaba, como un nido de víboras.

Shinkichi, ¿qué significa eso? Esta mañana Rei estaba pálida, y cuando la abuela le preguntó por lo que sucedió anoche no quiso hablar de ello. Daisuke ha permanecido encerrado en su dormitorio.

¿Tendrá algo que ver con lo del ladrón? ¿Quién sería ese hombre? No lo entiendo; no sé qué está pasando en esta casa. Estoy confusa y lo único que sé con seguridad es que va a ocurrir algo malo, algo terrible… Shinkichi, ¿qué va a suceder?

Afectuosamente,

Tsuruyo.

* * *

Dos de septiembre de 1946

Shinkichi:

Han asesinado a Rei. Daisuke ha desaparecido. Al enterarse, la abuela se ha desmayado. Por favor, vuelve a casa con Shikazo, que te llevará esta carta.

Tsuruyo.

ARTÍCULOS DE PERIÓDICOS
Confusión en las hipótesis de la policía sobre el sospechoso

(*Artículo del tres de septiembre de 1946*)
ASESINATO EN UNA NOCHE DE TORMENTA
La víctima era miembro de una familia adinerada

La madrugada del dos de septiembre de 1946, cuando la tormenta que avisa de la llegada del otoño estaba en su punto álgido, ocurrió un homicidio espeluznante. La víctima, que murió debido a las heridas de múltiples cuchilladas, fue identificada como Rie Honiden, de veinticuatro años, esposa de Daisuke Honiden, patriarca de la familia con domicilio en el distrito K. de esta misma prefectura. El cadáver fue descubierto por su cuñada, Tsuruyo Honiden, de diecisiete años, cuando entró en la habitación que su hermano compartía con la víctima. Según las autoridades que acudieron al lugar de los hechos, el asesinato tuvo lugar alrededor de las doce de la noche. Lo curioso es que el marido de la víctima, de veintiocho años, ha desaparecido. Acababa de regresar del sudoeste asiático tras quedar ciego, por lo que no puede salir solo a la calle. Además de los ya mencionados, viven en la mansión la abuela, Maki, de setenta y ocho años, y Shikazo, un sirviente. Cinco personas en total, y sin embargo nadie se percató de la tragedia hasta la mañana siguiente, quizá debido al ruido de la tormenta en el momento del crimen.

* * *

(*Artículo del cuatro de septiembre de 1946*)
CASO HONIDEN: EL CADÁVER
DEL DESAPARECIDO HA SIDO
ENCONTRADO EN EL INTERIOR DE UN POZO
Se halló la marca ensangrentada de una mano en un biombo

Los investigadores del homicidio ocurrido en la mansión Honiden han informado del hallazgo del cadáver de Daisuke Honiden, el marido desaparecido de la víctima, en el interior de un pozo ubicado en el patio trasero de la mansión.

Según fuentes policiales, después de recibir una herida de arma blanca en el corazón, esta segunda víctima fue arrojada al pozo. El arma del crimen no se ha encontrado todavía. En un biombo cercano a la escena del crimen se halló la marca ensangrentada de una mano. Si las

huellas pertenecen al asesino, el caso concluirá pronto. Al parecer, las autoridades ya han identificado al presunto criminal y están organizando una búsqueda.

* * *

(*Artículo del cinco de septiembre de 1946*)

¿EL ASESINO ES UN MIEMBRO DE LA FAMILIA?

Las complicadas relaciones de la familia Honiden

El caso Honiden ha cambiado por completo. Fuentes policiales afirman que las huellas encontradas en el biombo pertenecen a la víctima, Daisuke Honiden. Por otra parte, entre la hierba del patio trasero se ha encontrado una catana corta Sadamune que se cree que fue el arma empleada en ambos crímenes. Según las declaraciones de los testigos, dicha catana pertenece a la familia y estaba colocada en el *tokonoma* del salón. Sin embargo, nadie sabe desde cuándo llevaba desaparecida. Todo esto apunta a la posibilidad de que el asesino fuera un miembro de la familia. Con esto en mente, la policía ha realizado una serie de interrogatorios, pero hasta este momento no se ha confirmado esta nueva hipótesis. Lo único que se ha aclarado es que Shinkichi Honiden (el hermano menor del difunto Daisuke) ha sido eliminado de la lista de sospechosos debido a que la clínica donde está ingresado confirmó su coartada para la madrugada del día dos. Por otra parte, se ha empezado a sospechar de Shikazo, el sirviente, que fue encontrado empapado y con la bicicleta llena de barro a la mañana siguiente. Sin embargo, afirma que fue a recoger a Shinkichi a la clínica por orden de la joven Tsuruyo Honiden inmediatamente después de descubrir lo ocurrido. Según las declaraciones de la señora Maki, abuela de los hermanos Honiden, había planes de casar a Shinkichi con la difunta Rie cuando todavía no se sabía si Daisuke había sobrevivido a la guerra. Se considera que esta podría ser la causa de la tragedia.

* * *

(*Artículo del seis de septiembre de 1946*)

DUDAS SOBRE LA IDENTIDAD DEL FALLECIDO

Nueva información sobre el caso Honiden

Se ha producido una nueva y extraña declaración en el marco de la investigación policial del doble homicidio ocurrido en la mansión Honiden. A continuación citaremos a Orin, Rin Akizuki, de treinta y cinco años, habitante de la localidad:

«El hombre asesinado no era Daisuke sino mi hermano Goichi Akizuki. Todo el mundo sabe que mi hermano y Daisuke eran idénticos. Aquí está la fotografía que me envió mi hermano desde el frente: se parecen mucho. Lo único que los diferenciaba eran los ojos. Mi hermano Goichi tenía pupilas dobles y Daisuke tenía ojos normales. Supongo que Goichi se hirió los ojos intencionadamente después de la muerte de Daisuke con el fin de suplantarlo y vengarse del clan Honiden. Él era hijo del anterior patriarca, Daizaburo Honiden, pero no lo reconoció. Es obvio que esa familia asesinó a mi hermano; debieron planearlo entre todos. Por favor, comprueben qué estaba haciendo Shinkichi Honiden aquella noche. Seguramente se escapó de la clínica y

vino al pueblo; después de cometer el asesinato regresó sin que nadie se diera cuenta. Con una bicicleta, en cinco horas podría hacer el viaje de ida y vuelta. Supongo que mató a Rie porque fue testigo del asesinato de mi hermano».

Sin embargo, la investigación policial ha confirmado que no existe base para la denuncia de Orin. La coartada de Shinkichi Honiden es firme: las dos enfermeras de guardia afirmaron que no salió de la clínica en ningún momento, pues se hace una ronda cada hora y no hubo nada fuera de lo ordinario. Además, aquella noche dijo que tenía insomnio y pidió somníferos.

Se ha filtrado un detalle de la investigación muy inusual. Como Orin mencionó, la víctima tenía los ojos de cristal, pero el orbe del ojo derecho ha desaparecido. La policía lo ha buscado sin éxito en la mansión Honiden. ¿Dónde estará el ojo perdido? Esa podría ser la clave para resolver el caso.

* * *

(*Artículo del siete de septiembre de 1946*)

¿UN SOSPECHOSO CON ANTECEDENTES PENALES?

La investigación del caso Honiden da un giro de ciento ochenta grados

La policía tiene un nuevo sospechoso en el doble homicidio de la mansión Honiden: Shoji Ono, de veinticinco años, el hijo mayor de Uichiro Ono, de sesenta y cuatro, que había regresado a la localidad huyendo de la guerra. El sujeto tiene antecedentes penales por tres delitos, además de estar en busca y captura desde el seis de junio tras escapar de la cárcel mientras cumplía prisión preventiva bajo una identidad falsa. Un testigo declaró haberlo visto cerca de la mansión Honiden la madrugada del asesinato. Cuatro días antes del suceso, la medianoche del veintinueve de agosto, un ladrón forzó la entrada de la mansión y ahora se considera que pudo tratarse de Shoji Ono. Los vecinos aseguran que la familia Ono había tenido conflictos con los Honiden.

* * *

(*Artículo del diez de septiembre de 1946*)

DETENIDO EL SOSPECHOSO DEL CASO HONIDEN

La prueba incriminatoria: un ojo de cristal encontrado en el bolsillo del sujeto

Shoji Ono, presunto autor del crimen de la mansión Honiden, ha sido detenido mientras se encontraba escondido en casa de un conocido de O. Mientras era interrogado en comisaría, se encontró un ojo de cristal en el bolsillo de su chaqueta. Se considera que llegó ahí cuando arrojó el cadáver en el pozo. Si se confirmara que el ojo pertenece a Daisuke Honiden, sería una prueba definitiva. Se espera que el detenido confiese en las próximas horas.

* * *

(*Artículo del doce de septiembre de 1946*)

SHOJI ONO CONFIESA LOS HECHOS

La asombrosa verdad del caso Honiden

Shoji Ono, el joven de veinticinco años acusado del crimen de la mansión Honiden, ha aceptado todos los cargos. A continuación reproducimos un resumen de su declaración:

En el pasado, la familia Ono era tan importante en K. como los Honiden. Sin embargo, su patrimonio mermó en la generación anterior y, cuando el padre de Shoji asumió el mando, el clan estaba en decadencia y tuvieron que emigrar a Kobe. La familia recuperó allí parte de su prosperidad, pero perdieron su patrimonio en la guerra y decidieron regresar al pueblo. Sus antiguos vecinos no los recibieron con los brazos abiertos. La familia Honiden, por ejemplo, se negó a devolverle una reliquia familiar (un biombo) del que se había apropiado injustamente treinta años antes. Cuando Shoji lo descubrió, el resentimiento acumulado hizo que decidiera acabar con la familia Honiden.

La medianoche del veintinueve de agosto realizó su primer intento, que fracasó porque lo oyeron entrar; entonces abandonó su plan y huyó. Shoji ha declarado que en aquel momento robó la catana Sadamune. La noche del uno de septiembre volvió a introducirse en la mansión Honiden aprovechando la tormenta. Entró en el dormitorio de la pareja y acuchilló a Rie. Cuando el ruido despertó a Daisuke, captó el olor de la sangre y salió de la habitación, pero Shoji lo alcanzó junto al biombo del salón y le asestó una puñalada en el corazón. Shoji intentó acabar con el resto de miembros de la familia, Maki y Tsuruyo, pero no las encontró porque dormían en el edificio contiguo. A continuación arrojó al pozo el cadáver de Daisuke, tiró el arma del crimen entre las hierbas del patio y abandonó el lugar. Sin embargo, dice que no se dio cuenta de que el ojo de la víctima había caído en el bolsillo de su chaqueta.

EL INGENIO DE LA HERMANA
El descubrimiento de Tsuruyo y la nota de Shinkich

Siete de octubre de 1946

Querido hermano:

Por fin me atrevo a escribirte lo que he estado pensando y analizando estos días. Se me hace extraño escribirte una carta ahora que vivimos en la misma casa, pero no tengo otro modo de transmitirte mis sentimientos. Además, si no lo hago en este momento, ya no podré hacerlo, pues cada vez me siento más débil. Últimamente ni siquiera tengo fuerzas para levantarme de la cama. El recelo, el temor y la tensión que he sentido desde el regreso de Daisuke han afectado a mi corazón, y tras aquel terrible incidente creí que se pararía. Sin embargo, todavía sigue funcionando. Supongo que es porque tengo que cuidar a la abuela, que se encuentra ahora en cama. Esa responsabilidad es la que me está alargando la vida, aunque siento que está llegando a su fin. Lo que descubrí hace un par de días fue la gota que colmó el vaso.

Hace tres días estuve recordando todo lo que había pasado mientras la abuela dormía profundamente. Tú habías salido y Shikazo se había marchado al campo, así que estaba sola. Por la ventana se veían los amarantos del jardín. De repente, noté algo debajo del tatami donde estaba sentada. Cambié de postura, pero no conseguía ponerme cómoda. Entonces me di cuenta de que el extremo del tatami estaba ligeramente levantado. Me pareció extraño, porque la abuela es muy ordenada y no consiente que el tatami, las ventanas o cualquier otra cosa, estén descolocados. Me llamó la atención y quise saber qué había debajo, así que lo levanté. Encontré un pequeño paquete escondido. Me sorprendió. ¿Qué sería?

Miré a la abuela, que seguía totalmente dormida. No quería fisgonear en su dormitorio, pero la curiosidad fue más fuerte. Saqué el paquetito pero, al tocarlo y sentir su forma y dureza, supe qué era sin abrirlo.

Efectivamente, era la *ema* de Daisuke, la que había dejado en el santuario antes de la guerra y por la que Osugi había muerto.

¡Qué sorpresa tan grande! Creí que se me paraba el corazón. ¿Por qué la tiene la abuela? ¿Cómo la consiguió? Me asusté mucho.

Desde entonces no pude librarme de la duda. Ya me conoces y sabes que, cuando algo se me mete en la cabeza, tengo que resolverlo. Estuve pensando en ello y llegué a la siguiente conclusión.

Primero: era imposible que la abuela hubiera matado a Osugi, ya que no camina bien desde hace años y casi no sale sola a la calle. ¿Envió a otra persona a por la tablilla? Eso significaría

que la abuela conocía su importancia y, aunque era lista, no creo que se le ocurriera comparar las huellas. En cualquier caso, creo que te lo habría contado a ti, Shinkichi.

Esa idea me llevó a otra: seguro que fuiste tú quien le llevó la *ema* a la abuela. ¿Cuándo? Cuando volviste a casa para el funeral de Osugi. Puede que, como yo, dudaras que su muerte hubiera sido accidental, así que fuiste a escondidas al santuario y encontraste allí la *ema* que buscábamos. Eso indica que la muerte de Osugi fue un accidente.

Ahora reconozco que cometí un grave error. ¡Qué tonta fui! Estaba construyendo yo sola una torre de miedo en un lugar donde no existía nada. Mis sospechas se disiparon cuando comprobé que las huellas de la tablilla coincidían con las del biombo. La policía dice que las huellas del biombo son las mismas que las del hombre encontrado en el pozo. Es decir: no cabe duda de que el hombre de los ojos de cristal era nuestro hermano Daisuke, y no Goichi.

Sin embargo, dudé de la identidad de mi hermano, lo espié y hablé de él a sus espaldas. Eso lo llevó a la soledad. ¡Qué malvada fui!

¿Por qué no me dijiste que habías conseguido su *ema*? Imagino la razón. Cuando Osugi murió tú también empezaste a dudar si el ciego era Daisuke, pero pensaste que yo, una niña inocente y nerviosa, no tendría la capacidad de llevar a cabo la arriesgada misión de confirmar que las huellas eran las mismas. Por eso se lo encomendaste a la abuela, y ella escondió la tablilla hasta que tuviera la oportunidad de compararlas. Sin embargo… Cuando iba a hacerlo, Daisuke fue asesinado.

El misterio de la tablilla por fin está aclarado. Ahora me gustaría escribir sobre el horrendo asesinato.

Según los periódicos, Shoji ha confesado el doble asesinato, pero yo sé que ha mentido. No se trata de una intuición; según su declaración, robó la catana el veintinueve de agosto, pero yo la vi en el salón el uno de septiembre. Shoji mintió para encubrir a alguien. ¿A quién? ¿Quién es el verdadero asesino?

Volví a repasar los periódicos y llegué a una conclusión. Al principio la policía sospechaba de ti, pero tenías una coartada perfecta. Se comprobó que era imposible que estuvieras en este pueblo esa noche y que por tanto no tienes nada que ver con este caso… O eso cree todo el mundo.

Yo hice mi propio análisis. ¿De verdad era imposible? ¿Cómo es posible matar a una persona desde una clínica a veinticuatro kilómetros de distancia? Se me ocurrieron dos posibilidades: o el asesino fue a donde se encontraba la víctima, o la víctima fue a visitar al criminal. Como tu coartada es perfecta, no puede ser la primera. ¿Y la segunda?

La policía cometió un grave error al no barajar esa posibilidad. Supongo que pensaron que la víctima, un hombre ciego, no podía salir solo. Pero eso no quiere decir que no pudiera hacerlo con ayuda. Podría haber llegado a la clínica si Shikazo lo hubiera llevado en su bicicleta. Entonces, tras el asesinato, Shikazo traería el cadáver y lo arrojaría al pozo.

Shinkichi, ¿sabes por qué llegué a esta horrible conclusión? Por tres razones.

Primero: cuando encontré muerta a mi cuñada y fui a llamar a Shikazo, vi que su ropa estaba totalmente empapada y que su bicicleta estaba llena de barro. La policía también se fijó, pero creyeron que se mojó después del crimen, cuando yo lo envié a la clínica con una nota para ti.

Segundo: Rei fue asesinada cerca de medianoche. Sin embargo, oí rechinar la polea del pozo cerca de las cinco de la madrugada. Seguramente fue cuando Shikazo lanzó el cuerpo de

Daisuke. Pero ¿por qué esperaría cinco horas el asesino?

Tercero: el criminal dejó el cadáver de Rei en el dormitorio. ¿Por qué arrojo al pozo el cuerpo de Daisuke? Debía haber alguna razón, y seguramente fue porque estaba mojado después del viaje de ida y vuelta a la clínica.

Hermano, cerrando los ojos puedo imaginar la escena aquella noche. La mentirosa de Orin debió contar a Daisuke que Rie lo engañaba contigo; los celos lo enloquecieron y asesinó a su esposa. A continuación amenazó a Shikazo y lo obligó a llevarlo a la clínica para matarte, pero resulta que el que terminó muerto fue él. Entonces Shikazo regresó con su cadáver y lo arrojó al pozo.

En este momento estoy viendo el cielo por la ventana. Está despejado y hay nubes que parecen de lana suspendidas a lo lejos. Al mirarlas siento que mi cuerpo también va a la deriva, flotando en el aire, para despedirme de este mundo. Me siento transparente; ya no tengo sufrimientos ni tristezas.

Desconozco por qué Shoji declaró en falso ante la policía, pero de pequeños fuisteis muy amigos, ¿verdad? No tengo intención de preguntar a Shikazo para confirmar mi suposición. Este secreto se vendrá conmigo al otro mundo.

Sé que me marcharé pronto. Adiós, querido Shinkichi. No he sido una buena hermana.

Afectuosamente,
Tsuruyo.

* * *

NOTA COMPLEMENTARIA DE SHINKICHI

Ocho de diciembre de 1946

¡Qué inteligente era mi hermana Tsuruyo!

Como su última carta lo explica todo, no tengo nada más que agregar; solo contaré la razón de la inquietud de Daisuke y lo que sucedió realmente aquella noche.

Nunca imaginé que Daisuke sufría tanto por sus sospechas sobre nosotros hasta aquella noche, cuando apareció furioso en la clínica.

Lo que lo llevó a ese estado fue, en primer lugar, su desconfianza hacia Rie. Y Goichi Akizuki sembró y nutrió la semilla de esa duda. Caímos en su trampa; los Akizuki consiguieron llevar a cabo la venganza que tenían planeada para nuestra familia.

Cuando Goichi estaba a punto de morir, dijo a mi hermano:

—¿Sabes que tu esposa Rie se acostó conmigo antes de casarse contigo? Si no me crees, cuando vuelvas a casa examínale el costado derecho: tiene una marca de nacimiento redonda. Si tengo razón, sabrás que la he visto desnuda.

Daisuke llevaba casado casi un año, pero como era tan reservado todavía no conocía detalladamente el cuerpo de su mujer. La confesión de Goichi lo sorprendió y, al mismo tiempo, lo sumergió en un profundo pantano de sospechas. Lo peor es que después se quedó ciego y perdió la oportunidad de comprobar si lo que Goichi había dicho era cierto. Eso fue un infierno para él.

La actitud huraña de Daisuke cuando volvió a casa se debía a eso. Además, Orin lo convenció de que Rie lo engañaba conmigo y eso lo sumió en la desesperación más profunda. Como las palabras de Goichi ya le habían hecho sospechar de su esposa, creyó la mentira. Y, por desgracia, ocurrió un incidente que acrecentó el problema.

La noche del veintinueve de agosto alguien entró en la mansión. Era Shoji Ono, pero mi hermano pensó que era yo. No solo eso; creyó que la abuela y Tsuruyo mintieron a la policía para encubrirme. Es triste el nivel de desconfianza que puede alcanzar un ciego. Como nunca expresó abiertamente sus sospechas, su actitud nos hizo dudar de él y mantenernos a distancia, lo que hizo que recelara todavía más.

El uno de septiembre, la noche de la tormenta, las sospechas y los celos explotaron. Daisuke asesinó a mi cuñada y amenazó a Shikazo con la catana ensangrentada para que lo llevara a la clínica.

Como sabéis, la arquitectura de una clínica para tuberculosos es muy abierta; mi habitación se encontraba al fondo y se podía acceder al pasillo desde la montaña. Shikazo había venido muchas veces a verme y sabía cómo llegar a mi cuarto.

Recuerdo muy bien aquella noche. Eran cerca de las dos de la madrugada; Shikazo me despertó y me llevó al bosque que está detrás de la clínica. Me sorprendí mucho al ver a Daisuke, que pidió a Shikazo que nos dejara solos. Entonces me acusó de la traición que supuestamente habíamos cometido su esposa y yo. No sé si lo que dijo Goichi era cierto, pero entre Rie y yo nunca hubo nada. Traté de convencerlo de que no era verdad. Sin embargo, mi hermano no aceptó ninguna explicación y me atacó con la catana que llevaba.

No quiero hablar de lo que pasó después. Aunque quisiera, no podría, ya que lo recuerdo con lagunas. Forcejeamos bajo la tormenta. Yo solo pensaba en salvarme y en sacar a mi hermano de aquella horrenda pesadilla que le había consumido la mente. Cuando quise darme cuenta estábamos tirados en el suelo y Daisuke no se movía. La catana atravesaba su pecho. Curiosamente, no salía ni una gota de sangre.

La verdad es que no entiendo cómo se me ocurrió llevar el cadáver de nuevo al pueblo y tirarlo al pozo. Llamé a Shikazo de inmediato y le conté lo sucedido. Primero se asustó, pero después me dijo:

—Shinkichi, Daisuke habría muerto tarde o temprano, porque ha asesinado a su esposa. No te preocupes; yo llevaré el cadáver de vuelta en mi bicicleta. Nadie sabrá que ha estado aquí.

Las palabras de Shikazo me iluminaron y tracé un plan. La razón por la que ordené a Shikazo que arrojara el cadáver al pozo es exactamente la que intuyó Tsuruyo en su carta. Me hubiera gustado dejarlo junto a mi cuñada, pero como estaba totalmente mojado no podía dejarlo dentro de casa. Jamás pensé que mi plan funcionaría tan bien ni que Shikazo guardaría el secreto. Solo quería ganar tiempo para ordenar mis ideas.

Shoji Ono declaró ante la policía que él era el asesino por la razón que imaginó Tsuruyo. Durante los cuatro años que Shoji vivió en el pueblo fuimos buenos amigos. Cuando lo echaron de casa al regresar de la guerra, vino a buscarme a la clínica y le di algo de dinero. A partir de ese momento, de vez en cuando me visitaba a escondidas. Lo hizo otra vez después de escapar de la cárcel. Yo no tenía la intención de quebrantar la ley; solo quería ayudar a un amigo. No aprobaba su modo de vida, pero comprendía cómo había llegado hasta ahí y sentía compasión por él, por eso no lo denuncié a la policía. Al contrario, lo ayudé en todo lo que pude.

Aquella noche, Shoji había venido a verme y estaba durmiendo en mi habitación. Cuando Shikazo se marchó con el cadáver, lo desperté y le conté todo lo que había pasado. Él se quedó atónito.

—Shinkichi, no te preocupes: yo me convertiré en el asesino de tu hermano. Soy un fugitivo y tengo antecedentes. ¿Qué más da un homicidio más? —me dijo, riéndose.

Fue a examinar el lugar de los hechos por si quedaba algún rastro del incidente y regresó con una sonrisa.

—Amigo, qué tonto eres. Mira, has dejado una prueba incriminatoria. —Me enseñó lo que llevaba en la mano: era uno de los ojos de cristal de mi hermano. Me estremecí—. Me quedo con esto. Así, la policía no tendrá dudas de que soy el asesino.

Poco después, Shoji se marchó de la clínica y se dirigió al pueblo para que los vecinos lo vieran cerca de mi casa.

Por último, cuando Tsuruyo me pidió que regresara, lo primero que hice fue examinar el cuerpo de mi cuñada, pero no encontré ninguna mancha en su costado ni en ningún otro sitio. La venganza de los hermanos Akizuki había sido un éxito. ¡Me duele el corazón al pensar en Daisuke!

Tsuruyo murió el quince de octubre. Para una muchacha como ella, con el corazón débil y una mente demasiado sensible, la vida habría sido muy dura. En cierto modo, fue un alivio que muriera joven. Mi abuela falleció hace una semana. Nunca hablamos de ello, pero estoy seguro de que sabía la verdad. Ahora yo soy el único superviviente del clan Honiden.

Enviaré esta nota junto a las cartas de Tsuruyo al señor Kosuke Kindaichi.

Conocía su nombre por el caso de la isla Gokumon-to. Cuando me dijeron que al regresar de dicha isla pasó por aquí y se interesó por este caso, a pesar de estar cerrado, me preocupé.

La verdad es que nunca tuve la intención de evitar a la policía; pensaba asumir mi responsabilidad. Mi preocupación más inmediata era atender a mi abuela, porque ya no estaban ni mi hermano, ni mi cuñada, ni Tsuruyo. Yo era la única persona con la que podía contar, así que solo quería un poco de tiempo para acompañarla hasta el día en que se despidiera de este mundo.

Kosuke Kindaichi vino a visitarme un día. Por lo poco que hablé con él, entendí que ya había descubierto lo que había ocurrido realmente. Como estaba preparado para aceptar mi culpa, le entregué la última carta de Tsuruyo.

El detective privado la aceptó con mucha curiosidad, pero conforme avanzaba la lectura su rostro comenzó a mostrar perplejidad. Cuando terminó, se quedó mirando un punto perdido en la distancia. Al final, me miró y murmuró con melancolía:

—¿Y?

—Yo… —comencé, pero no sabía qué decir.

Kindaichi me miró fijamente; de repente sonrió con simpatía y me preguntó:

—¿Cómo está su abuela?

—No demasiado bien. Dudo que sobreviva hasta el año que viene.

—Vaya, lo siento —dijo, mirándome con ternura—. Será mejor que no le enseñe a nadie esta carta, al menos mientras la abuela siga viva. Disculpe que haya venido a verlo a estas horas. Con permiso.

Y se marchó tan despreocupadamente como había llegado.

Kindaichi no me prometió nada, pero tampoco me obligó a nada. Por mi parte, tampoco prometí nada. Sin embargo, no debo abusar de su amabilidad ni de la confianza que tuvo conmigo. Como ya he cumplido mi deber con mi abuela, no me queda ningún otro compromiso. Cuando envíe esta historia por correo postal tendré que tomar una decisión.

NOTAS

[1] Instrumento parecido al arpa de origen chino. <<

[2] Puerta corredera interior de papel que puede decorarse con pinturas. <<

[3] Carretilla tirada por un hombre. <<

[4] Chugoku es la región situada al oeste de la isla Honshu. La ruta Chugoku conecta Kioto y Shimonoseki. <<

[5] Cinta para sujetar el kimono a la altura de la cintura. <<

[6] En Japón, la fidelidad de los patos mandarines (*oshidori*) es el símbolo de un buen matrimonio. <<

[7] En esa época, los novios intercambian unos vaso de sake antes de irse a la cama como parte de la ceremonia. <<

[8] Especie de repisa tradicional donde se colocan objetos decorativos. <<

[9] La línea Hakubi atravesaba la prefectura de Okayama de sur a norte, hasta la prefectura de Tottori. <<

[10] Tipo de chaqueta. <<

[11] Pantalón largo y ancho, con pliegues. <<

[12] Sandalias altas de madera. <<

[13] Kosuke Kindaichi (1882-1971). <<

[14] Creación de Muramasa o uno de sus sucesores en el siglo XVI. Se dice que son catanas de mala suerte. <<

[15] Creación de Sadamune desde finales del siglo XIII a principios del siglo XIV. <<

[16] Brasero tradicional de carbón. <<

[17] En japonés, kuro significa negro. <<

[18] Pronunciado Oshigue. <<

[19] Cuando terminó la Segunda Guerra Mundial, los emigrantes que estaban en países ocupados por Japón como China, Taiwán, la península de Corea o las islas de Micronesia fueron deportados. Los bienes transportables estaban limitados, de modo que muchos tuvieron que abandonar gran parte de su patrimonio. <<

[20] Durante la guerra, el gobierno japonés racionó los alimentos y los artículos de primera necesidad, pero al acabar esta, el control dejó de ser efectivo. En consecuencia aparecieron gran cantidad de mercados ilegales, no solo de comida sino de cualquier artículo y servicio. <<

[21] En aquella época, los constructores solían ser mafiosos y gente violenta. <<

[22] Cuentos, obras de teatro y cine basados en la vida de un samurái del siglo XVII. Era tan popular que Gonpachi se convirtió en un sinónimo de gorrón. Komurasaki es su novia. <<

[23] Teatro de marionetas japonés también conocido como *bunraku*. <<

[24] Está considerada la novela más antigua del mundo y fue escrita alrededor del año 1000 por Murasaki Shikibu. <<

[25] Fuegos mágicos de los que se habla en las leyendas y sobre los que hay distintas teorías: se dice que emanan de la respiración de los zorros (kitsune), que son chispas que salen cuando dos zorros rozan con sus colas o que son esferas de luz que los zorros poseen. <<

[26] Se trata de una tablilla de madera en la que se escribe un deseo. <<

[27] Se refiere a una obra de teatro basada en la leyenda de Kuzu-no-ha. En ella se cuenta que Yasuna se casó con una zorra que se convirtió en una mujer idéntica a su novia. <<

[28] Se desconoce si era una costumbre local; al parecer ponían la mano sobre la tablilla para que esta absorbiera la mala suerte y las malas vibraciones. <<